

**FERNANDO RUEDA**

# **Destrucción MASIVA**

**NUESTRO HOMBRE EN BAGDAD**

FERNANDO RUEDA

# Destrucción MASIVA

NUESTRO HOMBRE EN BAGDAD

# Destrucción masiva

## Nuestro hombre en Bagdad

Fernando Rueda



**Rocaeditorial**

# DESTRUCCIÓN MASIVA

## NUESTRO HOMBRE EN BAGDAD

Fernando Rueda

Dos agentes españoles destinados en Bagdad en junio de 2000 consiguen una gran información y fuentes de alta calidad en el país de Sadam Husein. Tras los atentados del 11-S y el ataque a Afganistán amparado en la búsqueda del jefe de Al Qaeda, Osama Bin Laden, el presidente estadounidense George Bush decide invadir Irak justificándolo en la colaboración del dictador con Bin Laden y en la posesión de armas de destrucción masiva. Los dos espías investigan esas denuncias e informan de que son falsas, a pesar de lo cual el presidente Aznar no les hace caso y prefiere creer los informes que le llegan de la CIA y el MI6. La guerra estalla y los agentes tienen que regresar a España, abandonando a varias de sus fuentes que temen ser asesinadas, e incumpliendo sus promesas con ellos.

Tras asentarse la invasión, el CNI les reenvía a Bagdad asumiendo el grave riesgo de que sus vidas corren peligro porque todo el mundo les conoce y además hay gente ansiosa de vengarse de ellos. Pocos meses después aumenta el despliegue de agentes con la misión de garantizar la seguridad de las tropas españolas que envía el Gobierno. La conclusión es dramática: un agente es asesinado a manos de un clérigo chiita que conocía desde hacía tiempo y otros siete caen durante una trampa de la resistencia.

### ACERCA DEL AUTOR

**Fernando Rueda** es el máximo especialista español en asuntos de espionaje. Como periodista ha trabajado en prensa, radio, televisión y diarios digitales, dedicándose desde sus inicios al periodismo de investigación. Es el responsable de la sección «Materia reservada 2.0» en el programa La rosa de los vientos de Onda Cero. Premio Ejército de Periodismo a la mejor labor informativa en 1984, es profesor en el Centro Universitario Villanueva.

Sus libros de no ficción sobre espionaje rompieron los tabúes de la censura: La Casa, La Casa II, Espías, KA: licencia para matar, Operaciones secretas, Las alcantarillas del poder... Como novelista ha escrito diversas obras, las más recientes son El regreso de El Lobo y El dossier del rey. Yo confieso, su último libro escrito con Mikel Lejarza, ha sido un best seller.

### ACERCA DE LA OBRA

«La incómoda epopeya de un grupo de espías españoles en Irak.»

MIKEL LEJARZA, EL LOBO

# Índice

Portadilla	
Acerca del autor	
Epígrafes	
Advertencia	
Dedicatoria	
PRÓLOGO	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	

30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57

## **EPÍLOGO**

58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65

NOTA DEL AUTOR

Créditos

**Posverdad.**- Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales.

DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Estoy hablando de tres generaciones de agentes especiales que sabían que una tumba anónima era mejor que una estatua.

JOAQUÍN SABINA sobre Carlos Baró *Baracoa*,  
en *A vuelta de correo*

Lo que posibilita a un gobierno inteligente y a un mando militar sabio vencer a los demás y lograr triunfos extraordinarios es la información previa.

SUN TZU,  
*El arte de la guerra*

Lo difícil está hecho, lo imposible se hará.

Lema del Departamento de Acción  
Operativa del CNI

Esta novela está basada en hechos reales. El epílogo pertenece exclusivamente a mi imaginación, aunque Joaquín Llamas, director de cine y televisión, me matiza: «¿Quién te dice a ti que no ocurrió como lo cuentas?».

Para los familiares y amigos de los protagonistas

## PRÓLOGO

### *Irak, 29 de noviembre de 2003*

Cinco meses después de haber pisado suelo iraquí, los cuatro espías veteranos no habían podido arrancarse la sensación de peligro acechante. No era paranoia ni meras sospechas creadas en sus mentes: habían sufrido amenazas y ataques. Ni con esas habían conseguido paralizarlos. Habían interiorizado la necesidad de ser extremadamente cautos, sabían los riesgos de bajar la guardia, aunque fuera por un momento.

Tras la invasión del país por fuerzas armadas de Estados Unidos y sus aliados, los habían enviado para proteger a 1300 soldados españoles que iban a ayudar en la pacificación, según las palabras amables escogidas por su Gobierno, aunque ellos sabían que estaban en una maldita guerra. Desde hacía tres días se les habían sumado otros cuatro compañeros —Nacho, el más joven de los veteranos, los llamaba con alegría los Torpedos— que iban a pasar una semana con ellos para conocer los problemas sobre el terreno y estar preparados para sustituirlos un mes después en su misión. A los veteranos les faltaba solo ese mes para dejar atrás el olor a carne putrefacta y la necesidad de beber compulsivamente hasta cinco litros de agua al día y no sentir ganas de mear.

Notaban en el cogote las miradas asesinas de una parte de la población cuando vestían ropa occidental y no se ocultaban tras una túnica. Distribuían dinero para comprar voluntades, seguían con sigilo a representantes de grupos empeñados en atentar contra los soldados a los que ellos, como espías, tenían la misión de custodiar desde las sombras. Escribían cartas a sus familias en las que intentaban aparentar tranquilidad, sin conseguirlo algunas veces. Sus jefes sabían que corrían riesgos extremos y cruzaban los dedos para que no les pasara nada.

Los Torpedos los habían sacado de su rutina diaria: trabajar dieciséis horas e intentar desconectar cuando se metían en el catre, si se lo permitía la tensión acumulada. Los cuatro veteranos tenían que ayudarlos a familiarizarse con la mesa de billar en la que les tocaría jugar una peligrosa partida con muchas bolas sin identificar y otras explosivas. Les notaban frescos, con la media de pulsaciones perfecta, solo armados con la lógica prevención hacia lo desconocido. El poco espacio del que disponían en las habitaciones les parecía más que suficiente, el rancho de los cuarteles en los que se cobijaban les sabía rico y admiraban a sus pares, los espejos en los que cada uno de ellos se reflejaba. Eran esponjas que absorbían cada una de sus explicaciones.

Con su llegada, el trabajo pendiente se aplazó, la disciplina se relajó, la tensión disminuyó. Ocho hombres de formación militar destinados en el CNI se sintieron como si les hubieran concedido una semana de asueto. El buen humor salió a la superficie, el pitorreo era bien recibido, intentaban disfrutar del momento.

Esa mañana, desde sus bases en Diwaniya y Nayaf, emprendieron camino a Bagdad. Día de fiesta para cumplir con la burocracia y compartir algún rato relajado con otros españoles. Incluso pararon a mitad del trayecto en el arcén. La gente cree que los espías no se hacen fotos, y se

equivocan. Como cualquier grupo de amigos, immortalizan los buenos momentos, un recuerdo para toda la vida, aunque el telón de fondo no sea un monumento admirable. En su caso, a la izquierda aparecía una deteriorada raya blanca que intentaba separar los dos carriles de la carretera y a la derecha un trozo de desierto triste que pedía a gritos un poco de agua y se unía en el firmamento con un cielo limpio de nubes. Ninguno sonrió abiertamente, eso de mostrar la dentadura les pareció un exceso. Eran ocho hombres de excursión, tratando de pasar desapercibidos, que colgarían la foto en su salón y no le explicarían a nadie quiénes eran los amigos que los acompañaban.

Todos estaban en torno a los cuarenta años, pero algunos parecían cadetes de la academia militar por su pasión por el jolgorio. La mitad eran oficiales, la otra mitad suboficiales, aunque trabajar sobre el terreno los igualaba. Se reían de Alberto, el decano, el gran experto, porque llevaba jersey como si ya no sintiera el calor. El polo naranja de Alfonso lo convertía en el más presumido, mientras los demás no se escapaban de las aburridas tonalidades de azul y marrón. Competieron por quién tenía la barba más semejante a los árabes y ganó Carlos por unanimidad.

Viajaron con ese buen humor hasta Bagdad. Acreditarse ante los militares estadounidenses, tan formales, o ante la Autoridad Provisional de la Coalición fueron trámites que pasaron los Torpedos con los veteranos proponiéndoles que se quedaran ya en Irak, que no fueran tímidos, que ellos regresarían a España en su lugar.

Los dos agentes destinados en la embajada se sumaron al grupo y no tardaron en integrarse en el buen rollo, igual que los funcionarios españoles asignados al órgano de Gobierno de Irak. El día festivo acabó en la residencia del encargado de Negocios. Viandas mejores que la comida cuartelera, rematadas con chupitos en un país en el que no se bebe alcohol abiertamente. Reinó la fraternidad entre expatriados, nada de hablar de trabajo, de amenazas, de la guerra.

Decidieron adelantar el regreso a sus respectivas bases. La satisfacción por el día tranquilo no impidió que antes de salir a la calle volvieran a pensar en su seguridad y recordaran que eran objetivo permanente de los insurgentes. Habían llenado los depósitos de los coches para evitar paradas innecesarias en los 200 kilómetros que les quedaban de vuelta. Por si había alguna incidencia, llevaban dos teléfonos satélite Thuraya para mantenerse enlazados.

A las 14:30 los que iban a Diwaniya entraron en el Chevrolet. Carlos encendió de inmediato el casete para que Joaquín Sabina, su cantante favorito, les animara el trayecto. Alguno protestó riéndose de sus gustos musicales transgresores.

Lo nuestro duró  
lo que duran dos peces de hielo  
en un whisky on the rocks,  
en vez de fingir,  
o estrellarme una copa de celos,  
le dio por reír.  
De pronto me vi  
como un perro de nadie  
ladrando a las puertas del cielo...

Al mismo tiempo, los que iban a Nayaf se subieron en el Nissan. Alberto arrancó, comprobó que los del Chevrolet estaban listos y emprendió la marcha. Los ocho habían disfrutado entre amigos de un día tranquilo y entretenido.

Un grupo de la insurgencia estaba esperándolos en la carretera, habían montado una ratonera con los suficientes efectivos, aprovechándose del factor sorpresa, para darles una buena lección.

No era un golpe por casualidad, había una intención premeditada de hacerles pagar su comportamiento en el país.

Los cuatro agentes que llevaban casi medio año en Irak ya habían padecido persecuciones, traiciones e intimidaciones mientras se movían en ambientes hostiles. Y habían tenido que actuar según las leyes del espionaje, muchas veces crueles, sin corazón, obligados a seguir los criterios de su Gobierno a pesar de que iban en contra de sus actuaciones pasadas. Como consecuencia, su futuro inmediato había quedado marcado y sus vidas pendían de su capacidad de defenderse frente a la trampa que los estaba esperando a menos de una hora. Carlos, Alfonso y Nacho, tres de los veteranos, disponían de muchas de las claves de lo sucedido en esos meses que los había llevado a esa situación límite, pero solo Alberto conocía la historia completa. Una historia que había comenzado tres años y medio antes, como arrancan las aventuras de cualquier oficial de inteligencia cuando se hace cargo de un nuevo destino en el extranjero como agregado de Información.

*Bagdad, 17 de junio de 2000*

*T*rató de ordenar sus pensamientos. ¿Por qué su despacho en la embajada parecía un erial? ¿Dónde estaban los documentos con datos relevantes? Y, especialmente, ¿quiénes eran las valiosas fuentes secretas? Alberto Martínez llevaba malgastadas dos horas removiendo papeles en un intento por descubrir un oasis de información significativa para su misión.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde su aterrizaje en Bagdad. Había madrugado, dejando a un lado todos los asuntos pendientes de su nueva casa, a la que apenas prestó la debida atención. Como era el día de la presentación, se había puesto su mejor traje de paño fino y una discreta corbata celeste, y había salido lleno de energía hacia la embajada de España, en el barrio de Mansur. Lo primero fue conocer al embajador, un tipo amable con el que seguro que iba a congeniar. Conversaron un rato y aceptó encantado quedar para charlar al día siguiente. Le urgía no perder ni un segundo en su nueva andadura como consejero de Información. Había asumido un reto complicado, lleno de aristas, le iban a poner todo tipo de trabas y era imprescindible que asimilara el trabajo ya realizado por su antecesor. Pero ¿dónde estaba el resultado de ese trabajo?

Martínez se recostó en la silla de cuero con respaldo alto y ruedas, aspiró todo el aire que pudo y lo exhaló lentamente para intentar apaciguarse. Había encontrado paquetes de folios en blanco y bolígrafos para un regimiento. En una estantería de madera apareció un listado de teléfonos de organismos oficiales iraquíes. En un cajón del escritorio descubrió un informe sobre los orígenes de los enfrentamientos entre sunitas y chiitas. Disponía de otros muchos documentos de ese estilo, pero ninguno le aportaba nada parecido al conocimiento específico que él necesitaba sobre personas e instituciones, el «quién es quién» del país.

Un par de meses antes, en la visita que hizo Alberto para preparar el relevo, el titular del puesto desplegó una verborrea, un control exacerbado y una simpatía que le dejó mosqueado. Lo llevó de excursión turística a varias ciudades, pero fue poco claro al hablar de lo más importante: las fuentes y los documentos con información candente.

—Encontrarás los papeles cuando te vengas definitivamente, te lo dejaré todo ordenado, ya verás cómo obtienes buenos resultados durante los primeros meses sin apenas hacer nada —le dijo con la suficiencia del padre experto al hijo ansioso e inseguro.

Alberto Martínez insistió en saber más de los informantes, también sin éxito. «Conozco a todo el mundo —le tranquilizó el agregado saliente—, y te dejaré un buen listado.» Consideraba que su gran éxito personal era haber captado tres grandes fuentes: «Los de la Mujabarat no te dejan ni a sol ni a sombra, hay que jugársela, pero les he hecho unos agujeros tremendos». El primero era un miembro, bien situado, precisamente de ese servicio de espionaje que ejercía como Policía política, al que había estado soltándole dinero a cambio de información; lo malo es que estaba desaparecido desde hacía cuatro meses.

—Me temo que lo han matado —concluyó su colega dolorido—, sospeché de su desaparición

por el aumento del cerco al que habitualmente me tiene sometido la Mujabarat.

Confesó que fue un gran palo, aunque pudo sobrevivir gracias a la segunda fuente, un funcionario del círculo de Sadam Husein.

—Es muy listo, se mueve muy bien, nos reunimos con unos protocolos estrictos, ya los conocerás cuando vengas, por sus manos pasan muchos datos sobre el tráfico de armas.

Martínez recordaba la sensación de tranquilidad que le dio saber que tendría a alguien con quien empezar a trabajar cuando llegara a Irak.

La tercera fuente era un clérigo sunita que se llevaba muy bien con el Gobierno y aportaba pistas sobre los planes de Sadam. Tendría que conocerlo, de entrada no le parecía una fuente de gran valor, aunque sí útil.

Varias semanas antes de que Alberto Martínez viajara a Bagdad para ponerse al frente de su misión, su jefe en Madrid le comunicó la pésima noticia: la fuente cercana a Sadam también había desaparecido y la Mujabarat le había comunicado a su antecesor que, como se iba en poco tiempo, no lo expulsarían. A Martínez se le tensó el cuerpo y su jefe intentó calmarlo: sin duda era un inconveniente, pero con el resto de contactos que le dejaba podría construir su propio castillo.

«Un castillo del carajo», pensó Alberto. Se levantó de la silla, abrió la puerta del despacho y le pidió al viceconsejero, su número dos, que pasara. No hizo nada por reconducir el gesto de crispación que se había adueñado de su rostro. El suboficial entró solícito sin imaginarse a qué se debía su disgusto. No le dio tiempo a sentarse.

—Estoy intentando ponerme al día, pero no encuentro nada de documentación. ¿Quieres traerme los papeles que están guardados en la caja fuerte?

El suboficial era un radiotelegrafista formado en la escuela del Ejército del Aire, cantera habitual para ese puesto. Una de sus misiones básicas consistía en intercambiar mensajes cifrados con la sede central del CESID en Madrid.

Regresó unos minutos después. Colocó sobre el escritorio una torre de papeles y se quedó esperando. Su jefe se lanzó con ansiedad a mirarlos. Cogió el de encima, le echó un vistazo y lo apartó enojado. Siguió con el siguiente y el siguiente, hasta llegar a vaciar la pila y levantar otra paralela.

—Tráeme más documentación.

—Es todo la que hay en la caja fuerte.

—¿Dónde narices está el listado de contactos o los informes sobre altos cargos? Algo que no aparezca en cualquier manual que pueda encontrar en una librería.

—No tengo ni idea, debería hablar con su antecesor.

—¿Con mi antecesor? —afirmó, más que preguntó, con un tono incrédulo—. ¿Me quieres contar qué habéis hecho durante estos últimos años que me pueda ser de utilidad?

—No lo sé, señor, mi función era ayudar.

Martínez intentó calmarse. Rebajó la agresividad, se dejó caer en la silla, le dio las gracias y le pidió que no se llevara el contenido del archivo, más tarde podría volver y guardarlo. Al quedarse solo, se pasó la mano por los labios, después por el rostro escrupulosamente afeitado, aflojó el nudo de la corbata, se desabrochó el primer botón de la camisa y fijó su mirada en un punto perdido del despacho. Ya sabía que su puesto en Irak iba a ser complicado, pero no había acertado a imaginar cuánto.

En noviembre cumpliría cuarenta y dos años, nueve destinado en el CESID, e intentó recordar si en todo ese tiempo se había encontrado en una situación parecida. Recordaba el sudor frío como respuesta de su cuerpo a la perspectiva de trabajar como espía. Estaba destinado como

capitán en un regimiento de Valladolid cuando un compañero que dejaba el servicio lo animó a que fuera candidato a sustituirlo. El gusanillo empezó a revolotear por su estómago y aceptó el reto, dar el paso hacia una vida desconocida, quizás le gustara ser oficial de inteligencia. Pasó cinco durísimos meses en Madrid haciendo el curso de preparación y regresó convertido en espía a Valladolid con su mujer y su hijo.

Aquella época fue de mucho estrés. Una cosa es lo que se aprende en un aula y en prácticas en la calle, y otra buscar en solitario fuentes, conseguir información y hacer informes de calidad. No fue fácil, el panorama no era nada favorable, tuvo que trabajar muchas horas, se desesperó con frecuencia. Ya le había pasado otras veces: cuantos más obstáculos le colocaran en su camino y cuanto más altos fueran, más motivado se sentía. Su mujer tuvo que aguantar su nerviosismo durante meses, debió acostumbrarse a ver cómo lo pasaba mal sin conocer la razón. Él había interiorizado la necesidad del hermetismo sobre el contenido de su trabajo, pero también quería evitar que su mujer se preocupara. Al final salió del túnel oscuro y lo controló, hasta tal punto que el destino se le terminó quedando pequeño.

Para llenar el tiempo decidió estudiar Derecho y, lo más difícil, aprender el maldito inglés, pues los idiomas se le habían resistido desde niño. Esas tareas parecían un escollo cuando ya sobrepasaba la treintena y tenía una familia a su cargo, pero no lo vivió, ni mucho menos, como un reto excepcional. Si algo le sobraba a Alberto era constancia, disciplina y orden. Lo llevaba escrito en sus genes asturianos y lo había sedimentado cuando en 1983, en una decisión nada frecuente en las Fuerzas Armadas, ingresó en la Academia General Militar para ser oficial siendo ya sargento y después de pasar por el durísimo periodo de formación en la Academia General Básica de Suboficiales.

Siempre estaba dispuesto a asumir nuevos retos. En 1999 apostó por subir peldaños en su carrera de oficial de inteligencia y pidió destino en el extranjero. Hizo una lista con varias vacantes, entre las que figuraban Estados Unidos e Irak. La primera opción era fantástica: podría ir con su mujer y su hijo, y vivir bastante bien en un país desarrollado. La segunda era mucho peor: tendría que dejar atrás a su familia y el trabajo resultaría extremadamente complicado. Nunca se le olvidaría aquel 30 de noviembre. Cuando regresó a casa para comer se sentó con su mujer y le dio la noticia: «Charo, hemos tenido mala suerte, me ha tocado Irak». Ese día les cambió la vida.

Vivir separado de Charo y de su hijo Alberto, a los que tanto necesitaba, y enfrentarse a un mundo desconocido lo descolocó, aunque esa adversidad no iba a poder con él. Se puso las pilas durante el curso preparatorio de la misión, aceleró su aprendizaje de inglés y empezó a estudiar árabe.

Sentado en su despacho de la embajada en Bagdad notó el cuerpo revuelto y lo achacó falsamente a la mezcla del aire acondicionado y el sol intenso que entraba por la ventana. Estaba seguro de que podría salir victorioso de ese caos. Estudiar en las academias militares había sido muy complicado, los cursos en el servicio secreto fueron una pesadilla, pero siempre encontró las herramientas personales para salir airoso. No sabía cómo debía actuar, no era lo mismo buscar soluciones en Valladolid que en Irak. Además, en España no había un dictador cruel como Sadam, ni un enemigo al acecho como la Mujabarat. Se dio ánimos: si su antecesor le había dejado una mísera herencia, él se dejaría la piel para sacar adelante su labor. Tendría que ser paciente, no rendirse.

¿Cómo desenredaría el ovillo para comenzar su misión? No podía contar con su ayudante, parecía pasar del trabajo de campo. Tampoco podía pedir ayuda al personal diplomático, era

mejor que, desde el primer momento, quedara claro que sus asuntos estaban al margen de la embajada. Una de las tareas prioritarias que le habían encargado en Madrid consistía en informar sobre las armas que el Gobierno iraquí fabricaba y compraba. Pero no tenía nada, y para colmo, ¿cómo podría conseguir una miserable fuente si apenas hablaba árabe?

Miró la pila de informes inútiles sobre la mesa y de un golpe seco de rabia los esparció por el suelo. Oyó el ruido de la silla de su ayudante al arrastrarse y pensó que entraría a ver si le pasaba algo, pero nadie abrió la puerta. Debía pensar que era preferible que amainara la tormenta.

A ese panorama negro que era su primer destino en el extranjero, se sumó que le habían explicado cómo actuar en entornos hostiles como las calles de Irak, pero nadie le había aconsejado cómo enfrentarse a un vacío tan calamitoso. Posó la mirada en la foto enmarcada de Charo y el pequeño Alberto que había colocado sobre la mesa. Sintió un poco de angustia por su mujer, que lo estaría pasando mal. Era muy lista y no ignoraba el ambiente peligroso en el que iba a trabajar. Él disponía del amparo del pasaporte diplomático, pero si se pasaba medio centímetro lo expulsarían sin contemplaciones, lo cual sería un enorme fracaso y supondría el fin de sus aspiraciones dentro del CESID. Ese era el motivo, según contaban, por el que muchos delegados del servicio prefirieran cruzarse de brazos, elaborar informes basados en noticias de prensa y acudir a cuantas fiestas se celebraran para presumir de valiosas relaciones.

Se fijó en los detalles de aquel despacho tan pulcro que dejaba patente la preocupación por las apariencias, típica de los diplomáticos que recibían muchas visitas de variado pelaje en las que el escenario jugaba un papel importante. Dos de sus paredes lucían estanterías de caoba a medida, una forma de tirar el dinero en la oficina de un espía acostumbrado a no tener nada a la vista de sus inhabituales visitantes. La tercera pared, detrás de su silla, estaba presidida por un retrato del rey vestido de civil. Y la cuarta, a su derecha, estaba dominada por un ventanal por el que suspirarían muchos de sus compañeros que trabajaban todo el día con luz eléctrica en la sede madrileña. Disponía de una persiana que no pensaba bajar nunca. La amplitud del despacho permitía no solo un escritorio de madera, a juego con las estanterías, y dos sillas para las visitas, sino una mesa circular de reuniones a la que tampoco le vio mucho uso, pues en la Consejería eran dos y solo se reunirían con el resto del personal cuando los convocara el embajador en otras salas.

Alberto Martínez se acercó a la ventana y contempló el jardín, bien cuidado, tranquilo, debía asemejarse al de tantas y tantas delegaciones españolas en el extranjero. Empezó a apaciguarse, había firmado por tres años y no podía deprimirse a las tres horas de llegar.

Se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo de la silla, se remangó la camisa y se dispuso a recoger los papeles que no le servían para nada y cuyo sitio no debería ser la caja fuerte, sino una vulgar papelera. No había ido a Bagdad a dejar pasar el tiempo ideando maneras de escaquearse, ahorrar dinero para cuando regresara a Madrid y evitar los problemas. Tenía una misión más difícil que subir los siete mil metros del Aconcagua, estaba bloqueado, pero con paciencia y trabajando mañana, tarde y noche intentaría alcanzar su objetivo. Por su cabeza pasaron las imágenes de desamparo juvenil en su primer día en la academia de suboficiales, de su temor por alcanzar el nivel adecuado en la academia de oficiales y de su complicado aterrizaje en el mundo oculto del CESID. Se convenció de que también podría salir adelante en Bagdad.

—*F*layeh Abdul Zarha Anyur Al Mayali.

—Me llaman Flayeh Al Mayali.

—Mis informes dicen que usted es la persona que mejor habla español en Irak.

—No sé si la mejor, sin duda hablo y escribo con solvencia.

Martínez estaba sentado en su despacho de la embajada y tenía a su visitante al otro lado del escritorio. Habían pasado pocos días de su aterrizaje descorazonador en Bagdad. Llegaba muy temprano a la delegación y regresaba a casa cuando la luna llevaba varias horas dominando el cielo. Ocupaba las horas estudiando sobre el papel cómo cimentar los caminos que debían conducirlo al cumplimiento de su misión. Antes de comer y antes de cenar, salía a la calle para recorrer a pie, en coche o en autobús rutas que había planificado con el fin de esbozar en su memoria un detallado mapa de Bagdad. En pocas semanas tenía que ser capaz de llegar a ciegas a cualquier punto de la ciudad. Por la noche se preparaba una cena frugal, sin mucho esfuerzo, y ponía la televisión para ver los canales españoles. Los extranjeros podían disponer de antenas parabólicas, vetadas al pueblo iraquí. Antes de acostarse escribía a su mujer. Con unas pocas horas de sueño le bastaba.

Ese día había llamado a Al Mayali para resolver una de sus prioridades antes de entrar en acción. Su nombre había sido una de las escasas contribuciones de su antecesor en la embajada, que le había dejado un listado con iraquíes con los que mantenía buenas relaciones. A Martínez le gustaba ser directo, no perder tiempo en disquisiciones intrascendentes. Cada minuto contaba.

—Usted es profesor en el departamento de Español de la Universidad de Bagdad. —Miraba unas hojas que tenía sobre la mesa, pura pose, se sabía de memoria cada dato.

—Llevo cuatro años.

—¿Estudió en España?

—Estuve en Toledo, una ciudad impresionantemente bella.

Al Mayali se había puesto una chaqueta fina de color claro encima de una camisa de manga corta. No sabía qué querían de él en la embajada española, pero una mínima etiqueta le pareció imprescindible. Su abundante mostacho con algunas canas le hacía parecer mayor, pero solo tenía cuarenta y cinco años.

—Acabo de llegar a Bagdad —siguió Martínez—, estoy buscando un traductor que me ayude.

—Estaría encantado de poder trabajar con usted, la universidad me deja tiempo libre.

El iraquí estaba sentado con la espalda recta, poniendo los cinco sentidos en la conversación. El español le parecía un tipo serio y acelerado, en pocos minutos le había dejado claro lo que necesitaba sin hacerle las preguntas habituales en cualquier entrevista de trabajo. Quizás ya lo sabía todo sobre él.

—Trabajar para la embajada exige un nivel de mutua confianza. Lo que haga implicará una discreción total, no sé si eso supone un problema para usted.

—Ninguno, cualquier trabajo lo requiere.

A Martínez no le interesaban tanto las respuestas como los gestos de su futuro traductor. Las palabras se tiñen con facilidad de falsedades, pero el cuerpo reacciona ante preguntas comprometidas. Siempre y cuando el interlocutor no esté preparado para el juego de las manipulaciones.

—Lo más urgente es que cada mañana, si es posible a primera hora, me haga un análisis de prensa de las principales noticias y me las envíe por fax. Necesito saber de qué se habla en el país. Como habrá imaginado, sé poco árabe.

—No es problema, pero no tengo fax.

—Se lo proporcionaremos mientras trabaje para la embajada. También le iré detallando sobre qué tipo de informaciones necesitaré más adelante.

—Se lo enviaré antes de acudir a la universidad.

—También necesitaré que los primeros meses me acompañe a algunas reuniones. Intento conocer a gente representativa de todos los sectores. Si alguno habla inglés, no le necesitaré.

—¿Ha pensado en seguir estudiando árabe? Puedo arreglarle clases especiales para que progrese lo más rápido posible.

—Genial —dijo Martínez simulando coger con la mano abierta un poco de aire y encerrarlo dentro de su puño—. Y si le suma algo de inglés para mejorar mi conversación se lo agradeceré.

—Cuenta con ello.

Metódico y planificador, el delegado del CESID pasó al siguiente punto. Un aviso para navegantes.

—Usted es un tipo inteligente y respetable, salta a la vista. —Le doró la píldora antes de pasar al ataque—. Soy el consejero de Información y es fácil deducir que mi trabajo consiste en informar a mi gobierno de lo que pasa en Irak. El problema es que desconozco si usted esta tarde va a acabar hablando con mis colegas iraquíes ofreciéndose a espiarme.

Al Mayali se podía haber indignado, pero conocía bien lo que pasaba en su país.

—Vivimos en un régimen policial, señor. Aquí, como dicen en España, nadie saca los pies del tiesto porque sabe lo que le espera. Toda mi familia es chiita, somos mayoría en el país, nos miran mal porque los sunitas son los influyentes. Debemos tener mucho cuidado con posicionarnos frente a las autoridades. Trabajar para usted haciendo de traductor no tiene por qué suponernos problemas... a ninguno de los dos.

—La lealtad es básica para mí.

—La tendrá siempre conmigo. Si me ha llamado es porque le han dicho que soy uno de los millones de ciudadanos iraquíes que no simpatizo con Sadam, pero también que no hago nada en su contra. Como chiita soy sospechoso, espero no serlo para usted.

—Eso espero —añadió Martínez, que creía que el tiempo coloca a cada cual en su sitio—. Podemos hacer muchas cosas juntos, necesito rodearme de gente franca y le aseguro que si algo no perdono es la traición.

Había pasado el mediodía cuando Martínez abandonó la embajada para dar su paseo. Quería recorrer las calles del centro, donde había varios edificios históricos que visitaría cuando tuviera tiempo y estuviera más tranquilo. Al pasar por delante del palacio Abasí ya sabía por los libros que databa del siglo XII, una joya rodeada por otras muchas que recordaban a los turistas que estaban en la ciudad de *Las mil y una noches*. Para él era solo una referencia destacada, enlazada

a las calles que pasaban por allí y cuyos nombres había memorizado del mapa que tenía en su despacho. Se colocó delante del edificio de ladrillo admirando sus arcos. Fue una parada técnica para comprobar la distancia a la que le seguían los dos hombres que sin duda trabajaban para la Mujabarat. Girando los ojos pero no su largo cuello, advirtió que eran los mismos de la mañana anterior. Necesitaba más días para confirmarlo, pero le pareció que la vigilancia era aleatoria.

Siguió andando a buen ritmo, pero sin prisa. Se dio cuenta de que llevaba un rato sin toparse en la calle con un retrato gigante de Sadam Husein, cuyo despliegue producía en su pueblo más temor que admiración. Unos minutos después pasó por la Universidad de Al Mustansiriya. Se le acercó un chico de poco más de diez años para venderle una botella de agua. El calor era insoportable bajo aquel sol vengativo. Le dio unos dinares y le dijo unas palabras de su reducido vocabulario árabe. De la boca del chico, que hacía tiempo que no sabía lo que era una escuela debido a que el boicot internacional había obligado a los niños a ayudar a alimentar a sus familias, salió un borbotón de palabras acompañadas de gestos con las manos, de las que Martínez apenas entendió unas pocas sueltas. Volvió a mirar a sus perseguidores, se habían parado y simulaban charlar entre ellos.

Tras secarse con un pañuelo el sudor de la frente, delimitada por unas pronunciadas entradas, siguió con su plan. Notaba las gotas corriéndole por el interior de la camisa blanca de manga corta, una pesadez a la que esperaba acostumbrarse con el paso de los meses. Llegó al zoco de Al Mustansiriya y relajó el paso. Le encantó el laberinto de colores y olores, mezclado con un ambiente vocinglero que ya había conocido en otros mercados. Se paró en el puesto de un viejo orfebre desdentado y preguntó el precio de una vasija y un enorme plato circular dorado. No tenía intención de comprar, solo ganaba tiempo para controlar a los pesados de la Mujabarat.

Avanzó con parsimonia y se detuvo ante un puesto de comida. Le ofrecieron de todo; «Un kebab está bien», respondió en su limitado árabe. Seguía mostrando calma y despreocupación. Los dos hombres habían acortado la distancia, maniobra lógica en un seguimiento en el que el objetivo se mueve por un espacio laberíntico y con mucha gente. Un joven le ofreció dátiles con insistencia, se puso a su lado y le soltó una matraca en árabe con palabras sueltas en inglés, míster por aquí, míster por allá. Fue paciente, debía aparentar sosiego, que no tenía ninguna prisa. El datilero desistió cuando detectó una nueva presa.

Inesperadamente se montó un gran atasco. Por el estrecho espacio que dejaban los tenderetes a ambos lados de la calle se acumularon clientes en ambos sentidos, apareció un joven dispuesto a abrirse paso como fuera con su carro de mercancías y un grupo de turistas se quedaron parados tan panchos para apreciar un surtido de pañuelos rojos de fabricación siria y cestas de mimbre. Era la situación caótica esperada. Llevaba un rato controlando las callejuelas que partían de esa vía principal. Calculó los tiempos y se desvió por una que nacía a su derecha. Aceleró y se metió en una tienda grande de alfombras, escondiéndose en un rincón desde el que no veía la calle. Dejó transcurrir los minutos necesarios para que sus perseguidores pasaran de largo, y se dirigió al fondo, donde pidió a un empleado, en inglés y con gestos, que le mostrara alfombras pequeñas de pie de cama. Miró el reloj: la una y veinticinco.

Aceptó el té que le ofrecieron y regateó durante un rato, todo para dar tiempo a que los de la Mujabarat volvieran sobre sus pasos y lo encontraran comprando inocentemente. Pero no aparecieron. Cuando le habían atado con un cordel la pequeña alfombra, ya no se le ocurrió nada más que hacer y salió a la calle. Habían pasado veinte minutos. Se entretuvo un poco antes de abandonar el zoco. No quería que el espionaje iraquí pensara que se había escapado a una cita secreta, solo que sus perseguidores se sintieran ridículos.

Decidió deshacer el camino y, por suerte, se topó de frente con uno de los hombres, que frenó su paso acelerado cuando lo vio, al mismo tiempo que cambiaba la dirección de sus ojos hacia el puesto más cercano y se paraba para simular interés por un ventilador. Satisfecho, Alberto Martínez decidió que ya era hora de regresar a la embajada española.

Martínez bregaba todo el día y parte de la noche, a pesar de lo cual sus progresos eran escasos y no se sentía en absoluto satisfecho. Echaba mucho de menos a su mujer y a su hijo, sufría lejos de ellos, pero era consciente de que la soledad era un acicate para trabajar más y con mayor intensidad. Hablaban de vez en cuando y les escribía cartas animosas, describiéndoles una tarea complicada pero asimilable. Charo se había quedado tocada por su nuevo destino y Alberto intentaba que no se tensara más. Lo envolvía la necesidad de pensar que eran felices sin él, una convicción imprescindible para evitar una preocupación que complicara aún más su labor.

Su vida diaria había ganado en variedad gracias a las clases de árabe que recibía dos tardes por semana, dos horas cada sesión, y de conversación de inglés otra tarde. Los progresos le aportaban seguridad. Veía periódicamente a Al Mayali, que ya sabía discernir las noticias locales de su interés. Martínez era desconfiado, como cualquier espía, pero el iraquí se lo iba ganando poco a poco.

Bajó al sótano de la embajada, donde estaba el cuarto de comunicaciones, una sala preparada para garantizar que nadie oyera su conversación con la sede central del CESID, que se establecería mediante un satélite compartido con Estados Unidos.

Eran las doce, dos horas menos en España. Necesitaba hablar con su jefe. Habitualmente se comunicaban por escrito, pero ese día era importante que escuchara el mensaje de su propia boca. Le pidió a su ayudante que lo dejara todo preparado y se fuera.

—Hola, Alberto, ¿cómo va todo? —oyó al otro lado de la línea a Alonso, un teniente coronel con larga experiencia en La Casa.

—No todo lo bien que me gustaría —respondió sin tapujos.

—¿Qué es lo que te pasa?

—El aterrizaje no ha podido ser peor. La herencia de mi antecesor es prácticamente inexistente.

—No digas eso —le cortó—. Me lo escribiste al poco de llegar y te pedí un poco de paciencia, que te pusieras al día.

—Ya estoy en ello y sé que para hacer el trabajo que me encargaste voy a tardar, va a ser complicado.

—Empezar siempre lo es.

—Las fuentes de alto valor no existen.

—Cazaron a dos de sus fuentes. Fue un problema para él y para nosotros, porque nos redujo la información. Y ahora lo es para ti. Olvídate del pasado y haz una buena labor.

—No sé si esas fuentes existían.

—¿Qué dices? ¿Cómo no van a existir?

—Esto es un vacío completo. Si vieras lo que yo he visto, comprobarías que toda la información elaborada en los últimos años aparece en los informes que comparten otras embajadas y en los de expertos en seguridad.

—Estás tomándola contra un compañero sin pruebas, simplemente porque no te ha dejado el trabajo hecho. Es un síndrome muy común entre los recién llegados a una delegación, una reacción para superar el miedo a no dar el nivel exigido.

—Lo que me he encontrado no es lo que me dijiste.

—Tienes un ayudante.

—¿De verdad lo crees? —Martínez no podía controlar su malestar—. Solo me es útil para las labores de oficina y las transmisiones. Se acostumbró a no hacer nada con mi antecesor y ya es tarde para cambiarlo.

—Te veo muy preocupado por el pasado cuando tendrías que estarlo por el presente y el futuro, por cumplir con tu misión. ¿Qué tal con tus colegas locales? —preguntó el jefe para cambiar de tema.

—De momento me vigilan aleatoriamente, lo esperado. Intento no dar pasos en falso para tranquilizarlos y que no me vean como un peligro.

—Hemos puesto en tus manos un destino importante. Está bien que te adaptes poco a poco, pero necesitamos disponer cuanto antes de información sobre los movimientos del régimen. Sus relaciones internacionales y sus armas nos preocupan mucho.

—¿Cómo quieres que consiga algo si he heredado una mierda y tengo que empezar de cero?

—El tiempo pasa y dentro de unos meses eso no te servirá como pretexto. Olvídate de tu antecesor y consigue la información que necesitamos.

Eran las cuatro de la tarde, el termómetro marcaba 51 grados de temperatura fuera del Nissan Patrol blanco de Martínez. En su interior, gracias al aire acondicionado, Al Mayali y él, con camisetas de manga corta, no pasaban calor, y combatían con gafas oscuras los deslumbrantes rayos del sol. Era la primera vez que los dos iban juntos a algún sitio, un mes después del aterrizaje del agente español. Nada más salir, Flayeh se había ofrecido a indicarle el camino más corto, pero Martínez había rehusado.

—Creo que está dando mucha vuelta, hay una alternativa más directa —señaló el intérprete.

—No se preocupe, es que quería pasar por esta zona de Bagdad —dijo Martínez, que en opinión del iraquí miraba demasiado por los retrovisores exteriores—. Le agradezco que haya aceptado acompañarme.

—Me alegra serle útil.

—Cuénteme cosas de cómo vive la población el embargo —dijo para aprovechar el trayecto.

—Muy mal. Son muchos años sufriendo penalidades. Como sabe, el castigo de la ONU por la decisión de Sadam de invadir Kuwait fue la prohibición de importar todo tipo de mercancías que no sean alimentos y medicinas. Hay tráfico ilegal, claro, pero somos muchos millones.

—Veo muchos niños trabajando por la calle.

—Hay mucha pobreza. Nadie se preocupa de los necesitados, cada uno tiene que buscarse la vida como puede. Hay escasez de alimentos, de medicinas, de papel, de cemento. Lo sufre la gente normal al mismo tiempo que se refuerza el poder de Sadam, que es el que controla todos los suministros que entran en Irak.

Al Mayali siempre utilizaba un tono seco y cortante que al principio a Martínez le pareció áspero, pero había comprendido que era su forma de hablar español.

—¡La cantidad de petróleo que tienen es increíble!, solo Arabia Saudí posee más que ustedes.

—El petróleo no es del pueblo. Por lo menos, en el 96 se hizo el programa Petróleo por

Alimentos, que ayudó a aliviar la escasez.

Martínez aceleró de repente, giró por la primera calle a la izquierda, se desvió en la primera a la derecha para después levantar el pie del pedal y tocar suavemente el del freno. Recuperada la velocidad inicial estuvo un rato controlando el retrovisor. Había realizado una maniobra para despistar a sus seguidores, aunque más tarde los había esperado. Flayeh puso cara de no entender nada, pero no preguntó.

El agente estuvo a punto de seguir con la conversación, pero prefirió no hablar con su traductor del sistema de inspecciones que había acompañado a las sanciones con el objetivo de eliminar los misiles balísticos y las armas biológicas y químicas de Sadam.

Diez minutos después llegaron a su destino. Al salir sintieron un golpe de calor, a pesar de lo cual se pusieron las chaquetas. Los iba a recibir el imán sunita Al Husain, la única gran fuente que quedaba de su antecesor. Por los informes que había leído Martínez, la información que les aportaba era de gran valor y a cambio se llevaba un donativo. Era el inicio de su trabajo de campo.

Les abrió la puerta una mujer con velo que los condujo a una habitación con paredes ocres, casi sin muebles, en la que los esperaba el imán. Los invitó a sentarse en dos sillas que habían colocado frente a la suya. Vestía una chaqueta azul sin solapas y camisa blanca supuestamente cerrada hasta el cuello, pues la poblada barba encanecida solo permitía deducirlo. Llevaba un paño blanco de algodón que le envolvía la parte superior de la cabeza.

—Quiero darle las gracias por recibirme —fueron las primeras palabras protocolarias en español de Martínez, que Flayeh procedió a traducir al árabe, como haría a lo largo de la conversación.

—Le agradezco que haya venido a mi humilde morada. España e Irak somos pueblos hermanos, compartimos raíces muy antiguas en la historia. Usted y sus compatriotas siempre serán bienvenidos a esta tierra.

—Acabo de llegar a Bagdad y la primera visita que hago es a usted, el imán más respetado de la ciudad. Quería presentarle mis respetos y ofrecerme en nombre de mi país a lo que podamos ayudarle.

Tras cada intervención, Flayeh, al que ninguno de los dos miraba, traducía las palabras en el mismo tono neutro que ellos, pero sin mover las manos, como hacía exageradamente el imán. La misma mujer que los había recibido regresó con una bandeja con tres vasos y una tetera dorados que sirvió el mismo imán.

—Es muy amable de su parte. Mi pueblo sufre muchas penalidades, como usted habrá comprobado en los días que lleva en el país, por la imposibilidad de disfrutar las riquezas de nuestra tierra. Los imperialistas que quieren acabar con nosotros llevan años castigándonos injustamente. Nos falta de todo a lo que tiene derecho cualquier ser humano. Si no fuera por la bondadosa y atenta mano de nuestro líder, Sadam Husein, a quien Alá guarde muchos años, esto sería el caos.

—La guerra de Kuwait fue un desastre —añadió Martínez en tono indefinido.

—Una guerra, como usted sabrá, a la que nuestro líder se vio impelido a acudir cuando descubrió que los ladrones infieles de Kuwait nos estaban robando nuestro petróleo. Pero como eran amigos de los imperialistas americanos, los llamaron para que taparan sus vergüenzas.

—Mi antecesor me informó de la gran ayuda que usted le prestó.

—Espero seguir haciéndolo con usted.

—Me piden en Madrid —dijo el agente marcando distancias por si le molestaba la pregunta—

que le pida confirmación sobre informaciones reservadas que hablan de que Irak está intentando comprar armas en varios países.

—Puede informar, con total garantía, de que se equivocan, son bulos lanzados por los enemigos de nuestro gran líder. No tiene la intención de armarse. ¡Cómo lo va a hacer! —exclamó indignado—. Si no tenemos dinero ni para alimentar al pueblo.

Siguieron hablando un rato más, hasta que el agente introdujo el tema esperado por Al Husain.

—La situación en su país preocupa a mi Gobierno, deseoso de mantener unas excelentes relaciones con su pueblo. Me piden, si lo tiene a bien, que acepte un pequeño donativo, al que usted como imán sabrá sacarle provecho.

Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un sobre y se lo entregó. El imán se lo guardó de inmediato.

—Le doy las gracias en nombre de mi pueblo, esta contribución ayudará a mucha gente. Vuelva cuando quiera, siempre será bien recibido.

El agente y su traductor no intercambiaron palabra hasta que se subieron al Patrol. Martínez no tenía intención de comentar el contenido de la entrevista con Flayeh, pero este no pudo evitar meterse en un terreno en el que no debía entrar.

—¡Vaya perorata!

—Sí que conoce el idioma español —afirmó Martínez esbozando una sonrisa.

—Se escuchaba a sí mismo, hay que estar muy ciego para no ver quién es el responsable de lo que está pasando, quién nos metió en esa guerra infausta contra Kuwait y quién, años antes, decidió invadir Irán por su propia ambición. A Sadam nunca le ha importado su pueblo, es un asesino que sigue ahí por culpa de gente como Al Husain.

Martínez había arrancado el todoterreno y dedicó una mirada de sorpresa a su traductor. No esperaba que un encuentro tan diplomático le fuera a causar ese estupor.

—Cada uno tiene sus propias creencias, yo no intento juzgar a nadie. Lo que pasa —dijo mientras comprobaba por el retrovisor que los de la Mujabarat estaban detrás— es que las palabras no tienen el mismo significado para todos, usted y yo podemos escuchar el mismo discurso e interpretarlo de una manera distinta, dependiendo de nuestras experiencias. No sé si en estos temas sus vivencias han sido muy negativas, Flayeh.

El comentario personal pilló por sorpresa al iraquí. El español había interpretado con rapidez su cólera.

—Quizás se lo cuente otro día, cuando esté más sereno. Creí que habría investigado mi pasado.

«Eso es lo que debería haber hecho», pensó el espía. El vacío de información heredado lo había forzado a dar pasos arriesgados que en otras circunstancias habría meditado más.

—Le diré —siguió el agente dejando en el limbo la cuestión de los problemas de Flayeh con la dictadura— que el sobre que le he entregado con dinero es una herencia que me viene del pasado y he aceptado gustosamente. Llevarnos bien con los sunitas conviene a mi trabajo y a mi país. Lo que yo hago tiene mucho de diplomacia, se trata de establecer relaciones con mucha gente. Si eso le supone algún problema insalvable, este es el momento de sincerarse.

El traductor dejó pasar unos segundos, no muchos, mientras Martínez conducía vigilando el tráfico rodado a su espalda.

—Siento haberme descontrolado, no volverá a pasar. Quiero hacer este trabajo y lo que yo piense sobre algunas personas nunca afectará a mi rendimiento, y nunca, jamás, le dejaré en evidencia.

Por la noche, tras escribir a Charo, redactó un informe sobre la reunión con el clérigo:

El imán Al Husain es un radical servidor del dictador. Los sunitas son minoría frente a los chiitas, pero la presencia de Sadam les garantiza un estatus que perderían en el momento en que se fuera y la gente pudiera votar libremente en unas urnas. El peso de los votos les arrancaría todos los privilegios. Como fuente de información, su valor es escaso, más que lo que dice es interesante lo que calla. Mantendré una relación periódica con él para guardar las formas. Nunca se sabe si más adelante podría ser útil. Los de la Mujabarat me han seguido hasta su casa, he simulado un intento de escapar pero luego he dejado que me siguieran.

Martínez había abandonado la embajada con la idea de dar un pequeño paseo antes de retirarse a descansar. Su conocimiento de calles, plazas y callejuelas de Bagdad ya era casi perfecto. Había identificado diversos puntos donde quedar con sus futuras fuentes secretas, a los que podría llegar atravesando barrios por donde le sería más fácil dar esquinazo a sus perseguidores de la Mujabarat. Para los momentos posteriores a los encuentros, había estudiado distintos trayectos seguros por los que volver a la embajada o a su casa.

Los contactos hasta entonces habían sido abiertos, no temía que la identificación de las personas con las que quedaba supusiera un problema. El espionaje iraquí cambiaba a los equipos de seguimiento y el control se había vuelto frecuente pero no demasiado intenso. Mantenía la rutina de horarios porque aburría a los que le pisaban los talones, aunque en las siguientes semanas tendría que introducir cambios de cara a tener citas más discretas.

Ese día el paseo se vio trastocado al poco de empezar. Acababa de abandonar la zona de Mansur, donde estaban la mayoría de las legaciones diplomáticas, cuando confirmó que nadie lo seguía. A lo lejos se topó con la mirada fija de un hombre exageradamente musculoso vestido con traje y con el pelo rapado. Al aproximarse le hizo un gesto con la mano para que parara. Le enseñó un carné, le abrió la puerta trasera de un coche negro de representación y en árabe le pidió que entrara y se sentara junto a un hombre de mediana edad. El español supuso que eran de la Policía política. Le preguntó en inglés qué quería y el tipo duro repitió la orden, pero sin acercarse. Martínez optó por resistirse. Sacó su carné de diplomático y, expresándose en inglés, se negó a subir al coche. La persona que estaba sentada en el interior vociferó en el mismo idioma que era un mando de la Mujabarat: «Solo quiero hablar con usted». Ya había interpretado suficientemente el paripé de rebeldía y aceptó sentarse en el asiento trasero.

En cuanto cerraron la puerta, el chófer salió y los dos hombres se quedaron a solas. Su anfitrión iba vestido al estilo occidental con un traje claro y corbata gris. Le pareció exageradamente pulcro, como si ese fuera su principal atributo para cumplir la tarea más antigua en los servicios de inteligencia: «Los hombres más limpios, para los trabajos más sucios».

—Tranquilícese, señor Martínez, he venido a verle para que pudiéramos conocernos. Me llamo Al Sudani y soy el responsable de los asuntos españoles en la Mujabarat.

—Podía haberme telefoneado, habría ido a verle sin problema.

—No se me ocurrió, puesto que usted no nos anunció su llegada.

—Desconocía que el consejero de Información de la embajada española tuviera que informarles a ustedes.

—Su antecesor lo hizo, un buen tipo por cierto.

—No lo sabía.

—En nuestro trabajo no hace falta contárselo todo a los jefes.

Se notaba que el iraquí había organizado este tipo de encuentros más veces. Los dos mantenían

el cuerpo ladeado, un poco apoyados en las puertas, para crear distancia y poder mirarse a la cara. Martínez no había visto en persona a Sadam, pero tuvo la impresión de estar en su presencia, un parecido acrecentado por el poblado y negro bigote que seguramente ambos se teñían.

—Mis jefes deben saberlo todo —replicó el español en el mismo tono monocorde.

—Allá usted. A su compañero le fue bien tratando conmigo, le ayudé siempre que pude. Espero hacer lo mismo con usted, si así lo desea.

—Claro que sí, estoy en su país y me parece bien que colaboremos.

—Se mueve mucho, me dicen que le gusta andar de un sitio para otro.

—Bagdad es una ciudad muy bonita.

—No infravalore mi inteligencia, a los espías como usted les dan igual los monumentos y los zocos.

—Siento que mi gusto por conocer la capital le parezca una pantomima, me encanta la cultura.

—No ha entrado en ningún museo.

—Veo que han estado siguiéndome.

—Es mi trabajo, señor Martínez. No tengo problemas con que pasee sin parar, que viva la vida como le guste, usted es occidental, no iraquí. Pero nos gusta que los extranjeros respeten nuestras normas, no que vengan a agitarnos el país.

—Espero no haber hecho nada que le haya molestado. —El español se había puesto en modo zen, midiendo las palabras para no disgustar a su interlocutor. No le interesaba un enfrentamiento.

—Hasta ahora no, por eso he venido a verle. Prefiero advertirle ahora para que no caiga en lo que hacen otros colegas suyos.

—Me intriga, ¿qué es lo que hacen? —No pudo evitar ponerse un poco borde.

Al Sudani no se dio por enterado o prefirió pasarlo por alto.

—Hay grupos que luchan contra el régimen, que quieren derrocar a Sadam Husein por cualquier método. Son muchos y no cejan en su empeño. Estados Unidos y algunos de sus aliados los apoyan mandándoles dinero y armas. Espero que España y su representante aquí, usted, no se manche las manos con esa mierda.

—El representante de mi país es el embajador, yo soy uno de sus consejeros. Mi labor es informar de lo que pasa aquí para que mi Gobierno adopte las decisiones oportunas —dijo marcando distancia, para luego acercar posturas—. Somos un país amigo, Irak y España tienen raíces comunes antiguas. Estoy aquí para contribuir a unir a los dos pueblos.

El jefe de la Mujabarat dejó traslucir un gesto de disgusto.

—Si sus palabras son sinceras y salen de su corazón, no tendrá ningún problema conmigo. Si son parte de un discurso inventado y me engaña, tendrá que atenerse a las consecuencias. Le vigilaré de cerca y, si hace falta, tomaremos las acciones de respuesta correspondientes.

Martínez estuvo a punto de preguntarle si lo torturaría o lo mataría, pero se mordió la lengua ante sus amenazas poco veladas.

—No tuve problemas con su antecesor —siguió Al Sudani— y espero no tenerlos con usted. Cuando necesite información puede acudir a mí, le ayudaré en lo que pueda. Puedo abrirle muchas puertas, pero también cerrárselas.

—Tomo buena nota.

—Espero que su mujer y su hijo vengán pronto a hacerle compañía.

Martínez lo miró sin mover un músculo de la cara. Mencionar a su familia podía interpretarse como una nueva amenaza.

—Ahora mismo no, tengo mucho trabajo y no podría atenderlos, pero espero que en el futuro lo

hagan.

—Muy bien —siguió el iraquí tendiéndole su mano abierta—, espero volver a verle pronto.

Martínez se encontró en la acera mirando cómo se alejaba el coche y echó a andar por la misma calle sin rumbo fijo. No se había alejado más de trescientos metros cuando oyó una trifulca. Pensó en darse la vuelta, pero le picó la curiosidad y se acercó. Tres hombres de paisano le estaban propinando una paliza a un chico de unos dieciséis años que gritaba: «Mentira, mentira, no, no». Uno de los que lo golpeaban con una porra le decía a voces, para que todos lo oyeran: «Has insultado a Sadam, no lo niegues». Los golpes le caían al joven indefenso por todo el cuerpo. Uno se cebaba en su cara ensangrentada y en los brazos con los que intentaba protegerla, otro parecía empeñado en romperle las costillas con golpes certeros y el tercero se ensañaba con las piernas y los pies. La gente cambiaba de acera y algunos contemplaban la escena a unos pocos metros. Cada vez que el agredido gritaba, por su boca salían flemas de sangre que iban a parar a la camisa del agresor más próximo. El chico era un objetivo fácil para los agentes que, sin prisas, le destrozaban el cuerpo en mitad de la calle con la clara intención de dar un escarmiento público a los opositores al régimen. Un coche paró y lo metieron a la fuerza sin que sus patadas sirvieran para evitarlo. El que mandaba, antes de llevárselo, miró con gesto chulesco y de provocación a Martínez.

El espía español se había quedado petrificado intentando digerir que aquella paliza era, única y exclusivamente, porque había insultado al dictador. No podía creerse que Al Sudani hubiera montado ese número para amenazarlo, pero las dudas volvieron cuando unos minutos después, a unos metros de su casa, en la acera de enfrente, un coche aparcado con dos hombres dentro, que lo miraban desafiantes, recalcaba el mensaje del día: «Ten cuidado, la Mujabarat te vigila».

Unas noches después, Martínez invitó a cenar a Al Mayali a su casa. Quería conocerlo mejor y nada más apropiado que compartir un rato de conversación fuera del despacho oficial.

—He hecho tortilla de patatas. De un asturiano como yo se espera que prepare una fabada, pero lo dejo para cuando venga mi mujer, que es quien mejor la cocina.

Cenaron en la mesa del comedor y después fueron a sentarse a la zona de los sillones. Por la noche bajaba la temperatura, siempre por encima de los 20 grados, a pesar de lo cual Martínez encendió el ventilador. Sonó el teléfono, pidió disculpas y se acercó a descolgarlo. Preguntó quién era, nadie contestó. Repitió dos veces la pregunta elevando la voz y solo obtuvo el silencio. Colgó y volvió a sentarse.

—El otro día tuve una experiencia curiosa con un jefe de la Mujabarat que vino a leerme la cartilla sobre cómo me debía comportar.

—Lo quieren controlar todo.

—Sí, debía habérmelo imaginado. —No le mencionó la escasez de información de su antecesor sobre su relación con Al Sudani—. No sé si sabe que este es mi primer destino en el extranjero.

—Aparenta tener experiencia.

—Gracias. —Sonrió—. Este país es especial, me está resultando apasionante. En parte, gracias a su ayuda.

—Tenemos una cultura y unas tradiciones muy antiguas, solo ensombrecidas por algunos personajes turbios. Irak siempre ha tenido muchas riquezas, preciosos monumentos, y la población ha sido feliz.

—Noto en la cara de mucha gente el miedo, aunque tantos años de dictadura hacen que parezcan

acostumbrados.

El comentario no fue baladí. Quería llevar la conversación a un terreno personal, deseaba que Flayeh se sincerara con él, que le diera argumentos poderosos para asentar su confianza, necesitaba tenerlo de su lado para la fase más arriesgada que iba a comenzar en su trabajo.

—Nadie se acostumbra a eso, igual que los españoles nunca se acostumbraron a Franco. Los que estaban con él, igual que los que están con Sadam, viven alejados de los problemas mirando para otro lado cuando algo los puede perjudicar. Los perseguidos intentan llevar una existencia lo más normal posible, saben que su vida no vale nada.

—La gente como usted vive relativamente bien. —Lanzó el anzuelo cerca de los ojos del pez.

—Es verdad, soy afortunado de tener un trabajo en la universidad y de poder colaborar con usted ahora, pero eso no quiere decir que mi familia y yo seamos felices.

—El otro día, tras mi entrevista con el jefe de la Mujabarat —recordó Martínez—, asistí a una escena tremenda. Unos tipos de paisano le dieron una paliza brutal a un joven en plena calle, a la vista de todo el mundo, al parecer porque había hablado mal en público de Sadam, y luego se lo llevaron en un coche. Los que paseaban por la calle se alejaron del suceso como si no fuera con ellos.

—¿Usted hizo algo? —preguntó el iraquí molesto.

—No, me quedé mirando sorprendido.

—No recrimine a la gente lo que usted tampoco se atrevió a hacer.

—Entiendo lo que es el miedo.

—Ni lo entiende ni lo ha experimentado. No sirve de nada albergar deseos de venganza porque no hay nada que hacer contra una Policía política que actúa amparada en la sospecha y la delación. En unas pocas horas, son capaces de conseguir que el inocente que detienen firme una declaración reconociendo cualquier barbaridad. Después nadie volverá a saber de él.

El español notó que Al Mayali había entrado en la conversación dejándose llevar por el clima hogareño, pero el tema lo había puesto en efervescencia, lo desbordaba.

—Esa es una acusación muy grave, hay que demostrarla.

El iraquí estalló ante las palabras intencionadamente poco afortunadas del agente.

—Lo digo por propia experiencia —afirmó airado—. Mi hermano fue detenido en varias ocasiones en 1980. Lo torturaron salvajemente. —Se le quebró la voz y las palabras empezaron a salir de su boca empapadas de dolor—. Lo obligaban a desnudarse y a sentarse encima de una botella hasta que se la introducía por el ano, le echaban agua hirviendo en la cabeza y lo colgaban de un ventilador. —No pudo reprimir el llanto y se tapó la cara con las dos manos. Cuando se calmó un poco concluyó la historia—: El 30 de noviembre, aquí en Bagdad, a plena luz del día, fue secuestrado, como el chico que vio usted, por cuatro hombres armados. Desapareció, no volvimos a saber de él.

Martínez había descubierto su secreto. Lo contempló sentado en el sillón mientras sollozaba ruidosamente. Lo había inducido a abrirle su corazón y ahora sabía que podía confiar en él. Antes de traicionarlo con la Mujabarat se lo pensaría mucho. Flayeh no verbalizaría en público su odio a Sadam, pero él y su familia harían cualquier cosa por arrancar esa truculenta página de la historia de Irak.

Martínez intentó calmarlo sincerándose sobre su propia vida privada.

—No sabes cómo te entiendo —dijo tuteándolo por primera vez—. Perder a las personas más importantes de tu vida es algo dramático. Crees que es el fin del mundo, pero no te queda otra que seguir adelante. A los cinco años perdí a mi padre cuando se electrocutó por accidente, me

produjo un enorme vacío, imposible de llenar, que todavía hoy siento. Me fui a vivir con mis abuelos a Gijón y unos años después mi abuelo, al que tanto quería, murió arrollado por un tren. No nos queda otra alternativa que seguir peleando... sin olvidarlos nunca.

*E*ran las dos de la madrugada cuando el despertador pegó un bocinazo para que me despertara. Martínez había establecido una cita por vericuetos complicados y lentos con el clérigo chiita Al Jamil, muy influyente dentro de su comunidad y mal visto por el poder dominante sunita. Las dos corrientes compartían las mismas prácticas religiosas y rendían culto a las enseñanzas del Corán. Para los sunitas el líder espiritual podía ser un hombre justo, bueno y estudioso, para los chiitas debía ser necesariamente un descendiente directo del profeta Mahoma. Las diferencias se habían acrecentado con el paso de los siglos y en ese momento se odiaban profundamente. Diferencias que a Martínez no le parecían insalvables, pero que habían partido en dos el mundo musulmán: Arabia Saudí era la principal potencia mundial sunita; Irán lo era entre los chiitas. Dado que en Irak el poder estaba más cerca de la minoría sunita, el agente español prefería que la Mujabarar no se enterara de su acercamiento a los opositores. Por eso y por otra peliaguda razón en la que prefirió no pensar.

Los días anteriores había confirmado la ausencia de vigilancia nocturna en los alrededores de su casa. Al salir a la calle comprobó que no había sospechosos, se subió al Patrol y emprendió el camino por la ruta ya seleccionada a Thawra, la mayor barriada de Bagdad y la más pobre, donde vivían hacinadas cientos de miles de personas. Condujo despacio, con precaución, a pesar del escaso tráfico.

En las últimas semanas había estado empapándose de lecturas sobre Sadam Husein. Intentaba meterse en su cabeza, inferir cómo pensaba, por qué actuaba de una u otra forma. Se había documentado antes de dar el salto a Irak, pero necesitaba más, los rasgos de su personalidad le obsesionaban. Desde temprana edad, Sadam había sido un tipo radical y belicoso debido a un ambiente cruel y lleno de penalidades. Nació en la mísera aldea de Ouja, donde su familia vivía en la indigencia. Para colmo, su padre murió cuando era muy niño y su padrastro lo maltrataba sin que su madre se apiadara de él. El espía entendía que, al no ser un chico apocado, reaccionara frente a sus semejantes con una violencia inusual, a la que no puso freno el tío salvador que lo acogió y que mantenía su propia batalla contra el sistema. De joven adquirió un tono físico intimidante, buscaba gresca y estaba dispuesto a cualquier cosa para granjearse un futuro mejor. Siempre en primera línea, dispuesto a golpear y matar. Comenzó a hacerlo por los ideales políticos de su tío, que no tardó en hacer suyos. Para alguien que actuaba así de joven, como única forma de sobrevivir, era lógico que al alcanzar el poder supremo no respetara la vida ajena para imponer sus ideas.

Llegó a las proximidades de la dirección de Al Jamil, decidió aparcar varias calles antes y seguir a pie. Abrió la puerta, sacó la pierna y metió el zapato en un barrizal. Imposible haberlo visto, la única luz procedía de una luna llena que se había apiadado de una calle sin farolas. El barrio fue levantado por un Gobierno anterior a Sadam para dignificar a cientos de miles de agricultores que habían emigrado a la ciudad y vivían en pésimas condiciones. Nunca habían

salido de la penuria económica, convirtiéndose así en caldo de cultivo para los movimientos antisistema, cuyos militantes habían encontrado el enclave perfecto para esconderse de la persecución. Con el paso de los años el chiismo había interpretado el papel redentor y protector convirtiendo el barrio en el arrabal más odiado por el régimen, que, como respuesta, ignoró a sus habitantes y no hacía nada por paliar sus problemas para sobrevivir.

Los edificios cercanos eran bloques de hormigón, todos de color caqui y en un estado cochambroso. Había algunos hombres tirados en la calle, una especie de mendigos en el barrio más pobre de la ciudad. Martínez oía sus propios pasos, mientras fijaba su mirada en el suelo irregular de arena y piedras. Solo subía la vista para intentar localizar la casa de la reunión. Se sorprendió al dar con ella. Esperaba algo distinto, con mejor presencia, pero no se distinguía en nada de las demás. Siguiendo las instrucciones del intermediario, golpeó con los nudillos dos veces en la puerta, esperó y volvió a tocar otras dos.

Abrió una mujer con la cara cubierta y un vestido hasta los pies. Lo invitó a entrar con un gesto de la mano y lo guio hasta una habitación recién pintada e iluminada por velas, con mejor aspecto de lo que hacía presumir la fachada. No había muebles, solo alfombras y tapices negros con inscripciones religiosas. En pie lo esperaba el clérigo, un poco por encima de los cincuenta años, elegante con su camisa amplia azul grisáceo con cuello Mao, barba poblada, capa y turbante negros.

Martínez pronunció sus primeras palabras en árabe, pero como todavía no se sentía seguro le pidió conversar en inglés, conocedor de su dominio del idioma. Al Jamil lo invitó a acomodarse en una estera amplia y gruesa.

—He venido a visitarle porque no hace mucho llegué a Irak y quiero conocer lo mejor posible lo que está pasando —repitió la frase de siempre—. Querría establecer con usted una relación cordial.

—Me cuentan que lleva unos cuantos meses en Bagdad, imagino que ya sabrá muchas cosas. Me alegra que también quiera conocer lo que pensamos los chiitas —dijo en voz bastante baja y sin alteraciones, dirigiéndole una mirada inquisitorial.

—He podido comprobar —el agente entró en el tema sin rodeos— que el régimen es implacable con la disidencia.

—Mi gente es perseguida por todo el país. Cuando necesitan carnaza para morir en los frentes de batalla no diferencian por ideas religiosas, pero luego los chiitas somos siempre sospechosos de querer acabar con Sadam.

—¿Qué piensa usted que le mueve? —preguntó con medida inocencia y sin retirar en ningún momento la mirada del clérigo.

—Solo el poder. Hará cualquier cosa por perpetuarse. Comenzó la guerra contra Irán sin ninguna justificación, con el apoyo de Estados Unidos y Rusia, y tuvo a nuestra juventud muriendo durante ocho años. Después llegó la invasión de Kuwait, cuyos mayores saqueadores fueron sus hijos, porque necesitaba tener ocupado al pueblo en una guerra, sin preocuparle que sus viejos amigos americanos lo fueran a echar a patadas, algo que él ya sabía. La consecuencia de esas guerras son las penalidades que sufre ahora el pueblo, pero él sigue construyendo los palacios más lujosos con ostentosa grifería de oro, sin importarles la miseria de la gente.

—No parece muy religioso —comentó sabiendo que Sadam no lo era.

—Lleva una vida occidental, importa los mejores alcoholes, se acuesta con las mujeres de sus generales y acumula una riqueza sin fin. Sus hijos han salido a él, vividores sin límite, haciendo lo que les da la gana. Son una vergüenza para nuestra religión. —Frenó moviendo los hombros como

diciendo que sobran las palabras, para, a continuación, cambiar de tercio—: Usted no ha venido aquí para hablar de cómo es Sadam, ¿verdad?

Martínez estaba disfrutando de la conversación, no era fácil escuchar de labios de un opositor iraquí palabras críticas sobre el dictador. La tenue iluminación de las velas y el silencio apaciguador de la noche habían creado un ambiente de intimidad a altas horas de la madrugada. Había llegado el momento de entrar en un terreno más abrupto, el de insinuar sin llegar a decir.

—Mi país quiere mantener una buena relación con el suyo. No necesariamente tenemos que aceptar las circunstancias de Irak tal y como están. Saber cosas ayuda para poder cambiar la situación.

—No entiendo qué quiere decirme.

—Lo siento, creo que no me he explicado bien.

—Le ayudaré. Pero no piense que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para quitar al sátrapa. Debo preocuparme por ser la voz de mi gente, defender sus derechos contra la injusticia y denunciar al Gobierno cuando no actúa bien.

—Nunca le pediría nada que vaya contra sus principios —dijo manteniendo un tono monocorde—. Creo que España puede facilitarle medios para conseguir sus objetivos. Podemos ayudar a su gente, no somos muy potentes, pero algo seremos capaces de hacer. —Esta vez sí que había lanzado el mensaje envuelto en una cortina de humo, pero sobradamente claro para que el clérigo lo entendiera.

Martínez sacó del bolsillo un sobre, acción complicada porque seguía sentado en el suelo y porque una pierna se le había dormido. Lo puso sobre la estera, junto al clérigo.

—Es verdad que la sinceridad con la que yo le he hablado no es frecuente en Irak —dijo Al Jamil—, pero no voy a traicionar al Gobierno con un país extranjero. Acepto su ayuda porque hay muchos encarcelados y sus familias la necesitan. Si a pesar de lo que le he dicho quiere mi colaboración puntual, la podrá tener.

—Solo quiero conocer el terreno en el que me muevo, que su comunidad sepa que les entendemos.

Las palabras del agente español no eran del todo ciertas. Mantenían una reunión clandestina en la que habían tomado las precauciones necesarias para que no los detectara la Mujabarat. Pero no confiaban el uno en el otro. Para Al Jamil, Martínez podía ser amigo de la Policía política. Y para Martínez, Al Jamil podía venderle a Sadam por un plato de cuscús. Por eso actuaban como en el primer asalto de un combate de boxeo, en el que los contrincantes se limitan a observar y analizarse. No obstante, Martínez arriesgó intentando sacar rendimiento del sobre entregado, aunque, si se había equivocado al elegir al líder chiita adecuado, no tardaría mucho en hacer la maleta y abandonar el país expulsado.

—Una cosa me gustaría preguntarle antes de irme. Sé que los chiitas tienen buena información de lo que pasa en el interior del Gobierno. Mi curiosidad es por las armas químicas y biológicas que Sadam utilizó contra los iraníes. ¿Usted cree que las sigue fabricando?

Al Jamil se quedó sorprendido, el rictus de su cara lo delató, aunque aceptó la osadía del español.

—Desconozco esa información, que yo sepa nadie entre los chiitas espía al Gobierno. Pero si quiere mi sincera opinión, le diré que ya no se fabrican, eso pertenece al pasado. Con las sanciones impuestas por la ONU se paralizaron los programas de ese tipo de armas, aunque es posible que en algún recóndito lugar sigan con algo, a menor escala.

El clérigo se levantó tras coger el sobre y guardárselo, y Martínez lo imitó. Al Jamil llamó a la

mujer y escribió algo en un papel.

—Cuando quiera verme, vaya a esta tienda y deje un mensaje. Regrese al día siguiente y tendrá una contestación.

Al salir de la casa, Martínez sintió una corriente de aire fresco, más por el cambio de ambiente que por la temperatura. Miró a todos lados, la calle seguía desierta, y se acercó a su coche. El primer contacto había sido satisfactorio, todo con sobreentendidos, pero no podía ir más allá. Irak era un terreno de arenas movedizas, debía actuar con precaución. El dinero abre puertas, aunque la rentabilidad no siempre es la deseada. La labor del espía se justifica por los resultados. Si son buenos, los métodos y las desviaciones de la moral se dan por bien empleados. Cuando se está sobre el terreno y, especialmente si se es joven, se emplea cualquier medio entendiendo que todo vale para conseguir un bien superior, el del propio país.

Llevaba siete meses en Irak y empezaba a sentirse a gusto. Había dejado de pensar en su antecesor y enfilaba el camino que él mismo iba construyendo. Tenía que aumentar la calidad de la información y conseguir que en Madrid estuvieran contentos. Antes o después, la Mujabarat descubriría sus devaneos con los grupos opositores y lo marcaría más de cerca, pero de momento, tras leerle la cartilla, le habían dejado tranquilo. En los próximos meses ampliaría sus relaciones fuera de Bagdad. Y esperaba que Al Jamil y otros grupos críticos con Sadam lo ayudaran. Era muy importante que el líder de una de las brigadas terroristas chiitas lo hubiera recibido y estuviera dispuesto a colaborar.

*Madrid, marzo de 2001*

*E*l Centro de Comunicaciones del CESID estaba situado dentro del complejo de edificios de la sede central, en la avenida del Padre Huidobro. José Antonio Bernal llevaba trabajando allí seis años. Era sargento radiotelegrafista del Ejército del Aire y le encantaba su profesión. Cada día recibía, junto a sus compañeros, las transmisiones por vía segura que les enviaban los agentes destinados por todo el mundo. También estaban encargados de escuchar interceptaciones telefónicas o por micrófonos, procedentes de diversas embajadas extranjeras en Madrid.

Aquella jornada había sido distinta, estaba inquieto. Bernal no había dejado de darle vueltas a la entrevista que iba a mantener con el jefe de su división. Había decidido apuntarse a una vacante de viceconsejero de Información en Irak para la que reunía todos los requisitos. La posibilidad del nuevo destino le tenía entusiasmado, le parecía una experiencia emocionante. El proceso de selección estaba en marcha: quedaban doce candidatos y esperaba contar con el respaldo fundamental de quien mejor conocía sus habilidades técnicas y personales.

—Siéntate, Bernal —lo invitó el responsable máximo del Centro de Comunicaciones.

El despacho era austero. Un armario discreto, una librería medio vacía, tres sillas incómodas y un escritorio de toscas patas sobre el que solo había un pequeño marco de fotos de madera y el informe que estaba leyendo, que cerró de inmediato en cuanto entró su subordinado.

—Tú me dirás —lo apremió, aunque en tono amable.

—Verá, señor, como le adelanté, me he presentado a la convocatoria de una plaza en Irak, y estoy entre los preseleccionados. Venía porque me gustaría contar con su apoyo, es muy importante para que sea elegido.

El jefe se mostró distante.

—Ya sabes que te aprecio, eres uno de mis mejores hombres, cumples muy bien tu labor y allá donde estés en el futuro dispondrás de las cualidades técnicas y humanas para triunfar.

—Entonces, ¿me va a apoyar?

—Precisamente por lo que te he dicho no lo voy a hacer.

—No le entiendo —dijo descolocado.

—No quiero prescindir de ti. Entiendo que Irak es una nueva experiencia, eres joven, tienes ganas de cambiar y allí se gana más dinero. Pero yo tengo que mirar por el trabajo que hacemos aquí, y no, no voy a apoyarte.

—Trabajo muy duro, creo merecérmele.

—No digo que no tengas razón, simplemente mis criterios son distintos a los tuyos. Pero no te agobies, soy uno más a la hora de escoger candidatos. Si el resto de los seleccionadores te respalda, lo conseguirás.

—Su opinión es la más importante.

—Así están las cosas —señaló concluyendo la conversación—. Te deseo suerte.

Bernal salió del despacho descorazonado. Hay cariños que matan y ese era uno de ellos. No era justo. Trabajaba mucho y bien, siempre se esforzaba al máximo. Ahora resultaba que en lugar de premiarlo, le ponían zancadillas.

Sobre la marcha, al salir de la sede optó por acercarse a casa de sus padres. Pensó en pedir consejo a quien siempre había sido su mejor asesor y el más sincero, su padre, capitán retirado del Ejército del Aire. Por el camino su enfado aumentó. Había ocupado el número uno en las oposiciones a radiotelegrafista, puesto en el que había permanecido los cuatro años de carrera hasta salir de sargento. Al llegar a su primer destino, ya había recibido tres medallas por los méritos acumulados. Nadie trabajaba tanto y tan bien como él. Tendría que resignarse simplemente porque el jefe de su división lo quería en el Centro de Comunicaciones. Llevaba allí el suficiente tiempo para dar un paso adelante en su carrera y un destino en el extranjero lo ayudaría mucho en el futuro.

Al llegar a Cuatro Vientos, le abrió la puerta su madre y se fue con ella a la cocina, donde estaba preparando la cena. Un ritual establecido en su etapa colegial: acompañarla mientras cocinaba y charlar sobre cómo le había ido el día. Él hablaba y hablaba, le comentaba sus inquietudes y líos. Mientras estudiaba el COU su principal preocupación fue su novia Virtu, con la que más tarde se casó. Cuando preparaba la oposición para entrar en el Ejército del Aire le transmitía su nerviosismo: «Ay, mamá, ¿y si no apruebo?». Tanto tiempo pasaba en la cocina que se había convertido en un buen cocinero, y en el ojito derecho de su madre.

Después se fue al salón a hablar con su padre, muy parecido a él, moreno, de gran estatura y porte militar.

—Papá, tengo un problema.

Desde que José Antonio hijo entró en el CESID, las conversaciones sobre temas laborales habían disminuido entre ellos. Antes, la pertenencia de ambos a la Fuerza Aérea los llevaba a compartir charlas y anécdotas sobre el trabajo y los compañeros que pasaban por sus vidas. Desde que había entrado en el servicio de inteligencia, José Antonio padre había respetado el mutismo de su hijo. Incluso tuvo que ser él quien un día le preguntara dónde estaba destinado: «No me engañes, que nunca vas de uniforme». Al ponerle entre la espada y la pared, meses después de su ingreso, descubrió que su hijo se había convertido en espía.

—Cuéntamelo, Jose.

—Quiero irme destinado a Irak, pero es muy difícil. Hemos quedado doce en la selección y el problema más gordo es que mi jefe de división no quiere que me vaya, y si me pone pegas, la plaza no me la van a dar.

El padre fue rápido en plantearle la solución que demostraba que la línea recta no es siempre el camino mejor.

—Ya sabes que tengo un amigo importante ahí, habla con él y le dices de mi parte que quieres ir a Irak.

—Papá, tú no sabes quién es ese.

—Es mi amigo.

—Yo no tengo poder para hablar con ese jefe del servicio, tiene un puesto muy alto y no está en mi división.

—Vamos a ver —reflexionó—. Te voy a dar una invitación para que vayas al Trofeo General Jarrín de Orientación, que organizo yo. Seguramente te preguntará qué es lo que quieres.

*Bagdad, mayo de 2001*

*E*l Tigris es un inmenso río de 1900 kilómetros que nace en los montes Tauro de Turquía, recorre ampliamente Irak y, al atravesar Bagdad, actúa como un oasis que genera vida a su alrededor. Embarcaciones de poco calado navegan por su curso ofreciendo a sus pasajeros una visión original de la grandeza de sus edificios milenarios y fondean en diversos atraques para celebrar fiestas a bordo.

Durante el día la temperatura había alcanzado los 35 grados. El sol estaba maniobrando para retirarse, pronto serían las siete de la tarde y corría una brisa reconfortante. Martínez, con un traje ligero sin corbata, había decidido acudir al cumpleaños de un alto cargo del Ministerio de Defensa iraquí. Estaba cansado, acababa de regresar de un viaje de tres días por Diwaniya y sus alrededores. Lo había acompañado Al Mayali, nacido allí y perteneciente a una familia relevante, para acercarlo a las costumbres de la región y a sus habitantes. Un viaje productivo e intenso, nuevos contactos interesantes. Una porción más de Irak para guardar en su mochila.

Mientras se acercaba en coche al amarre del barco restaurante, en el barrio de Masbah, en el sur de Bagdad, meditaba sobre los once meses que llevaba allí. Desde que se reunió por primera vez con el clérigo chiita Al Jamil, había conseguido no solo asentar una colaboración con él, sino contactar con otros grupos opositores. Unos eran más activos que otros, algunos actuaban como guerrillas, pero la información había comenzado a brotar, que es de lo que se trataba. Información de calidad que enviaba periódicamente a Madrid.

Se aproximó al barco, escuchó la música de violín que estaba amenizando la fiesta y le llegó el aroma de lo que prometía ser una succulenta cena. Pasaría la velada en compañía y luego escribiría a su mujer, de la que llevaba varios días sin saber nada. Trabajar tanto era un escape para no pensar en lo lejos que estaba de los suyos.

—No sabía si vendría.

Al Sudani, el jefe de la Mujabarat que lo asaltó en la calle al poco de llegar, lo esperaba en la cubierta, al otro lado de la escalerilla de acceso.

—Las fiestas son uno de los pecados a los que estamos obligados los diplomáticos —repuso Martínez.

—Beba agua como yo en lugar de cerveza y así, aunque sea católico y lo tenga permitido, no me escandalizará.

—Seguro que para escandalizarle a usted hace falta algo más que un botellín de cerveza.

—En Irak somos tolerantes, incluso con algunos de los nuestros que beben alcohol. Pero cuénteme, ¿qué tal por Diwaniya?

El barco, de cincuenta metros de eslora, albergaba ya a unas sesenta personas. La cubierta había sido despejada para colocar unas pocas mesas y permitir el movimiento de los invitados, que en su gran mayoría permanecían de pie. A babor había una barra con una exposición de platos

variados junto a otra de bebidas. Iraquíes y extranjeros mezclados charlaban en corrillos, solo interrumpidos por el deambular de los camareros.

—Es una zona muy bonita, no quiero irme sin conocer todo lo que pueda de Irak.

—Ya he podido comprobar que se mueve mucho por todo el país y se reúne con mucha gente.

—Es mi trabajo. Y el suyo controlarme.

—Yo no le controlo, Martínez, le vigilo.

—No me había dado cuenta.

Se habían quedado cerca de la proa, un poco apartados. Un camarero les ofreció bebidas. Al Sudani cogió un vaso de agua con burbujas y Martínez una cerveza.

—No se haga el tonto conmigo —le dijo el iraquí con la sonrisa prepotente del que lo sabe todo—. A veces intenta escapar del control de mi gente y eso es porque no quiere que sepamos dónde va.

—Lo que pasa es que a veces me pierdo porque desconozco las calles y las carreteras. Y no me había dado cuenta de que me seguían, no veo para qué.

—Usted me cae bien, Martínez. Le voy a dar un consejo: tenga cuidado por donde se mete, hay muchos delincuentes que le pueden dar un susto. A la gente no le gustan los amigos de los americanos.

—España es un país amigo de Estados Unidos, pero también de Irak. Estamos dentro de Europa y eso sí que nos marca, pero nada más.

—Algunos de sus colegas europeos que hay aquí no hacen otra cosa que interesarse por el petróleo que nos controla la ONU.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo hacen? —preguntó retirando la mirada del jefe de la Mujabarat y dirigiéndola hacia el resto de los invitados.

—Todos quieren quedarse con nuestro petróleo, nuestra mayor riqueza. A usted no le veo muy interesado.

—Para los temas de economía tendrá que hablar con el consejero comercial de mi embajada.

El interrogatorio acabó gracias a la aparición de Abarnou, el representante del servicio secreto francés.

—Si me permite, Al Sudani, quiero presentarle un amigo a mi colega español.

Lo cogió del brazo y se lo llevó al meollo de la fiesta.

—Me debes una, te acabo de salvar del carnicero. Cuando te he visto desviar la mirada de su sucia cara, me he dado cuenta de que me necesitabas. Si coincidieras más con él, no tendría que leerte la cartilla con tanto entusiasmo.

—Sí que te debo una.

Abarnou estaba en los cincuenta, poca estatura y mucha tripa —justo al contrario que Martínez—, calva prominente, siempre sonriente y sudoroso, con la apariencia de llevar toda la vida en el país.

—Los de seguridad se ponen nerviosos cuando nos movemos mucho. Mira a Weber, no sale de la embajada de Alemania, se pasa el día haciendo informes sobre no sé qué, y se lleva fenomenal con Al Sudani.

—A ti te respeta mucho.

—No creas, simula buena relación, pero también me lanza amenazas. Le encanta hacer que te sientas su presa y que notes lo que le emociona cazar. Le encantaría quitarme de su vista, pero no se atreverá a expulsarme, no le interesa enfrentarse con Francia.

—¡Vaya, el orgullo francés!

—No creas, a estos hay que ponerlos en su sitio. Por cierto, ¿te has enterado de lo que pasó ayer con uno de los hijos de Sadam?

—Ni idea, estaba fuera.

—Un coche rozó al Jaguar que conducía por el centro de la ciudad, se apeó hecho una furia paralizándolo el tráfico y se puso a darle una paliza al desafortunado conductor mientras sus escoltas impedían que nadie se acercara. Cuando se cansó de machacarlo, regresó a su coche y se largó, dejando el cadáver en mitad de la calzada.

—¿Qué salvaje!

—Retiraron el cuerpo del pobre hombre para que no estorbara y aquí no ha pasado nada, cosas de la dictadura. ¿Has visto a esa rubia impresionante?

Martínez miró en el sentido que le indicaba el francés con un movimiento de cabeza.

—No la había visto nunca.

—Es la mujer de un agregado italiano de no sé qué. Con el calor que hace, siempre lleva un abrigo fino cerrado y en cuanto llega a las fiestas se lo quita. —Hizo una pausa para añadir énfasis a sus siguientes palabras—: Y aparece con ese escotazo que tira para atrás.

—Sí que es guapa.

—Veo que no estás en los temas importantes del país —dijo con sarcasmo—: está liada con el embajador italiano, pero se trajina a un agregado de Arabia Saudí y a uno de Exteriores iraquí. O es ninfómana o trabaja para los espías italianos.

—¿Anda ya! —exclamó Martínez con una amplia sonrisa.

—Tú, que estás sin esposa, podías llevártela a tu casa y contarme.

—Creo que ese es un trabajo para el espionaje francés.

—Tú eres alto, joven y de buena facha. Si accediera a mis insinuaciones con mi pésimo aspecto físico, dejaría claro que es una espía.

—Seguro que la encandilarías con tu conversación e inteligencia.

—Pues voy a intentarlo. —Se rio—. ¿Serás capaz de estar solo sin que el iraquí vuelva a darte la paliza?

—Vete, anda.

Martínez estuvo poco tiempo sin compañía. Se le acercó su colega alemán acompañado por su esposa. Él era el único invitado que había sumado una corbata al traje y ella iba con un vestido negro ajustado por debajo de la rodilla. Los dos eran altos, delgados, rubios y de rostro impassible, parecían hijos de los mismos padres.

—Martínez, voy a presentarte a mi mujer, Helga.

—Señora Weber, es un placer.

—El cordero está buenísimo —dijo el agente alemán—. Si no fuera por aquello de la diplomacia, me llevaría un par de platos.

—Yo, que vivo solo, debería hacerlo. Mi cocinera no ha dado con el punto que me gusta.

—¿No va a venir su mujer? —le preguntó la alemana.

—El embajador español ha decidido traer a su familia, y mi mujer vendrá en verano, con mi hijo de diez años, que debe acabar el curso escolar.

—Su vida será muy dura sin ellos.

—La verdad es que sí, los echo de menos y no he podido verlos mucho en España.

La señora Weber se disculpó y se fue a saludar a una amiga. Los dos hombres se acercaron a la mesa de la comida. Cogieron platos y los llenaron con empanada de garbanzos, cordero y verduras. Mientras, charlaban como si lo hicieran del buen tiempo.

—Me ha dicho Al Sudani que mucha gente está preocupada por el tema del petróleo —empezó Martínez.

—¿Le interesaba lo que sabías o lo que no sabías?

—Ni idea. La empresa petrolera de mi país imagino que estaría interesada en hacer negocios con el segundo país más importante en ese asunto.

—Todos están interesados, pero me temo que unos tienen más posibilidades que otros, por ejemplo nuestro amigo Abarnou.

—Ellos son muy potentes en ese terreno.

—Francia lleva decenas de años apoyando a Sadam. Mira a Abarnou, es vulgar y malicioso, pero no es un estúpido, juega perfectamente sus cartas. Siempre le vendieron armas sin límite y hasta le ayudaron a crear su industria nuclear. Si no llega a ser por los judíos, que la bombardearon, Irak sería ahora una potencia atómica.

—También los rusos lo han apoyado siempre, incluso en los años 70, cuando todavía no era presidente y hacía méritos para sacar al país del aislamiento.

—Rusia y Francia duplicaron la capacidad del Ejército iraquí en esos años y más tarde, con Sadam en el poder, fortalecieron su posición para que nadie lo quitara. ¿Qué les dio a cambio? Petróleo a bajo precio, claro.

—Irak está bajo la ley del Petróleo por Alimentos, no puede aliarse con ninguna empresa para extraerlo y hacer negocios —sentenció Martínez mientras atacaba un trozo de cordero del plato.

—Ahora no puede y nadie va a saltarse esa norma. En el futuro ya veremos. Hay muchos haciéndole la pelota a Sadam para que pasado ese momento conceda a sus multinacionales el derecho a explotarlo. No hay que fiarse de nadie, empezando por nuestro colega francés.

—Como decimos en mi país, Abarnou no da puntada sin hilo.

Martínez giró la cabeza y vio en la proa a Al Sudani hablando con un iraquí. Sus miradas se cruzaron. Ese hombre comenzaba a ponerse pesado.

*Madrid, primavera de 2001*

—*M*e han dado la plaza —susurró José Antonio Bernal a su amigo Luis Ignacio Zanón sin poder expresar cuánta alegría sentía.

Era uno de los inconvenientes de trabajar en la sede central del servicio de inteligencia y estar desayunando en su enorme cafetería. Nada relacionado con el trabajo puede ser compartido con nadie, so pena de que te abran un expediente. Todo es secreto. Ni siquiera podía hablar de la aparente simpleza de un cambio de destino. Bernal no pensaba comentárselo a nadie hasta que no le quedara otra porque era muy estricto consigo mismo, pero Zanón era un amigo muy especial, llevaban juntos desde que habían entrado en la academia de radiotelegrafistas.

—Creí que el jefe te iba a tachar de la lista.

—Yo también lo pensaba, Nacho, he tenido suerte.

—¿Cuándo te vas?

—Antes tengo que hacer el curso de preparación, espero que para septiembre.

Estaban sentados a una mesa, vestidos de paisano, como el resto de trabajadores de La Casa. Hablaban en tono bajo, aunque con naturalidad. Allí todos iban a lo suyo.

—En cuanto me asiente, se vendrán conmigo Virtu y la niña. Me apetece mucho, seguro que es una gran experiencia. Tú disfrutaste mucho la tuya en Kosovo.

—Lo mío fue genial, pero es que yo tuve la suerte de conocer a Buqe. Quizás haya una iraquí esperándote allí.

—No seas cachondo, Nacho. Mi labor será complicada, el dictador tiende a meterse en todos los follones que puede.

—Lo de Kosovo era un lío, pero por suerte cuando fui la cosa estaba más calmada. No empieces a preocuparte varios meses antes de ir, que tú te lo tomas todo a pecho. Siempre tienes la sensación de que la vas a cagar y luego eres el que mejor lo hace.

—Es que nunca he estado destinado fuera, tengo que aprender árabe y estar sobre el terreno es distinto a lo que hacemos aquí.

—Ni a ti ni a mí nos van a mandar a una guerra, somos de Comunicaciones, no los operativos que entran y salen de un sitio sin que nadie los pille.

—He pensado una cosa, a ver qué te parece. Como nos vamos los tres, quizás queráis iros a vivir a mi casa. Es más grande que la tuya.

—Todas son más grandes que la mía —dijo Zanón sonriendo.

—Pues eso, que cuando nos vayamos os mudéis.

—Se lo diré a mi esposa. —Puso énfasis en la última palabra, no hacía mucho que se habían casado y se sentía muy feliz.

—Díselo, seguro que le parece bien. Virtu estará encantada, os aprecia mucho.

—Pero si me cabreo y tiro un cenicero contra la pared, no vengas a pedirme daños y prejuicios.

—Perjuicios.

Los dos se rieron. Bernal estaba acostumbrado a las bromas de su amigo, a todo le sacaba punta. Siempre era el más animoso de cualquier grupo, el que hacía las gracias, pero también con el que compartía las charlas profundas. No había cambiado desde que lo conoció en la academia, era un joven rebelde y divertido. Había sido el mismo incluso cuando su primer matrimonio se había ido a pique.

—¿Buscáis ya un niño?

—Estamos manos a la obra, dedicamos todo el tiempo que podemos. —Enarcó las cejas en un gesto de complicidad—. Espero que no tarde mucho en llegar o, quizás, que tarde todavía un poco. ¿Y vosotros?

—Todavía es pronto, pero queremos tener al menos otro.

—Otro José Antonio Bernal.

—Ya veremos, ya veremos.

—Allí ganarás una pasta —comentó Zanón.

—No lo sé, espero que me dé para ahorrar algo para la vuelta. ¿Por qué te crees que hay tantas peleas por conseguir un destino en el extranjero? La experiencia es única y no se paga con nada, pero el dinerito viene genial.

—Yo sigo dándole vueltas a presentarme a una plaza para controlador de vuelo civil, pero es que no saco tiempo para ponerme a estudiar.

—Es muy jodido trabajar tanto como aquí, tener a alguien que te espera en casa y además preparar un examen tan complicado.

—Mi hermano Javier lo hizo y a mí me gustaría, pero ya veremos, soy menos constante que él.

—Eres mucho más divertido.

—Pero eso no sirve para aprobar oposiciones.

—¿Sabes algo curioso? Mi padre tiene un amigo que trabaja en Coca-Cola al que contó que me quería ir a trabajar al extranjero. Él cree que sigo estando destinado en el Ejército del Aire. Bueno, pues le ha dicho que si lo consigo me enviará por barco, allí donde esté, un cargamento de Coca-Colas y hasta una mesa y unas sillas de plástico por si tengo jardín.

—Pues ya lo tienes todo. Un destino en un país sin alcohol con la nevera llena de bebidas gaseosas. No se puede pedir más. Te conocerán como el espía que no paraba de eructar.

*Bagdad, agosto de 2001*

Plantado delante de su casa, acompañado por Charo y Alberto, entre un montón de maletas enormes, Martínez creyó estar viviendo una escena irreal: después de más de un año de soledad, la pesadilla había concluido. Iba a abrir ceremoniosamente la puerta, para dar paso a su nueva vida, cuando dos niños iraquíes se acercaron a su hijo con una pelota en la mano. Alberto miró a su padre entre atemorizado y divertido. Él le pidió a su mujer un minuto y los acompañó a los tres. Colocaron unos ladrillos simulando los postes de las dos porterías y dejaron rodar el balón.

—¿Es seguro que se quede aquí jugando? —preguntó Charo.

—Totalmente, no te preocupes. Es una oportunidad para soltarse. Le echaremos un ojo por la ventana.

—No se entenderá con esos chicos.

—El fútbol se juega igual en todas partes, «gol» es una palabra universal. Vamos adentro y te enseño la casa.

La visita iba a ser larga, Charo lo sabía. Mujer lúcida, lista, de piel morena y aspecto radiante, siempre se había preguntado cómo viviría su marido en un casoplón como ese. Tenía dos plantas y una azotea en la que estaba el depósito del agua. Cuatro habitaciones, cuatro baños y un salón con la cocina incorporada.

—¿Qué vamos a hacer con tantos dormitorios? —preguntó.

—Uno para que duerma Alberto, otro para que duermas tú y otro para mí.

—No digas tonterías.

—Ya encontraremos algo a lo que dedicar los dos que sobran.

Recorrieron las habitaciones tranquilamente, era un momento muy especial. Charo no dejaba de mirar por cualquier ventana a su hijo y lo llamaba para que supiera que estaban pendientes de él. Terminaron en el jardín, donde Alberto sacó una botella de sidra y dos vasos. Brindó con su mujer, se dieron un abrazo cálido, amoroso. Las lágrimas brotaron de los ojos de Charo.

—No termino de creerme que estés aquí —dijo Alberto cuando sus cuerpos se separaron y se sentaron alrededor de una mesa blanca de plástico, como las sillas.

—Ni yo. Ha sido tan duro..., ahora todo va a ir bien. Cuando volvamos a España será los tres juntos.

—Tienes que estar bien —le dijo cogiéndole la mano—, es lo más importante para mí.

—Pues claro que sí, lo malo ya es historia.

—El jardín es un poco pequeño.

—Algo tenía que serlo en esta casa enorme.

—Hasta ahora solo el embajador ha traído a su familia, no es que sea mucha compañía para vosotros, pero al menos no estarás siempre sola.

—El trabajo ¿qué tal te va?

—El primer año ha sido duro, he trabajado sin descanso. Ventajas e inconvenientes de estar más solo que la una. El mes que viene llega mi nuevo ayudante, espero que sea bueno y me descargue de tareas.

—Y que lleve tu ritmo, que tú cuando trabajas eres un peligro. Ahora espero que nos dediques tiempo y te relajes con nosotros.

—Te lo prometo —dijo besándole la mano.

—¿Qué te parece si te acercas a echar un vistazo al niño, yo busco la maleta donde he guardado la comida y para celebrar nuestra llegada hago una fabada?

—¡No me lo puedo creer!, es la mejor noticia del día..., después de vuestra llegada, claro.

Alberto le enseñó a manejar los electrodomésticos y salió a la calle. No habían pasado ni cinco minutos cuando sonó el teléfono. Charo se acercó a contestar. Preguntó en inglés quién era, lo repitió una segunda vez y tras hacerlo una tercera colgó, se habrían equivocado.

Al rato regresaron los dos Albertos y el padre le enseñó a su hijo a manejar el televisor.

—Antes de ver tu cuarto, es importante que controles el mando a distancia.

—¿Aquí hay tele? —preguntó inocentemente.

—Pues claro, hombre.

—Pero no la entenderé.

—¡Que te lo has creído! Tenemos una antena parabólica en la que se ven los canales españoles y los de muchos países. En cuanto empieces a ir al colegio inglés tendrás que ver cadenas inglesas para practicar.

Desde la cocina, Charo miraba a sus dos hombres con una tranquilidad y un sosiego que le habían faltado durante el último año.

—Alberto, antes ha sonado el teléfono.

—¿Lo has cogido?

—Sí, nadie ha contestado, se han debido equivocar, aunque hasta que yo he colgado no lo ha hecho quien llamara.

—No pasa nada. De vez en cuando ocurre.

Pasarían unas cuantas semanas antes de que Martínez informara a su mujer de que la Mujabarat llamaba de vez en cuando para confirmar que estaba en casa.

Charo se ratificó en que su marido debía tomarse el trabajo con más tranquilidad cuando por la tarde le anunció que tenía que acercarse a una fiesta ofrecida por el amigo del traductor que lo ayudaba. Ella le preguntó si era tan importante como para irse en un día así y encontró la respuesta en su mirada.

—Es más que una simple fiesta, ¿verdad?

—Sabes que sí, en caso contrario no os dejaría precisamente hoy.

—Cosas de trabajo.

—Sí, cosas de trabajo.

—¿Algo grave?

—Nada grave.

—¿Tengo que preocuparme?

—Claro que no. En este país pasan cosas desagradables, pero no a nosotros, que tenemos pasaporte diplomático.

—Si te pregunto, no me vas a contar.

—Ya sabes, Charo, cuanto menos sepas, mejor.

Ahmed, amigo de Al Mayali, era un respetable ciudadano iraquí con varias tiendas y amistades influyentes. Era sunita, se lo había presentado su traductor al poco de llegar y desde el primer momento entablaron una relación cercana. Cuando lo invitó a una fiesta, Martínez se disculpó porque ese mismo día llegaban su esposa y su hijo, pero Ahmed le pidió misteriosamente que hiciera un esfuerzo: «Vendrán amigos como Flayeh y estará mi familia, seguro que encontrarás a alguien que te merezca la pena conocer».

Vivía en una buena casa, no era de los iraquíes que llevaba con penurias la crisis. Los muebles eran tradicionales, las alfombras de calidad, como las que vendía en el zoco, toques lujosos en jarrones y lámparas, y un camarero sirviendo comida y bebida.

La fiesta había comenzado una hora antes de su llegada. Se topó con Al Mayali y no tardó en acercárseles Ahmed, que le fue presentando al resto de invitados. Terminó hablando con su traductor y dos hermanos del anfitrión. Por suerte, ya podía mantener una conversación en árabe, aunque seguía necesitando acudir a clases.

Ahmed se acercó al grupo que había abandonado y le pidió a Martínez que lo acompañara, quería presentarle a alguien. La alegría de la fiesta iba subiendo y con ella el volumen de las voces de los asistentes.

—Alberto, quiero que conozcas a mi primo Salah. —Esperó a que los dos hombres se saludaran—. Ahora vuelvo, me llama mi mujer.

—Me ha dicho mi primo que usted es español y trabaja en la embajada.

—Así es, llevo poco más de un año disfrutando de Bagdad, bueno, de todo Irak.

—El día a día lo oculta, pero somos uno de los países más ricos del mundo gracias al petróleo que guarda nuestro suelo. Y como apenas podemos disfrutarlo, nos queda la agricultura.

—La situación internacional es muy complicada.

—Estados Unidos, Gran Bretaña y muchos otros países nos odian, bueno, odian a Sadam. Así es la política, los países están en cada momento con los gobernantes que más les interesan. Hace años estuvieron con Sadam y ahora lo repudian.

—No tienen lazos con ustedes, pertenecen a otra cultura, no como los españoles.

Los dos estaban de pie, bajo uno de los ventiladores del techo. Nadie les prestaba atención, parecían dos miembros de la familia de Ahmed poniéndose al día de sus vidas. Martínez dedujo que el interés de su amigo para que acudiera residía en que quería que conociera a su primo, aunque todavía desconocía la razón.

—Lo malo de los españoles es que tienden a querer llevarse bien con los americanos, y ese Bush es un peligro.

—Bush manda en su país —dijo Martínez tras meditar con rapidez cuál debía ser la contestación que lo ayudara a crear un clima favorable—, y en España mandan los españoles. En los terrenos que nos conviene aliarnos lo hacemos, pero en general tenemos bastante con preocuparnos de nuestros asuntos. Dígamelo a mí, que soy diplomático.

—Consejero de Información, tengo entendido, creo que no es lo mismo.

—Ese es mi puesto en la embajada, efectivamente. ¿Y el suyo?

—Trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

—¿Trata temas europeos?

—Llevo diversos asuntos internacionales, estoy a un alto nivel.

Su radar se activó. La posibilidad de captarlo era interesante, aunque no sospechaba que Ahmed le pondría a tiro un pichón tan importante.

—Usted sabrá los problemas que puede tener Irak en el futuro si no logra convencer a la ONU

de que sigue el camino que le están marcando.

—La ONU no va a levantar nunca el embargo porque Estados Unidos no quiere, perjudicaría sus intereses económicos. Solo le interesa nuestro petróleo, y Sadam no se lo va a dar.

—Hace bien, es suyo —dijo confraternizando—. Cuando pueda negociar, que lo haga con el país que más le ofrezca para ayudar a extraerlo.

—Veo que usted desconoce todavía muchas cosas de las que están pasando en Irak.

Martínez sintió el jarro de agua fría sobre su cabeza. Salah se estaba haciendo valorar como fuente.

—Seguro que sí, es complicado descubrirlas con el miedo de la gente a la Mujabarat —añadió haciéndose el ingenuo, una táctica que con frecuencia daba resultado.

—Sadam es un tirano, cada día que pasa nos acerca más al desastre. Mata a cualquiera del que sospeche la intención de oponerse a sus designios. Quedan pocas personas en Irak que no hayan perdido algún familiar en las guerras o en la represión.

—¿Usted lo ha sufrido?

—No, mi familia se ha librado. No sé por cuánto tiempo. Antes o después, todos terminamos siendo sospechosos.

Martínez hubiera preferido seguir la conversación en un cuarto más discreto, pero se percató de que estar rodeados de tanta familia y amigos era la mejor coartada.

—No me malinterprete —siguió Salah—, odio a los americanos tanto como a Sadam. Me encantaría que el dictador desapareciera pero que no fueran los americanos los que se quedaran con mi país. Cualquier otro iraquí que gobernara, aunque fuera chiita, lo haría mejor.

—Usted es un patriota —se aventuró a alabarlo Martínez.

—¿Le parezco un necio o un bobo?

—Ni mucho menos, este país necesita personas como usted. Estoy seguro de que mi país apoyaría sus ideas.

—No estoy seguro, querrían colocar a cualquiera que repartiera sus beneficios con ustedes.

—Cierto, como todos los países. Aunque su ayuda nos podría servir para entender mejor cómo comportarnos en Irak.

—¿Usted cree que serviría para algo?

—No lo dude, tenemos mucha influencia en Europa, y Europa tiene una voz importante en el mundo. Todos conocen nuestra vinculación especial con Al Ándalus.

—Es muy arriesgado para mí hablar con usted.

Para meditar su respuesta, el espía simuló interés en un vaso de naranja de la bandeja que llevaba el camarero. El hombre que tenía delante vivía una doble vida interior, disfrutaba con el trabajo importante que hacía, pero cuando llegaba a casa y se quitaba la chaqueta le salían granos por todo el cuerpo por la alergia que le producía apoyar a un cruel dictador. Eso sí, al día siguiente volvía a ponerse su traje de funcionario, se olvidaba de los picores y seguía colaborando con el dictador. Si se acercaba a él voluntariamente, como cualquier otro doble agente, era motivado por algún asunto personal: necesitaba dinero para un amante, un casa nueva o un hijo enfermo; quería vengarse de un jefe o jefes que no lo valoraban suficientemente, o deseaba hacer frente a un sistema político que chocaba con sus ideales o los de alguna persona muy cercana, y era vital para él contribuir al cambio. Desconocía a cuál de los tres grupos pertenecía Salah, pero ya había dado el primer paso haciendo que Ahmed lo invitara a la fiesta. Ahora tocaba rematar la faena, sin duda era la fuente mejor colocada a la que había tenido acceso y no la iba a dejar escapar. Solo tenía que demostrar seguridad.

—¿Por qué me ha elegido a mí?

—Usted es amigo de Ahmed.

—Efectivamente, soy el agente extranjero que le ofrece mayor seguridad. Ahmed le ha hablado de mí, me conocen él y Flayeh, mi traductor. Saben cómo soy, una persona honesta, sincera y que lucha por las personas que trabajan conmigo. Por eso ha venido a mí y le puedo decir que es cierto. Nadie sabrá lo que me cuenta, tenemos un sistema seguro de transmisiones y nadie, ni mi ayudante, conocerán jamás su identidad.

Mentía, pero Salah no podía descubrirlo. Si lo captaba, le adjudicaría un nombre en clave y la primera vez que viajara a Madrid le abriría una ficha en la sede central con todos sus datos en el secretísimo archivo de fuentes del servicio. Así garantizaban la continuidad en la explotación de la fuente si al agente le pasaba algo o lo trasladaban a otro destino.

—Odio a los americanos.

—Mientras me ayude, puede odiar a quien quiera.

—Si nos descubren, a usted le expulsarán pero a mí me matarán y la tomarán contra mi familia, quedará marcada.

—No lo permitiré, soy un experto en encuentros clandestinos.

—La Mujabarat le persigue a usted y de vez en cuando hacen controles con cualquier iraquí, yo incluido.

—Le aseguro que no le pasará nada, mi país se lo garantiza.

—Déjeme pensarlo.

—Ya lo ha pensado suficientemente, Salah. Si ha organizado este encuentro es porque ya había tomado la decisión. Quedemos la semana que viene.

—Ya veremos. Hable con mi primo, él es el único que sabe lo que pienso. A través de él nos relacionaremos. ¿Qué temas serían prioritarios para usted?

—Todos los que usted conozca de los contactos internacionales de Sadam, su política en general y los que tengan que ver con compras y fabricación de armas.

—Está bien.

Era el momento de sacar el tema, controvertido pero necesario. Podía no ser el motivo de su traición, pero lo mejor para un servicio secreto siempre es tener agarrada a la fuente por algún motivo poderoso.

—Si necesita ayuda económica, también se la podemos proporcionar.

—No me ofenda, por favor, no le ayudo para enriquecerme, cumplo con mi deber como iraquí.

—Le pido disculpas, pero si necesita cualquier cosa, por favor, pídamela.

Tras quedarse una hora más en la fiesta hablando con otros invitados para que no resultara evidente que había ido para encontrarse con Salah, se retiró pensando en su nuevo confidente. Le buscó un alias para identificarlo en sus conversaciones con Madrid. Decidió bautizarlo con la palabra que había notado que el funcionario de Exteriores más odiaba, que lo humillaba, con la que la Mujabarat nunca lo identificaría si lo descubrían. Salah sería desde ese día Ingenuo.

*Bagdad, 11 de septiembre de 2001*

Desde el gratificante momento de la llegada de su familia, Martínez había bajado algo el ritmo de trabajo, cada tarde tenía un buen motivo para dar por acabada la jornada. Si en la agenda aparecía alguna fiesta o reunión por la noche, intentaba acercarse antes para pasar un rato con Charo y Alberto. Ese día había previsto desenchufar a la hora establecida, aunque sus planes cambiarían por un suceso inimaginable.

Pasaban las cinco de la tarde cuando su ayudante entró precipitadamente en el despacho.

—Un cable de Madrid. Informan de un atentado en Nueva York, dos aviones han impactado contra las Torres Gemelas. Piden precaución a las embajadas en países árabes.

—¡Carajo! —exclamó Martínez y cogió el mando de la televisión para poner la CNN.

—Quizás haya sido un accidente.

—Un avión vale, dos no. Debe haber sido un ataque terrorista. Voy a ver al embajador, pero antes tengo que avisar a mi familia de que me quedo aquí.

A la espera de noticias concluyentes, pasaron las siguientes horas pendientes de las comunicaciones con la sede central. La televisión les iba adelantando información sobre los devastadores efectos de los ataques. A las 8:46, hora estadounidense, un vuelo de American Airlines se había estrellado contra la Torre Norte del World Trade Center. Quince minutos más tarde, otro de United Airlines lo había hecho contra la Torre Sur. Menos de cuarenta minutos después un tercer vuelo, también de American, embistió el Pentágono. Un cuarto avión, por suerte, aunque era una opinión relativa porque todos los pasajeros habían fallecido, se había estrellado en Pensilvania, posiblemente porque los terroristas no habían sido capaces de controlarlo.

Las siete horas de diferencia entre Bagdad y Nueva York obligaron a los dos agentes y al resto del personal de la embajada a permanecer en sus puestos casi toda la noche. Martínez telefoneó varias veces a su mujer. La tranquilizó y le pidió que no salieran si no era en su compañía, «una mera medida de precaución». Desde Madrid les habían alertado de que había sido un atentado de Al Qaeda, una organización dirigida por Osama bin Laden, que en los años anteriores había ejecutado diversos ataques contra intereses estadounidenses por todo el mundo.

Martínez leyó todo lo que estaba en la red sobre el grupo terrorista y pronto entendió que la respuesta americana iba a cambiar su relación con el mundo. Lo primero que haría el presidente Bush sería destrozarlo como fuera a Bin Laden y su organización, habían osado perturbar el paraíso americano llevando el terror hasta donde nunca antes nadie se había atrevido. Los japoneses, recordó, osaron bombardear Pearl Harbor durante la Segunda Guerra Mundial y acabaron recibiendo dos bombas atómicas.

Se fue a la cama con la luz brillante del amanecer, durmió cuatro horas y, de regreso a la embajada, descubrió que la repercusión de los atentados estaba llegando, como temía, a Irak. Las noticias de la televisión y los periódicos detallaban el masivo rechazo mundial. Los países

occidentales, incluido Rusia, fueron unánimes en su respaldo a la superpotencia. Casi todos los demás, también. A Martínez le llamaron la atención los apoyos vehementes que expresaron Yaser Arafat, de la Autoridad Palestina, Bashar al Asad, de Siria; Mohamed Jatamí, de Irán, o Pervez Musharraf, de Pakistán. Y le dejaron conmocionado las declaraciones del presidente Sadam Husein: «Los vaqueros americanos están cosechando el fruto de sus crímenes contra la humanidad». «¡Vaya falta de sensibilidad! —pensó Martínez—, Bush se va a poner como una hiena.»

Los estadounidenses estaban llorando a miles de muertos en un atentado indiscriminado que perseguía aniquilar a cuantas más personas mejor, y Sadam había optado por ser el único líder mundial en mostrar públicamente su satisfacción. Había aparecido en público el Sadam que el agente español había estudiado, el chulo de barrio, el que escupe al tío enorme que le está pegando para que sepa que no le tiene miedo aunque vaya a machacarlo a golpes, el político que debe mantener esa fachada para que el pueblo le siga temiendo y no se le ocurra levantarse contra su tiranía. Si Bush ya se la tenía jurada, ahora sería peor.

Su ayudante seguía informándole:

—Hay manifestaciones en Bagdad y en otras ciudades en contra de los americanos.

—No me extraña, se sienten amparados por Sadam. En otros países árabes la gente también ha salido a la calle para celebrar los atentados, pero sus dirigentes han sido más prudentes.

—¿Qué va a hacer con su familia?

—Solo llevan un mes aquí —resopló—, espero que esto se tranquilice. Aunque la pelea entre Bush y Sadam viene de lejos, a quien de verdad odia Sadam es al padre de Bush, que lo sacó a patadas de Kuwait. Esperemos que se muerda la lengua ahora que se ha ganado los aplausos de su pueblo.

Martínez hablaba sin retirar la mirada de la televisión, donde estaban retransmitiendo las imágenes impactantes del rescate de los supervivientes de las Torres Gemelas. No se había percatado de algo y cuando lo hizo se volvió a su ayudante:

—Se me había olvidado, te quedan cuatro días para irte.

—Mi sustituto llegará al día siguiente de mi salida.

Martínez no tenía nada contra él, le caía bien, pero esperaba que el nuevo fuera de otra pasta, con más ganas de afrontar el trabajo y jugársela como él llevaba haciendo más de un año.

La Mujabarat disponía de varias sedes en Bagdad, una de ellas cerca del distrito de Thawra. Nadie en su sano juicio traspasaba por su propia voluntad la puerta de entrada protegida por dos uniformados. No se sabía a ciencia cierta lo que pasaba en el interior de aquel edificio maldito, pero los iraquíes habían oído muchas historias terroríficas de crueles torturas a los detenidos. Narraciones atribuidas a supervivientes que pasaron los peores momentos de su vida y, peor aún, a familiares de personas que entraron y nunca más se supo de ellas.

Cabal al Yasem nunca pensó que pudiera ser una de las víctimas de la represión. Había nacido en el seno de una familia respetada que idolatraba a Sadam y lo veía como el garante de su calidad de vida. Cabal era uno de los muchos jóvenes iraquíes que habían tenido acceso a la educación, que llevaba dinero en el bolsillo cuando salía de paseo con sus amigos y que nunca había prestado atención a las historias que dibujaban al país como una dictadura cruel. Todo cambió cuando entró en la universidad y descubrió los sufrimientos que padecían sus compatriotas. No le disuadió sentir de cerca la represión que la Policía política ejercía contra los

disidentes, se convirtió en un idealista dispuesto a enfrentarse al sistema. Sobrino de un coronel del Ejército, esta relación familiar lo había salvado de acabar en los calabozos de la Mujabarat. Su tío le había exigido que cambiara de compañías en la universidad; si no dejaba de saltarse las normas, acabaría mal.

—Es la segunda vez que han venido a prevenirme de lo que haces con tu grupo en la facultad defendiendo esa mierda de ideas de participación ciudadana —le dijo un día en mitad de una reunión familiar para que sus palabras adquirieran la repercusión adecuada—. Si no te separas de ellos de inmediato, la próxima vez lo pagarás caro. No puedo seguir arriesgándome por ti.

El padre del chico le cruzó la cara. «¿Quién te habrá metido en la cabeza esas asquerosas ideas de democracia e igualdad?», se quejó para que su hermano supiera que su lealtad al régimen estaba fuera de toda duda. Su madre abrazó al chico en mitad de un ataque de histeria mientras gritaba: «Te van a matar, a mi niño no».

La investigación sobre Cabal la llevaba un agente de la Mujabarat llamado Marún. Era un tipo frío, arrogante, altivo, muy eficaz, experto en obtener información en grupos opositores actuando en persona o mediante colaboradores que se vendían por unos cuantos dinares o, simplemente, por el miedo que les producía. Miedo que no tenía que ver con una fortaleza física especial, sino con su historial de crueldades que pasaba de boca en boca.

Marún había advertido a su superior de las actividades de unos universitarios que se reunían para debatir sobre el futuro de Irak, entre los que estaba el sobrino de un coronel. Los militares eran su objetivo preferido. Le encantaba ponerlos entre la espada y la pared, forzarlos a intervenir en un tema tan delicado que podía convertirlos en sospechosos de traición y, si llegaba el caso, ver cómo se despreocupaban de lo que le pasara a su querido familiar. Casi todos optaban por mantener sus privilegios antes de enfrentarse a la Mujabarat.

Como era de prever, Cabal y sus amigos se creyeron muy listos y aumentaron sus medidas de seguridad convencidos de que no los pillarían, incapaces de deducir que el filtrador era uno de ellos.

Cinco fueron detenidos, encapuchados y llevados a la sede de la Policía política. Nunca supieron cómo era el edificio ni dónde estaba situado. Los encerraron juntos en la misma celda. Uno a uno los fueron sacando a una sala de interrogatorios situada justo al lado. Dos hombres con una musculatura desproporcionada les ataban las manos a una argolla que colgaba del techo y los golpeaban una y otra vez como si fueran sacos de boxeo. Un tercer agente, Marún, encargado del interrogatorio, no les formulaba ni una sola pregunta, solo miraba y les sonreía con placer. Tras un rato de porrazos, hacía un gesto con la mano y los dos torturadores les aplicaban cables eléctricos en los testículos. Sus gritos, que no habían cesado desde que empezaron a machacarles el cuerpo, se convertían en alaridos desgarradores. Cada uno de los golpes y gritos con tanta claridad en la celda anexa que cuando a algunos de los detenidos les llegó el turno de cambiar de sala se habían hecho sus necesidades encima.

Cabal estaba a punto de volverse loco cuando, tras sus cuatro compañeros, le tocaba a él sufrir el castigo. Sus amigos de la universidad, de apenas veinte años, se quedaron tirados en la celda revolviéndose de dolor tras la primera sesión de tortura. Al regresar, ninguno había soltado una sola palabra, el terror se había apoderado de ellos. Lloraban muy bajito, como si no quisieran molestar o ser oídos.

Lo ataron a la argolla y Marún se le acercó hasta colocar su cara a unos centímetros de la de él.

—Tu tío te lo avisó y no le hiciste caso. Ahora, niño bonito, ha llegado mi turno de darte placer.

—Perdón —suplicó—, no volveré a hacerlo.

—Estoy seguro de ello.

Se apartó y comenzó el interminable asalto de boxeo. Sus amigos lo oyeron como si fuera la música de fondo de un cantante desesperado. Sintió que se desgarraba por dentro, notó el sabor amargo de la sangre cuando le rompieron el labio y le arrancaron varios dientes, tuvo la sensación de no poder respirar porque el aire no encontraba por dónde entrar y sintió un dolor agudo en el pecho como si le fuera a reventar. No merecía la pena seguir viviendo. Desconocía cuánto tiempo llevaban pegándole aquellos dos energúmenos cuando una idea aún más terrorífica se apoderó de él: empezó a pensar en lo que le harían cuando se cansaran de utilizar los puños. Había visto llegar a sus compañeros sin pantalones, con unos dolores insoportables.

—Desnudadlo y ponéle los cables —ordenó Marún mientras se acercaba al joven y le tiraba del pelo para levantarle la cabeza—. Seguro que te acordarás de este momento y nunca más te enfrentarás al régimen.

Cabal lloraba descontrolado mientras le colocaban en los testículos algo que se los presionaba, aunque no podía verlo. Así estuvo un minuto eterno, esperando la descarga demoledora, a que el jefe de aquellos dos bajara el brazo para que activaran la corriente. Marún disfrutó enormemente viéndolo sufrir y se aproximó de nuevo.

—Tu tío te ha salvado esta vez, no tendrás una segunda oportunidad. Volverás, seguro que volverás, entonces yo personalmente te cortaré los huevos.

No lo mandaron de regreso a la celda, lo vistieron y llevaron a una sala. Cuando apareció su tío, vestido de paisano, lo estaba esperando. Marún entró en la sala tras él.

—Solo tiene unos golpes, nada más. Ya le he dicho que es mejor que no vuelva por aquí.

El coronel no dijo nada, el aspecto del chico era bastante escalofriante, pero estaba vivo. De los golpes podría curarse, lo demás que le hubieran podido hacer le habría dejado secuelas. Entregó al agente un sobre con dinero, le dio las gracias y sacó a su sobrino de allí.

En el coche camino del hospital, Cabal no paró de llorar y de lanzar gemidos de dolor.

—Me has puesto en riesgo —dijo el coronel enfadado—. Esta vez he podido librarte, pero te pondrás a trabajar y me pagarás todo el dinero que le he tenido que entregar. Lo tengo todo listo, te apuntarás en la Policía de la ciudad y yo me encargaré de que te admitan.

—Mataré a ese hijo de puta.

—No se puede hacer nada contra la Mujabarat.

—Lo he reconocido, cuando ese cabrón se ha acercado mucho a mí, desafiante, le he visto la marca en el labio superior, es al que llaman Labio Cortado.

*Bagdad, 17 de septiembre de 2001*

Martínez fue al aeropuerto Sadam Husein a buscar a José Antonio Bernal, su nuevo ayudante, y después lo llevó a su nueva vivienda. Estaba situada en el barrio de Mansur, cerca de la embajada y no muy lejos de su residencia del barrio de Al Daoudi. Esperó a que comprobara que el personal de servicio, heredado de su antecesor, lo había dejado todo a punto para entrar a vivir, cogió un par de vasos de la cocina y abrió una botella de sidra que había llevado consigo, convencido de que a pesar de estar caliente no había bebida mejor.

—Es mi primer destino en el extranjero —empezó Bernal cuando se sentaron en los sofás de una casa que a su jefe le pareció incluso más grande que la suya.

—Lo sé, también es el mío.

—Ya lleva un año, no es un novato.

—El aterrizaje fue complicado. Los anteriores no habían hecho mucho y me tocó trabajar a destajo.

—Ha estado sin su familia la mayor parte del tiempo.

—Eso sí que fue un lastre, a lo que tuve que sumar un país con distintas costumbres, regido por una dictadura despiadada y con cierto desinterés por parte de nuestros jefes, algo que seguro que no les pasa a los que están destinados en Estados Unidos o Francia. Querían almacenar mucha información, pero no les preocupaba lo difícil que fuera conseguirla.

—Quiero serle lo más útil posible. Aprendo rápido, trabajo mucho y seguro que disfrutaré.

—Me encanta esa predisposición. No pude contar mucho con tu antecesor, pero será diferente contigo. Sé que el viaje ha sido largo y pesado, querrás descansar, pero ¿te parece que te adelante lo que me gustaría que hicieras?

—Claro.

—Lo primero, que me llames de tú. Yo no tengo ni idea de Comunicaciones, y de esa parte tendrás que ocuparte solo. Creo que si te preparo, si te enseño algunas técnicas, podrías ayudarme en el trabajo de campo.

A Bernal se le encendieron los ojos de ilusión. Martínez parecía un hombre intenso que le abría una puerta por la que le apetecía entrar.

—Me encantaría, pero me he pasado toda mi vida encerrado en salas, no sé nada de contactar con personas y todos esos asuntos de inteligencia.

—Te ayudaré y si se te da bien, lo haremos juntos. Así ampliaremos y diversificaremos la lista de nuestras fuentes, podremos discutir los temas. Eso sí, tendrás que ponerte al día...

—Lo estoy, aunque solo de información abierta.

—Yo te apoyaré. Tenemos por delante un gran reto tras lo que ha pasado.

—¿Los atentados del 11-S han cambiado la situación?

—Me temo que sí. No solo en los países árabes, sino en Madrid, donde el jefe ha empezado a

ser más sensible a la recepción de información, ahora comienza a parecerle de una utilidad inmediata.

—¿Por qué? —preguntó el suboficial todavía un poco despistado.

—Los de la CIA parece que han filtrado algo, o quizás no han sido los de la CIA y en Madrid se han enterado por otros medios, no lo sé. El hecho es que el secretario de Defensa estadounidense, Rumsfeld, ha especulado entre los suyos sobre la posible participación de Sadam en los atentados y ha encargado la preparación de planes militares por si decidieran vengarse de él.

—Tendrá que ver con las declaraciones que hizo.

—Seguro, aunque le tienen ganas desde hace años. De momento no dicen nada públicamente porque están centrados en Al Qaeda.

—Rusia y los demás enemigos de Estados Unidos están callados y le van a dejar hacer.

—Es lo mismo que yo pienso. Dicen que Bin Laden está escondido en Afganistán y cuando lo comprueben van a ir a por él.

—¿Nosotros qué hacemos?

—Lo primero, ser cautos. En Irak se vivía con cierta tranquilidad, pero eso se ha acabado. La gran mayoría del pueblo odia a los estadounidenses más que a Sadam y los que no lo hacen es porque están muertos, en las cárceles o son sus familiares.

—¿Crees que hay peligro?

—Todavía no mucho, pero ha aumentado la tensión, tenemos que intentar pasar desapercibidos. Tengo que hablar con Madrid para plantearles la posibilidad de aumentar la seguridad en la embajada y poner vigilancia en nuestras casas, pero ya veremos. Hay muchos locos y todo podría pasar.

—¿Te puedo preguntar cuáles son nuestras prioridades?

—Además de los contactos de Sadam con grupos terroristas internacionales, Madrid quiere datos sobre si ha tenido o tiene relación con Bin Laden. Y el premio gordo se lo darán a quien demuestre que el dictador lo ha apoyado en el ataque a Estados Unidos.

—No sería de extrañar.

—Ya veremos. Tengo estudiado a Sadam y no es precisamente un musulmán radical practicante como Bin Laden, las creencias religiosas para él son un pretexto, no el motivo de sus actos.

—Las diferencias entre sunitas y chiitas son muy fuertes.

—Comprobarás por ti mismo que son como agua y aceite. Hay que tener mucho cuidado porque son muy radicales, sobre todo los chiitas.

—¿Hay alguna prioridad máxima más?

Martínez estaba encantado con aquel hombre. Sus ansias de conocer, participar y ponerse manos a la obra se parecían mucho a las suyas. Harían buenas migas. Había sido un poco abusivo soltarle el rollo nada más llegar a Irak, pero cuanto antes se pusiera al día mejor.

—Los programas de armamento son un objetivo permanente desde que llegué. Sadam nunca ha renunciado a disponer de armas nucleares, ni biológicas ni de ningún tipo. Las prohibiciones internacionales pesan sobre su cabeza, pero a él parece darle igual. Es un zorro listo y seguro que está en ello.

—Hasta ahora, ¿has conseguido información sobre ese asunto?

—Algunos datos menores. Ninguna de mis fuentes cree que tenga armas potentes, es difícil confirmarlo, Irak es muy grande. Saberlo será determinante para la postura que nuestro Gobierno adopte si se produce un conflicto.

—Siento decirte que mi árabe es muy pobre.

—Cuando llegué me pasaba lo mismo. Deberías ir a la misma academia que yo, son buenos y adelantarás rápido, aunque el inglés te servirá para relacionarte. Yo te enseñaré los rudimentos para captar fuentes, me acompañarás a algunas reuniones, te pasaré algún confidente y luego tú, cuando te sientas seguro, tendrás que captar a los tuyos.

—Ya tengo ganas de empezar.

—De momento, recupérate del viaje. Te dejo ahora y mañana nos vemos en la embajada. Habla con el personal que va a trabajar en tu casa y déjalo todo resuelto. ¿Cuándo viene tu familia?

—Virtu, mi mujer, y Nuria, mi hija de dos años, llegarán dentro de un mes.

—Pásate un día por la Bagdad International School, es donde estudia mi hijo, tienen una buena guardería, por si queréis llevarla. Le hablarán en inglés, pero en un periquete lo entenderá todo.

Se despidieron en la puerta, donde Martínez le dio un último consejo:

—La seguridad es lo más importante. Preparémonos por si el país se calienta. La Mujabarat está al tanto de nuestros movimientos, a mí me controlan bastante más que al principio. En un primer momento no creo que te sigan mucho, pero ten la precaución de comprobar si ves el mismo coche un día tras otro y cosas así. Te enseñaré cómo detectar los seguimientos para cuando empieces a trabajar como agente de campo. Bienvenido.

Unas semanas después, Martínez le pidió a Bernal que lo acompañara a Basora, la segunda ciudad más importante de Irak, para hablar con varios contactos establecidos durante su primer año de estancia. En esa zona rica en petróleo buscaba datos para esclarecer si, de alguna forma, Sadam estaba utilizando esos inmensos yacimientos como parte de su política internacional para ganar aliados.

Tras el ataque a las Torres Gemelas, Estados Unidos había colocado su foco en Afganistán, el plácido albergue secreto de Bin Laden y su ejército. La invasión era inminente y no parecía muy costoso conseguir la victoria. David sería aplastado sin mucho esfuerzo por Goliat.

Martínez se esforzaba en preparar a su ayudante para el trabajo de campo. Le veía instinto para el espionaje, era emprendedor, pensaba con rapidez, tenía inventiva, poseía una moral alta y no le importaba jugársela. Ya había superado la prueba de retentiva y la de observar con minuciosidad todo lo que se movía a su alrededor. Le quedaba enfrentarlo a situaciones de tensión en las que tuviera que mantener a raya sus nervios. Para más adelante dejaba el cuerpo a cuerpo, el trato con informantes, donde debería demostrar su capacidad para ocultar sus sentimientos y convencer a los más hostiles.

Habían madrugado para iniciar cuanto antes en el todoterreno el viaje de quinientos kilómetros con la esperanza de llegar a comer sin hacer paradas. Lo habían conseguido: Basora los esperaba a escasa distancia.

—He quedado con una fuente chiita en el mercado de Al Ashar. Cuando me vea pasar sabrá que dentro de dos horas nos encontraremos en otro punto en las afueras de la ciudad, a orillas del río Shatt al Arab. Es preferible que me vea solo. Más tarde, cuando estemos reunidos, tú aparecerás y te lo presentaré, así en el futuro podremos venir cualquiera de los dos.

—Cuando lleguemos, ¿qué hago?

—Vamos a practicar una contravigilancia. Acuérdate de lo que hemos hablado: me sigues a cierta distancia, sin acercarte nunca, para que si alguien me controla tú lo identifiques a él pero no él a ti.

—Entendido. —Bernal sentía bullir de emoción la sangre que corría por sus venas.

—Es un bazar enorme, calles y calles de tiendas. Venden de todo lo que puedas imaginar. Cogeré la calle de entrada, pasadas dos intersecciones giraré a la derecha. Otras tres intersecciones y a la izquierda. Así durante un rato. Estate tranquilo porque pararé de vez en cuando en algún puesto e incluso compraré algo. Serán los momentos indicados para detectar un seguimiento, pues él o ella deberá amoldarse al ritmo de mis pasos.

Aparcaron el coche en una plaza cercana y Martínez emprendió el paseo. Bernal esperó un par de minutos y fue detrás. Decidió llevar al límite la distancia de separación que le había indicado. No había muchos occidentales, los vendedores se le acercaban para ofrecerle adornos, verduras o pañuelos, y él negaba con un movimiento de cabeza y una sonrisa. No tardó en perder a su jefe de

vista, aunque sabía que había cogido la calle a la derecha. Siguió caminando sereno, simulando una visita turística.

Cuando le tocó girar a la izquierda, Bernal no tardó en distinguir a Martínez parado en un puesto y lo imitó. Se fijó en las personas que circulaban entre los dos y en las que iban detrás, nadie ralentizó su paso. Se le acercó un dependiente que le ofreció comida, otra sonrisa exagerada y continuó. Anduvo diez minutos hasta que de repente lo que más temía ocurrió: tras un nuevo giro, Martínez desapareció. Aceleró el paso, se colocó en el centro de la calle distanciándose de los puestos, pero en la siguiente esquina tampoco lo divisó. Mantuvo el ritmo sin mostrar señales de lo nervioso que se había puesto. Siguió y siguió, cada vez más apresurado, sintiendo la garganta reseca, hasta que constató que había ocurrido algún imprevisto, quizás lo habían detenido sin que él se enterara. O quizás era una prueba de su jefe para medir su capacidad de reacción. Decidió seguir buscándolo, consciente de que no tenía ni idea de cómo dar con él.

Martínez había seguido las indicaciones pactadas, incluso se había detenido en un puesto donde la fuente chiita debía detectar su presencia a modo de aviso. Cuando comprobó que su contacto miraba el reloj para calcular la hora exacta en que se encontrarían más tarde, prosiguió su marcha. Divisó a lo lejos a Bernal y avivó un poco su zancada para que en el siguiente giro no lo viera y se preocupara. En esas estaba cuando un hombre se colocó a su lado y le habló en inglés:

—Sé quién es usted, Martínez, sígame, le interesa.

Pudo contemplarlo un segundo antes de que lo adelantara: iraquí por encima de los cuarenta, barba de varios días, camisa gris y pantalón ancho claro. Actuaba de liebre y, sin pensárselo dos veces, fue tras él. Su instinto le decía que no era una trampa, secuestrar a un occidental en aquella dictadura podría tener consecuencias muy graves.

El tipo siguió calle abajo y luego escogió unas callejuelas asquerosas. Pensó en Bernal, no tardaría en perder su rastro y no podría ayudarlo en esa situación embarazosa. El iraquí se metió en una casa dejando la puerta abierta. Martínez se olvidó de su compañero, no tenía sentido meterse en la boca del lobo, pero aceptó el envite.

En el interior no había nadie excepto el hombre, que lo esperaba de pie en un cuarto vacío junto a una alfombra deshilachada, manchada y agujereada por quemaduras de cigarrillo. La vivienda, en pésimo estado, aparentaba estar abandonada. Le pareció solo un refugio para esconderse.

—Gracias por aceptar mi repentina invitación, señor Martínez. Por favor, siéntese —le dijo señalándole la alfombra, tan poco apetecible.

—Antes me gustaría saber a qué debo esta especie de secuestro.

—No está aquí obligado.

—Lo sé, pero estas formas no son...

—No quería que su amigo viniera a esta reunión, prefiero tenerla solo con usted.

—Así que nos ha seguido.

—Yo no, cuando salieron de Bagdad en dirección a Basora alguien me informó y decidí hablar con usted.

Martínez comprendió y se sentó en la alfombra, frente al hombre que hablaba con seguridad, dominaba la situación y no mostraba ni un ápice de intranquilidad.

—Usted es de la Mujabarat y quiere leerme la cartilla. No se moleste, he venido de viaje con mi ayudante para enseñarle la zona, nada de lo que tenga que preocuparse.

—No se justifique, en Bagdad mis compañeros dudan de sus intenciones, pero como yo estaba por aquí pasando unos días decidí acercarme a hablar con usted. Este contacto es extraoficial, de hecho nunca ha existido.

—No le entiendo —afirmó desconfiado el español.

—Estoy destinado en Bagdad aunque mi familia reside en Basora. Estaba en el cuartel general de aquí cuando nos avisaron de que usted venía.

—¿Le interesaba conocerme?

—Efectivamente. Usted puede ser el elegido.

—¿El elegido?, ¿para qué?

—Déjeme que le cuente. Nadie en Iraq osa enfrentarse a Sadam porque saben que antes o después acabarán en la cárcel. Unos salen vivos y otros desaparecen para siempre.

—Ustedes, los de la Mujabarat lo saben muy bien —osó interrumpirlo Martínez.

—Tiene razón, lo sé perfectamente. Yo soy uno de los que aplico la Justicia.

—Sin jueces —incidió crítico el agente español.

—No me juzgue tan pronto. Estoy harto de la situación, como mucha gente. La diferencia es que yo quiero hacer algo para remediarla, conociendo el precio que puedo pagar si me descubren.

Martínez comprendió que estaba delante de un agente que había decidido cambiar el rumbo de su camino ante la tensión internacional que habían desatado los atentados del 11-S.

—¿Cree que el ataque americano en Afganistán puede tener repercusiones en Irak?

—Usted y yo sabemos que sí. Sadam se libró en la anterior guerra con el padre de Bush, pero ahora van a acabar con él.

—Usted quiere colaborar con Occidente y, en una sorprendente decisión —dijo recalcando las dos últimas palabras—, me ha elegido a mí y no a mis colegas francés, británico o ruso, que son bastante más poderosos.

El iraquí pareció sorprendido por la extrañeza de Martínez. Se rascó la barba y un gesto duro se apoderó de él.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

Martínez creyó que esperaba una respuesta, pero antes de que se le ocurriera, el otro continuó:

—No me gusta que me tomen por idiota. ¿O es que de verdad desconoce la razón por la que no hablo con rusos, franceses y, no digamos, con británicos?

—La desconozco totalmente —respondió Martínez con el mismo gesto agresivo que su interlocutor—. Gran Bretaña paga mucho mejor que nosotros y tiene una larga tradición con los agentes dobles.

—Soy un mando intermedio, tengo acceso a mucha información, pero carezco de relaciones con los británicos, y además no quiero tenerlas. ¿Es que no le basta que le haya elegido a usted?

—Los rusos y los franceses se mueven con mucha más libertad por Irak.

—Precisamente por eso no son de fiar para lo que quiero hacer. ¿Es que no lo entiende?, quizás me he equivocado con usted. ¿En qué mundo vive?

—Explíquemelo.

—¿Usted es el único espía en Irak que desconoce que franceses y rusos son amigos de Sadam?

—En la coyuntura actual, si Sadam ha tenido que ver con los atentados de Estados Unidos, no lo van a apoyar.

—Lo apoyarán —dijo llevándose las manos a la cabeza para mostrar su sorpresa—, es evidente, no le quepa duda.

—Las amistades en política no duran siempre, depende de hacia dónde sople el viento —insistió el español, consciente de que al otro le molestaba su postura.

—Se lo repito, estas amistades no cambiarán.

—¿Qué hay que los una tanto?

—Eso se lo contaré otro día, cuando hayamos llegado a un acuerdo.

—¿Cómo puedo saber que no me está tendiendo una trampa? —Martínez decidió expresar sus recelos.

—No lo sabe y tendrá que confiar en mí, no le queda otra si quiere llevarse el botín.

—Por lo que me ha contado de la forma en que ha llegado a mí, lo lógico es que desconfíe. ¿Es que piensa que puedo creerme la historia de cómo se ha enterado que venía a Basora y que por casualidad estaba por aquí?

—Yo creí que era buena —soltó riéndose y tirando de una pierna; las tenía cruzadas y se puso más cómodo—. Pero no le podré contar la verdad hasta que cerremos un acuerdo.

Martínez dudó. Todo era demasiado enrevesado. El hombre no parecía de fiar, mostraba incongruencias, simulaba estar en posesión de una información que no soltaba. Podía haber caído en una trampa de Al Sudani y en cualquier momento podían aparecer los de la Mujabarat para detenerlo.

—¿Qué es lo que quiere? —Movi6 las dos manos animándolo a explicarse—. Todavía no me ha dicho ni cómo se llama.

—Llámeme Ali. Le diré lo que quiero: le pasaré información reservada que sea útil a su país y a Occidente a cambio de que su servicio me haga ingresos periódicos en una cuenta en el extranjero, preferiblemente en Suiza. También quiero garantías de que si algo sale mal y me descubren, me sacarán del país junto con mi mujer y mis hijos, y me darán refugio en la Costa del Sol.

—Bueno bueno. —Martínez no pudo reprimir la sonrisa—. Tendré que hablar con Madrid y me pedirán explicaciones sobre el tipo de información que nos va a pasar a cambio de nuestra ayuda. Y le advierto que mis jefes son unos cabrones, si no lo ven claro y lo que nos cuenta no es de la máxima calidad, no le pagarán nada.

—Eso no es problema, les encantará. Pero mi vida y la de mi familia tienen que estar garantizadas.

—Seguro que sí... si llegamos a un acuerdo. Empiece contándome algo que no sepa.

—No se ofenda si le digo que me temo que usted y algunos países como el suyo no saben demasiadas cosas.

—Empezando por... —Martínez se impacientaba.

—Como anticipo de buena voluntad, le diré que dentro de dos días llegará a Irak un grupo de directivos chinos.

—¿Por qué le parece importante esa visita?

—Es muy importante, explica lo que está pasando en Irak desde hace tiempo y pocos saben.

—Deme más detalles.

—Llegarán en un avión procedente de Amán que aterrizará al mediodía. De ahí viajarán por varias partes del país.

—¿A qué vienen?

—Yo le doy los datos, las pistas a las que nadie tiene acceso y usted averigua lo demás.

Martínez contuvo su desesperación.

—Intentémoslo por otra vía. ¿Cuál es la relación de Sadam con Bin Laden? Si de verdad quiere que el dictador se vaya, esa sería una buena contribución. —Su primera impresión era que Ali estaba dispuesto a contar cualquier cosa para salvar su pellejo.

—No existe esa relación —dijo mientras se reía con sinceridad—, son la noche y el día. A Sadam le parece que ha sido un éxito técnico el ataque contra Estados Unidos, pero odia a los

integristas. Nunca se aliaría con ellos.

—Pero sus manifestaciones contra Estados Unidos...

—Nada —le cortó—, nada más que alegría por el puñetazo que se ha llevado Bush, pero Sadam desconocía lo que iba a pasar. Aquí ha habido y hay terroristas palestinos y de algunos otros grupos, podremos hablar de eso, pero ninguno tiene relación con Al Qaeda.

—Diciendo eso parece que quiere protegerlo.

—Diciendo eso —matizó con disgusto—, lo que quiero transmitirle es la verdad de lo que pasa. Investigue lo que quiera, comprobará que es la verdad.

Ali se levantó y el espía español lo frenó sin moverse de la alfombra.

—Todavía me debe una explicación.

—¿De cómo he llegado hasta usted?

—En efecto.

—Se lo voy a contar aunque no hayamos cerrado un acuerdo, como otro gesto de buena voluntad. Su empleada de hogar es una informante.

—Ya trabajaba para mi antecesor —dijo el espía español sin poder evitar la sorpresa y dándose cuenta de su respuesta tonta.

Ali evidentemente conocía el historial de la señora.

—Yo que usted no la echaría aún. Y su mujer tampoco debería dejarla sin información sobre sus actividades. La central no iba a seguirlo hasta Basora, pero yo leí la información hace un par de días y pedí unas cortas vacaciones.

Martínez se sintió fuera de juego.

—Cuando tenga una respuesta, mándemela con su ayudante. De momento, el control sobre él es muy bajo, su antecesor no hizo nada que nos preocupara. Pero luego solo hablaré con usted.

Había pasado hora y media desde que Martínez se había separado de Bernal. Se lo encontró cerca de donde habían aparcado el Patrol y le pareció muy preocupado.

—Tranquilo, no has hecho nada mal. Ha sucedido un imprevisto, ya te contaré.

—No sabía qué hacer. No sabía...

—Me podían haber detenido o matado, es cierto, pero hoy no me expulsarán de Irak. Vamos de prisa a la cita pendiente y luego hablaremos. A veces, cuando uno avanza, descubre las cagadas que ha dejado por el camino.

Bernal tardaría unas horas en entenderlo, cuando más tranquilos, los dos solos, le contó la visita de un agente de la Mujabarat que en nada se diferenciaba de cualquier otro iraquí excepto por una pequeña cicatriz en el labio superior.

*Bagdad, noviembre de 2001*

*E*ra viernes, el día festivo semanal en Irak. Virtu y Nuria, la esposa y la hija de Bernal, habían llegado a Bagdad unos días antes. El ambiente en la ciudad no era el que había imaginado el agente cuando peleó por conseguir el destino, pero la marejada política en la región no les había hecho desistir del traslado. Como si su casa estuviera en mitad del campo y no en el centro de la ciudad, habían invitado a la familia Martínez a una barbacoa en su amplio jardín.

Aunque Alberto hijo era ocho años mayor que Nuria, pronto hicieron buenas migas y jugaban sin armar demasiado follón. Sus madres estaban cerca sentadas en sillas de plástico que, junto a una mesa igual de playera, les había enviado un representante de Coca-Cola amigo del padre de Bernal junto a un cargamento inmenso de bebidas, colocado en un rincón del jardín. Los dos agentes estaban un poco más alejados, pendientes del fuego para la parrilla.

—Qué suerte que a Jose le guste cocinar —dijo Charo, en los cuarenta, diez años mayor que Virtu.

—Siempre le ha encantado, incluso se ha preocupado por enseñarle varios platos españoles a nuestra cocinera.

—Espero que la tuya sea de fiar, porque Alberto no me deja hablar de nada delante de la mía. Dice que en unas semanas la tengo que echar.

—A mí también me lo prohibió nada más llegar. Jose asegura que es por precaución.

—Habrá que acostumbrarse. ¿Qué tal los primeros días de guardería de Nuria?

—Está feliz. Creí que le costaría, por aquello de que no iba a entender nada, pero va tan contenta.

—A Alberto también le gusta el colegio y lleva muy bien el inglés.

—¿Qué hacéis los días libres?

—Los fines de semana vamos de paseo al zoco, es muy divertido, siempre está lleno de gente. Los días de más calor nos acercamos a la piscina del hotel Al Rashid, está fenomenal y hay muchos occidentales. A veces acudimos a fiestas, la costumbre aquí es celebrar cumpleaños, aniversarios y demás en barcos alquilados en el Tigris. Ya verás, te encantará.

—Lo de la seguridad ¿cómo está?

—Me preocupa, pero Alberto dice que no tengo motivo. Hasta ahora no hemos visto nada extraño y la gente es muy respetuosa, aunque alguna vez noto miraditas un poco raras.

—Esperemos que no vaya a peor, Jose dice que, si las cosas se tuercen, lo mejor sería que regresáramos a España, aunque espero que no.

—A mí no me gustaría nada dejar a Alberto solo.

—A mí tampoco a Jose.

—El año que estuve en España lejos de él lo llevé mal, no me hago a estar separados.

Sus maridos estaban más relajados de lo habitual. La presencia de sus familias los obligaba a

pensar en otros asuntos, aunque desconectar totalmente del trabajo no iba con ellos. Estaban intranquilos por los movimientos militares en la zona. Las fuerzas estadounidenses habían conseguido tomar Kabul y poner punto final al régimen talibán, aunque la resistencia seguía activa. Los periódicos habían adjudicado un enorme mérito a la Alianza Norte, la fuerza rebelde opositora en Afganistán, aunque los dos estaban seguros de que era parte de la campaña de imagen americana.

Pasaba poco más de un mes del comienzo de la Operación Libertad Duradera y solo dos desde los impactantes atentados en Nueva York. La venganza de Estados Unidos progresaba, aunque no todo lo que les gustaría a sus gobernantes. Expertos independientes alertaban de que los estadounidenses se habían metido en el mismo aviso que la URSS en 1979. Este conflicto costó la vida a miles de soldados soviéticos sin conseguir, a cambio, el objetivo de adueñarse del país. Más tarde salieron a relucir algunos motivos de su fracaso: en plena Guerra Fría, Estados Unidos, sin implicarse directamente, había prestado apoyo técnico y material a los insurgentes. Uno de sus jefes más destacados fue Bin Laden, con el que los estadounidenses mantuvieron buenas relaciones y al que respaldaron. Al acabar el conflicto, la situación dio un vuelco, Estados Unidos se lavó las manos acerca del futuro del país, el terrorista se sintió engañado y desvió su mirada asesina a sus antiguos camaradas.

La inquina de Bin Laden fue creciendo y les terminó montando el más salvaje atentado de su historia. Para desgracia de los americanos, unas semanas antes el saudí había conseguido escapar de su cerco en Afganistán y estaba perdido en algún lugar de Pakistán, donde había entrado acompañado de una buena parte de sus hombres y de soldados talibanes.

Martínez y Bernal hablaban en un tono normal, sabedores de que sus mujeres estaban enfrascadas en su propia conversación. Los dos con vaqueros y camisas de manga corta, su ropa habitual en vacaciones y cuando se desplazaban por el país.

—No sé qué vamos a hacer con las chicas y los niños —dijo el delegado del CESID—. En la embajada ya empiezan a hablar de que esto no es seguro y va a ir a peor. Algunos ya están haciendo planes para volverse a España.

—No hace nada que Virtu y Nuria han llegado, yo esperaré un poco, no creo que debamos adelantarnos.

—Yo pienso igual. Pero ya has leído los informes de Madrid, los estadounidenses están obsesionados con Sadam, buscan pruebas en su contra por debajo de las alfombras.

—Quieren que nosotros consigamos datos objetivos.

—Nuestra red es buena, tenemos fuentes de calidad, pero nos vemos obligados a presionarlos más.

—Hasta ahora no aparecen datos que apoyen las acusaciones contra Sadam.

—Algo tiene que haber, no puede ser que la CIA y el MI6 muestren sus sospechas sin que haya nada. Si ellos tienen datos, nosotros debemos conseguirlos.

—Sus políticos deben estar presionando a los nuestros.

—Eso no lo sabemos —matizó Martínez—, lo intuimos por lo que nos piden nuestros jefes, pero es algo en lo que no debemos centrarnos. Hagamos nuestro trabajo y que los políticos decidan sobre la información que les enviemos.

—¿Crees que en la embajada los diplomáticos tienen información distinta a la nuestra?

—Por lo que sé y he podido ver en algunas reuniones, nada de nada. Me temo que nuestros diplomáticos carecen de informantes de calidad. No me gusta mucho cómo trabajan.

—En La Casa siempre he oído hablar mal de los funcionarios de Exteriores, pero también sé

que ellos hablan aún peor de nosotros.

—Les molesta que dependamos de nuestros jefes en Madrid y no del embajador, pero ese es un tema sin solución.

Bernal había comenzado a echar la carne en la parrilla tras comprobar el punto perfecto de las brasas. Tras muchas barbacoas se había convertido en un perfeccionista.

—Tienes que establecer relación con el clérigo chiita del que te hablé el otro día —le recordó Martínez—. Es un tipo influyente, no tanto como Al Jamil, pero tiene muchos seguidores. El factor religioso es muy importante en Irak, es un poder real.

—En Madrid leí un documento que definía al chiismo como una religión del luto, que gira en torno al martirio. Decían que su espina dorsal es la injusticia y la resistencia.

—Se consideran un credo de musulmanes pobres y oprimidos, pero con un fuerte sentido de comunidad. Es importante llevarnos bien con ellos porque el pueblo chiita considera a sus clérigos intermediarios entre Dios y los seres humanos, les interpretan las enseñanzas del Corán con relación a lo que pasa a su alrededor.

—Espero poder reunirme pronto con él.

—Por cierto, ¿crees que nos contestarán algún día a lo de la cuenta en Suiza?

—Eso espero, mi contacto en Madrid me dice que ya lo han aprobado, pero tienen que hablar con el colaborador del servicio que hace esas cosas para que lo ejecute y luego me imagino que llevará unos días.

—Ali no quiere soltar ni una palabra hasta que le demuestre que tiene abierta la cuenta. Espero que luego no me deje tirado con información inútil.

—¿Le has explicado lo que nos interesa?

—Claro. Como prioridad, armas, petróleo y Sadam-Bin Laden. Luego le pediré datos sobre la familia de Sadam, los altos cargos de Exteriores, del Ejército y de la Mujabarat.

—¿Los chiitas también podrán ayudarnos?

—No se les escapa nada de lo que pasa en Irak. Pero también nos interesa saber qué hacen ellos. Podrían aprovechar una situación de crisis para montar alguna movida.

—Lo que me dejó alucinado fue lo del grupo de chinos.

—Una buena información de Ali con la que probó su buena fe. Les hiciste un buen seguimiento, mientras la Mujabarat no se fije en ti, debemos aprovecharlo. Pertenecen a Norinco, una empresa china que instala campos petrolíferos, me lo han confirmado desde Madrid.

—Si Sadam no puede vender su petróleo a ningún país, ¿qué es lo que hacían aquí?

—No tengo ni idea, lo más lógico es pensar que están intentando llegar a un acuerdo con la INOC, la Irak National Oil Company, para el día que la ONU levante el embargo.

—¿Con los chinos?

—Sadam ha escogido la empresa de una superpotencia que no teme a Estados Unidos.

—Los americanos se pueden coger un buen rebote.

—No lo dudes.

Los interrumpió una discusión entre los chicos, Nuria lloraba. Charo les dijo a los dos hombres:

—Es mejor que empecemos a comer antes de que la sangre llegue al río.

Todos rieron y por unas horas olvidaron la tensa situación que se estaba generando en Irak.

*Bagdad, enero de 2002*

*E*l contacto con las fuentes más sensibles, necesitadas de la máxima seguridad para no ser descubiertas, le exigía a Martínez involucrar a veces a su familia, aunque Charo no lo supiera, pero se lo figurase. Ella guardaba silencio y estaba encantada de colaborar en cualquier cosa que él le pidiera. Ese viernes su marido le anunció que iban a merendar con su amigo Ahmed, al que ella conocía, y que era íntimo de Al Mayali, al que veía con frecuencia. Percibió que algo extraño pasaba cuando, después de estar allí un rato, su hijo Alberto se había puesto a jugar con otros niños, ella estaba charlando con algunas mujeres y su marido se encerró en una habitación con dos hombres. Optó por no darle vueltas, en cualquier caso prefería estar en Irak acompañándolo que en España esperando recibir noticias de cómo se encontraba.

Martínez había entrado en esa habitación con Ahmed e Ingenuo, su fuente de alto nivel en Relaciones Exteriores. Como Charo había supuesto acertadamente, era la única forma de verse con su confidente en un ambiente discreto y seguro. Nada mejor que una reunión de amigos en casa de Ahmed, siempre dispuesto a facilitar una tapadera.

—Sentaos a la mesa —dijo el anfitrión—, yo me voy a poner a ver la televisión con estos auriculares. Me quedaré aquí para evitar especulaciones, pero prefiero no enterarme de nada.

Los otros se acomodaron en unas sillas que, al igual que la mesa, a Martínez le parecieron fabricadas por un gran artesano un siglo antes y que seguían perfectamente barnizadas. Ahmed era selectivo con los muebles y, como buen lector, también con los libros, que llenaban las estanterías de la habitación. No se fijó en sus títulos, pero sí en la cantidad de miniaturas doradas que los separaban.

—Me alegra verle, Salah.

—¿Qué es lo que le corre tanta prisa?

El pretexto de siempre. Intentaba reunirse con él al menos una vez al mes; una semana antes le hacía llegar un mensaje a través de Ahmed, encargado de preparar el encuentro.

—La situación se está complicando. Desde Madrid me dicen que Estados Unidos está teniendo dudas sobre el control del armamento iraquí y quieren saber cómo está el asunto.

Utilizar a los estadounidenses como fantasmas presentes en todos los temas era un buen argumento para obtener información de Ingenuo.

—Dicen tonterías y lo saben. No obstante, Sadam nunca lo negará. ¿Conoce la razón? —preguntó para poner énfasis en la respuesta que él mismo iba a dar—: Irak está rodeado de hienas esperando un gesto de debilidad de su presa para comérsela. Principalmente Irán nos odia desde la última guerra que nos enfrentó. Si confirma que carecemos de potencial bélico, nos atacará sin pensárselo dos veces.

—Eso quiere decir, por ejemplo, que no está trabajando para conseguir misiles de largo alcance.

—Irak trabaja en todos los campos, siempre intentando armarse, otra cosa es que lo consiga. Carecemos de instalaciones para producir esos misiles. Estamos sometidos a controles muy intensos.

—Pero —insistió el agente español— ¿si no existieran esos controles o pudieran saltárselos?

—Si quisiéramos fabricar un misil de largo alcance mayor que los permitidos —dudó un segundo—, tardaríamos más de cinco años en conseguirlo. Eso siempre que pudiéramos saltarnos los controles, lo cual es imposible.

—¿La CIA y el MI6 pueden llegar con la información de que disponen a una conclusión distinta?

—Claro que pueden llegar, pero sería errónea.

—De armas químicas, ¿qué me dice?

—Son más fáciles de fabricar.

—¿Sadam está intentando conseguir las?

—Ya le he dicho que trabaja en todos los campos, pero tendrían que llegar del extranjero las personas que pudieran fabricarlas y, especialmente, los equipos.

—¿Dispone de datos que apoyen que Francia estaría dispuesta a ayudar como en el pasado?

—Sabe que no —dijo un poco molesto porque consideraba algunas respuestas evidentes—, ahora mismo no se atreverían a enfrentarse a Estados Unidos.

Martínez volvió la mirada a Ahmed, enfrascado en un programa de televisión que escuchaba con unos enormes auriculares. El sonido estaba tan alto que se podía oír en todo el cuarto.

—Sigamos. Armas biológicas.

—Aquí sí que tenemos los materiales necesarios y la capacidad de fabricarlas la adquirimos en el pasado. Desconozco si se están produciendo ahora mismo, pero si lo están haciendo le garantizo que será en pequeñas cantidades.

Martínez no dejaba de mirar a Ingenio, sin tomar ni una sola nota. No quería que se despistara con sus gestos, por lo que en la chaqueta había metido una grabadora para no perderse los matices de sus palabras.

—Todavía no me ha preguntado por las armas nucleares —se adelantó el iraquí.

—Lo he dejado para el final.

—Eso es que también conoce la respuesta.

—Lo que me interesa es lo que usted me pueda aportar. En este tema no me negará que tienen científicos suficientemente preparados.

—Mi información es indirecta. Aunque tengamos los conocimientos, es muy difícil conseguir el material fisible necesario para fabricarlas. Y no le cuento nada nuevo si le digo que desde hace años nadie quiere vendérselo a Irak, ni siquiera en el mercado negro.

La puerta se abrió y entró una niña. El agente se levantó y le tocó en el hombro a Ahmed, que seguía mirando la pantalla de la televisión.

—No se puede entrar aquí, vamos, vamos, fuera.

Salió llevándose a la niña y cerró la puerta.

—Creo que ya va siendo hora de que volvamos con los demás —incorporándose de la silla, Ingenio intentó zanjar la conversación.

—Espere unos minutos, por favor.

—Nadie en Irak es de fiar. Solo la familia, pero no toda.

—Le entiendo, acabamos pronto. Le quería preguntar algo que me tiene preocupado.

El iraquí volvió a sentarse con gesto serio, quería salir de allí.

—Sabemos que China está interesada en el petróleo iraquí, pero desconocemos si se va a firmar

pronto un acuerdo.

—¿Cómo saben lo de China?

—No le comento a nadie quiénes son mis fuentes —dijo cortante sabiendo que su dureza lo tranquilizaría.

El funcionario, que era de todo menos bobo, perdió la concentración para refugiarse en sus pensamientos. Conocía aspectos que por algún motivo dudaba en contarle al espía. Martínez, paciente para que no sintiera excesivamente la presión, desvió la mirada hacia la televisión, que se había quedado encendida, y a los auriculares que lanzaban una conversación a gritos en árabe.

—Irak tiene firmado desde hace varios años un acuerdo con China. En realidad, son las petroleras de los dos países las que lo firmaron.

—Se han saltado la prohibición de la ONU —afirmó inquisitivo Martínez.

—No, el acuerdo únicamente entrará en vigor cuando se levanten las sanciones.

—¿Es importante?

Ingenuo decidió contárselo.

—Las dos petroleras han creado una sociedad para desarrollar el campo Al Ahdab, con un potencial que podría estar cerca de los 90.000 millones de barriles.

—¡Dios santo!, un negocio por el que cualquier país se dejaría cortar el brazo. Aunque —dedujo con rapidez—, no vale nada si la ONU no le quita las esposas a Sadam.

—Exactamente. Tenemos una inmensa riqueza que cada día pisamos y que no podemos disfrutar mientras Estados Unidos no nos deje en paz. Y con Sadam será difícil, por no decir imposible, conseguirlo.

—O sea que Sadam lleva tiempo preparándose para el día que sea libre de hacer lo que quiera con su petróleo. Como no quiere vendérselo a su enemigo yanqui, se alía con alguien casi tan poderoso como él, inmune a sus presiones. Y que llegado el caso lo protegerá.

Ahmed regresó de nuevo al cuarto.

—Creo que por hoy habéis tenido suficiente, excepto que queráis concluir algo.

Ingenuo se levantó como un resorte, encantado de la interrupción.

—Hemos terminado.

Había un tema que Martínez no le había mencionado.

—Ahmed, ¿te importaría dejarnos solos un par de minutos más? Quiero comentarle una cosa a Salah.

Ahmed salió e Ingenuo optó por quedarse de pie.

—Todas las informaciones disponibles coinciden en que Abu Nidal está en Irak bajo la protección de Sadam.

Ese terrorista palestino, alejado de Arafat en los últimos años, llevaba décadas siendo un objetivo prioritario de los servicios de inteligencia occidentales. Había asesinado a diestro y siniestro en París, Londres, Bruselas, Viena, Kuwait, incluso en España. Martínez formuló la pregunta sin saber si era verdad o no.

—No lo sé, eso es cosa de la Mujabarat.

—Algo habrá oído.

—Dicen que vino hace tiempo, que Sadam lo protege, como a otros de su grupo.

Y se marchó dejando pensativo al español por su salida impetuosa, como si participara en una carrera de caballos y el secreto del éxito estuviera en ser el primero en abandonar el cajón de salida. Sin duda, le había dicho más de lo que pretendía. El espía salió satisfecho por la confirmación de la presencia de Abu Nidal desde hacía tiempo, pero tardaría algo en descubrir

que la información sobre la venta de petróleo no era ni la mitad de la operación que el régimen había montado en secreto.

*Bagdad, febrero de 2002*

Un contingente español de 450 soldados iba a partir hacia Afganistán para participar en la llamada Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad. Creada el 20 de diciembre del año anterior por el Consejo de Seguridad de la ONU, siete días después, el Consejo de Ministros del presidente José María Aznar decidió apoyar al Gobierno interino afgano enviando tropas. No para hacer la guerra, sino para conseguir la estabilidad del país, un matiz importante que muchos no entendían. Otros países iban a contribuir de una manera más numerosa, pero el Gobierno lo hizo en relación al potencial de sus Fuerzas Armadas.

Martínez y Bernal seguían las noticias sobre el cercano país por los cables que recibían desde Madrid y por el resumen de prensa que Al Mayali les hacía llegar cada mañana, un pesado trabajo que les ahorraba. Martínez ya leía en árabe y Bernal podía hablar solo en conversaciones triviales.

Bagdad era un hervidero de espías a la búsqueda de respuestas sobre las supuestas actividades ocultas del régimen, el debate que traspasaba fronteras y enfrentaba a las grandes potencias. Los representantes de los servicios secretos mantenían opiniones distintas sobre lo que se avecinaba. Los dos agentes españoles palpaban los estados de ánimo cuando acudían a fiestas informales y charlaban con colegas y diplomáticos.

Los rusos negaban que Bush se fuera a atrever a ir a por Irak tras aplastar a los talibanes en Afganistán. Sadam ya no era un peligro y lo único que deseaba era que la ONU levantara las sanciones para que el país saliera del hambre y pudiera progresar.

Abarnou, el delegado del espionaje francés, siempre preocupado oficialmente por las mujeres bellas que hubiera a su alrededor, era menos drástico, pero igual de defensor de Sadam. Francia no quería hacer seguidismo de las obsesiones de Bush, no había argumentos para considerar a Sadam un demonio, aunque lo era un poco: «No vamos matando demonios, ¿no te parece, amigo? En ese caso, Estados Unidos tendría que asesinar a los dirigentes de la mitad de los países del mundo».

Weber, el alemán, no mostraba simpatía por Bush pero tampoco por Sadam, aunque estaba más cerca del dictador.

Martínez, precavido en sus conversaciones, cuando le preguntaban ponía énfasis en el necesario respeto al pueblo iraquí mientras no se demostrara que sus gobernantes estaban violando la ley. Para él, como representante del Gobierno español, la decisión de enviar tropas a Afganistán suponía respaldar a Bush, una muestra de solidaridad frente a los atentados. Era como decirles: «Lo que os ha hecho Al Qaeda es una barbaridad y podéis contar con nuestro apoyo». Una postura proamericana mantenida también por los Gobiernos anteriores de otro signo político, pero que en este caso parecía más apasionada, más radical, más incondicional.

A los dos agentes españoles les preocupaban sus familias. Irak había dejado de ofrecer la

seguridad relativa de antaño. Las mujeres de los diplomáticos estaban plegando velas y regresando a sus países.

Una noche, tras acostar al pequeño Alberto, Charo abordó a su marido mientras veían el canal internacional de Televisión Española:

—Me ha contado Virtu que han vuelto a su país la mujer y los hijos de otro diplomático inglés.

—Se están yendo muchos.

—Yo prefiero quedarme aquí contigo.

—A mí me encanta que estés.

—Sé lo duro que es tu trabajo, imagino los sinsabores por los que estás pasando aunque no me los cuentes.

—Es la vida en un destino en el extranjero, me tengo que volcar al máximo, es mi compromiso. Cuando vine, imaginé que sería duro...

—Pero no tanto —le cortó Charo.

—No cambia nada. Es mi profesión y me gusta.

—Tú trabajo se ha liado con los atentados.

—Eso me motiva, cuanto más difícil mejor. Tengo a muchas personas pendientes de mí, no puedo fallarles. Lo que siento es que para ti está siendo una experiencia dura.

—Me da igual, me encanta estar aquí. ¿Sabes que en Valladolid tuve que seguir mintiendo a nuestros vecinos —se rio— sobre por qué te habías ido a Irak?

—Sí a pesar de no verme nunca de uniforme, creyeron que estaba destinado en un cuartel, seguro que también se creyeron que me vine a una oficina como agregado militar en la embajada.

Bernal entró muy excitado en el despacho de Martínez. Grandes marcas de sudor aparecieron en su camisa cuando se quitó la americana y se desparramó sobre la silla en señal de agotamiento. Acababa de tener su primera experiencia en solitario como agente sobre el terreno.

—Abu Nidal está en Bagdad —sentenció feliz por su descubrimiento—. Me lo ha dicho el clérigo chiita Al Naji.

—Tranquilízate, cuéntamelo todo desde el principio. Como si lo estuvieras escribiendo en tu informe.

—Vive al noroeste de Bagdad, en el barrio de Kadhimiya.

—Eso sálatelo, ya lo sé.

—El clérigo es un tipo adusto, sotana negra, turbante negro, pelo y barba negra y bastante joven. Su único abalorio es un discreto anillo en el dedo corazón.

—¿Estaba solo?

—Lo acompañaban tres tipos con camisas y pantalones negros. Sin duda, es verdad que el chiismo es la religión del luto.

—¿Cómo fue la conversación?

Bernal procuraba serenarse, todavía sentía los nervios que lo habían atenazado mientras se acercaba a su primera reunión con una fuente. Se había repetido como un mantra que a lo largo de su vida había superado pruebas mucho más desagradables que esa, nada ni nadie le impediría convertirse en un buen agente de campo.

—Nos sentamos en círculo en el suelo y al principio hablamos de temas generales, la vida en Bagdad y cosas así. ¿Quieres que te cuente los detalles?

—No, y tampoco hace falta que los pongas en tu informe. Imagino que te pusieron un té.

—Sí, el ambiente fue relajado.

No mencionó sus problemas con el idioma cuando, demasiado lanzado, gran error, intentó conversar en árabe. Se dio cuenta sobre la marcha de lo poco que entendía y algo ruborizado le pidió a uno de los acompañantes, que al llegar le había hablado en inglés, que hiciera el favor de traducir.

—Odian a Sadam —siguió Bernal—, dicen que no respeta a nadie y creen que habrá guerra.

—Está bien, háblame de lo que te han dicho sobre Abu Nidal.

Bernal sabía por Martínez que en Madrid interesaba de forma especial la presencia de terroristas en Irak, que podría apoyar la hipótesis estadounidense de que Sadam mantenía relaciones con Bin Laden. Debían preguntarle sobre eso a cualquiera con el que se reunieran. Ali e Ingenuo ya les habían confiado que los hubo en el pasado reciente, incluso el primero señaló que algunos seguían en el país.

—Dice que la Mujabarat lo protege, que Abu Nidal se esconde en Bagdad al menos desde hace dos años.

—¿Crees que la información está fundamentada o te lo ha contado para meter cizaña contra Sadam?

—No lo sé, por cómo me lo ha dicho me lo he creído.

—En tu informe tendrás que valorar la credibilidad de la fuente.

—Me ha contado que ha oído que puede estar enfermo de leucemia, que no está para cometer atentados, pero él no se lo cree. Dice que Irak es un buen lugar para que viva porque tiene mucho dinero y puede conseguir todo el whisky que quiera.

—Se te ve agotado —dijo Martínez sonriendo—. Lo has hecho muy bien. La primera vez es la más complicada, en el futuro te sentirás más tranquilo.

Bernal se relajó un poco.

—Creo que esto me va a gustar.

*Bagdad, verano de 2002*

A lo largo del curso escolar las familias de los dos agentes se habían reunido muchos viernes, aunque nunca como ese día habían sentido un calor tan desagradable que apenas les dejaba respirar. A veces acudían a las fiestas que daba el embajador, donde los niños podían explayarse a sus anchas sin necesidad de prestarles mucha atención. Otras se acercaban a la piscina del hotel Al Rashid a pasar el día entre chapuzones. Aunque lo más frecuente era quedar en casa de unos u otros para dar buena cuenta de menús españoles. Esa mañana, sin embargo, el aroma a despedida impregnaba la reunión con un toque de tristeza.

Vivían en un país con una situación interna cada vez más compleja e insegura. El resto de los familiares de los diplomáticos españoles ya había abandonado Irak y solo quedaban las mujeres y los hijos de Martínez y Bernal.

Afganistán había pasado a un segundo plano de la actualidad mientras el foco internacional seguía dirigido hacia la búsqueda del paradero del demonizado Bin Laden. Sadam, tras jugar un papel secundario en los inicios, había adquirido gran protagonismo en los medios de comunicación. Los dirigentes estadounidenses habían comenzado una campaña de desprestigio vinculándole con los atentados del 11-S, la tecla que accionaba la sensibilidad de su pueblo y del resto del mundo occidental. Por informes del propio CESID, que en ese mes de mayo se había reconvertido en el Centro Nacional de Inteligencia (CNI), bajo el mando por primera vez de un civil, el diplomático Jorge Dezcallar, sabían que Estados Unidos había movilizado a sus servicios de inteligencia para conseguir como fuera pruebas que vincularan al dictador con Al Qaeda. Afirmaban estar seguros de esa relación, pero no la habían acreditado lo suficiente como para lanzarse abiertamente a por él.

Charo no quería dejar solo a Alberto y menos en ese entorno conflictivo. Sin embargo, la prudencia se imponía y en julio regresaría a España con su hijo. Su marido se la estaba jugando cada día, lanzado a cumplir una misión que ella desconocía, y se sentiría con más libertad de acción sin la presión de su presencia. La separación sería un palo, pero no podía hacer nada para retrasarla. Había establecido una estrecha relación con Virtu y apreciaba de una manera especial a Jose, al que Alberto estaba muy unido y con el que se compenetraba a las mil maravillas.

A pesar del calor, Charo preparó la fabada asturiana que tanto le gustaba a Alberto. Estuvo sonriente, dicharachera. Charló con Virtu, jugó con Nuria, esa pequeñita tan rica que se llevaba tan bien con su hijo.

Mientras los dos matrimonios compartían unas copas de vino español, fueron relajándose. Afloraron los buenos recuerdos del tiempo compartido. Hasta se rieron de los momentos de tensión, como el día que Alberto le comentó a Charo que los seguía un coche de la Mujabarar, o las llamadas telefónicas sin respuesta que recibían. Virtu se preguntó qué habría sido de ellos sin la tonelada de Coca-Colas que les envió el amigo del padre de Jose, imposibles de consumir en

varios años.

Terminó pareciendo un día alegre cuando en realidad era uno de los más tristes. Los dos hombres habían decidido afrontar la separación de sus familias como si no les afectara, precisamente porque era lo único que podía desequilibrarlos, si no piensas en algo es como si no existiera. La soledad sería dura pero no les quedaba otro remedio que mirar hacia delante, tenían una misión que cumplir e iban por el buen camino para conseguirlo. Debían sacar rédito al trabajo realizado, a las fuentes que habían abierto con tanto esfuerzo.

Faltaba poco para que empezaran a comer cuando sonó el timbre. Era Ruad, el guarda de seguridad que Martínez había contratado unos meses antes para que vigilara la casa, una medida que también adoptó para la de Bernal. Sujetaba en los brazos un gran paquete perfectamente envuelto.

—Ha venido el señor Ahmed a traerles esto.

—¿Dónde está? —preguntó Martínez.

—Tenía que irse, me ha dicho que prefería que se lo entregara yo.

—Este Ahmed —le dijo al escolta—, seguro que trae regalos de despedida para Charo y Alberto.

El espía español se dirigió al dormitorio. Charo le preguntó desde la cocina quién era y él le contestó que Ahmed les había enviado un paquete, lo iba a dejar en su cuarto para abrirlo más tarde. Tras depositarlo encima de la cama, lo desenvolvió. Contenía tres paquetes más pequeños y una nota: «No, seguro que no». La rompió en pedacitos y se los guardó en el bolsillo, luego los quemaría, cuando no lo viera nadie. Se acercó al salón, donde estaban todos menos las mujeres, y habló bajito con Bernal:

—Ha llegado el mensaje de Ingenuo. Confirma que Sadam no está fabricando armas de destrucción masiva.

—¿Nos estará engañando?

—Nunca se sabe, creo que es sincero. Prometió investigarlo. Si es tan rotundo, es que lo ha confirmado.

—Se ha tomado tres semanas desde que le pediste que volviera sobre el tema.

—Mañana se lo transmites a Madrid. Ahora vamos a comer, que luego tenemos que despistar a los de la Mujabarat.

—Quizás hoy no estén.

—Me temo, Jose, que estarán.

Después del almuerzo, no se despidieron de sus hijos mientras jugaban y les dijeron a sus mujeres que el embajador los había llamado para una reunión. Charo y Virtu no les creyeron pero ni se inmutaron. Era mejor no saber de sus idas y venidas, lo que no impedía que se preocuparan por ellos cada vez que se iban o ellas se quedaban sin saber con quién estaban.

Habían dado la tarde libre a Ruad. Los dos intercambiaron las llaves de sus coches, aparcados con intención justo delante de la casa. Se metieron con prisa en el coche ajeno y salieron disparados, aunque luego rebajaron la velocidad. Delante iba Martínez en el coche de Bernal, y de cerca lo seguía su segundo en la delegación. Aprovechando una intersección de calles, cada uno tomó una dirección distinta metiéndole marcha al motor. Los dos continuaron a su aire hasta que el paso de los minutos y las miradas por el retrovisor los relajaron al constatar que la maniobra de distracción había dado resultado: el coche de la Mujabarat seguía a Bernal pensando que era Martínez. El delegado del CNI se sintió libre para acudir a la cita secreta con su confidente.

Conocía Bagdad como la palma de su mano y no tardó mucho en encontrar la dirección en un

barrio del sur. Las aceras estaban muy transitadas, nadie se fijó en él. El edificio de ladrillo visto al que se dirigió no estaba en pésimo estado, como los anteriores en los que habían quedado. Golpeó la puerta. Como esperaba, le abrió el desconfiado y siempre solitario Ali. No intercambiaron palabra hasta que llegaron a una habitación con solo una mesa y dos sillas, y se sentaron. A veces Martínez pensaba si los sitios donde se reunían no serían pisos clandestinos de la propia Mujabarat que Ali sabía que nadie iba a utilizar.

—Le costó desembarazarse del seguimiento —comentó el iraquí.

—Hoy ha sido menos complicado.

—Tenga cuidado. Si no está seguro, cancele y aplazamos la cita a veinticuatro horas más tarde.

—Lo sé, no se preocupe.

—Hablemos rápido, hoy estoy trabajando y no puedo estar desaparecido mucho tiempo.

—Tengo una pregunta importante. Hemos confirmado el acuerdo de China con Irak para explotar su petróleo cuando se levanten las restricciones.

—La primera pista se la di yo, una información de calidad, como todas las que le he dado desde entonces.

—Sé cuál es la zona donde está la tierra fértil que explotará la empresa china con la iraquí, pero la historia no me encaja.

—¿Qué es lo que no le encaja?

Al mismo tiempo que formulaba la pregunta, Ali inclinó el tronco hacia delante y sacó una pistola que llevaba en la espalda sujeta al cinturón, escondida gracias a la chaqueta. La colocó encima de la mesa, frente a Martínez, y al ver su cara de sorpresa la desplazó a un lado.

—Perdone, se me estaba clavando. ¿Usted no lleva?

—Tengo, pero no la llevo encima.

—Pues debería, Bagdad es cada vez más insegura, especialmente para los occidentales.

Martínez optó por seguir con lo suyo, aunque la pistola sobre la mesa le pareció un gesto disuasivo, típico de Ali, un provocador que habría interrogado a muchos iraquíes y no se habría andado por las ramas a la hora de sacarles información.

—Le decía que no me encaja lo de China.

—¿Tiene ya preparada mi ruta de escape por si me pillan?

—He llegado a la conclusión de que usted conoce tan bien el país que no necesita que yo se la diseñe, puede hacerlo usted mismo, si es que no lo ha hecho ya.

—Claro que la tengo, pero necesito que usted me ofrezca una.

—Para tener alternativas.

—Porque se comprometió conmigo.

Martínez decidió no discutir.

—Ya la tengo elaborada.

—Dígamela.

—No antes de que sea necesario. Están implicados contactos de mi servicio que le ayudarán en el camino. Mantener a salvo su identidad es responsabilidad mía.

—No se fía de mí.

—Nunca me fío de nadie al cien por cien.

Se cruzaron miradas gélidas, como si estuvieran en un duelo en el Lejano Oeste. El terreno en el que Ali se encontraba más cómodo.

—Está bien, yo tampoco.

—¿Podemos hablar de una vez de lo de China?

—¿Cuándo harán el ingreso por la información que le voy a facilitar hoy?

—En unos días. Lo que tarden en Madrid en hacer los trámites.

—¿Pueden ser más rápidos?

—No depende de mí.

—¿Tiene poca influencia en España? —dijo Ali con intención de molestarlo.

—Sin mí, usted no tendría nada. —Martínez pasó al contraataque para evitar que se creciera.

—Podría buscarme otro que me pagara más rápido y más dinero.

—Hágalo, usted vino a mí.

—Creía que tendría más poder.

—Este es el que tengo, y no puede quejarse.

—Hasta ahora —respondió haciendo un gesto de aviso con el índice de la mano derecha y arrastrando la pistola sobre la mesa hacia él—. Hablemos de China.

—¿Qué puede decirme sobre el petróleo iraquí?

—Usted está perdido en ese tema. —Encendió un pitillo, dio una calada profunda y exhaló todo el humo—. Le descubrí la pieza del puzle hace meses y desde entonces imagina que hay otras que desconoce, pero ha sido incapaz de encontrarlas sin mí. Tiene razón, la operación es más amplia y explica por qué Sadam es un gran zorro. Poco después de firmar con los chinos, nuestra empresa petrolífera estableció un segundo acuerdo con los rusos de Lukoil para la explotación del campo petrolero de West Qurna, en el sur del país. Una zona inmensamente rica.

—¿Rusia y China llegaron a acuerdos secretos con Sadam! —exclamó Martínez con sorpresa.

—Eso no es todo, hay un tercer protagonista que le va a encantar. Creo que mi información vale más de lo que me va a pagar, pero hoy no le pediré un aumento.

Ali sonrió enseñando sus dientes algo marrones, lo que resaltaba la cicatriz en su labio superior, y cogió la pistola. El español se recostó en la incómoda silla y cruzó las manos en el regazo.

—Un país europeo, amigo suyo, fue el tercer vencedor de la lotería, con un terreno menos fértil que los anteriores, pero suficiente para volver inmensamente ricos a quienes lo exploten.

—Gran Bretaña no puede ser, así que Francia —se aventuró el agente español.

—¡Exacto! —gritó Ali dándole la razón al mismo tiempo que lo señalaba con la pistola—. La francesa Total se quedó con la medalla de bronce.

—¿Usted cree que Estados Unidos y Gran Bretaña lo saben?

—No tengo ni idea, sobre eso no podré ayudarle. Los documentos firmados entre empresas son secretos, pero ya sabe usted lo que duran los secretos.

—Tres miembros del Consejo de Seguridad —resumió Martínez—, tres grandes potencias han negociado con Sadam sin que nadie se enterara. Unos acuerdos que no valen nada hasta que la ONU levante las sanciones, que imagino que esperan sea pronto.

—Ese es el proyecto. No apoyarán una invasión de Irak porque impediría el cumplimiento de esos contratos. Y ahora tengo que irme. El próximo día tráigame mi plan de huida.

Se levantó y volvió a esconder la pistola en su espalda.

—Espero que mi premio llegue pronto, diga en Madrid que no se retrasen. Su vida podría correr peligro.

El espía, molesto por sus palabras, se levantó con un ademán brusco y antes de que dijera algo, Ali le frenó con las manos abiertas.

—No es a mí a quien debe temer. Incluso puede que la amenaza tarde en materializarse. Pero tome buena nota de mi advertencia: ándese con cuidado, la Mujabarat le ha sacado tarjeta roja.

*Bagdad, 16 de septiembre de 2002*

Las noticias sobre las conexiones terroristas de Sadam Husein y su capacidad para fabricar armas de destrucción masiva aparecían cada día en los medios de comunicación de todo el mundo. Datos contrastados, pistas sólidas, sospechas fundadas o acciones irrefutables. Así calificaban la solvencia de sus informaciones no solo los propios periodistas, sino muchos políticos estadounidenses, ingleses y de otros países, como España, que se prestaban encantados a difundir los supuestos comportamientos censurables del mandatario iraquí.

Los dos delegados del CNI llevaban todo el día reunidos en la embajada analizando los datos en su poder y los informes que habían enviado. Al día siguiente los esperaba una reunión vía satélite con Alonso, su jefe en Madrid. Martínez y Bernal estaban preocupados: su actuación de los últimos meses les dejaba un regusto extraño. Dulce porque habían documentado la información transmitida y agrio porque esas noticias de prensa y los informes de otros servicios internacionales que les enviaban desde La Casa evidenciaban claras discrepancias con su trabajo.

Si la realidad era la que describían los medios de comunicación, ¿cómo era posible que fuentes distintas, sin relación entre ellas, les ofrecieran versiones contrarias sólidas, creíbles y fundamentadas? Quizás no estaban hablando con las personas adecuadas, quizás todos se habían aliado para intoxicarlos, quizás Sadam era el rey de la desinformación y ocultaba tan bien su esfuerzo bélico que ni sus más allegados lo conocían..., quizás ellos estaban haciendo pésimamente su trabajo.

La discrepancia más grave residía en que ellos defendían que Irak no disponía de armas de destrucción masiva ni podía fabricarlas a corto plazo, mientras Estados Unidos aseguraba lo contrario y Bush había llegado a afirmar que estaban a seis meses de poder contar con ellas.

—¿Qué está pasando?, ¿hay algo que no vemos? —preguntó preocupado Bernal, sentado en una silla frente a su jefe, con los codos apoyados en la mesa de despacho en señal de agotamiento.

—No disponemos de los medios humanos y técnicos de la CIA y el MI6 para estar en todas partes, hay cosas que no alcanzamos a saber, pero nuestros datos son buenos, ahora no podemos dudar de nuestros informantes.

—Ingleses y americanos tienen satélites.

—Con ellos no pueden descubrir lo que nosotros pateando las calles. En estas situaciones, la información más útil siempre procede de fuentes humanas.

—Parece que vamos a contracorriente.

—Llevo dos años dejándome los cuernos y te aseguro que nuestra información es buena.

—Bush está decidido a atacar.

—Allá él lo que haga. Nuestro trabajo es pasar información al servicio para que, juntándola y contrastándola con otras fuentes, informe al Gobierno.

—¿Crees que el Gobierno nos creará?

—Ese es el permanente interrogante de los analistas que se pasan los días encerrados entre cuatro paredes. Conocen mejor que nadie el tema y cuando redactan sus informes ven evidentes las decisiones que el Gobierno debería adoptar. Se equivocan, les falta una variante, la política. Lo importante para los que informamos a un Gobierno es que nunca pueda quejarse de desconocer los hechos, al margen de lo que luego decida.

—Nuestras fuentes coinciden en algo importante: en los últimos años no han hecho importantes avances en el desarrollo de ningún tipo de armas, ni nucleares, ni químicas ni biológicas, ni en misiles.

—Frente a eso, el secretario de Defensa americano Cheney ha dicho —Martínez rebuscó entre las hojas de una carpeta—: «Ahora sabemos que Sadam ha reiniciado sus esfuerzos para adquirir armas nucleares». Hasta aquí, nada que objetar porque sabemos que si pudiera, las construiría.

—Es que no puede —rebatía Bernal.

—No, no puede. —Y terminó de leer la frase—: «Muchos de nosotros estamos convencidos de que Sadam adquirirá armas nucleares bastante pronto».

—Nada que objetar a que él se lo crea, pero no puede conseguirlas «bastante pronto».

—Mañana hablamos con Alonso y a ver qué nos cuenta. Y ahora, ¿por qué no nos vamos a tomar una copa al hotel Al Rashid?

Se sentían menos presionados gracias a que habían comenzado el nuevo curso sin sus familias, ya de vuelta en España. El ambiente en las calles de Bagdad mostraba a la gente enfurruñada con la agresiva política occidental. Empezaban a mirarlos mal hasta tal punto que habían decidido ir siempre con pistola. Si alguien se metiera con ellos, los agentes de la Mujabarat encargados de su vigilancia podrían intervenir para evitar una mancha en la imagen pública del país, aunque lo más probable es que esos atacantes los hubieran contratado ellos mismos.

El hotel llevaba el nombre de un califa y era uno de los más lujosos de la ciudad. Se sentaron en un bar con butacas beis y almohadones grises, colocadas en torno a mesitas negras bajas con ornamentos dorados. Dada la hora avanzada de la tarde, una clientela elegante llenaba el local.

Al poco de acomodarse se percataron de que en el otro extremo de la sala estaba uno de los hijos de Sadam con dos amigos y una amiga. Les sorprendió la presencia de la mujer rubia, con apariencia nórdica, vestido de cóctel dorado con lentejuelas por encima de las rodillas y un escote que tapaba menos de lo que enseñaba. Los dos agentes intercambiaron una mirada burlona.

—¿Lo habías visto alguna vez? —preguntó el suboficial.

—En algunas recepciones, suele ir vestido de uniforme, no como ahora, manda mucho y le gusta recordar a todos su poder.

—Cuentan que siempre se mete en follones, incluso que su padre en una ocasión lo echó del país por matar a un militar de su confianza.

—No tardó en perdonarlo. Ha educado a sus hijos permisivamente con todo tipo de lujos, y así han salido.

A pesar de ser consciente de que los clientes lo habían reconocido, el hijo de Sadam no era discreto en su volumen de voz y se saltaba las mínimas normas de comportamiento en público de un musulmán, como poner la mano en la pierna de la chica. Nadie podía decirle lo que debía hacer, Irak pertenecía a su familia.

—¿Qué tal lleva Charo la separación? —preguntó Bernal tras pedir dos cafés.

—Mal, pero no me lo dice. Sabe que este es mi trabajo, el que me gusta, pero si pudiera, me llevaba de la oreja a España.

—También Virtu está preocupada. Si Bush se empeña, esto puede acabar mal.

—Esperemos que no, pero si llega a producirse, me gustaría quedarme y vivir la experiencia de una invasión; como militar y agente sería única.

Cortaron la conversación por un grito agudo de mujer procedente de la mesa del fondo. La chica despampanante que estaba con el hijo de Sadam se había quejado cuando este le había aprisionado un pecho, aunque ya sonreía con descaro.

—Creo —dijo Martínez— que esa ha venido a Bagdad contratada y no sabe dónde se ha metido.

—Fíjate las caras de los iraquíes sentados en otras mesas, están asombrados pero ninguno se atreve a levantarse e irse.

—Mañana estarían muertos.

El hijo de Sadam y sus amigos salieron una hora más tarde y los agentes españoles lo hicieron un rato después. Charlaban camino de sus coches cuando oyeron gritos desgarradores de una mujer procedentes de una calle cercana. Se acercaron y desde la esquina vieron a unos metros la escena que nunca imaginaron en esa ciudad, mientras los viandantes pasaban aceleradamente sin querer saber lo que pasaba, o precisamente porque lo sabían.

Una mujer estaba tendida en el suelo, sin duda la rubia que habían visto en el hotel. Un hombre le sujetaba las manos y otro estaba echado sobre ella. El hijo del dictador permanecía de pie, a un metro de distancia, para tener una buena perspectiva, disfrutando con sus aullidos de terror y dolor. Mientras se fumaba un puro gritaba en inglés, para que la chica no se perdiera ni uno solo de sus comentarios soeces: «Vamos, dale bien a esa zorra».

Durante unos segundos se quedaron helados, pero luego, saltándose lo que las normas dictaban —desaparecer para evitar un conflicto que perjudicara al CNI y al Gobierno español—, comenzaron a acercarse. Ya daban los primeros pasos hacia una inevitable pelea, mientras la violación seguía consumándose, cuando dos hombres les dieron un golpe en la espalda.

—No se metan donde nadie les llama —amenazó uno, mientras el otro, bastante corpulento, agarraba a Martínez por el brazo.

—¿No ven lo que está pasando? —les recriminó un tenso Bernal señalando la escena.

—Si se van ahora, todo se olvidará. Si no lo hacen, tendremos que detenerlos por alterar el orden público.

—¿Qué se han creído? —les gritó el suboficial.

—Tranquilo, Jose —intervino Martínez—, tienen razón. Hagamos lo que hagamos, no vamos a conseguir nada.

Abandonaron la calle y al mirar hacia atrás comprobaron que los dos hombres de la Mujabarat los seguían. Al fondo habían dejado de oírse los lamentos.

Al día siguiente, los dos estaban en la sala de comunicaciones pendientes de que Alonso se conectara en videoconferencia. No habían podido pegar ojo, la imagen del brutal abuso de la chica a manos del hijo de Sadam y sus compinches les golpeaba la conciencia. No habrían podido evitar la violación, pero tenían grabada la cara de placer sádico del vástago. Ya habían escuchado algunas de sus canalladas habituales pero asistir a una los había dejado conmocionados. Si los de la Mujabarat no les hubieran impedido guiarse por su primer instinto, ahora nadie sabría en qué jaula estarían encerrados y, en el mejor de los casos, los habrían expulsado del país, con lo que tras llegar a Madrid en el CNI les habrían abierto expediente por conducta inapropiada. Su misión era ver, oír y callar, no intervenir.

—Hola, chicos, ¿cómo os va?

Las palabras de Alonso los sacaron de su ensimismamiento.

—Trabajando duro —respondió Martínez.

—Ayer le enviamos al Gobierno un informe sobre el estado de las armas de Sadam y su capacidad para producirlas. También hemos utilizado otras fuentes, pero vuestra información ha sido muy útil.

—No puede fabricar a corto plazo armas de destrucción masiva, eso es seguro.

—Nada es seguro —le corrigió Alonso—, pero eso es lo que hemos dicho, con los oportunos matices.

—¿Qué cuentan la CIA y el MI6?

—Acusan a Sadam, de aquella manera indefinida, de estar intentando conseguir uranio en África. Luego está lo publicado por el *New York Times* sobre la interceptación de tubos de metal para el programa nuclear.

—¿Tiene visos de realidad?

—Todavía lo desconocemos. Pensamos que lo ha filtrado el Gobierno americano para apoyar los planes de invasión que están poniendo en marcha. Todos sus altos cargos dan la información como buena, pero eso era de esperar, los beneficia. Luego está el informe del primer ministro inglés.

—¿Blair sigue a Bush? —dijo Martínez con sorna.

—Más de lo que imagináis. Nos hemos enterado de que en unos días van a difundir públicamente un dossier en el que defienden que Sadam ha continuado produciendo armas de destrucción masiva, con la coletilla de «más allá de toda duda».

—Se pasa un montón.

—Según hemos podido saber, su servicio de inteligencia le planteó que las evidencias eran esporádicas y parciales, pero no lo ha tenido en cuenta a la hora de redactar el informe. Blair está convencido de lo que dice.

—Bush dijo el otro día en la ONU que si la organización no actúa, lo harán ellos.

—Creemos que hace meses tomaron la decisión de acabar con Sadam.

—Digan lo que digan, apenas está desarrollando su arsenal de armas.

—Da igual, iros preparando por si atacan. A nuestro Gobierno le informamos de todo y vosotros sois nuestra mejor fuente.

Se hizo un silencio, el primer mensaje de Alonso había quedado claro: la guerra venía y ellos tendrían que jugársela para obtener información.

—Un asesor de Defensa americano ha hecho unas declaraciones a un diario italiano, ya os las mandaré, en las que dice tener pruebas de que Mohamed Atta, ya sabéis, uno de los pilotos que se inmoló en el ataque contra las Torres Gemelas, se reunió con Sadam antes del 11-S.

—Nos extraña —dijo Martínez sumando su opinión a la de Bernal—, no hemos detectado contactos con la gente de Bin Laden.

—Ya veis que Abu Nidal se suicidó o lo suicidaron allí hace unas semanas. Un terrorista al que daba cobijo Sadam.

—Ya te dijimos en su momento que nuestros contactos aseguraban que estaba por aquí.

—Seguro que lo han matado para quitarse un peso de encima y no dar imagen de apoyo al terrorismo.

—Volveremos a mirar lo de Bin Laden y otros terroristas que hayan podido venir, pero ya has leído nuestros informes: no hay ninguna relación.

—Dadle una vuelta, es uno de los temas sobre los que pilota el conflicto. La razón última que va a esgrimir Bush.

—Me temo que la CIA y el MI6 van a terminar contando lo que quieran sus Gobiernos.

—Es posible, pero también lo es que sus líderes no hagan caso a sus informaciones si no defienden lo que ellos desean. Nosotros tenemos un director que solo quiere información de la buena. Luego, que nuestro Gobierno adopte las decisiones políticas que desee. También me tenéis que escribir un informe sobre Sadam, cómo puede reaccionar ante la presión de la ONU y todo eso.

*Bagdad, 8 de noviembre de 2002*

*E*l imán sunita Al Husain no hacía nada por ocultar su gesto arisco. Ni siquiera cuando se le descolocó el pañuelo que le envolvía la parte superior de la cabeza y lo recompuso sin dejar de mirar con desaprobación a Bernal. Hablaba en árabe aceleradamente y al agente español le costaba entenderlo, pero en ese ambiente gélido no se atrevía a pedirle más calma. Martínez le había traspasado unos meses antes el contacto, no aportaba grandes informaciones y preveían su actitud hostil, aunque era una relación necesaria en la convulsa Irak.

Apenas se habían sentado en el suelo, el iraquí empezó a lanzar sus diatribas contra la posición española en el debate internacional sobre la necesidad de arrancar a Sadam del poder.

—Están traicionando la buena hermandad entre los dos países. Su presidente está apoyando al mismísimo diablo. —Estaba claro que se refería a Bush—. No tienen ninguna justificación para amenazarnos.

—Es política. Lo único que pretenden es que Irak no llegue a usar armas nucleares.

—Si no las tenemos, eso lo sabe todo el mundo.

—Nuestro presidente cree que defender públicamente esa postura ayuda a conseguir la paz.

Bernal utilizaba cualquier argumento que se le ocurría para intentar calmar al apasionado defensor de Sadam, aunque dudaba que surtiera efecto. Su único objetivo era dejar abierta para el futuro la vía de comunicación bilateral. La alineación cada vez más evidente de España con Estados Unidos desbarataba toda la línea argumental que ellos habían establecido. Era su trabajo defender la política internacional de su Gobierno, pero también lo era buscar excusas para tranquilizar al imán, aunque ni él mismo se las creyera. Lo único que llevaba mal, lo que más le costaba, era aceptar las declaraciones de su presidente cuando él sabía casi al cien por cien que se estaba equivocando.

—Ustedes se comportan como esbirros, quieren acabar con Sadam y están perdiendo la simpatía del pueblo iraquí.

—Muchos países entienden a Estados Unidos porque 3.000 de sus ciudadanos murieron en el atentado de las Torres Gemelas.

—Los americanos han matado a muchísimos más hombres y mujeres indefensos. Otros países no se dejan impresionar ni chantajear como ustedes. Mire Rusia, China, Francia, Alemania. Ellos sí que saben que Bush nos está difamando.

El imán se tocaba una y otra vez la enorme barba canosa que reflejaba su avanzada edad, como si la conversación le produjera urticaria. Bernal percibía su excitación y trataba de mantenerse sereno, sin gesticular ni mover un músculo.

—Nosotros estamos con ustedes, somos hermanos. Nuestros informes cuentan la verdad, estoy seguro de que mi Gobierno terminará dándose cuenta.

—No estoy seguro de ello.

—Hoy mismo se reúne el Consejo de Seguridad de la ONU para enviar a los inspectores a Irak para que determinen si están fabricando armas de destrucción masiva. Vendrán, informarán de que no hay nada y acabará todo.

—No me cuente algo que ni usted se cree —dijo recalcando su postura despreciativa con una mano que golpeaba el aire—. A Bush, a Blair y a su presidente Aznar no les importa lo más mínimo la verdad. Vendrán los inspectores, dirán que no han encontrado nada y a pesar de ello nos atacarán. Morirán muchas más de las 3.000 personas que lo hicieron en Nueva York y el mundo callará ante la barbarie. Para ustedes las muertes de árabes no valen lo mismo que las de occidentales.

—Nosotros no lo haremos, seguiremos contando la verdad. —Por primera vez el agente gesticuló con las manos en un intento de enfatizar su sinceridad.

—España será miembro del Consejo de Seguridad en enero. Ya verá cómo encabeza la guerra contra mi país.

Antes de concluir la conversación, el español le entregó un sobre con dinero. Desconocía cuál sería su reacción.

—Irak necesita ayuda —dijo— y nosotros se la seguiremos prestando.

—Creo que no, pero hay mucha gente que pasa hambre.

Esa tarde, Martínez estaba en su casa con Al Mayali. Mantenían una relación de confianza que, tras más de dos años, se había convertido en amistad. Atrás quedaron las excesivas precauciones de seguridad con un ciudadano local en un país extranjero.

—Debéis tener mucho cuidado, Irak ya no es un país seguro para vosotros —dijo el traductor.

—Tranquilo, hemos adoptado las medidas oportunas.

—La gente habla mal de los occidentales, no quieren otra guerra que les deje aún más pobres.

—Nosotros tampoco, y esperamos que las amenazas se queden en eso, en amenazas.

—Están tejiendo una alianza encabezada por Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia y España. Pero una parte de Europa, como Francia y Alemania, se oponen.

—Rusia y China también. Me temo que unos y otros están mirando por sus propios intereses. Jose y yo no entramos en luchas políticas, solo en la información.

—Lo que haga vuestro Gobierno os afectará. Sois sus representantes aquí.

Martínez estuvo a punto de contarle por qué China, Rusia y Francia apoyaban a Sadam, pero debía guardar silencio sobre las promesas petrolíferas que había montado el dictador con los tres miembros del Consejo de Seguridad. Aunque no se engañaba, deducía que Estados Unidos también se movilizaba por el mismo motivo: ellos habían puesto los muertos en la última guerra del Golfo y no iban a permitir que otros países se llevaran los beneficios económicos.

—¿Qué crees que hará Sadam cuando la ONU le envíe a los inspectores?

—Es impredecible. Puede que les deje trabajar con el fin de que cuenten que no es un peligro para el mundo, seguro que esa es la recomendación de sus asesores... Me refiero a los de otros países.

—¿El pueblo lo apoyará?

—La gente lo odia, es un dictador cruel, nunca ha mirado por ellos. Pero las leyendas que ha expandido en el pueblo han sembrado la idea de que no merece la pena enfrentarse a él porque siempre flota.

—Explícame eso —le pidió Martínez, siempre interesado en todo lo que tuviera que ver con el

perfil psicológico de Sadam.

Al Mayali le narró una de esas historias, en parte cierta y en parte magnificada, que comenzó el 7 de octubre de 1959 cuando un grupo del Partido Baazista ametralló el vehículo del primer ministro Qasim. Fracasaron en el intento de asesinato y Sadam, entonces un joven de veintidós años, huyó herido en una pierna hacia su localidad natal de Tikrit, que conocía bien, donde se sentiría más seguro y protegido. Estuvo cabalgando cuatro días. Si acudía a un médico para que le extrajera la bala, este lo denunciaría, por lo que en una parada él mismo se la sacó sin anestesia con una hoja de afeitar. Cuando llegó a la zona que lo vio nacer, robó una embarcación camino de Ouja. Nada pudo impedirle alcanzar su meta, ni siquiera una tremenda tormenta que habría acabado con cualquier otro. Terminó abandonando el país en una motocicleta con la que atravesó el desierto hasta Siria. Tiempo después se movió a Egipto, donde se sintió seguro, allí no lo cazarían para ejecutar la pena de muerte decretada en Irak.

—Entiendo que si se creen que es un superhéroe de cómic —dijo Martínez—, y además ha salido victorioso de las guerras contra Irán y la invasión de Kuwait, piensen que no hay bota capaz de darle una buena patada en el culo.

El sol ya se había puesto y Al Mayali sintió el alivio de la brisa al salir de casa de Martínez. No había recorrido ni tres calles cuando un coche aparcó a su lado, salió un hombre fornido y lo obligó a meterse dentro. El traductor supo de inmediato que eran de la Mujabarat. Un sinfín de pensamientos desagradables invadieron su mente, el principal fue el recuerdo de su hermano y lo que pudo sufrir por culpa de unos tipejos sin escrúpulos como los que lo acababan de detener. Pasados unos minutos, mientras lo conducían a un edificio de la Policía política, le tranquilizó notar que lo trataban sin cortesía, pero también sin violencia. Terminó en una estancia fría, con muebles de oficina de acero inoxidable que habían perdido brillo, presidida por un retrato de Sadam vestido de uniforme. El hombre que lo iba a interrogar, con idéntico bigote que su líder, dijo llamarse Al Sudani. Algo fuera de lugar, los de la Mujabarat no solían identificarse.

Lo sentaron en la silla incómoda de las visitas, el interrogador se acercó a él y se colocó de pie apoyando ligeramente el cuerpo en el escritorio. Al Mayali dedujo que no tenía intención de torturarlo, en caso contrario estaría en el calabozo y no en el despacho de alguien que parecía ser un jefe.

—Vamos a ver si lo dejamos claro desde el principio. Usted es un cerdo que está colaborando con una potencia extranjera, eso es un delito muy grave de traición.

—No es así —afirmó Al Mayali decidido a no dejarse asustar—, la embajada de España me ha contratado como traductor, hago el resumen de prensa y a veces voy a reuniones como intérprete.

—Usted hace más trabajos, es un sucio informador de los españoles.

—Pero ¡cómo voy a ser informador!, si me paso todo el día en la universidad.

—Lo que usted hace es delito y puedo hacer que se pudra en la cárcel.

Al Sudani mantenía las manos apoyadas en la mesa en un gesto de chulería, acompañado por un tono de voz desagradable con el que escupía sus acusaciones.

—Sería injusto, soy iraquí, hago un simple trabajo de traducción.

—No se repita, cabrón, y cuénteme qué piensan los españoles sobre lo que está pasando en Irak.

—No lo sé, señor, no me comentan nada.

—No me toque las narices. Usted sabe perfectamente que trabaja para el servicio secreto español. Cuénteme qué cosas sabe de lo que hacen en Bagdad, con quiénes tratan, quién les

informa.

—Soy un simple trabajador.

—¿Solo trabajador? —Arqueó las cejas con incredulidad—. Pero si salía de casa de Martínez. No me cabree, eso se llama amistad.

—Nos llevamos bien, son más de dos años trabajando juntos. Conocí a su familia, nos apreciamos, pero nunca comenta conmigo ningún asunto oficial.

—Seguro que lo hace y queremos que nos lo cuente... por su bien. Quizás prefiera visitar nuestra sala de torturas.

—Pero es que no me cuenta nada.

Al Mayali experimentaba el tipo de miedo del reo que sabe que su interrogador puede hacer con él lo que quiera sin asumir ninguna responsabilidad. Al Sudani era más sutil que otros miembros de la Mujabarat, que primero golpeaban y luego hacían las preguntas. Seguro que a su hermano no lo sentaron en un despacho decente como aquel antes de torturarlo y matarlo.

—¿Tendré que ponerle en manos de mis subordinados?

—Le aseguro que solo soy un traductor. Martínez sabe que ustedes pueden presionarnos y no se fia. Nunca habla de nada de su trabajo delante de mí, nunca.

—Quiero que usted me informe a partir de ahora de todo de lo que se entere. Si no lo hace, no seré tan amable como hoy y tendrá que atenerse a las consecuencias. Están fraguando un ataque contra nuestro país, y el que no esté con nosotros lo pagará. ¿Ha entendido?

—Sí, señor.

—Si le dice algo a Martínez sobre esta pequeña reunión —concluyó desafiante Al Sudani—, me enteraré y entonces lo llevarán directamente a los calabozos y no seremos tan amables.

El traductor salió indemne, sin ningún hueso roto, del edificio de la Mujabarat. En la primera reunión que tuvo con Martínez en la embajada, el lugar más seguro, le comentó el incidente. Por suerte, era verdad que el espía nunca había comentado con él asuntos del servicio, y mucho menos lo hizo a partir de ese momento. Pero también lo era que conocía algunos detalles sobre sus contactos, pues lo había ayudado, y sobre su relación con Ingenuo. No obstante, Martínez confiaba en él, estaba seguro de que no lo traicionaría. También entendió que había sido un aviso de la Mujabarat dirigido a él. Al día siguiente, cumpliendo con su obligación, informó a Madrid.

*Bagdad, 22 de noviembre de 2002*

*E*l sospechoso coche oscuro estaba aparcado a veinte metros de la casa de Martínez y el tipo mal encarado que había salido por la puerta del copiloto cinco minutos antes, un armario ropero de dos puertas, esperaba cerca de la entrada sin que Ruad, el encargado de la seguridad del domicilio, se hubiera atrevido a preguntarle qué hacía allí parado. Era el escolta de alguien importante, y eso en Irak podía suponer una fuente de problemas.

Habían pasado un par de semanas desde el interrogatorio a Al Mayali en la sede de la Mujabarat cuando el agente español salió a su temprana hora habitual y Ruad le anunció la visita. Identificó al hombre trajeado por la primera vez que Al Sudani le hizo una visita en plena calle al poco de llegar a Bagdad. El lenguaje de los gestos funcionó entre los dos, y Martínez lo siguió hasta el vehículo oficial.

—Buenos días, coronel. Si me hubiese avisado, habría ido encantado a verle a su despacho.

Sentados en la parte trasera, Martínez giró su cuerpo para mirarlo de frente, pero el iraquí mantuvo displicente el torso dirigido hacia donde estaba sentado su chófer y solo giró un poco la cabeza.

—No me cabe duda, Martínez, me he aficionado a hablar con usted en el coche. Menos cómodo, pero facilita una conversación más rápida.

—Usted dirá.

—Nunca pensé que usted y su país se convertirían en nuestros enemigos.

—No lo somos —lo interrumpió Martínez, siempre lleno de energía pero más por la mañana tras la ducha.

—Su presidente se ha ubicado junto a Estados Unidos e Inglaterra, jugando el papel de perrito faldero.

—Siento que piense eso, no es verdad. —El agente español notó que la aparente tranquilidad de Al Sudani escondía una cólera que debía capear como fuera.

—El momento de las palabras diplomáticas ha concluido, dejemos que otros se engañen o, si lo prefiere, que oculten la verdad. —Y se dirigió en tono enérgico al conductor—: Khalid, salga.

Cuando se quedaron los dos solos en el interior del vehículo, siguió enfurruñado:

—Ha sobrepasado ampliamente el cometido de cualquier diplomático. Ha mantenido reuniones con opositores al régimen, se encuentra con enemigos interiores de Irak que quieren acabar con nosotros por las armas. Lo que ha hecho en estos años se lo he permitido por las buenas relaciones entre nuestros países, pero se ha acabado.

—Mi misión es saber lo que pasa en el país, no he violado ninguna de sus normas —respondió Martínez con firmeza sin dejarse intimidar.

—Si yo fuera a su país y mantuviera relaciones con los de ETA, a usted no le gustaría nada.

—No he mantenido relaciones con terroristas.

—Sabe que sí, cree que me engaña, pero no lo consigue. No me tome por idiota.

—Sería lo último que haría.

Al Sudani giró entonces su cuerpo hacia Alberto haciendo que sus miradas se encontraran.

—En Bagdad ha aumentado la delincuencia en los últimos tiempos. Cualquier ladrón podría intentar robarle, y al no conseguirlo quizás se ponga nervioso, se le vaya la mano y le meta dos tiros en el corazón. Con un poco de suerte, podría ser chiita, perteneciente a alguno de los grupos que usted frecuenta, lo que nos permitiría dar un escarmiento justiciero entre esos grupos que usted tanto aprecia. Por supuesto, actuaríamos solo para vengar su muerte.

—¿Me está amenazando?

—Lo estoy haciendo, sí, señor. No ha atendido las normas que le dicté con claridad al poco de llegar. Y ahora que su Gobierno se está posicionando contra nosotros no tengo que andarme con remilgos con usted.

—Mensaje recibido. ¿Desea transmitirme algo más?

—Sí, lo deseo. A título personal, al margen de mis superiores, por mi propia iniciativa, le quiero explicar con claridad algunas cuestiones, por si todavía le caben dudas y para que su Gobierno no siga diciendo tonterías.

—Le escucho.

—Todo lo que están afirmando los americanos es una burda patraña, exageraciones y manipulaciones. No tenemos armas de destrucción masiva, hace años lo intentamos con el apoyo de Francia. Montamos una central nuclear, y la aviación judía la bombardeó violando nuestro espacio aéreo. No podríamos fabricar esas armas en medio año, como dice Bush, ni en tres, aunque quisiéramos.

—Entendido.

—Irak ha apoyado a grupos defensores de la causa árabe que luchan contra Israel. Los han bautizado como terroristas porque están en contra de los asesinatos de palestinos indefensos y de la humillación del pueblo árabe. Para nosotros, son valientes soldados. —Martínez iba a intervenir pero Al Sudani lo frenó—. Se lo cuento porque la postura de nuestro país es clara también en no apoyar a Al Qaeda. Sadam no tiene nada que ver con Bin Laden, que sigue creencias religiosas radicales, mientras nuestro líder es laico. Los dos se odian. Jamás aceptaríamos la visita de esos terroristas. Mohamed Atta, créame, jamás ha estado en Irak. Ni él ni ninguno de los soldados de Bin Laden.

—Transmitiré de inmediato a mi Gobierno la información... sin mencionarle para nada —mintió el agente.

—No puedo darle detalles, pero le garantizo que lo único que quiere Estados Unidos es quedarse con nuestro petróleo.

—Si ha terminado, me voy, tengo que trabajar.

Al Sudani no contestó, lo vio salir apresuradamente. Antes de cerrar la puerta, Martínez volvió a meter una parte de su cuerpo en el coche.

—También transmitiré sus amenazas.

Lo que Martínez nunca supo fue que dos meses antes el ministro de Relaciones Exteriores iraquí, Najji Sabri, durante un viaje a Nueva York había hablado con un intermediario de la CIA y le había transmitido una información similar. Disponían de algunas armas químicas que habían sobrado de la década de los noventa y que Sadam había entregado a varias tribus leales. También les contó que tenía intenciones de poseer armas de destrucción masiva químicas, biológicas y nucleares, pero hasta ese momento no tenían prácticamente nada. No lo creyeron. Ellos y el MI6

británico prefirieron creer a otras fuentes, principalmente iraquíes huidos del yugo de Sadam, que defendían lo contrario.

Al llegar a su despacho en la embajada lo estaba esperando Bernal, al que le contó su encuentro con el representante de la Mujabarat.

—Las amenazas nos tienen que servir para extremar aún más las precauciones, van a tenernos vigilados cada segundo y van a aumentar los medios de seguimiento. Les daremos esquinazo, pero será más difícil.

—Es una reacción lógica por la postura que está tomando nuestro Gobierno.

—Es llamativo que me haya transmitido la versión oficial del suyo respecto a lo que defienden los americanos. Habrá que hablar con nuestro embajador para confirmar si a ellos también se les ha hecho llegar. Sadam ha decidido hacer frente a las acusaciones de Bush utilizando todas las vías de comunicación posibles, aunque públicamente será combativo e insultante. Al Sudani me ha amenazado y al mismo tiempo ha abierto un cauce de comunicación subterráneo, al margen del diplomático. Es un tipo muy listo.

—Y peligroso.

—Perro ladrador, poco mordedor. Si hubiera sido otro, a Al Mayali le habría matado y no se habría limitado a presionarlo para que yo me enterara.

—Yo no estaría tan seguro.

—Vamos al trabajo. Pongamos en un informe la actitud de Al Sudani y repasemos lo último que hemos recopilado.

—Por cierto —dijo Bernal cambiando de tema—, me he enterado de algo que me ha dejado sorprendido. Gaspar Llamazares, el coordinador de Izquierda Unida en el Congreso, pidió al Gobierno por cauces oficiales los documentos que demuestran que Irak puede producir armas de destrucción masiva.

—¿Le han contestado?

—Le han enviado un informe del Instituto de Estudios Estratégicos y otro del Gobierno británico, ambos en inglés. Sabemos por Alonso que los de Inteligencia del Estado Mayor Internacional de la OTAN no afirman que Irak disponga de ese tipo de armas, solo que podrían disponer de ellas en algún momento futuro.

—Es la forma que tenemos todos de cubrirnos las espaldas cuando pensamos que ni las tiene ni las puede tener en un futuro cercano.

—Tú lo has dicho, del mismo modo que nosotros lo contamos. Bueno, como lo debe contar el servicio, porque nosotros les hemos transmitido que no hemos conseguido pruebas de lo contrario.

—Venga, dilo —lo animó Martínez.

—Nuestros informes no aparecen por ningún sitio.

—Porque para facilitarlos, el Consejo de Ministros tendría que desclasificarlos previamente.

—¿Lo ves, Alberto? El Gobierno no ha hecho caso de nada de lo que hemos descubierto.

—Hagamos nuestro trabajo. Vamos a mandar el informe sobre Al Sudani.

Los agentes recapitularon mientras Bernal tomaba nota para redactar el mensaje para la sede central. Lo más reciente respecto a las armas nucleares era una conversación con Ingenuo, que citando a un científico iraquí, pero sin especificar su identidad, había ratificado que no disponían del material para su fabricación, y que si lo tuvieran tardarían años en conseguirla. Y que la filtración de ingleses y estadounidenses sobre la compra en Níger de uranio era una invención total.

—Quizás los iraquíes lo intentaron y no lo consiguieron —especificó Bernal.

—Ese no es el tema. Seguro que Sadam lo ha intentado siempre que ha podido, ahora lo importante es saber si dispone de ese material o puede conseguirlo en meses. Y la respuesta es no.

Sobre la relación Sadam-Bin Laden tenían la nueva aportación del mando de la Mujabarat, pero debían poner en cuestión su credibilidad por ser parte interesada. No obstante, todas sus fuentes, incluidos los chiitas, enemigos religiosos del régimen, coincidían en lo mismo: era imposible. La muerte o asesinato de Abu Nidal aportaba el dato de que Sadam quería quitarse de encima la imagen de apoyar a grupos terroristas. Lo había estado haciendo en los últimos años, las pruebas eran aplastantes, de la misma forma que lo habían hecho países como Irán o Arabia Saudí. Pero eso no implicaba que hubiera apoyado a Bin Laden. Cualquiera que entendiera el conflicto religioso en la zona y el laicismo de Sadam entendería que esa relación era imposible.

—Si nosotros lo vemos tan claro —dijo Bernal—, ¿por qué tantos países no lo ven? Reiteran la misma mentira convencidos de que al final la convertirán en verdad.

—Allá los políticos, ellos dirigen los países, nuestro trabajo es informar.

—Aznar se está equivocando creyéndose lo que afirman Estados Unidos y Gran Bretaña.

—Él sabrá lo que hace. Pero que se una a ellos no implica que los crea, solo que piensa que beneficia a sus intereses o a los del país.

Martínez y Bernal incluyeron en su informe aspectos sobre la personalidad de Sadam que imaginaban que los analistas de La Casa conocerían de sobra. A Martínez le parecía que debían tener muy en cuenta un rasgo en especial: su orgullo. Se había acostumbrado a no dar su brazo a torcer. Hiciera lo que hiciera, los americanos lo iban a atacar y él prefería morir con el uniforme puesto y pegando tiros en todas direcciones. Alguien que se saca una bala de la pierna con una cuchilla de afeitar es capaz de cualquier cosa.

***Bagdad, 3 de febrero de 2003***

Los movimientos populares contra la guerra que se avecinaba estaban montando un buen follón por todo el mundo. Se palpaba que las denuncias contra Sadam y el desplazamiento de tropas hacia la zona no eran una simple amenaza, estaban preparando el combate. Bajo el lema «No a la guerra», grupos progresistas defendían conceptos básicos como la paz, los derechos humanos, la dignidad y defensa de la vida.

La tarea del servicio secreto consistía en disponer de información sobre los que se oponían a la guerra en España, aunque de una manera lejana, sin entrometerse en sus planes, como sombras que todo lo ven, pero nunca son pilladas *in fraganti* porque no están. El servicio secreto sabía que durante la Guerra Fría que había enfrentado a los dos bloques, los soviéticos habían apoyado los movimientos pacifistas para socavar el apoyo popular a sus enemigos. Ahora creían que podía pasar lo mismo, una forma de arrinconar contra las cuerdas a los Gobiernos que, como el español, apoyaban la postura de dureza de Bush.

Martínez y Bernal estaban al día de las informaciones sobre las protestas que tenían lugar en España. La más reciente se había producido en la entrega de los premios Goya de cine. Durante la gala, muchos artistas premiados subieron al escenario con el cartel de «No a la guerra» y mostraron su oposición a la postura del presidente del Gobierno. Consideraban que era una invasión ilegal y sin justificación.

Lo que no pensaron Martínez y Bernal fue que el movimiento de protesta español llegara hasta el mismo corazón de Irak. Desde Madrid les confirmaron la visita de un grupo de artistas e intelectuales que pretendían reunirse con altas autoridades del Gobierno de Sadam. Los agentes españoles asumieron que debían cumplir dos misiones: prestarles el apoyo de la embajada,

aunque tuvieran planeado montar una manifestación de protesta delante de su sede, e informar de sus actividades.

Ese día había aterrizado en Bagdad el grupo de activistas españoles. Martínez supo que se alojarían en el hotel Al Rashid, que tan bien conocía. Confirmó que habían llegado bien y un par de horas después se acercó a la recepción. Saludó a algunos periodistas españoles que estaban cubriendo el conflicto y se acercó a varios miembros del grupo de protesta, entre los que se encontraba Ángel Petisme, el cantante y poeta.

—Hola, me llamo Alberto, agregado de la embajada española, pero vosotros no me habéis visto ni yo estoy en Bagdad.

Se ofreció a ayudarlos en lo que necesitaran, a cambiarles moneda de forma ventajosa. En ningún momento les mencionó que trabajaba para el CNI, pero no tardaron en enterarse por otros españoles que llevaban tiempo allí. Petisme comentó a unos compañeros: «Al viejo estilo de las novelas de Graham Greene: nuestro hombre en Bagdad».

Durante la siguiente semana, Martínez sumó a sus ocupaciones habituales cuidar y vigilar a los de la protesta, que en pocas horas se encontrarían, nada más y nada menos, con uno de los hombres fuertes del régimen, el viceprimer ministro Tarek Aziz.

*Bagdad, 5 de febrero de 2003*

*E*staba anocheciendo cuando Martínez abandonó la embajada rumbo a su casa. Eso pretendía que pensarán los que de forma permanente, sin descanso, le seguían los pasos. Tras andar menos de medio kilómetro, detectó a los dos hombres. En las últimas semanas habían acortado distancias, se acercaban más, como si no les importase que los *mordiera*, o quizás deseaban amedrentarlo. Decidió seguir con el plan establecido para contactar con Ali. Una pequeña cruz dibujada en la fachada de un edificio por el que siempre pasaba camino de la embajada lo había alertado el día anterior de la cita, a las 19:00 horas, en el primer sitio de una lista previamente convenida.

Martínez caminaba con aire despreocupado cuando a lo lejos vio acercarse a Bernal en su coche. Su ayudante paró a su lado, él se subió y salieron disparados. Los dos que lo seguían a pie no pudieron ir tras ellos. Los agentes españoles se desplazaron por la ciudad cambiando continuamente de dirección. Diez minutos después, Bernal dio un golpe de disgusto contra el volante.

—Un coche nos sigue con dos tíos dentro.

—Sigue dando vueltas.

—Van a saber que estamos intentando darles esquinazo.

—Lo saben desde el momento en que he subido al coche.

Sin atropellar a nadie y sin saltarse semáforos, consiguieron que el otro vehículo desapareciera del retrovisor. Pararon en una calle concurrida, Martínez se bajó raudo y Bernal arrancó de inmediato. Martínez anduvo rápido, realizando maniobras de despiste, sin perder de vista lo que ocurría tras él. Solo cuando constató que nadie le seguía se dirigió hacia el punto de encuentro. Su habitual sangre fría le recordaba que sus perseguidores podían reaparecer en cualquier momento. No era bueno confiarse.

Entró en un mercado y empezó a notarse intranquilo. No veía a nadie ni detrás ni delante ni en paralelo, pero sentía presencias, alguien lo vigilaba. Había mucha gente a su alrededor, lo que complicaba que lo siguieran, pero también que él pudiera *morder* a los agentes de la Mujabarat. Se detuvo en un puesto, preguntó el precio de uno de esos pequeños adornos que poblaban la casa de Ahmed y decidió regalarle uno. No identificó a nadie sospechoso. Siguió acercándose al punto de encuentro. Volvió a pararse, esta vez en un puesto de ropa de hombre, solo para curiosarse. ¿Qué era lo que le olía mal? ¿Por qué tenía la sensación de que lo observaban? Estaba a unos pasos del lugar para su cita, nadie sospechoso por detrás, nadie sospechoso por delante. Vio la puerta a dos metros, a su izquierda. Una voz interior le gritó: «Aborta, aborta». Y pasó de largo.

—¿Qué notaste para cancelar la reunión? —le preguntó Bernal a Martínez al día siguiente.

—Nada, no vi nada. Creo que eso fue lo que me mosqueó. Quizás me entró la paranoia, no sé. Llevo tanto tiempo jugando al ratón y al gato que me debe haber afectado.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esta tarde tengo una segunda oportunidad, he estado dándole vueltas a un cambio de táctica. Si modificamos nuestra forma de actuar y somos originales, los sorprenderemos.

Estaban en el despacho de Martínez, por el que no pasaba nadie del personal diplomático, era su cueva privada.

—Jose, ¿has podido ver el informe de prensa de Flayeh? ¿Y los informes procedentes de España?

—No te van a gustar mucho, la situación sigue enrareciéndose. No me extraña que los de la Mujabarat nos hayan incluido en su lista de prioridades. Ayer el secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, intervino en el Consejo de Seguridad de la ONU para presentar las pruebas de que Sadam posee armas de destrucción masiva. Facilitó muchos datos.

—Vamos, Jose, ¿lo demostró?

—Les enseñó fotos de satélite, grabaciones y leyó informes de la CIA. Dijo que eran pruebas irrefutables e innegables. El resto de los que intervinieron se limitaron a leer los discursos que llevaban preparados, les tocará a sus servicios de inteligencia comprobar la veracidad de las supuestas pruebas.

—Los que estaban en contra ¿qué dijeron?

—China, Rusia y Francia defendieron que era peor la guerra que otras opciones porque provocaría más terrorismo y más inestabilidad en Oriente Próximo.

A los dos agentes, unos y otros les parecían unos cínicos, pero no lo verbalizaron.

—Fue un discurso de Estados Unidos dirigido a la opinión pública —señaló Martínez—. Esa es la guerra que quieren ganar.

—Desde Madrid nos transmiten que están estudiando las afirmaciones de Powell, ya nos contarán. Están comparando las imágenes de instalaciones en Irak que mostró con otras propias obtenidas del satélite Helios y de alguno de los comerciales. Su primera impresión es que sí ha habido actividad en ellas, aunque eso no desmiente lo que nosotros estamos defendiendo ante el Gobierno: Irak ha mantenido la voluntad de conseguir esas armas, pero otra cosa diferente es que las posea y, mucho menos, que las pueda llegar a utilizar a corto plazo.

—¿Qué dice nuestro presidente?

—Se mantiene en sus trece apoyando a Bush y a Blair. Desde enero su papel es más importante porque somos miembros del Consejo de Seguridad. Hace tres días declaró a Europa Press..., espera, que te lo leo. —Bernal buscó en su carpeta de recortes—. Acerca de si disponía de algún dato que avalase las denuncias de Estados Unidos, dijo: «Tienen información de que el régimen de Sadam Husein, en función del armamento que tiene biológico, químico, y de sus vinculaciones con los grupos terroristas, supone efectivamente una amenaza para la paz, para la seguridad mundial y para España». Y atención a lo que añade: «Tenemos evidencias suficientes en este sentido. No estamos hablando de ningún tipo de fantasía».

—Está claro que se cree lo que le cuentan Estados Unidos y Gran Bretaña.

—Lo último del presidente Aznar es de ayer en el Congreso —siguió leyendo Bernal—: «Es imprescindible el cumplimiento de las resoluciones de la ONU que obligan a Irak a eliminar los arsenales de destrucción masiva que ya se ha demostrado que existen».

—¿Algo sobre otros temas?

—Nada realmente novedoso. Las informaciones inglesas, apoyadas por Estados Unidos, de que Sadam había comprado uranio en Níger han sido desmentidas por el jefe de los inspectores, Mohamed el Baradei, que también asegura que es un invento eso de que habían adquirido tubos de

aluminio para fabricar armas nucleares.

—Van a tener un problema en el Consejo de Seguridad porque Rusia, China y Francia van a vetar cualquier resolución.

—A los que se suma Alemania. Schröder se ha unido a Chirac para defender que nada justifica el ataque. Ya hablan de veto.

—Te digo una cosa, Jose: atacarán sin esperar una resolución.

—Antes creía que no, que eso los pararía, pero ahora me temo que vamos a tener que prepararnos para la llegada de los marines.

Verbalizaban sus opiniones sobre el conflicto internacional, pero lo que más les preocupaba era la repercusión en su trabajo en Irak. Las fuentes se habían vuelto reacias a hablar con ellos, algunas se habían distanciado alegando que ser vistos con ellos era igual que si los vieran con estadounidenses o ingleses. Les tranquilizó saber que muchos informes de la CIA no distaban mucho de los que ellos elaboraban. Sabían que Cheney, el secretario de Defensa, no paraba de acudir personalmente o de mandar a sus acólitos a la sede de Langley para coaccionarlos a que escribieran en la línea que favorecía a la Casa Blanca. Martínez y Bernal no recibían presiones, cabía la posibilidad de que Aznar pasara del CNI y se limitara a tirar a la papelera los informes que el servicio le enviaba.

Por la tarde, noventa minutos antes de la cita concertada con Ali —misma hora, segundo sitio de la lista establecida—, Martínez salió de la embajada en compañía de Bernal. El aire, más frío que cálido, los obligó a ponerse un jersey fino. Llevaban, como ya era habitual, unas carteras colgadas del hombro, imprescindibles para llevar sus armas.

Pasearon sin prisa hasta una calle concurrida en la que vieron un cafetín y entraron a tomar algo. Habían *mordido* a un par de agentes de la Mujabarat pero calcularon que habría más circulando por allí a pie y en coche. El local, con una clientela mayoritariamente masculina, parecía no haber cambiado de muebles en los últimos treinta años. Se sentaron a una mesa lejos de la entrada, desde la que no se veía la cristalera que daba a la calle, y cerca de la barra. Pidieron té con azúcar y siguieron charlando, aparentemente sobre asuntos banales.

Bernal le indicó a Martínez que el cuarto de baño estaba al fondo, y este se levantó y cruzó la puerta indicada. Bernal comprobó con discreción que seguía ocupada una mesa alejada de la suya, a la que se habían sentado los dos agentes que los seguían. Miró el reloj, las 17:50, y sacó un periódico de la cartera. Se puso a hojearlo sin retener nada de lo que simulaba leer.

Impaciente, bebió un sorbo de té. Controló de reojo a los de la Policía política. Seguían sentados, relajados, como si hubieran acabado su jornada laboral. Uno de ellos se levantó y pasó por su lado camino del baño. Bernal volvió a mirar el reloj: las 18:05. Vio al agente iraquí salir del servicio con prisa y dedicándole una mirada aturdida. Le comentó algo a su compañero y los dos abandonaron el cafetín acelerados. Bernal respiró hondo: Alberto les llevaba diez minutos de ventaja.

Vestido con una túnica y una barba postiza, Martínez se dirigía a su cita. Nada le hacía olvidar la sensación de que algo podía salir mal, pero se quedó más tranquilo cuando notó que ningún cliente del café le había prestado atención cuando lo abandonó.

Primero dio varias vueltas para confirmar que no lo seguían. Menos de una hora después llegó al lugar donde lo esperaba Ali, que le hizo entrar con rapidez.

—Ayer no estaba seguro de si me habían detectado, preferí no arriesgar.

—Lo va a tener más difícil en el futuro, los están marcando a los dos estrechamente. Le recomiendo que utilice la túnica con más frecuencia, puede que la gente empiece a mostrar su odio por los occidentales. La guerra es inminente, Sadam se está preparando para hacer frente a la invasión y defender el país, y Bagdad de una forma especial.

—No tiene nada que hacer frente a los americanos.

—Resistirá lo que pueda. Está elaborando planes para mantener la moral de la población y avivar la resistencia. Tiene mucha fe en su ejército.

—¿Podemos saber algo de su estrategia de defensa?

—No entra en mis competencias, sé muy poco, solo lo que me toca. Sí le puedo decir algo: hay una caza de traidores, de personas que pueden filtrar esa información a gente como usted.

—Es lo normal —dijo Martínez intentando quitar hierro.

—Que sea lo normal no me quita ni un ápice de preocupación. Al mínimo descuido me cazarán, me torturarán y me matarán.

—Nadie se enterará de lo nuestro, se lo aseguro.

—Quiero que me ingresen más dinero, vivir en Irak con mi familia no será una opción dentro de pocas semanas.

—Le pagaremos lo pactado tras cada reunión, pero solo lo pactado, en Madrid no son ricos.

—Sadam confía en que sus aliados puedan parar el ataque.

—Rusia, China y Francia vetarían una resolución del Consejo de Seguridad, pero Estados Unidos no la presentará si piensa que la va a perder. Atacará de todas formas aunque lo acusen de actuar ilegalmente. Lo que necesito conocer es qué hará la Mujabarat, cómo reaccionará Sadam cuando se produzca la invasión.

—Veré de lo que puedo enterarme, pero de una forma pasiva, no preguntaré nada, podrían sospechar de mí.

—Perfecto, pero consiga información. Si lo hace, intentaré que le paguen ese plus.

—Ir vestido de árabe le ha permitido llegar hoy aquí, pero a la Mujabarat no se la engaña dos veces. Piense cómo evitar los seguimientos. Y tenga cuidado con su vida, ya están hartos de gente como usted. Cuando los americanos ataquen, debe estar lejos de aquí o irán a por usted, si no lo hacen antes.

Al día siguiente, cuando los dos espías llegaron a la embajada, su gestión más urgente no tenía nada que ver con bombas de destrucción masiva, contratos secretos de petróleo ni reuniones clandestinas con confidentes. Habían decidido montar esa noche una fiesta por todo lo alto con los visitantes españoles del No a la guerra.

Ultimaron los detalles: en especial, la presencia de un *disc-jockey* iraquí y una bailarina de la danza del vientre. Querían darles una alegría, sacarles detalles interesantes sobre su viaje y transmitirlos al día siguiente a Madrid. Se habían reunido con Tarek Aziz, un par de ministros y varios movimientos locales, como la Federación de Mujeres Iraquíes. Y habían protestado con carteles en la mano delante de la delegación diplomática española.

Por la tarde, Martínez y Bernal se desplazaron en varios coches a la puerta del Al Rashid y hablaron con los artistas y periodistas españoles para invitarlos a la fiesta sorpresa. Les dieron tiempo para ducharse y los subieron a los vehículos, en los que sonaba música de los Gipsy Kings y hasta de El Lebrijano. Los condujeron a través de los suburbios hasta un portón metalizado que al abrirse dejó ver un impresionante chalé.

La fiesta fue perfecta: españoles disfrutando de un rato de relajación con copas con alcohol y abundantes risas, en una inmensa sala con papel pintado de rombos azules, ajenos a la mecha que se consumía lentamente antes de hacer estallar Irak. En un momento del jolgorio, Petisme, uno de los más duros críticos con la postura española, alucinó divertido cuando sonó la Macarena —«Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, que tu cuerpo es pa darle alegría y cosa buena...»— y se encontró en la pista con Martínez bailándola con soltura.

Momento de placer, momento de trabajo. Especialmente para los agentes españoles, estresados por lo que estaban viviendo y por lo que se les avecinaba.

*Bagdad, 14 de febrero de 2003*

La luna menguante parecía más apagada vista desde la capital iraquí, como si se tapara los ojos para no presenciar lo que estaba a punto de suceder. Martínez seguía en su despacho, en el que pasaba mucho más tiempo que en su casa. No le llegaban las veinticuatro horas del día. Eso sí, pasara lo que pasara, siempre tenía un hueco reservado para escribir a Charo. Sabía que estaba preocupada, era inevitable. Las continuas informaciones incendiarias sobre Irak en todos los medios de comunicación no le permitían olvidar que su marido estaba en medio de un huracán que iba a arrasarlo todo. Él intentaba tranquilizarla, pero la única manera de conseguirlo sería adelantar su regreso a Madrid, algo que ni se le pasaba por la cabeza. El servicio lo necesitaba allí más que nunca. Una necesidad que no parecía estar respaldada por la actuación del Gobierno en el conflicto, radicalmente contraria a lo que Bernal y él contaban en sus informes.

El día anterior, el presidente Aznar había concedido una entrevista a Antena 3 Televisión, cuyo resumen difundido por la prensa Martínez había leído y subrayado: «El régimen iraquí, porque contra el pueblo iraquí no hay nada, tiene armas de destrucción masiva». Y más adelante: «Puede estar seguro y pueden estar seguras todas las personas que nos ven que les estoy diciendo la verdad. El régimen iraquí tiene armas de destrucción masiva, tiene vínculos con grupos terroristas y ha demostrado a lo largo de su historia que es una amenaza para todos».

Martínez se había acostumbrado a cargar con la pesada mochila de las actuaciones de su Gobierno, aunque le estuvieran cerrando puertas en la sociedad iraquí y pusieran su vida y la de Bernal en peligro. No se quejaba, sabía cuál era su deber, pero lo habían llevado a entrar en contradicción: había defendido ante sus confidentes y gente de confianza una posición respecto a Irak y sus promesas habían quedado en entredicho.

Las conclusiones del último informe de los inspectores de la ONU se acercaban a lo que ellos habían investigado. Blix y El Baradei dedicaron palabras críticas a las pruebas gráficas que había aportado Powell sobre las maniobras iraquíes para ocultar sus programas de armas. Los dos inspectores habían constatado una evolución ligeramente positiva en la cooperación iraquí, aunque todavía la consideraban insuficiente. Sadam había cedido un poco, sin llegar a dar su brazo a torcer.

Nada había variado en los últimos diez días respecto a las voluntades expresadas por los países miembros del Consejo de Seguridad. El bloque formado por España con Estados Unidos y Gran Bretaña defendía el uso de la fuerza, mientras Francia, Alemania, Rusia y China eran partidarios de dar más tiempo a la inspección. El resto de países se identificaba con uno u otro bando, aunque la mayoría prefería no decantarse y esperar a que se aclararan entre los dos bloques.

Bernal entró en el despacho, no llegaba muy animado.

—He hablado con el clérigo chiita Al Najji, mantiene la misma postura que te transmitieron a ti: es un buen momento para que Sadam se vaya, pero no quieren ver ni en pintura a Bush.

—Se están preparando para hacer la guerra a los estadounidenses —le confirmó Martínez—. Tienen más posibilidades de controlar el país peleando contra ellos que contra Sadam.

—Que mantengamos el contacto con ellos será positivo para nosotros si se produce la invasión.

—Los sunitas lo tienen más crudo, pasarán a ser los apestados.

—Lo que me pasó el otro día fue tremendo, están desesperados. Al Husain me amenazó directamente, vamos a pagar por apoyar a Bush y no quiere volver a verme.

—Ten mucho cuidado, Jose, las amenazas no son en balde. Aunque no creo que en estos momentos hagan nada contra el personal diplomático. Sería una provocación.

Martínez se levantó, todavía le quedaba trabajo fuera de la embajada.

—Voy a reunirme con Ingenuo. Por primera vez ha sido él quien lo ha solicitado.

—Debe de estar muy nervioso.

Martínez acudió en su coche a casa de Ahmed. No le importó que lo siguieran. Un rato antes habría llegado Ingenuo, libre de toda marca, y se iría una hora después de que él hubiera abandonado el domicilio. La Mujabarat sabía que el español era amigo del empresario iraquí, lo que podría perjudicar a Ahmed, inconveniente menor que había aceptado con tal de que no descubrieran a su primo. La causa anti-Sadam provocaba esos trastornos.

Ahmed ya había mandado a su mujer y a sus hijos a la cama, y tenía a Ingenuo en el salón, con las persianas bajadas. A Martínez le extrañó que por primera vez se quedara con ellos, pero no dijo nada. Le sirvieron un zumo.

—La situación se ha vuelto dramática en Relaciones Exteriores —dijo Ingenuo—. Los controles sobre los que trabajamos allí son extremos, no respetan a nadie, todos somos sospechosos.

—Están ocupados en un combate diplomático duro mientras se prepara la guerra. Mantenga la calma.

—Es fácil decirlo, a usted no le supone ningún problema.

—Nadie ha destapado nuestra relación hasta ahora y no lo harán en el futuro.

—Esta será la última vez que nos encontremos, no quiero que Sadam mate a mi familia. Sería capaz de hacerlo con sus propias manos delante de mí.

—Como quiera, podemos comunicarnos a través de Ahmed.

Estaba clara la razón por la que el anfitrión estaba presente en la conversación. Ingenuo quería usarlo para presionarlo emocionalmente.

—No estamos seguros en Irak. Si no nos mata Sadam, lo harán los americanos cuando nos invadan.

—De eso nada. Nosotros lo protegeremos.

—Si lo hacen será peor, si no me detienen será porque colaboro con el invasor. Me señalarán ante el pueblo y nunca más podré dormir tranquilo en Bagdad.

—Delante de Ahmed —afirmó Martínez señalándolo con la mano—, le doy mi palabra de que no le pasará nada. Es imposible saber lo que ocurrirá, pero hay formas de protegerle sin que la gente se dé cuenta.

—Quiero que me saquen, que me lleven a España —dijo elevando la voz—. Allí mi familia y yo estaremos seguros.

Martínez midió sus palabras, no quería desairarlo, y tampoco a Ahmed.

—Si le hubieran descubierto, lo haríamos de inmediato. Se lo dije, su seguridad y la de su familia está por encima de todo. Pero no es el caso. Ahora le necesitamos aquí, su información es

más vital que nunca para nosotros.

—Quiero que nos saquen y nos den una vida nueva en España —insistió.

—Por mí no hay problema, pero no sé lo que dirán mis jefes. Su situación no es extrema.

Ahmed los escuchaba sin intención de intervenir. Martínez estuvo tentado de involucrarlo pero desistió, intuyendo que se alinearía con su primo.

—Hable con ellos y sáquenlos del país, no queremos estar aquí cuando empiecen a caer las bombas.

—Le repito que no se dan las circunstancias que habíamos acordado. Pero lo intentaré.

Martínez abandonó la casa entre pensamientos encontrados sobre los riesgos reales para Ingenio y los suyos. Entendía su preocupación, pero si su vida aún no corría un peligro extremo y contrastado, el servicio no aceptaría una extracción. Cuando llevaba un rato conduciendo detectó que tenía detrás el mismo coche que lo había seguido a la ida. Ingenio podría regresar a su casa sin problemas.

—Id preparando la salida del país del personal diplomático. Cuando todos hayan despegado, os venís vosotros.

Martínez y Bernal imaginaban que la orden no tardaría en llegar: sin embargo, escucharla en el sótano de la embajada les produjo desazón, algo de tristeza y mucha impotencia. Como si en su mano hubiera estado hacer más, cuando sabían que eran meros peones en una gran partida que se jugaba al margen de su voluntad. Martínez formuló su petición, esa que llevaba meditando desde hacía semanas y que disgustaría a Charo:

—Alonso, creo que para el servicio sería muy útil que me quedara e informara desde dentro de todo lo que pase.

—Ni hablar, eso ni se contempla.

Vivir una invasión como la que iba a sufrir Irak era una experiencia que para un militar decidido como él solo se presentaba una vez en la vida. Era una prueba personal que quería afrontar, lo enriquecería enormemente. Pero ese no era un argumento que jugara a su favor.

—Sabes que sería muy interesante para el servicio. Entiendo que no me lo pidas, pero me ofrezco voluntario.

—No hay nada que discutir, ya estáis arriesgando suficiente. Garantizad la seguridad en el regreso a España de los diplomáticos, y con ellos, los de todos los documentos sensibles que haya en la embajada. Después, regresáis vosotros y dejáis la delegación cerrada.

—Alonso... —intervino Martínez.

—Alberto, te ordeno que dejes el tema.

Bernal captó que su jefe tenía el rostro descompuesto. Pensó lo que valía aquel tipo, siempre dispuesto a ir al límite en su trabajo, conociendo los riesgos pero sin permitir que lo paralizaran. Al ver que Martínez no reaccionaba, habló él:

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Antes de un mes tenéis que estar de regreso en Madrid.

—Damos por sentado que se producirá el ataque.

—Es lo más probable y lógico. Estados Unidos y el Reino Unido ya han desplegado una gran parte de sus tropas en la zona y están acercando sus buques de guerra.

—Se están metiendo en un conflicto sin justificación, aquí no hay armas de destrucción masiva —insistió Martínez molesto—. Lo hemos contado una y otra vez en nuestros informes, ¿es que no

se los habéis pasado al Gobierno?

—Hemos leído vuestros informes, aquí están muy contentos con vosotros, yo me he encargado de que se sepa lo bien que lo hacen mis chicos. La información que estamos transmitiendo al Gobierno va en el sentido de la vuestra. Podéis estar tranquilos.

El tono paternalista enfadó aún más a Martínez:

—Sabes que es una guerra por el petróleo y no tiene nada que ver con el terrorismo.

—Solo Sadam lo podría evitar si abre de par en par sus instalaciones a los inspectores, confirman que no fabrica armas y se acabó todo.

—No lo hará, lo sabe todo el mundo. No pueden obligarlo a que se baje los pantalones delante de sus enemigos.

—¿Defiendes a Sadam?

—Pues claro que no —dijo Martínez disgustado—, nadie que haya vivido en Bagdad lo puede hacer.

—Pues dejemos el tema y centrémonos en vuestros próximos pasos.

—Ingenuo me ha pedido que lo saquemos a él y a su familia del país, quiere irse a vivir a España.

—¿Lo han descubierto?

—No, tiene miedo.

—¿Miedo a quién? Si los suyos están en el poder.

—A que lo descubran...

—Reuníos con cuidado —le cortó Alonso.

—Ya lo hemos organizado. Dice que los estadounidenses lo matarán.

—Ese no es nuestro problema. Quedamos en que si lo descubrían pasándonos información, lo sacaríamos. Eso no ha pasado.

—Pero podríamos...

—No vamos a sacar a nadie. Habéis hecho tan buen trabajo que no han dado con vuestras fuentes.

—Os voy a mandar una solicitud por escrito para que los saquemos.

—Lo tramitaré y recomendaré que no se atienda. Somos un servicio de inteligencia, no una ONG. Ingenuo aceptó las condiciones de nuestro acuerdo. Siempre que pasa algo en un país, las fuentes nos piden que las traigamos a España, es lo habitual, y nunca lo hacemos. Ni nosotros ni otros servicios.

—No cuesta nada sacarlos ahora, sería relativamente fácil.

—No lo haremos, sería un escándalo cuando lo descubriera el Gobierno iraquí. Pondríamos en riesgo al personal español.

—Yo creo que no.

—Espero tu escrito. El agente que está sobre el terreno no ve las cosas con objetividad, aquí sobran los sentimientos —concluyó Alonso displicente.

Y se quedó con la sensación de que Martínez estaba pasado de rosca y necesitaba un descanso. Podía entender que llevaba lidiando con problemas y enemigos serios durante más de dos años, pero que no se diera cuenta de que no podían extraer a sus fuentes demostraba que estaba perdiendo la claridad. Desde el día de su llegada a Bagdad se había mostrado rebelde y crítico; a Alonso no le importó porque era un hombre cargado de energía al que impulsaban las dificultades. Por suerte, su ciclo de tres años en Irak acababa en unos meses y podría reciclarse en algún puesto menos conflictivo.

*H*abían pasado ocho meses desde que la familia de Bernal había regresado a España y José Antonio no había cambiado de sitio ni un detalle en su casa de Bagdad, de esa forma se sentía más cerca de Virtú y Nuria. Pasaba la mayor parte del tiempo fuera y al volver sacaba de la nevera una lata de Coca-Cola que iba a beberse al jardín mientras cenaba junto a las cajas de refresco apiladas en un rincón. Por más que él y todos los españoles a los que invitaba bebieran y bebieran, no había forma de que se acabaran. Antes de acostarse, pasaba por el cuarto de su hija y recordaba su revoltosa presencia, sus ganas de jugar y sus sonoros besos. Después se metía en la cama de matrimonio, que conservaba el aroma de su mujer. La casa se le había quedado grande pero la llenaban los buenos recuerdos.

Al igual que Martínez, había comenzado a ponerse una túnica cuando se movía por la ciudad en alguna misión y, también como él, llevaba siempre escondida una pistola. El pueblo iraquí, tan sometido y humillado por su propio presidente, para el que cualquiera era un traidor en potencia, sentía que se avecinaba una coyuntura aún peor: los bombardeos indiscriminados y la humillación de un invasor occidental que empeoraría todavía más su vida. Sadam había conseguido una vez más desviar la atención hacia otros países, que las iras de los iraquíes fueran contra los occidentales, los nuevos causantes de todos sus males.

Esa noche Martínez iba a cenar con él para seguir discutiendo sobre el único tema al que dedicaban las veinticuatro horas del día. Bernal era un cocinillas y se puso a guisar algo mientras le daba vueltas a la conversación que había tenido con una de sus fuentes, un influyente jeque de una tribu local.

El agente español notó su estado de excitación máxima. El jeque no le había dado detalles, ni había querido ser claro, pero le había insinuado que estaban preparando sus propias fuerzas para el combate. No se desgastarían en una pelea contra un Sadam al que ya daban por amortizado, contaban con que los estadounidenses lo sacaran del poder. Pensaban que los americanos eran aún más infieles que su dictador, y que debían combatirlos en una posterior guerra de guerrillas. No permitirían que se quedaran allí. De una forma muy sutil le dejó claro que seguiría colaborando con él siempre que se mantuvieran al margen de los estadounidenses.

Bernal entendió que Sadam había comprado al jeque e imaginó que otros habrían recibido dinero para oponerse a los invasores. Él se mostró abierto a mantener la relación. Durante su estancia en Irak, había aprendido gracias a Martínez que el espionaje exigía aliarse con cualquiera, incluido el demonio, para cumplir su objetivo. Por sí mismo se había dado cuenta de la necesidad de tener siempre a mano una mentira, quizás no explícita y solo por omisión, pero esa era una de las malignidades de ser agente de campo. No lo veía como algo grave, todos lo hacían, y además él representaba los intereses de España.

También había aprendido en Irak que el dinero movía montañas y convencía a los más indecisos. Aunque al principio le pareció extraño, luego se acostumbró a soltar sobres con total

naturalidad. Ese día también lo había hecho. No sabía en qué lo invertían. Quizás se lo quedaran todo o en parte para sus gastos. Quizás lo entregaran a sus turbias causas. O quizás lo emplearan en ayudar a los que lo pasaban mal. Su trabajo consistía en comprar voluntades, lo demás no era de su incumbencia.

Martínez llamó a la puerta y se fueron a la cocina mientras Bernal terminaba de preparar la cena. Le ofreció, cómo no, una Coca-Cola y se pusieron al día. Tras el resumen de su última reunión, le tocó el turno a su jefe:

—Lo mío ha sido peor, bastante peor.

—Lo imagino, Ali debe estar que se sube por las paredes.

—También me ha pedido que lo saque a él y a su familia del país. Bueno, más bien me lo ha exigido.

—Con ese carácter que tiene, era de suponer. Habrá sido una reunión muy tensa.

—Como todas las entrevistas con él. He llegado hasta allí harto de dar tantas vueltas, de entrar y salir de tiendas, qué sé yo. En algún momento he pensado que los de la Mujabarat me iban a detener a golpes para que me quedara quieto.

Los dos se rieron, aunque sabían que esas situaciones, que vivían a diario, no eran para tomárselas a guasa. Hacía tiempo, cuando decidieron entrar en la partida del espionaje, aceptaron conscientemente los peligros que eso entrañaba.

—Tenía el discurso preparado y ha sido más agrio que el de Ingenuo. Como miembro de la Policía política, sabe que en cuanto lleguen los americanos perderá su trabajo y que su futuro estará en una cárcel.

—Seguro que hay mucha gente en Irak a la que le encantaría pegarle dos tiros.

—Eso también me lo ha dicho, con palabras más brutas. Me ha explicado que conoce muy bien las alcantarillas del régimen y desde España nos podría ayudar. Sin contar con que me promete mucha información sobre los planes que Sadam está preparando, pero...

—Solo te la contará en España.

—Exacto.

—Uno más que quiere que lo saquemos e imagina su futuro en las playas de Marbella.

—Mañana, en cuanto llegues a la embajada, manda un mensaje a Madrid contándoselo.

—¿Crees que tiene información de calidad?

—Algo tendrá, seguro, pero no sé de qué calidad. La fidedigna solo la tienen Sadam y sus más estrechos colaboradores.

—¿Cómo reaccionará si Madrid dice que no?

—Se pillarán un rebote de narices. Pero espero que Alonso cambie de opinión y convenza a los jefes de sacarlos al menos a él y a Ingenuo. Se han portado muy bien y no es justo que les dejemos tirados.

—Ahora que vienen mal dadas, deberíamos estar a su lado.

—Jose, desde el punto de vista laboral, no tenemos nada que ver con las fuentes. Les pagamos, los ayudamos a conseguir sus fines o los presionamos con algún secreto que conocemos. No debemos encariñarnos ni odiarlos, son personas que nos ayudan en el trabajo, pero a las que no debemos nada una vez que este se acaba.

—Pero no va a acabar, solo va a interrumpirse por un tiempo.

—Eso es en el fondo lo que nos motiva a ti y a mí para apoyarlos ahora, que tras la guerra tendremos que regresar y seguir utilizándolos.

—Aunque si nos los llevamos a España no podrán hacerlo.

—Esto es un lío. Quizás nos estamos implicando demasiado y no deberíamos, pero me da igual, creo que es justo intentar sacarlos. Manda el mensaje mañana.

Durante la cena, Martínez y Bernal ni supieron ni quisieron hablar de otro tema que no fuera la invasión americana que se acercaba. En breve tendrían que abandonar el país y si dedicaban unos minutos a comer era por subsistencia. Al comentar las últimas novedades se molestaron por una carta que la CIA había falsificado en un intento por demostrar la relación entre Sadam y Al Qaeda. No se sorprendieron de las declaraciones de los inspectores de armas de Naciones Unidas, que, remarcando las limitaciones que Sadam les ponía, iban desmontando una tras otra las mentiras esgrimidas por Estados Unidos y Gran Bretaña.

Cuando abrieron la última lata de Coca-Cola por esa noche, charlaron sobre las manifestaciones contra la guerra que habían tenido lugar el 15 de febrero en todo el mundo, y de una forma destacada en los países que apoyaban la invasión. Nunca en la historia se había producido un movimiento de protesta que aunara a tantos millones de personas. Les subió el ánimo recordar la farra que se corrieron con los artistas e intelectuales españoles que más odiaba el Gobierno del PP, la cara que pusieron cuando apareció la bailarina de la danza del vientre y los bailes que se montaron con ellos. Era uno de los escasos ratos relajados que habían pasado en los últimos meses.

Las relaciones de Martínez con Al Mayali no habían cambiado tras el sospechoso interrogatorio en la sede de la Mujabarat. Si Al Sudani había creído que el traductor traicionaría al agente español, o si, como mal menor, él había sido capaz de sembrar la duda en su relación, hasta entonces de la máxima confianza y lealtad, se había confundido. Desde su llegada a Irak, Flayeh había sido una de las personas que más le había ayudado a conocer las peculiaridades del país y a introducirse en una sociedad tan dispar y enfrentada, gracias a sus intervenciones como traductor e intérprete. Habían intimado con sus respectivas familias, charlaban con despreocupación de asuntos banales y se tomaban muy en serio las cuestiones de trabajo.

Se habían reunido en uno de los pocos lugares en Bagdad al que no tenía acceso la Policía política, el despacho de Martínez en la embajada.

—Todo el personal diplomático se ha ido y en cuanto lleguen a España nosotros los seguiremos —anunció el agente español—. Se acabó esta etapa, había imaginado otro final, pero así es la vida.

—Es mejor que os vayáis, te lo llevo diciendo un tiempo. La gente está muy nerviosa y podría pasaros cualquier cosa.

—Quería darte las gracias. Has hecho un gran trabajo y me has ayudado mucho.

—Ha sido una buena experiencia. No sé lo que pasará, pero puedes contar conmigo para cualquier cosa que necesites cuando estés en Madrid. o.

—Te llamaré y quizás te pida algo más. Todo estará muy revuelto cuando empiecen los bombardeos.

—No esperaba que tu presidente dijera cosas como que el régimen iraquí miente sistemáticamente sobre sus arsenales de destrucción masiva.

—La sesión en el Congreso fue movidita, lo criticaron mucho, pero se mantiene fuerte en la alianza con Bush y Blair. Estados Unidos necesita aliados en Europa para hacer de contrapeso a Francia y Alemania.

—Tú me has dicho que Sadam no tiene esas armas.

—Es el pretexto para el ataque, unido a que no facilita el trabajo de los inspectores.

—Israel no colabora con las resoluciones de la ONU y no lo atacan.

—La política internacional funciona así.

Al Mayali pensaba que Martínez era un trabajador nato que vivía obsesionado por cumplir sus misiones, y que había sido honrado y sincero con él. Aun así, le sorprendió gratamente que tras la actuación de Al Sudani intentando convertirlo en su colaborador, el agente no cambiara su comportamiento y no se distanciara de él.

—Dale recuerdos a tu mujer, estará encantada con tu vuelta.

—Está feliz. Mira que yo quería quedarme, pero no ha habido forma de convencer a mis jefes. Me vendrá bien estar una temporada con ella y con Alberto. Este trabajo te aleja demasiado de la

familia.

Bernal entró en el despacho, Al Mayali se levantó y se despidió de los dos con un abrazo intenso y prolongado. No fueron gestos banales de amistad, podía ser que esa fuera la última vez que se vieran.

—Tened mucho cuidado. Os deseo una larga vida llena de felicidad con vuestras mujeres e hijos.

Martínez esperó a que saliera y se dirigió a su compañero:

—Tenemos que organizar nuestro viaje, ocúpate de todo.

—Había pensado volver por Siria pero no permiten pasar por allí, así que solo nos queda ir hasta Amán en coche y desde allí tomar un avión.

—Son un montón de kilómetros, pero adelante. A quien haya que contarle algo sobre nuestra partida, le diremos que nos quedamos en Jordania esperando a que acabe la guerra.

—Voy a dejar izada la bandera para que si algún español nos busca, sepa cuál es nuestra embajada, un pedacito de su país.

—Buena idea.

—También dejaré unas garrafas de agua potable y unas máscaras de gas en el sótano por si alguien se refugia, que encuentre algo para sobrevivir.

—Me parece un buen detalle. Vamos al cuarto de comunicaciones para hablar con Alonso.

Bajaron al sótano y Bernal se encargó de preparar la transmisión.

—Hola, chicos, ¿cómo os va?, ¿cuándo regresáis?

—Buenas tardes —dijo Martínez—. Si todo va bien nos iremos a Amán en un par de días, algo más si tenemos que organizar la salida de algunas de nuestras fuentes. —Era un tiro al aire, por si colaba.

—La orden de arriba es que no saquemos a nadie. Vuestras fuentes se quedan en Irak. Así, cuando estéis en España podréis seguir contactando con ellas.

—Ingenuo y Ali son los que más nos preocupan. Se la han jugado por nosotros, van a encontrarse en una situación muy jodida.

—No hay nada que reconsiderar, no seáis pesados, olvidaos de ellos. Han recibido el correspondiente pago por sus servicios.

—Les prometimos que los cuidaríamos —insistió Martínez decidido a defender su causa—. Si no los sacamos, les habremos fallado.

—No podemos poner en riesgo la postura internacional de nuestro país por unas fuentes. Nunca les dijimos que los sacaríamos por circunstancias como estas. Son iraquíes y lo que les toca es vivir en su país.

—Los matarán —dramatizó con frialdad Martínez mirando con gesto circunspecto a Bernal.

—No hay razón para ello, y si así fuera, no es nuestro problema.

—Tú no has trabajado con ellos.

—Vosotros sí y lo entiendo. Hacemos lo que toca en cada momento. Decidles que los cuidaremos todo lo que podamos y ya está.

—Nuestra labor de años se derrumbará.

—Ya veréis como no. Seguirán sus vidas y cuando volváis, retomaréis la relación.

—No digas chorradas, no querrán ni vernos —respondió indignado.

—Os necesitarán y querrán cosas de vosotros. Volved pronto a España —dijo zanjando el tema—, tengo ganas de veros. En cuanto lleguéis, os sumaréis a la célula de crisis.

Martínez y Bernal se quedaron desolados. Se imaginaban esa respuesta de Alonso, pero

albergaban una mínima esperanza de que los altos jefes no reaccionaran con la habitual frialdad. Sabían que para un servicio de inteligencia el bien general está por encima del individual de los agentes, es una maquinaria fría que no entiende de sentimientos. Aun así, sentían que habían fallado a sus fuentes y presentían que este comportamiento les pasaría factura.

Velocidad exagerada y arriesgada en calles transitadas. Cambio de coche y vestimenta en un barrio de la periferia. Una casa distinta a las anteriores en un pueblo cercano a Bagdad. Era la última reunión de Martínez con Ali antes de regresar a España, su despedida de las citas clandestinas, y asumió que si debía jugársela en alguna ocasión, era en esa. Su vida corría más peligro que nunca, pero no le importaba. Sentía la necesidad de arriesgarse por Ali, una fuente pesada, maleducada y agresiva, pero de calidad. Poco le importaba que la Mujabarat sospechara que iba a encontrarse con un confidente importante; si no lo pillaban con las manos en la masa, lo que hicieran más adelante le importaba tres pimientos. Sería tarde para tomar represalias, en un par de días estaría lejos y la persecución a la que lo habían sometido pasaría a la historia como una diabólica experiencia. Les habría ganado la batalla peleando en las sombras durante dos años y medio.

La vivienda carecía, como siempre, de muebles. Martínez iba con su túnica y Ali vestido al estilo occidental. La tensión se palpaba en el aire, el iraquí tenía un gesto hosco al que el español respondía con otro de seriedad y preocupación.

—Lo he intentado, he luchado todo lo que he podido...

—Le han dicho que no —terminó la frase Ali.

—Dicen que no estaba en nuestro acuerdo, sacarle crearía un problema diplomático.

—Al principio me prometieron muchas cosas, sobre todo seguridad. No lo han cumplido.

Martínez notaba el corazón acelerado, pero las palabras salían de su boca matizadas por una mezcla de comprensión y firmeza.

—No le han descubierto, nadie conoce su colaboración con nosotros. Está seguro en Irak.

—Ahora sí, dentro de unos días mi vida no valdrá un dracma.

—Seguiré en la misma situación. Es un agente de la Mujabarat que ha jugado su papel.

—Un colaborador suyo obligado a actuar contra los invasores americanos, que desconocerán mi contribución a su causa. A mi familia le tocará una época de privaciones, y si me matan todavía será peor para ellos.

—No tienen por qué matarle, usted se mueve bien.

—No me anime, Martínez, nunca se lo he pedido. Su Gobierno me deja tirado después de haberme usado. Para ustedes no valgo nada.

—No es verdad. —A Martínez cada vez le costaba más controlarse—. Es muy importante para nosotros. Le vamos a seguir pagando, y de hecho, le he traído un sobre con dinero.

—La información les interesa, pero que me maten les da igual.

—He hecho todo lo que he podido, he peleado hasta el final, pero mi Gobierno no quiere enfrentarse ahora a Sadam.

—No quieren enfrentarse por un hombre y su familia, pero se enfrentan a quien haga falta para defender a Bush.

—No tardaré mucho en regresar, cuando la situación se tranquilice, y mientras, podemos seguir hablando.

—Quiere que me quede aquí y, si hay suerte y sigo vivo, que siga trabajando para su servicio.

¿Es eso?

—Tenemos una vinculación de la que ambos nos beneficiamos, y sí, espero mantenerla.

—¿Se va a seguir fiando de un tipo al que ha dejado tirado?

—No le dejamos tirado, cada uno tiene que continuar con su vida. Nuestra relación sigue intacta en los términos que pactamos. Algún día podrá abandonar Irak, irse a vivir a cualquier país del mundo y disfrutar del dinero que ha ganado.

—El dinero se acaba.

—Nosotros seguiremos ahí.

—No intente engañarme, su comportamiento no ha sido el que debería.

Ali se levantó de la alfombra mugrienta y Martínez lo imitó.

—Nunca le perdonaré lo que me ha hecho, pero tiene razón, la vida sigue. Cuando esté en España, puede llamarme, no creo que nadie me controle. Mientras siga pagándome le ayudaré.

El agente español le ofreció su mano, Ali la despreció.

*Madrid, 16 de marzo de 2003*

*E*l jardín del complejo de edificios en el que Martínez y Bernal habían comenzado a trabajar era bastante más grande que el de la embajada en Bagdad. Los setos de boj, los abetos y los álamos ofrecían una imagen de tranquilidad artificial en la sede central del CNI, opuesta a la tensión extrema de su nuevo trabajo, junto a un nutrido grupo de agentes, en la sala del Centro de Seguimiento de Crisis.

Había cambiado radicalmente su perspectiva sobre la guerra que se avecinaba. Ahora era más fría, más distante, centrados en conseguir respuestas a las necesidades concretas del Gobierno. El resto del personal involucrado en la crisis les formulaba muchas dudas, apreciaban su dilatada experiencia sobre el terreno y prestaban suma atención a su visión. Pero los dos echaban de menos no poder oler la tensión y el miedo en las calles iraquíes, buscar respuestas en los contactos directos con sus fuentes. Era el mismo conflicto, pero lo sentían distinto.

Habían soportado con estoicismo una vida de abnegación y renunciaciones que ahora les quedaba lejos. Estar junto a sus familias, poder charlar con sosiego sobre los problemas de sus hijos en el colegio, no acostarse en camas frías y solitarias, o reírse con las bromas de los compañeros los habían sacado de un aislamiento del que no habían sido conscientes y les había abierto una ventana por donde respirar aire sin contaminar por el odio que habían padecido durante el último año en tierras de Sadam.

El despliegue para el ataque avanzaba a ritmo vertiginoso y la diplomacia se estaba apartando para dejar paso a las amenazas militares directas. Había 260.000 soldados distribuidos por Kuwait, Qatar, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Omán, Baréin y a bordo de numerosos buques de guerra. Todos esperando a que el presidente de Estados Unidos descolgara su teléfono y ordenara el inicio del ataque.

Unos días antes, en cuanto su avión aterrizó en el aeropuerto de Barajas, las caras de alegría de sus mujeres los habían devuelto a la realidad. Tardarían en rebajar el nivel de estrés, pero la obligación de desconectar les sentó mejor que bien. No hay nada como saber dónde y con quién compraste aquel mueble tan especial del salón, volver a contemplar la foto enmarcada de la boda en la mesilla del dormitorio o dar un beso a tu hijo antes de dormir, para recolocar las cosas importantes en tu cerebro.

Pero Martínez y Bernal no querían desenchufar. Ansiaban seguir con las manos pringadas en la harina iraquí, sentir que las cuestiones que los habían absorbido cada minuto en los últimos años seguían presidiendo sus vidas. Era una droga que les urgía seguir inyectándose. Sabían más que nadie del conflicto, tenían amigos y fuentes sufriendo, y tendrían que regresar cuando los americanos hubieran concluido su trabajo devastador.

Los dos habían entrado por primera vez ese día en la sala de Crisis. Les sorprendió su grandiosidad, acorde a los asuntos trascendentales que allí se dilucidaban. Paredes forradas de

madera y focos inmensos colgados del techo. En un lado, relojes digitales con las horas de Bagdad, Washington y otras ciudades clave en el conflicto. Más atrás, cabinas de teléfono para llamadas discretas. En la pared principal, paneles para proyectar mapas e imágenes. Agentes sentados en varias filas de mesas con ordenadores ocupaban la zona central. Y delante de ellos, una gran mesa rectangular para los altos jefes del servicio.

Ocuparon dos mesas detrás de las de los jefes, junto a Alonso, que no había parado de llamarlos desde que volvieron a sus hogares, como si necesitaran que alguien los azuzara para reintegrarse al trabajo.

—En unas horas —les informó su jefe— se celebra una cumbre en las Azores de nuestro presidente con Bush, Blair y Durao Barroso. Van a lanzar el ultimátum a Sadam. Kofi Annan no tardará en ordenar al personal de la ONU el abandono del país, son los últimos occidentales que quedan. La invasión comenzará en los próximos días.

—Están los periodistas —matizó Martínez.

—Asumen su propia responsabilidad. Ahora se trata de conseguir datos que puedan ser útiles a la coalición. Tenéis que hablar con vuestras fuentes.

—Lo intentaremos, pero no estamos en situación de exigirles nada a algunos de ellos.

—No seáis pesados con ese tema. Bernal y tú, haced vuestro trabajo. Antes de nada, poneros al tanto de los informes que hemos mandado al Gobierno y de los que nos han llegado de otros servicios.

La lectura de esos documentos, en cuya portada figuraba el sello de «Secreto», no les aportó grandes novedades. Les confirmó que la base de su trabajo había llegado al Gobierno escrita de otra forma y enriquecida con datos ajenos. Y que los informes de la CIA y el MI6 apuntaban relaciones entre Sadam y Bin Laden que, por falta de pruebas, no se habían atrevido a defender abiertamente. Sobre las armas de destrucción masiva, el lenguaje escogido pretendía dejar abierta la capacidad de Irak para fabricar ese armamento. Que dispusiera, como afirmaban, de armas biológicas o químicas no variaba nada, pues de ser cierto eran cantidades muy pequeñas. No tardaron en ratificar algo que ya intuían: el presidente español no había hecho caso de los informes de su propio servicio y había preferido creer las manipulaciones de estadounidenses e ingleses. Cuando acabaron la lectura, los dos se miraron con gesto torcido: no encontraban pruebas rotundas que justificaran la invasión.

Martínez decidió hablar con Al Mayali y entendió la presencia de las cabinas de teléfono, el follón era total.

—Hola, Flayeh, soy Alberto. ¿Cómo va todo?

—Espero que estés bien con tu mujer y tu hijo. Nosotros estamos a la espera de lo que pase.

—¿Has podido contactar con quien ya sabes para preguntarle por mi amigo? —No sabía si la conversación estaría intervenida, por lo que no quiso nombrar a Ahmed y a Ingenuo. Además, oficialmente Al Mayali desconocía el papel de fuente de este último.

—Me ha dicho que está mal, teme por su vida y la de su familia. Sigue muy enfadado contigo y el que me lo ha contado también está disgustado. Sabe que no ha sido cosa tuya, pero le preocupa el otro.

—Por favor, dile que regresaré y me ocuparé de él.

Era una promesa de corazón, aunque desconocía si podría cumplirla. Con los americanos al mando, el terreno de juego sería distinto.

—Se lo diré en cuanto pueda, no te preocupes.

—Cuando regrese te necesitaré, ya lo sabes.

—Disfruta de tu familia. Esperemos que no nos pase nada.

Después de cinco intensas horas allí metido, Bernal decidió salir a tomar el aire. Necesitaba desenchufar y nada mejor que un rato de charla con su gran amigo Ignacio Zanón, su compañero del Centro de Comunicaciones. Habían quedado en el jardín para que Zanón pudiera echar un pitillo. En cuanto se vieron, sus rostros se encendieron de alegría y se dieron un fuerte abrazo.

—Te veo muy bien, a pesar de lo duro que han debido ser estos últimos meses —comentó Zanón mientras se ajustaba las gafas y hacía un gesto cariñoso a su amigo en el brazo.

—Ha sido muy complicado. Con Martínez no te queda otra que no parar de trabajar. ¿Qué tal Buqe y Luca?

—Fenomenal. No recuerdo haber sido tan feliz en mucho tiempo.

—Te lo merecías, Nacho. Salir de una mala relación y encontrar a una mujer como Buqe es genial. Ya era hora de que recuperaras la estabilidad.

—Si conseguimos que el Atleti gane partidos, ya sería la felicidad completa.

—Los he seguido desde Bagdad. La derrota contra el Barcelona fue un palo.

—Y el otro día perdimos contra la Real Sociedad.

—Bueno, estamos acostumbrados.

—El domingo viene al Calderón el Betis, voy a ir con mi padre, si quieres puedes acompañarnos.

—No te digo que no, aunque acabo de llegar y me temo que el trabajo no me va a dejar demasiado tiempo libre.

—Les vamos a ganar seguro, así que te vendrá bien desconectar. Además, podremos celebrar la gran noticia: Buqe está otra vez embarazada.

—Enhorabuena, Nacho. —Se acercó a su amigo para abrazarlo—. Nosotros esperaremos a que acabe mi misión en Irak para buscar la parejita.

—Luca tendrá un hermanito para jugar. Pero cuéntame algo de lo que hayáis hecho.

—El final ha sido duro a nivel humano. Algunas fuentes querían que las sacáramos del país, temen por sus vidas, pero el servicio se ha negado en rotundo.

—Imagino tu conflicto. Te admiro un montón, has hecho un trabajo de campo para el que nadie te había preparado. Nuestro trabajo habitual es muy distinto.

—Ha sido una suerte pillar a Martínez, me ha enseñado todo lo que necesitaba saber. Es complicado, pero muy gratificante, más que estar encerrado en el Centro de Comunicaciones.

—Tenemos que salir a cenar con las chicas y echar unas risas.

—Claro que sí, aunque las risas las tendrás que poner tú.

—Lo sé, lo sé, los Bernal sois gente muy seria.

Ese mismo día, no muy lejos de allí, junto a la puerta principal de la conocida como mezquita de la M-30, un mendigo intentaba sacar algo de dinero para comer. Llevaba varias semanas acampado junto al edificio de mármol blanco, con sus vestiduras roídas, aspecto sucio y barba desaliñada. Sentado en el suelo, cerca de la entrada, con la mano derecha casi siempre abierta y extendida, esperaba la caridad de los musulmanes que iban a rezar. Siempre le caían algunas monedas que colocaba en un pequeño plato situado delante de él.

Los fieles habituales ya lo consideraban parte del paisaje. Algunos ni lo miraban y otros se desviaban para dejarle algún euro, esperar a que les diera las gracias y entrar después a orar. El

mendigo los miraba a la cara e inclinaba la cabeza en un gesto de agradecimiento. Algunos le dedicaban palabras de ánimo que él nunca contestaba.

El rezo estaba a punto de comenzar cuando un hombre de mediana estatura y barba en abanico se acercó a darle una moneda que depositó con gesto serio en su mano. El mendigo reconoció su rostro. Agarró el euro y, con el puño cerrado, se dio dos golpes en el corazón en lo que pareció un signo de agradecimiento. No lo era. Dos hombres, metidos en un coche aparcado en la alejada acera de enfrente, lo observaban con un teleobjetivo y, al ver la seña, hablaron por un micrófono: «Pepe ha aparecido, seguidlo». Otros dos hombres, con aspecto de musulmanes, entraron en la mezquita, cuyo interior está inspirado en la Alhambra de Granada, y se colocaron al final de la zona de rezos sin perder de vista a su *pepe*, el objetivo. Tras varias semanas de pesada espera, habían temido que la pista era falsa, pero por fin el objetivo había emergido.

La zona de acceso al centro religioso se había quedado vacía y el mendigo pareció hablar para sí mismo: «Es él, estoy seguro, le he hecho una foto». Cuando llegara a casa, Alfonso Vega, agente del Departamento de Acción Operativa del CNI, podría finalmente ducharse, afeitarse y volver a vestirse como un ciudadano occidental. Había identificado al sospechoso que buscaban por estar vinculado a un grupo yihadista.

*Madrid, 19 de marzo de 2003*

*E*l ataque contra Irak comenzaría en cualquier momento, previsiblemente cuando la noche amparara el vuelo de los bombarderos y los fantasmas de la guerra salieran a recorrer las calles buscando víctimas inocentes. El momento exacto lo elegiría el mando militar estadounidense pensando en producir el mayor terror posible en la población, pues la sorpresa no existía, las defensas aéreas iraquíes estaban permanentemente activadas.

Tras pasar todo el día trabajando en la sede, Martínez se había ido a descansar. Celebró el Día del Padre cenando con su mujer y su hijo, dedicando sus energías a crear un ambiente distendido que transmitiera al pequeño Alberto la tranquilidad que en realidad no sentía. Lo hizo muy bien, en simular y ocultar sentimientos era de los mejores. Después lo acompañó a su cuarto, charlaron sobre el plan que les gustaría montar el domingo y le dejó acostado. Martínez lo adoraba, estaba muy orgulloso del chaval y echaba de menos compartir su vida con más intensidad. En unos meses acabaría su periodo de tres años en Bagdad y podrían estar juntos mucho más tiempo. En sus circunstancias, lo que más ansiaba un espía en sus ratos de soledad o cuando volvía a casa por un tiempo era disfrutar de esos momentos pequeños con los seres queridos, haciendo planes sencillos como ir al zoo a echar comida a los monos o sentarse en una tasca con los amigos y una cerveza en la mano para pontificar sobre el lío amoroso de uno de ellos.

Volvió al salón y se sentó en el sofá con su mujer. El televisor estaba encendido pero ninguno de los dos estaba por la labor de prestarle atención.

—¿Qué está pasando? ¿No se ha podido evitar el ataque? —le preguntó Charo.

Era ineludible mencionar el asunto, no se hablaba de otra cosa en los medios de comunicación, siempre tenían un hueco para destacar las continuas manifestaciones contrarias a una guerra que consideraban ilegal, impulsadas por los grupos de la oposición.

—Preferiría no hablar del tema, Charo, ya sabes que...

—Cuanto menos sepa mejor —acabó ella la manida frase que su marido solía soltarle.

—Lo que sí te puedo decir es que cuando nos levantemos mañana imagino que la guerra habrá comenzado.

—Pobre Flayeh, espero que no les pase nada a él y a su familia.

Alberto la abrazó. Sabía que, más que el traductor, quien la preocupaba era él. Mientras permanecían pegados, Charo pensaba que su marido había cambiado en esos años en el extranjero. Vivía aceleradamente y había perdido una parte de su alegría natural. Su trabajo lo absorbía, lo daba todo renunciando a su vida personal. Todos sus pensamientos estaban en su misión de Irak. A ella no le hacía ninguna gracia que se moviera en un entorno tan peligroso, le era imposible no sufrir por él. No se engañaba, ella también había cambiado, la permanente preocupación por su marido era un peso difícil de asimilar. Pero al menos contaba con la compañía de su hijo.

—Mi tiempo en Irak se acaba, pronto cumpliré los tres años —dijo Alberto intentando reconfortarla—. He estado buscando vacantes para cuando regrese y he presentado la solicitud para una plaza en Bilbao, como jefe.

—¿Para luchar contra ETA?

—Esa sería una de mis principales misiones.

—Te has ganado ese destino con todo el trabajo que estás haciendo en Irak, seguro que te lo dan.

—Nos tendremos que ir a vivir allí, pero estaremos los tres juntos.

Bernal compartía la velada con Virtu. Habían acostado temprano a Nuria, que a sus tres años permanecía al margen del trabajo de su padre, lo echaba de menos y preguntaba con frecuencia por él. Estaban cenando los dos solos en la mesa del cuarto de estar.

—Hoy he visto a Nacho.

—¿Qué tal le va con Buque?

—Hacía tiempo que no lo veía tan bien. Luca le tiene enloquecido. Me ha dado la noticia de que esperan su segundo hijo.

—¡Qué bien! Con la anterior mujer no tuvo descendencia y ahora se está poniendo al día.

—Le ha llegado el turno de ser feliz. Mira que lo conozco desde que éramos jóvenes, pues te aseguro que nunca estuvo tan prendado de ninguna chica.

—¿Sigue pensando en pasarse al mundo civil para ser controlador aéreo?

—Imagino que sí, aunque con tanto trabajo en el servicio lo va a tener complicado para preparar la oposición. Es de disfrutar mucho de la vida y su familia ahora es lo más importante.

—Tienen la suerte de estar juntos, no como nosotros.

—Me queda algo más de un año, eso pasa rápido.

—¿Los iraquíes tienen fuerzas militares importantes? —preguntó Virtu de sopetón.

—Tienen un montón de soldados, pero los únicos bien preparados son los integrantes de la Guardia Republicana, que manda uno de los hijos de Sadam. Los cientos de miles de soldados restantes servirán de poco, muchos desertarán en cuanto escuchen los primeros pepinazos estadounidenses.

—¿Cuándo calculas que regresarás?

—Ni idea, primero el país tendrá que estar controlado por los estadounidenses. Aunque tú sepas la fecha, no se lo contaremos ni a mi familia, ya sabes que la seguridad es importante. Lo que sí haré será hablar con mi hermana para decirle que no se apure mucho con el bautizo de mi sobrino si quiere que yo asista.

El 20 de marzo Martínez y Bernal acudieron al trabajo pronto. Antes de llegar habían contemplado por televisión las imágenes del inicio de la guerra, desatada a las 5:35 de la madrugada del jueves, hora de Bagdad. Los primeros bombardeos desde buques de guerra y aviones de combate tuvieron como objetivo la capital iraquí. La ciudad en la que habían vivido ambos estaba siendo destruida.

Sin sorprenderse, escucharon las declaraciones de Sadam Husein. Aseguraba a su pueblo que iba a enfrentarse a los invasores con la ayuda de Alá y a evitar que ganaran los sionistas. Esa y otras intervenciones posteriores las había grabado para emitir las en momentos clave del conflicto y contribuir a reforzar la moral de su gente. Algo difícil cuando los bombardeos no iban a parar y, en consecuencia, el número de muertos crecería día a día.

Nadie excepto ellos en la sala de Crisis ponía rostros al pueblo atacado; Martínez y Bernal no dejaron de hacerlo ni uno solo de los días que pasaron allí: Al Mayali, Ingenuo, Ali, los clérigos chiitas y sunitas, sus guardas de seguridad, sus empleadas domésticas... Todos anidaban en sus mentes como imágenes aterrorizadas que pedían ayuda para salvar sus vidas.

*España, 9 de abril de 2003*

Los dos delegados en Irak se pasaban las jornadas en la sala de Crisis siguiendo los acontecimientos de la guerra. Esa mañana constataron que la opinión pública española estaba convulsa por el asesinato del cámara de Tele 5 José Couso a manos de tropas estadounidenses el día anterior. Su delito había sido quedarse en Bagdad, acompañando al periodista Jon Sistiaga, para informar sobre la invasión de la coalición.

Las noticias no aclaraban la causa de su muerte, aunque nadie ponía en duda que había sido por fuego supuestamente amigo. Resultaba incomprensible que un tanque estadounidense hubiera disparado su rabia contra el hotel Palestina porque debían conocer que allí residían los periodistas extranjeros.

Los primeros datos señalaban que los soldados, situados en la otra ribera del Tigris, estaban recibiendo fuego de mortero y granadas, y que un observador marcó el hotel de los periodistas como el lugar desde el que los estaban atacando. El proyectil del tanque impactó en el piso 15 y acabó con la vida del periodista de la agencia Reuters Taras Protsyuk. Couso se encontraba en la planta 14 grabando imágenes para los informativos de su cadena. Resultó herido y murió mientras lo operaban.

Los dos espías fueron conscientes de que esa muerte, a todas luces injustificada, aumentaría la oposición de la población española a esa guerra.

En la gran pantalla frontal de la sala de Crisis aparecieron unas imágenes impresionantes. En la plaza Firdous, que tan bien conocían Martínez y Bernal, aledaña al hotel Palestina, un grupo de soldados americanos estaba haciendo caer una estatua de Sadam erigida el año anterior.

Un rato antes, un grupo de bagdadíes enfervorizados habían intentado sin éxito derribarla. Como si fuera una escena improvisada, algo que no se creyeron los agentes, aparecieron los soldados con una grúa y la echaron abajo. La bandera estadounidense cubrió durante un rato la cabeza de la estatua, y luego la sustituyeron por la bandera de Irak. Las cadenas de televisión de todo el mundo transmitieron la secuencia, como prueba de la caída de la dictadura y, sobre todo, de la victoria de los aliados.

La propaganda había entrado en acción con unas imágenes de gran impacto, a las que acompañarían otras sorprendentes de soldados estadounidenses dentro de los lujosos palacios de Sadam, donde el oro era omnipresente hasta en los grifos de los baños, mientras su pueblo pasaba hambre.

Lo que Martínez y Bernal no veían tan claro, y el tiempo les daría la razón, es que el pueblo que parecía apoyar la invasión organizada por el presidente Bush, finalmente se posicionara del lado de la coalición.

—La resistencia no tardará en empezar a actuar —indicó Bernal.

—Mientras Sadam y su familia sigan libres, encontrarán argumentos para hacer la guerrilla y

defender el viejo régimen.

—Sus hijos están acostumbrados al lujo, no tardarán en pillarlos. Les falta preparación para una vida clandestina. Ahora bien, encontrar a Sadam va a ser muy difícil.

—Nos necesitarán para darle caza —dijo Martínez en un arranque de optimismo—, sabemos cómo piensa y nuestras fuentes nos ayudarán.

—Las fuentes que nos queden, porque algunas no querrán ni vernos.

—Les daremos la vuelta, ya lo verás.

Bernal tenía fe ciega en su jefe, su visión positiva le insuflaba voluntad de vencer. Sabía de lo que los dos eran capaces. Pero, en esta ocasión no veía el futuro tan sencillo, y sabía que Martínez tampoco.

Las semanas transcurrieron al ritmo de una guerra que dejaba muertos a miles de kilómetros pero que los dos agentes sentían cada vez más cerca. Ni ellos ni sus jefes dudaban de que cuando la situación se estabilizara ambos deberían regresar a un país que recordaban lleno de monumentos impresionantes pero que se estaba convirtiendo en un cementerio en ruinas.

Ninguno de los dos se planteó quedarse en España, a pesar de que la perspectiva de volver a Irak no era muy halagüeña. La despiadada Mujabarat, cuyos agentes habían pasado a la clandestinidad, quería vengarse. Los grupos chiitas, cuya postura no quedaba clara, podrían ser hostiles. Los sunitas les habían declarado odio eterno.

Los altos mandos del CNI conocían estos elementos adversos, especialmente que las fuerzas represivas de Sadam, que tenían identificados a sus agentes, podrían intentar algo contra ellos. No se plantearon designar a otros agentes porque nadie conocía el país como sus dos delegados y eran los únicos con capacidad para enviar informes al día siguiente de aterrizar. Era arriesgado, lo sabían, pero confiaban en sus buenas dotes. Además, adujeron, cualquier agente correría el mismo peligro, algo totalmente incierto, pues ser desconocidos era una gran ventaja. De hecho, eran Martínez y Bernal quienes suscitaban el odio personal de algunos elementos con los que habían tratado, que no tendrían *a priori* nada contra quienes los hubieran sustituido.

Faltaba poco tiempo para que volvieran a Bagdad cuando Bernal fue a casa de sus padres. Soledad había salido, y los dos José Antonios se acomodaron en el cálido salón lleno de recuerdos, el hijo en el sofá que miraba a la terraza y el padre en una silla, a su derecha.

—El otro día me acordaba —comenzó el padre— de cuando eras joven y te pegaste un gran chasco porque tenías un problema en el oído y no podías ser piloto de combate.

—Fue una faena, en las pruebas de acceso el maldito simulador me habría tirado para atrás.

—Me dijiste: «Papá, no te preocupes, yo me aprendo esa máquina y paso las pruebas». Yo te contesté: «Las pasarás porque tienes capacidad, pero cuando llegue el momento al avión no lo vas a engañar».

—Te di la razón, pero el disgusto no me lo quitó nadie.

—Sin embargo, ya ves, has seguido un camino distinto y ahora eres muy feliz en tu trabajo.

El hijo asintió mientras a su padre se le fue la mirada a la bandera de España que llevaba en el reloj. Sabía que sus hijos habían heredado sus ideales de servicio como suboficial del Ejército del Aire.

—En Irak he aprendido un oficio apasionante. Alberto es un gran tipo, trabajador, serio, disciplinado, lanzado. Juntos hemos hecho cosas que otros antes ni se habían preocupado en montar.

—¿Cuándo regresas a Bagdad?

—Pronto. En el servicio nos han dicho que decidamos nosotros la fecha, creo que no tardaremos mucho. ¿Sabes que alguien ha arriado la bandera de la embajada? Ya tengo otra para llevarme.

—¿Quién ha sido?

—No sé, pero me enteraré.

—Cuentan que todos los gerifaltes de Irak se han escapado.

—A los hijos de Sadam los vamos a coger de inmediato porque están acostumbrados a la golfería. Pero a Sadam nos va a costar un huevo, está acostumbrado a dormir en cualquier sitio.

—Aznar está seguro de que Sadam tenía armas de destrucción masiva.

—Te voy a decir algo para que lo sepas, pero no se lo digas a nadie: no hay armas de destrucción masiva, de ninguna manera, y Aznar lo sabe. Nosotros le hemos informado. El motivo de la guerra ha sido el petróleo. Sadam se lo iba a vender a varios países y cuando los americanos se enteraron dijeron: «¡Y una polla!, nosotros ponemos los muertos y otros se van a llevar los beneficios».

—Pero Aznar dice...

—Aznar no tiene razón con lo que está haciendo.

Se abrió la puerta de la calle y entró Soledad. Su madre lo abrazó y se sentó a su lado, con su mano apretada entre las suyas.

—Ahora que has llegado —le dijo su hijo—, quería deciros que, por seguridad, cuando esté en Bagdad no se os ocurra llamarme. Yo me pondré en contacto con vosotros con frecuencia.

—¿Tienes que irte? —le preguntó su madre—. ¿No pueden mandar a otro?

—Mira, mamá —respondió en tono firme, pero cariñoso—, he firmado estar allí tres años y tengo que cumplirlo. Aunque mis jefes me insinuaran esa posibilidad, debo cumplir con mi deber.

Soledad sabía que su hijo no era un aventurero, lo meditaba todo y, cuando tomaba una decisión, la cumplía pasara lo que pasara. Pero ella tenía que intentarlo.

—Hijo, ¿cómo te vas a ir allí tal y como están las cosas?

—Yo me quiero ir a Irak. Si me sale bien, pues bien; si me sale mal, pues mal.

—Es que allí todo está fatal.

—¿Sabes qué te digo? En todas partes hay Dios.

La pareja estaba comiendo en el restaurante El Pinar, en la localidad gallega de Perbes, pegado a una playa que durante el verano estaba abarrotada de bañistas. Aunque caía una triste cortina de lluvia, el local no tenía mesas libres gracias al prestigio de su cocina y sus mariscos. Ninguno de los dos llamaba la atención del resto de los comensales en aquel gran comedor rodeado de cristaleras que permitían disfrutar del paisaje.

Carlos Baró se había quedado solo en la mesa, ella se había ido al baño. Era fuerte, sin musculatura excesiva, cuerpo acostumbrado a ir rígido, cara risueña y seguridad en sí mismo. Su apariencia quizás pudiera hacer intuir que era militar, comandante del Ejército, especializado en unidades especiales. Pero más difícil sería adivinar que llevaba más de cuatro años trabajando en el Departamento de Acción Operativa (DAO), la unidad de élite del CNI.

Su vida había cambiado en el último año gracias a Alicia. Quería estar con ella, que al llegar a casa lo estuviera esperando, que no se volvieran a separar nunca. Había estado a punto de perderla y no estaba dispuesto a que volviera a ocurrir.

Se habían conocido en 1994, cuando tenían veintisiete años. Él era un capitán destinado en la

Legión y coincidieron en un acto de homenaje a los Cascos Azules. Carlos asistió porque había estado destinado en Mostar en misión humanitaria. La casualidad o la predestinación los hizo sentarse uno enfrente del otro durante el almuerzo oficial. No pararon de hablar, se cayeron bien e intercambiaron direcciones. Las cartas circularon en los dos sentidos durante bastante tiempo, hasta que iniciaron una relación. No fue sencillo porque vivían en ciudades distintas. En 1998 Carlos cambió de destino y se fue al servicio secreto, en Madrid, aunque viajaba mucho.

Alicia llegó a dudar, no veía futuro a la relación porque ninguno de los dos quería renunciar a sus logros profesionales y la distancia entre Galicia y Madrid se hacía muy pesada. Decidieron darse un tiempo para pensar, a pesar de que los dos seguían enamorados. Carlos empezó a salir con otra chica en una relación que le duró varias semanas, no más, a pesar de que se enteró de que se había quedado embarazada. Nunca fue la mujer de su vida pero trajo al mundo a un bebé que para Carlos se convirtió en la niña de sus ojos.

El palo para Alicia fue tremendo. Lo habían dejado temporalmente, además por decisión de ella, pero lo seguía queriendo y esperaba un rencuentro. Pero esa noticia convirtió en definitiva la ruptura. Carlos entendió que se sintiera traicionada, pero siguió enamorado de ella y no pudo olvidarla.

Pasaron los meses, los años. Alicia veía de vez en cuando a algunos compañeros de Carlos. Le pedían que lo perdonara, seguía loco por ella. Inflexible al principio, en 2002 aceptó volver a verlo y finalmente retomaron la relación. Alicia decidió dar el paso de irse a Madrid abandonando su trabajo. El cometido de Baró en el CNI le tenía sometido a unos horarios intensos y complicados.

En esas estaban, con ella buscando trabajo en Madrid, algo difícil en aquellos años. Él tenía a su hija, pero necesitaba estar con Alicia. Con nadie se reía tanto como con ella. Hablaran de lo que hablaran, terminaban riéndose. Escuchaban canciones de Joaquín Sabina, el cantante preferido de Carlos, y se reían. Quedaban con los amigos militares y no paraban de reír. Hablaban del trabajo en el CNI, sin que el agente le contara nada relevante, y también terminaban riéndose con alguna anécdota de Carlos persiguiendo a un objetivo sin nombre, o colocando micrófonos en un edificio y al salir un perro les ladraba: «El único tipo listo que se mosqueó con nuestra presencia».

Carlos era un tipo especial, distinto, sorprendente. Defendía las tradiciones militares al extremo, apuntaba en un cuaderno las frases épicas que le gustaban sobre las Fuerzas Armadas y, especialmente, sobre la Legión, cuerpo en el que sirvió y que a veces ella pensaba que lo atraía más que cualquier otra cosa, incluso más que los paracaidistas, otra de sus pasiones. Al mismo tiempo era un tipo divertido, abierto, apasionado por la música actual, fascinado por la historia y moderno en el vestir.

Sentía un orgullo especial por la gente que había entregado su vida a ideales superiores, fueran progresistas o conservadores. Tenía ejemplos en su propia familia. En 1989 su tío segundo, el jesuita Ignacio Martín Baró, destinado en la Universidad Centroamericana, un luchador por los derechos humanos, la igualdad y la justicia social, seguidor de la Teología de la Liberación, fue asesinado en El Salvador por el Ejército salvadoreño. Cuatro años después, su tío, el teniente coronel Javier Baró, murió a manos de un comando de ETA.

Tras la mariscada, vio que Alicia regresaba del baño. No sabía cómo, pero tenía que casarse con ella.

Las semanas pasaron y la fuerza invasora de Irak fue asentando sus conquistas. Estados Unidos anunció el 1 de mayo el fin de las principales operaciones militares de la invasión, aunque miles de militares iraquíes habían pasado a la clandestinidad y habían empezado a pelear bajo la difusa bandera de la insurrección. La opinión pública internacional esperaba que aparecieran las armas de destrucción masiva, pero seguía sin haber noticias.

Diez días antes, el 21 de abril, el presidente José María Aznar declaró en Televisión Española: «Estoy absolutamente convencido de que esas armas, que existen, acabarán apareciendo». Más tarde, en el Debate sobre el Estado de la Nación, especificaba: «El arsenal químico y bacteriológico tarde o temprano aparecerá porque las investigaciones han comenzado ya».

Martínez y Bernal lo escucharon mientras terminaban sus preparativos para regresar a un país distinto del que habían vivido pocos meses antes. Ellos sabían que esas armas nunca aparecerían, simplemente porque no existían.

*Bagdad, mayo de 2003*

Los dos agentes españoles viajaban en el Patrol de Alberto Martínez en dirección a Basora, el último paradero conocido de Ali. Allí residía cuando conversaron por teléfono desde Madrid varias semanas después de la invasión estadounidense, pero no volvió a dar señales de vida. Había pasado más de un mes: o estaba escondido sin acceso a teléfono o sin querer utilizarlo, o no quería saber nada de ellos o lo habían matado. Era una fuente importante, conocía las alcantarillas del país y les podía ser muy útil.

Otros no se habrían aventurado a desplazarse por un país sumido en la confusión. La hora que llevaban de trayecto había sido un espanto. El mal estado de la carretera era casi lo de menos. El olor a sangre y humo lo invadía todo. Los arcenes parecían cementerios de coches calcinados, entre los que aparecían cadáveres que llevaban tiempo sin que nadie los retirara. Vagabundos sin destino caminaban por los campos con la vista perdida, como si acabaran de aterrizar procedentes de un planeta lejano. Irak se había convertido en el país de las desgracias y, pronto descubrirían, en el del odio y la venganza.

Su llegada una semana antes a Bagdad fue más sorprendente de lo que previeron. Las imágenes que habían visto en la televisión eran dramáticas, de un caos devastador, con una población abandonada por sus gobernantes en su huida desesperada, sin recibir a cambio nada de los nuevos ocupantes, militares solo preocupados por instaurar un nuevo orden, no por cubrir sus necesidades básicas. En sus primeros pasos por la ciudad para llegar hasta sus casas y ver el estado en el que habían quedado, Martínez y Bernal comprobaron que la penuria y la anarquía eran peor de lo previsible. Los edificios en ruinas, como recordatorio de la tragedia, formaban parte de una estampa deprimente en la que lo más importante era lo que no se veía, la ausencia de luz y agua. La gente estaba sucia, el olor a muerto lo impregnaba todo, las familias permanecían encerradas en sus casas por temor a ser atacadas, los comercios saqueados aparecían vacíos de productos, los desarraigados estaban por todas las esquinas y los desperdicios tomaban las calles en una dura pelea con los cascotes de los edificios bombardeados. Lo peor, no obstante, eran las caras abatidas y desesperadas de los bagdadíes.

Tras comprobar que sus hogares estaban en buen estado, aunque sucios y descuidados, se dedicaron a volver a contratar a los vigilantes de seguridad y al personal doméstico.

Habían aterrizado en Bagdad con una buena dosis de precaución y varias más de determinación para conseguir sus objetivos. Como mandaban los americanos, lo primero que hicieron fue acreditarse formalmente como diplomáticos ante la nueva autoridad política y se pusieron en contacto con la CIA para apuntarse en un registro de espías y establecer nuevos lazos de colaboración.

Desde el primer día salieron siempre con la pistola en el cinturón. La presencia de los soldados de la coalición no ofrecía seguridad en las calles, la gente estaba atormentada por sobrevivir y

delinquir era una forma de conseguirlo. Además, sabían que los grupos rebeldes actuarían contra objetivos occidentales para marcar con claridad su oposición a la presencia de tropas extranjeras.

No les sorprendió encontrarse a una parte de la población liberada tras tantos años de opresión. Muchos iraquíes no habían conocido otra vida que no fuera bajo el yugo de la dictadura y con la llegada de los estadounidenses estaban percibiendo, especialmente los jóvenes, que podían comportarse como nunca imaginaron. Había desaparecido la persecución, el control de las conductas y la censura. Irak nunca había sido un reducto de los radicales musulmanes, pero existían cortapisas en la vida diaria.

En sus paseos por las calles de Bagdad les llamó la atención encontrar a la venta, sin tapujos, botellas de cerveza y whisky. Más les sorprendió toparse en un bar con Abarnou, el delegado del servicio secreto francés, que había regresado al país antes que ellos. En realidad, lo que les sorprendió no fue verlo a él, sino a su acompañante: una chica árabe vestida con una minifalda que no paraba de besarlo y meterle mano. La libertad sexual y la prostitución habían aterrizado en Bagdad.

También alucinaron cuando Abarnou los invitó al cine a ver una película americana que, según les contó, incluía escenas de desnudo: «En Francia no iría nunca a verla —dijo—, pero hacerlo en Bagdad tiene su morbo». Declinaron la sugerencia, acababan de llegar y tenían mucho trabajo por delante. Ya solos, discutieron sobre el tiempo que duraría aquella libertad en un país musulmán mayoritariamente chiita. En cuanto pasaran unos meses, las autoridades religiosas mostrarían su indignación por lo que considerarían actitudes irrespetuosas, un pretexto más para justificar su guerra contra los invasores occidentales. Estaban sorprendidos de que un pueblo que carecía de lo más básico, que vivía en un mar de tinieblas por las noches, estuviera tan preocupado en recuperar lo que la dictadura le había arrancado. La felicidad es un sentimiento interior; si querían alcanzarla, no había nada como dejar al margen el lado oscuro y buscar motivos para el optimismo.

Los agentes charlaban sobre estos temas durante el viaje a Basora cuando se toparon en la carretera con un puesto de control de los militares estadounidenses. Sacos de arena y una valla impedían pasar a cualquier vehículo. Detrás había un soldado con un dedo en el gatillo de una ametralladora. Los controles eran frecuentes, no quedaba otra alternativa que tomárselos con filosofía.

Un cabo les pidió que salieran y mostraran sus papeles. Martínez y Bernal le enseñaron sus pasaportes diplomáticos. Dos soldados revisaron el interior del todoterreno. Uno de ellos no tardó en dar la voz de alarma y mostrar a su jefe las dos pistolas guardadas en la guantera.

—Somos diplomáticos, estamos autorizados a llevarlas —intervino Martínez.

—Las pistolas nos las quedamos —respondió el cabo con autoridad.

—Acaba de comprobar mi documentación.

—Estos papeles no sirven para llevar armas.

—Pero ¿qué está diciendo? —estalló Martínez, que era comandante del Ejército—. Tenemos estatus diplomático y usted no es nadie para quitarnos las pistolas.

—Aquí mando yo y le digo que nos las quedamos.

—Esto es un abuso, no lo puede hacer —añadió Martínez hecho una fiera—. Presentaré una queja.

—Puede hacer lo que le dé la gana.

Bernal se dirigió a Martínez en español para que no le entendiera el cabo:

—Mi padre siempre me ha dicho que estos señores ejecutan las órdenes que les dan y no se

salen un pelo de ellas. No sacaremos nada discutiendo.

Un rato después reanudaron la marcha. Fue el inicio de un día aciago. Estuvieron dando vueltas por Basora intentando obtener información sobre el paradero de Ali, pero ya fuera por su propia discreción, al no preguntar por él sino por su familia, o por cualquier otra cosa que hicieran mal, no consiguieron ni una pista. A cambio, compartieron la pesadilla que estaba viviendo una parte del pueblo, mucho más grave que la suya: miles de soldados y no soldados estaban en paradero desconocido y sus familiares andaban desesperados buscándolos de un lado para otro, vivos o muertos.

Al regresar, Martínez seguía quemado por las armas requisadas. Al día siguiente presentó la queja diplomática y exigió su devolución, no iba a permitir un abuso de ese tipo. La respuesta llegó unas semanas después: les enviaron dos pistolas, pero no las suyas, sino dos nuevas.

Dar con el paradero de Ali se convirtió para Martínez en una tarea ardua. Tal y como estaba Irak, si alguien quería desaparecer entre sus ruinas lo podía hacer con facilidad, y más si no quería que lo encontrasen.

El país ocupado por los estadounidenses se había roto en varios pedazos. Los seguidores más leales a Sadam estaban en desbandada pero dispondrían de planes de actuación elaborados tras la decisión de Bush de atacarlos. Contaban con el apoyo de una parte del pueblo, aquellos que habían gozado de buen estatus y sentían admiración por el destituido y, en ese momento, huido presidente. Eran una fuerza peligrosa por su preparación: miles de soldados profesionales armados y agentes de la Mujabarat especialistas en moverse sin ser vistos.

En el otro lado estaban los que llevaban años odiando a Sadam. Cientos de miles de familias tenían la herida abierta de hijos, esposos o padres desaparecidos sin explicación. Nunca más supieron de ellos, el silencio sepulcral se adueñó de su paradero y solo les quedaba rezar para que las torturas infligidas antes de morir no hubieran durado demasiado. Este grupo estaba lleno de personas con ansias de venganza, capaces de asesinar a los prepotentes militares y a los espías que ejecutaron las despiadadas órdenes del dictador.

A Martínez le preocupaba un tercer grupo, el de los chiitas. Bernal y él habían mantenido buenas relaciones con ellos mientras Sadam decidía los designios del país y los tenía bajo su agresiva bota militar, pero con la nueva situación era lógico que se lanzaran a ocupar el poder político que, por número de habitantes, les correspondía, lo que los empujaría a convertirse en una fuerza militar pujante.

Había pasado poco tiempo desde la llegada de las tropas de la coalición, básicamente estadounidenses y británicos, pero a Martínez no le cabía duda de que en las siguientes semanas la insurrección adquiriría una dimensión preocupante contra la que tendrían que pelear. Era complicado que, con Sadam vivo y huido, se creara una única fuerza opositora. Sobre todo, porque en el escenario podían aparecer otros actores que enturbiaran aún más el panorama, como los seguidores de Bin Laden.

De momento, su principal preocupación era recuperar la estructura de fuentes que había montado durante sus cerca de tres años en Irak. Su principal interés estaba centrado en Ali y en Ingenio. Esa mañana, vestido con una túnica y luciendo el aparatoso bigote que había empezado a dejarse crecer en Madrid, se acercó a dos de las casas en las que se había reunido en Bagdad con el miembro de la Mujabarat y actuó de la misma forma. Golpeó la puerta sin obtener respuesta. Se alejó, dio una vuelta para comprobar que nadie lo seguía, una precaución extrema pues sin la

Mujabarat no era previsible que lo vigilaran, y volvió a la casa para meter por debajo de la puerta un mensaje en clave que solo podía interpretar Ali si pasaba por allí.

Comió con Bernal en la embajada. Su ayudante estaba encargado de contactar con los chiitas y, como a él, no le había acompañado la suerte. Elaboraron un listado de confidentes y otro con los objetivos que les había planteado el servicio. Dar con el escondite de Sadam no era uno de ellos, pero Martínez pensaba que debía serlo. Siempre que pudieran, deberían hacer las pesquisas necesarias, pero tendrían que tener mucho cuidado porque miles de sus leales serían capaces de matar a cualquier que quisiera encontrarlo.

Por la tarde Martínez asumió el primer gran reto desde su llegada. Un par de días antes había hablado con Ahmed. No le guardaba rencor por haber abandonado a su primo Salah, alias Ingenuo; entendía que sus jefes no quisieran meterse en problemas trasladándolo a España, pero le anunció que se había quedado en una pésima situación. Los altos cargos del régimen anterior eran odiados por una parte importante de la población dispuesta a culpabilizarlos de todas las fechorías cometidas durante decenas de años. Salah había tenido que coger a su familia, dejar su casa en un buen barrio de Bagdad y trasladarse a otro alejado y pobre donde nadie los conocía, inventando una historia sobre su pasado. Temía que los estadounidenses lo detuvieran o que alguien lo identificara como colaborador de Sadam, lo mataran y repudiaran a su familia.

Martínez intuía que Ingenuo habría establecido contactos con los grupos opositores a la invasión y dispondría de buena información sobre sus antiguos compañeros. Una de sus misiones consistía en ayudar a la coalición invasora a controlar el país. Por todo ello, le pidió a Ahmed que organizara una reunión discreta. Su amigo le contestó que su primo no quería ni oír hablar de él, pero el español insistió esgrimiendo el argumento más convincente: podía ayudarlo a sobrevivir.

Se acercó a un descampado alejado de la nueva dirección de Ingenuo. El antiguo funcionario iraquí apareció veinte minutos tarde, evidenciando la repulsión que le producía el encuentro. No aceptó la mano que le ofreció Martínez y ni siquiera le habló. Había perdido la prestancia de antaño y presentaba ojeras y arrugas que le avejentaban. Martínez sacó un sobre con dinero. No sabía si lo aceptaría, era un hombre orgulloso, pero lo cogió y se lo guardó, la necesidad primaba.

—Entiendo que la situación es engorrosa —dijo Martínez—, estoy aquí para ayudarle.

—Acepto su dinero porque me lo debe por todo lo que hice. Pero no quiero su ayuda, váyase y no regrese nunca. —Estaba enfadado y no quería ocultarlo.

—¿Quiere que le busque una casa digna para vivir?

—Vivo bien, no le necesito.

—Ya sé que no me necesita, pero si puedo hacer algo...

—No es mi amigo, nunca lo ha sido. Quise colaborar, lo hice y se acabó todo.

—Si sigue colaborando conmigo, le ayudaré y no le pasará nada.

—¿Cómo quiere que se lo diga? —gritó encarándose con él—, no quiero saber nada de usted.

—Quizás no lo quiera hacer por usted, hágalo por su familia.

—No es de fiar, no vuelva a ponerse en contacto conmigo.

Ingenuo dio media vuelta y Martínez lo dejó ir sin añadir nada. Quizás lo había perdido para siempre. O quizás más adelante pudiera contar con él.

*Madrid, primavera de 2003*

Miguel Sánchez era el director de Inteligencia, el cargo operativo, no político, más importante del CNI. La organización y desarrollo de todas las misiones pasaban por sus manos y en ese momento estaba intentando solucionar el último gran reto que les había planteado el Gobierno. Habían decidido enviar una fuerza militar a Irak en apoyo de la coalición internacional liderada por Estados Unidos y les habían encargado que les dotaran de los apoyos necesarios para su protección. Para ello, habían decidido aumentar el número de agentes para prevenir riesgos y evitar, en la medida de lo posible, que sufrieran ataques de la insurrección.

Sánchez era un oficial de inteligencia capaz, había estado sobre el terreno en países como Francia y controlaba el funcionamiento de La Casa. De porte militar, las gafas le daban un cierto aire intelectual, era hábil y sobre todo muy listo, siempre encontraba las soluciones adecuadas para cada problema. Su facilidad para relacionarse con la gente le había facilitado con frecuencia vías de acuerdo con los más complicados representantes de otras agencias de espionaje. Sabía moverse, no se le escapaba ningún detalle. Estaba en su despacho con vistas al jardín del edificio central, sentado tras su escritorio funcional, con Alonso, el responsable directo de la misión, al otro lado. Llevaban un rato enfrentándose al principal problema detectado: carecían de personal preparado que conociera la situación en Irak y supiera moverse por el país.

Su primera decisión había sido guiada por los peligros evidentes que entrañaba el trabajo y por la necesidad de llevar a cabo muchas actuaciones clandestinas de cierta envergadura. De los cuatro agentes que iban a enviar, separados en dos equipos que se asentarían en cada una de las sedes de las tropas españolas, dos pertenecerían al DAO, acostumbrados a utilizar medios técnicos y personales especiales en situaciones hostiles. Y adiestrados para que, abandonados en cualquier punto de cualquier país, supieran buscarse la vida sin ningún tipo de ayuda.

El tercer agente tendría que ser un radiotelegrafista para dotar de comunicaciones seguras al equipo, aspecto muy importante en medio de un conflicto. Y el cuarto debería ser un oficial de inteligencia conocedor de la idiosincrasia del país, buen agente de campo y analítico, con capacidad para relacionarse con soltura con los distintos grupos con influencia. La realidad les había hecho renunciar a que cualquiera de los cuatro, además, hablara árabe.

—Deberían partir hacia Irak antes de dos meses y es poco tiempo para formarlos adecuadamente —reconoció Alonso a su jefe.

—No vamos a poder llegar a la situación ideal, pero tenemos que resolverlo lo mejor posible. Los dos agentes operativos seguro que responderán bien al reto. Le he pedido al jefe de la unidad que tengan experiencia en misiones internacionales, hablen inglés y hayan demostrado su capacidad para salir airosos de cualquier situación adversa. El riesgo de que intenten matarlos es importante. Con ellos no habrá problemas, tendremos bien cubierto uno de los dos equipos.

—¿Cuándo podremos conocer a los seleccionados?

—Están en ello, no creo que tarden mucho, hay bastantes voluntarios.  
El problema residía en la formación del otro equipo.

—Entre los radiotelegrafistas no ha habido voluntarios para la misión —anunció Sánchez.

—No me extraña, hacer trabajo de campo no es lo suyo, y meterse en mitad de una guerra es poco atractivo.

—Los cuatro que enviemos ahora estarán en Irak seis meses, lo que nos dará tiempo a buscar equipos para el futuro, que debemos empezar a formar desde ya. Lo que nos urge es encontrar al radiotelegrafista. Están haciéndoles la propuesta a varios funcionarios.

—No debería ser un trabajo muy complicado, formará equipo con el oficial de inteligencia.

—Esperemos que el elegido dé resultado, porque en seis meses tendrá poco tiempo para aprender a moverse sobre el terreno, aunque bastará que haga su labor con las comunicaciones.

—Me preocupa aún más el oficial de inteligencia —dijo Alonso—, hasta ahora no han encontrado un candidato que se acerque a lo que necesitamos. Para colmo, coincidiendo con la llegada de los cuatro acaba el periodo de tres años de destino de Martínez en Bagdad. Su sustituto está casi preparado para ir, y con Bernal de apoyo, que a pesar de ser radiotelegrafista ha demostrado ser un buen agente de campo, seguro que lo hará bien. Pero de la noche a la mañana elegir un oficial para acompañar a las tropas va a ser complicado. Sobre todo, que pueda estar a la altura de las complicaciones que se va a encontrar.

—Lo ideal sería otro Martínez, que se lo curre como él, se mueva bien y conozca a todo el mundo en poco tiempo. Ya sé que es bastante difícil, pero hay que buscar un perfil similar.

—La salida de Martínez nos va a suponer un grave problema, nadie conoce Irak como él. Está teniendo problemas con algunas fuentes que no quieren continuar su relación. Y las que acepten, veremos si desean colaborar con el nuevo.

—Nos jugamos mucho en esta misión —dijo Sánchez.

—Como le encargué, Martínez está buscando las posibles ubicaciones para los soldados. Parece que se inclina por Diwaniya, una zona que conoce bien, de la que procede su traductor, que tiene familiares chiitas influyentes en la zona que nos pueden ayudar. Cerca de allí está Nayaf, que también le parece conveniente. Cree que dentro del lío iraquí, son zonas de bajo riesgo para nuestras tropas.

—Él es el que sabe, lo estudiaremos con los estadounidenses cuando nos envíe un informe detallado.

Mientras ellos conversaban, en el Centro de Comunicaciones, no muy lejos de allí, el jefe de la unidad había citado en su despacho a Ignacio Zanón. Tras quedar vacante la nueva plaza para Irak, era su principal candidato: había adquirido una amplia experiencia desde que nueve años antes entrara en el servicio y, un detalle importante, había estado destinado en el extranjero, en Kosovo.

Estaba muy satisfecho con su trabajo, todos los informes sobre él siempre habían sido muy positivos, su experiencia le acreditaba para una mayor proyección y había llegado el momento de dar un paso al frente, uno de esos que en el CNI se valora de una forma especial, pues en tiempos convulsos es muy apreciada la gente con valentía y decisión.

Con seriedad y distancia, el jefe de Zanón le pintó un panorama estimulante antes de proponerle el destino en Irak. El agente imaginó que algo había detrás de los halagos, tan poco frecuentes. La oferta final le dejó frío; sabía, por lo que su amigo Bernal le había comentado durante sus estancias en Madrid, que era un destino difícil, nada apetecible, por algo nadie lo había solicitado

cuando sus compañeros estaban ansiosos de salir al extranjero unos años para vivir una nueva experiencia y ganar más dinero.

Pillado de improviso, no supo qué responder. Entre sus planes personales nunca había incluido otro destino en el extranjero, y menos en Irak. Además, su mujer estaba embarazada y no quería dejarla sola en Madrid.

—¿Puedo pensármelo? —dijo al fin—. Es una oferta tentadora, pero ahora mismo no sé qué decirle.

—Lo entiendo perfectamente. Reconozco que es un reto complejo, pero puedes hacerlo muy bien. Piensa que si aceptas, estaremos en deuda contigo.

Zanón entendió el mensaje: «Necesito que vayas, a cambio pídemelo lo que quieras». Debía hablarlo con Buque.

*Bagdad, primavera de 2003*

Seguir unas coordenadas en el GPS era una tarea fácil a la que Martínez y Bernal estaban acostumbrados. Pero ese día de calor tórrido, soportado gracias al aire acondicionado del Patrol, desconocían lo que se iban a encontrar cuando llegaran a su destino. Podía ser una casa abandonada, un punto en mitad del campo o una calle aislada de un pueblo. En condiciones normales, habrían intentado identificarlo antes de salir, pero carecieron de tiempo. El joven que les llevó el trozo de papel a la embajada no atendió a sus preguntas y desapareció. El texto del mensaje los forzaba a salir de inmediato si querían llegar a tiempo, Ali no los esperaría ni un minuto. Los dos se miraron perplejos: tenían dos horas para llegar.

El día anterior, otro chico con el mismo aspecto desarrapado les entregó un mensaje alertándolos de que estuvieran prevenidos la tarde del día siguiente. Desconocían cuál de los mensajes anónimos que le habían dejado a Ali había llegado a su destino y ya carecía de importancia. La peligrosidad del día a día en Irak, acrecentada por la cita con un miembro huido de la Mujabarat, hacía aconsejable que Martínez no acudiera en solitario a la reunión y que Bernal al menos le cubriera las espaldas. Si era una trampa, dos pistolas harían más ruido que una, aunque quizás ni con esas se salvarían de un secuestro o de la muerte. Ni por un momento se les pasó por la cabeza no acudir. Precavidos, retrasaron todo lo posible el mensaje a su jefe anunciándole lo que iban a hacer. Su respuesta no la conocerían hasta su regreso, si todo iba bien.

No se fiaban de Ali. Era un tipo frío, perverso, complicado, capaz de cualquier cosa para sobrevivir, con el que habían mantenido una relación tensa pero fructífera. Ingenuo nunca los amenazó durante sus conversaciones antes de la invasión, mientras que Ali disfrutaba intentando insuflarles miedo. Se había convertido en un perro herido, obligado a vivir oculto, no solo de los americanos sino de tantos miles de familiares de personas a las que habría interrogado, torturado y quizás asesinado.

Tras su desaparición, posiblemente se habría relacionado con otros militares o espías para ofrecerse protección mutua. A un hombre tan agresivo no le importaría mucho sumarse a la ola de atentados contra occidentales que había comenzado en Irak. No tenía más valores que servir a su propia causa.

Martínez condujo aceleradamente por las maltrechas carreteras, no tanto por evitar retrasarse, sino por el deseo de llegar antes para evitar una encerrona. Estaban bastante próximos al destino cuando divisaron un pueblo con casas de adobe que no había atraído las bombas de los aviones de la coalición. Decidieron dejar el coche en las afueras, Bernal esperaría allí. Fue una orden de Martínez, porque su ayudante quería acompañarlo. Nadie se extrañaría al verlos, dos árabes con túnica, pero el jefe se negó en rotundo. Palpó la pistola escondida en el cinturón y anduvo sin prisa hacia su destino. Al llegar al grupo de casas no vio a nadie, aguardó unos minutos hasta que Ali, con camiseta gastada y pantalones arrugados, se le acercó por detrás y lo invitó a caminar.

—No hacía falta que vinieras acompañado de tu ayudante, de momento no tengo intención de matarte —le dijo con expresión severa.

—Bueno es saberlo —respondió con frialdad.

—Que me dejaras tirado fue una putada, algún día podrías pagarlo.

Martínez se paró y esperó a que Ali se diera la vuelta y lo mirara a la cara.

—¿Me vas a estar amenazando mucho rato?

—Es lo que te mereces por tu actuación. Si me hubieras sacado del país, todo sería distinto, pero pasaste de mí.

—No me autorizaron tu extracción. Mi poder es limitado, aunque ahora puedo hacer cosas por ti —afirmó Martínez volviendo a caminar.

—Eso espero. Te aviso, si me traicionas, si hablas a los americanos de mí, te mataré o haré que te maten.

—¿Por qué iba a hacerlo? No comparto mis fuentes con nadie, y menos con ellos.

—Quedas avisado, por unas monedas cualquiera es capaz de matar, aunque sea con un cuchillo.

—No trabajo para los americanos.

—Pero intercambias información con ellos.

Martínez sabía que era mejor no mentirle y encogió los hombros.

—Coincidimos en algunos objetivos. Uno de ellos es cazar a Sadam. Antes o después lo detendrán, a ti te cae tan mal como a muchos, aunque hayas trabajado para él, así que ayúdame a localizarlo.

—Apuntas muy alto, ¿no te bastaría con los hijos mimados?

—También, pero a esos los cazarán antes o después, son un objetivo más fácil.

—No soy un delator, también alguien podría denunciarme a mí.

—Sadam es un tipo detestable.

—No sé dónde está. Si me entero de algo te lo diré, pero a cambio de mucho dinero.

—Lo tendrás, te lo aseguro.

El español consideró que debía darle un adelanto para amarrarlo. Sacó del pantalón un sobre con dinero y se lo entregó. El antiguo miembro de la Mujabarat revisó la cantidad.

—No es mucho que digamos.

—Es a cambio de nada. Si colaboras, seguiré entregándote otros sobres, y si hay información de máxima calidad, te ingresaremos dinero en el banco de Suiza.

—La próxima vez trae más.

—También necesito ayuda por si se despliegan tropas españolas para ayudar en la pacificación, tenemos que garantizar su seguridad.

—Mis influencias son limitadas.

—Tú estarás vinculado a algún grupo de la insurrección —dijo suponiendo algo que desconocía.

—¿Qué te hace creer eso?

Martínez, que caminaba a su lado, no respondió. Ali siguió hablando:

—Conozco a gente, nos protegemos unos a otros. Es mi gente, estoy seguro con ellos. Pero soy uno más.

—Nunca has sido uno más. Lo que quiero es que me digas con quién hay que hablar para ese tema.

—Lo miraré, pero si alguna vez alguno de los contactos que te paso es detenido por los americanos, tú serás el responsable y pagarás por ello.

—Deja ese tema, sabes que soy de confianza.

—No sería la primera vez que me traicionas.

Martínez no entró al trapo para que no pensara que le afectaba. Bastante mal lo había pasado él cuando no consiguió sacar a Ali y a otros, pero la escala de mando era así.

—¿Cómo contactaremos a partir de ahora? —preguntó el español.

—Escribe un signo de interrogación en la puerta de la primera casa en Bagdad donde nos vimos. Cuando lo vea, te mandaré un mensaje.

—De acuerdo.

—La próxima vez trae más dinero, y en dólares, es lo que todo el mundo quiere ahora.

*M*artínez había regresado a Irak para un par de meses, lo que le restaba para cumplir los tres años acordados. Siempre tenía planes para desarrollar, nuevas fuentes por captar, aunque no tardó en darse cuenta de la escasez de tiempo. Tuvo que darles prioridad a las gestiones de cara a la llegada del contingente de 1300 soldados españoles, que se integrarían en la Brigada Multinacional Plus Ultra.

Ese día su ánimo había caído desde el cielo al infierno. Obsesionado con la misión que tenía entre manos, había dado por hecho que cuando regresara a España, y después de unas largas y merecidas vacaciones, se mudaría con su familia al País Vasco para asumir la jefatura de la delegación del servicio en Bilbao y convertir a ETA en su nuevo objetivo. Su dilatada experiencia y buenos resultados en Irak le acreditaban ampliamente para convertirse en una pieza importante en el engranaje de la lucha antiterrorista. Había trabajado tan intensamente y renunciando a todo que supuso incuestionable su nuevo destino.

Había mantenido en la sala de comunicaciones una conversación con Alonso. Su jefe arrancó comunicándole lo que parecía una buena noticia, le habían concedido una plaza en Bilbao, y después, restándole importancia, matizó que no iría como jefe sino como un agente de campo más. La decepción le aceleró las pulsaciones, notó un calor intenso recorriéndole el cuerpo y se desfogó con su jefe mostrándole abiertamente su decepción. Le recriminó lo desagradecidos que eran en La Casa: «No sirve para nada que me esté dejando la piel y jugándome la vida sin dudarlo, no valoráis nada de lo que he hecho durante estos tres años». Fue el inicio de una tensa y desagradable discusión, en la que tras soltar todo lo que sentía, telefoneó a su mujer y se lo contó.

Charo era una mujer de mente lúcida, si llevaba mal la separación no era tanto por ella, sino por no poder compartir situaciones como esa con Alberto, la última persona que se merecía ese maltrato. Cuando colgó el teléfono, se quedó agobiada, su marido no era nada arrogante y si había perdido el control era porque no se sentía respaldado ni reconocido por sus mandos. Era lógico que hubiera interpretado la decisión como un agravio. Nadie como ella conocía los sinsabores y las renunciaciones personales que había aceptado para cumplir un encargo tan difícil en Irak. Vivía por y para su trabajo por ese concepto militar de la lealtad, y hacía de tripas corazón para satisfacer las órdenes de sus jefes.

Su marido había volcado su ilusión en el nuevo destino en el País Vasco, pero asumiendo unas competencias que le permitieran seguir liderando una operación importante, esta vez en España. ¿Qué más pretendían que hiciera Alberto para hacerse merecedor de la jefatura en Bilbao? ¿Es que no querían darse cuenta de que sin él en Bagdad no se habrían enterado de nada? Le exigían, le exigían, él siempre respondía a sus expectativas, pero al final lo ninguneaban cuando llegaba el momento de reconocerle el esfuerzo realizado.

«Al menos —pensó—, regresará pronto.» Podrían tomarse unas vacaciones y después se

desplazarían al País Vasco con su hijo, los tres juntos, finalmente juntos. Pasarían página a los tres años sufridos en Irak y reorientarían sus vidas hacia una mayor tranquilidad y estabilidad. Con el paso del tiempo su marido se olvidaría de ese feo y seguiría disfrutando de su profesión.

Martínez había acudido a un puesto de ropa de uno de los zocos de Bagdad. El encargado era el mismo hombre con cojera y escasez de dientes que atendía antes de la invasión. Le compró una camisa blanca de cuello Mao y, al pagar, mezcló entre los billetes una hoja doblada con una visible «J». El árabe la guardó con el resto de los billetes y despidió a su cliente, como lo haría con cualquier otro, con gestos de agradecimiento.

Al día siguiente el agente pasó de nuevo por allí y estuvo curioseando el género durante un rato hasta que su mirada se cruzó con la del tendero y le vio negar con la cabeza. Repitió la visita un día después, a distinta hora, y misma respuesta. Empezó a preocuparse. Al Jamil, el jefe de una brigada terrorista chiita, había establecido esa forma de contactar y siempre había funcionado a la perfección: dejaba su recado y puntualmente recibía contestación en veinticuatro horas. La guerra lo había cambiado todo. Los mensajes tardaban más, su entrega era más arriesgada y cabía la posibilidad de que antiguas fuentes ya no quisieran seguir manteniendo relaciones. Nada lo disuadió, se mantuvo en su empeño. Acudió un día después y esta vez recibió la indicación de que comprara algo. Escogió otra camisa, la pagó y, entre las vueltas, recibió un billete con algunas palabras escritas.

Decidió acudir al encuentro acompañado por Bernal. No tardaría en regresar a España y estaba ya con el traspaso de competencias. Le sorprendió que la dirección escrita en el billete fuera la casa donde siempre había ido a ver al clérigo, en el barrio de Thawra. Carecía de información certera sobre él, lo había imaginado desaparecido como a tantas miles de personas que estaban organizándose para combatir a los invasores. Los chiitas habían estado inactivos durante el tiempo de asentamiento de la invasión, pero luego Martínez supo a ciencia cierta que estaban preparándose para luchar contra los soldados de la coalición. De sus actuaciones dependería convertirse en la futura fuerza dominante del Gobierno el día que los estadounidenses abandonaran el país.

Entonces entendió lo que le habían contado sobre el mayor suburbio de la ciudad, en el que los indigentes llevaban años aferrándose a la esperanza de una vida mejor gracias al chiismo. Thawra se había convertido en territorio de guerra ocupado y controlado por sus paramilitares, que antes habían combatido contra Sadam y ahora lo hacían contra los estadounidenses. No existía otro sitio donde Al Jamil estuviera más seguro.

La tarde estaba acabándose, había refrescado bastante cuando los espías llegaron en coche hasta ese barrio del este de Bagdad, donde el río Tigris actuaba de frontera natural entre las mugrientas casas de Thawra controladas por el chiismo y el resto de la capital dominada por los invasores. El aspecto de la inmensa barriada era el de una fea escultura resquebrajada por todas partes, debido al desprecio de un arquitecto que no quiso utilizar materiales de calidad para su fabricación. Casas y calles abandonadas reflejaban también las consecuencias del castigo de un dictador ante los que no le rendían pleitesía. Martínez recordaba la pobreza extrema del suburbio pero no la presencia en el aire del desagradable polvo que apenas le dejaba respirar, ni la confusión ruidosa de una multitud caminando sin prisa dirigiéndoles miradas de hostilidad y suspicacia.

En cuanto bajaron del coche, un grupo de jóvenes se les acercó y esgrimieron unas navajas

mientras les exigían todo su dinero. Se arrepintieron de no haberse vestido con túnicas y, aunque los vaqueros y camisas les daban un aspecto discreto, el Patrol era un lujo occidental que resaltaba más al estar rodeado de coches antiguos y en pésimo estado. Los dos espías se miraron; Bernal fue a abrir la bolsa en la que llevaba el dinero y la pistola cuando dos hombres aparecieron y echaron a los rateros a gritos y empujones. El grupo de asaltantes miró a los recién llegados con respeto, guardaron las navajas y desaparecieron. Eran soldados del clérigo chiita.

La tensión no había penetrado en la vivienda de Al Jamil. Lo encontraron esperándolos de pie en la habitación de siempre, con solo unas alfombras en el suelo. Los invitó a sentarse y poco después apareció una mujer con unos vasitos de té.

—Veo que viene acompañado, ¿es por su seguridad?

—Le presento a mi ayudante, José Antonio Bernal. Está aquí porque termino mi destino en unas semanas y él se encargará de todo hasta que llegue mi sustituto.

—Siento su partida, estimo el trabajo que ha hecho y la relación que ha mantenido con nosotros.

—Yo también, pero tendré que cumplir otros trabajos en otros sitios.

—La guerra lo ha cambiado todo, las lealtades de la gente no están muy claras. —El clérigo fue directamente al grano—: Muchos iraquíes están despistados, algunos ven a los americanos como sus salvadores, otros se dejan llevar por el libertinaje que están tratando de imponernos con el acceso libre al alcohol y la depravación del sexo. Otros están dispuestos a pelear por el regreso del sátrapa. Y luego están los americanos, que van a intentar quedarse con todo lo que nos pertenece. Ah, y también están ustedes, amigos de los americanos, que durante mucho tiempo nos dijeron que eran amigos nuestros.

Martínez conocía la retórica de Al Jamil: elegía palabras suaves, en contraste con términos agresivos, para mediante una supuesta descripción objetiva de los hechos lanzar mensajes personales. Costaba ver detrás de su figura benévola a uno de los cerebros del terrorismo chiita contra el poder de Sadam.

—Nosotros estamos aquí por los intereses de España que, en parte, coinciden con los suyos —respondió escarbando en las palabras a la búsqueda de un terreno cómodo donde jugar esa partida—. Sadam y sus partidarios son un enemigo común, como los terroristas de Al Qaeda que han empezado a llegar a Irak para sembrar el pánico.

—Si ustedes trabajan al margen de los americanos, podremos buscar esos intereses que nos unen. Siempre que haya un claro respeto a nuestra gente.

—Cuenta con ello, por eso hemos venido.

—¿Qué es lo que desean?

—Ahora que me voy, me gustaría que mi ayudante mantuviera el contacto con usted.

—Su ayudante será bien tratado, pero no hablará conmigo, sino con un clérigo más joven, de su edad, que tiene contacto directo con los grupos que están tratando de convertir Irak en el país religioso que debe ser. Yo le facilitaré cómo llegar hasta él, pero su compañero ya lo conoce, se llama Al Naji.

No paraban de tomar Coca-Colas cuando quedaban en casa de Bernal, pero no había forma de que se acabaran. Se acercaba el final de junio, era viernes, y los dos agentes charlaban en la terraza con un relax casi nunca experimentado.

—Como Gómez, mi sustituto, retrasa su incorporación, me quedará un par de semanas más y aprovecharemos para rematar la instalación de nuestras tropas.

—Estarán bien en Diwaniya y Nayaf, allí podrán hacer su trabajo con menos conflictos que en otras zonas más calientes. Esperemos que nuestros esfuerzos para que no los vean como a los invasores americanos den resultado.

—El refuerzo de los cuatro agentes que llegarán durante el verano te vendrá bien, aunque tú tendrás que estar muy encima.

—Menos mal, porque la situación es muy complicada para uno solo. Son muchos grupos distintos haciendo la guerra.

—Ten mucho cuidado, llevas años aquí y muchos te conocen.

—Como a ti.

—Pero yo me voy. Los de la Mujabarat y otros siempre nos han tenido ganas, y ahora que andan sueltos en mitad de la selva son capaces de cualquier cosa.

—A ver cómo me entiendo con tu sustituto.

—Seguro que bien. Conoces la película mejor que nadie. Si es listo, al principio se dejará llevar por ti, aunque el mando cada uno lo ejerce de una manera distinta.

—Sadam sigue libre y eso será un problema.

—Sé que no es una prioridad para nosotros, pero siempre que puedas intenta encontrar una pista para dar con él. Su detención hará más fácil el trabajo.

—Sus fieles lo protegen y no lo delatarán jamás.

—Sus altos cargos están cayendo uno tras otro, pero él sabe esconderse, ya te lo advertí. Tú preocúpate de los asuntos de la embajada y de Bagdad, pero la lucha contra la insurgencia tiene que seguir siendo una de tus prioridades.

—Tendré que reunirme con Al Naji, se ve que ha aumentado su poder entre los chiitas.

—Es la gran jugada de Al Jamil, les deja a él y a otros clérigos la dirección directa de la guerra, y él se pone por encima del bien y del mal para limpiar su imagen de violencia. Si su jefe máximo, Muqtada al Sadr, llega algún día a ser el presidente de Irak, él será su segundo. Pero no lo pierdas nunca de vista, él es el gran muñidor de lo que hacen los chiitas.

—Te echaré de menos. He trabajado muy bien contigo, he hecho cosas que jamás imaginé —dijo Bernal agradecido y un poco pesaroso.

—Ya lo celebraremos dentro de un año, cuando regreses a España. Mientras, ten cuidado, hazme caso. Y de Ali no me cansaré de repetirte que no te fíes, le da mil vueltas a todo. No permitas que te amedrente.

—Tranquilo, le tengo calado. Necesita sentirse libre, creer que controla la situación. Pero está en la resistencia y puede facilitarnos la tarea de cara a proteger a nuestros soldados.

—Ali colaborará si siente que te necesita, pero en caso contrario te venderá. No tiene escrúpulos. No olvida que no lo sacamos del país, y llegado el caso te lo hará pagar.

—Cuando llegues a España disfruta con Charo y Alberto, y no te olvides de visitar a mis chicas y contarles lo bien que lo estoy pasando en Bagdad.

*Madrid, verano de 2003*

Ignacio Zanón llevaba días dándole vueltas a la propuesta de irse destinado a Irak. La mezcla de luces y sombras no le dejaba contemplar con claridad el firmamento. Sería bueno para la progresión de su carrera y para la familia que estaba creando, ahora que iba a tener un segundo hijo, porque le permitiría ahorrar algo. Le echaba para atrás que no era lo mismo haber estado destinado en Kosovo que irse a Irak, en medio de un conflicto armado. La urgencia de la oferta y la escasa preparación que iba a recibir acrecentaban sus dudas. Decidió comentarlo por teléfono con su hermano Javier, que vivía en Mallorca. Los dos habían dado pasos similares en sus carreras profesionales. Primero radiotelegrafistas del Ejército del Aire, después agentes del CNI, y luego Javier se sacó la oposición de controlador aéreo civil que Ignacio esperaba aprobar algún día.

—Javier, estoy en un mar de dudas.

—¿Qué pasa, Nacho?

—El otro día me llamó mi jefe para proponerme ir a Irak, han sacado una plaza para empezar allí en un par de meses.

—Pero ¿no está José Antonio?

—Van a ampliar el despliegue. Y en la oferta pública no se ha presentado nadie.

—Con la que hay montada, no me extraña. La suerte es que tienes allí a tu amigo.

—Eso me anima, cuando lo vi en Madrid estaba muy contento.

—¿Tu qué piensas?

—No lo tengo claro. Estoy muy bien, disfruto mucho con Buque y Luca. Pero creo que sería dar un paso adelante.

—Imagino que te preocupa la dificultad de la tarea, pero seguro que lo harías bien.

—No sé si estoy cualificado, en seis meses no hay tiempo para aprender sobre el terreno, allí hay una guerra y, además de las comunicaciones, hay que hacer trabajo de apoyo.

—No eres un militar de combate, ellos lo saben. No te pueden pedir que hagas cosas para las que no estás preparado. Si te han elegido, es porque han visto que lo puedes hacer. ¿Qué dice Buque?

—Me apoya decida lo que decida. Además, el jefe me ha dado a entender que si voy, puedo pedir luego lo que quiera.

—Eso está muy bien.

—Había pensado solicitar una embajada en el centro de Europa e irnos todos allí unos años.

—Una idea estupenda, es lo que hacen todos cuando La Casa les pide un sacrificio, y más con esta premura de tiempo.

—Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

—Yo que tú iría, pero la decisión es tuya.

En un antiguo cuartel del Ejército situado en El Pardo, cerca de las oficinas centrales del CNI, tiene su sede el DAO, el Departamento de Acción Operativa. Los mandos encargados de seleccionar a los dos agentes para la misión en Irak ya habían tomado la decisión. A pesar de ser un destino de alto riesgo, se habían presentado un elevado número de voluntarios. Los requisitos eran llevar unos cuantos años en la unidad desarrollando misiones en primera línea, haber pertenecido a cuerpos especiales de las Fuerzas Armadas, tener experiencia en misiones internacionales y hablar idiomas. Cualidades como valentía, decisión o iniciativa debían figurar en sus expedientes, pero casi todos los candidatos contaban con ellas, unos más que otros. Los elegidos, Carlos Baró y Alfonso Vega, disponían de todas las aptitudes exigidas y estaban sobradamente preparados. Ambos esperaban fuera de la sala de reuniones a que les notificaran oficialmente la decisión y les facilitaran los primeros datos.

Alonso, el jefe del dispositivo en Irak, no tenía nada que decir en el proceso de selección pero había acudido a la sede del DAO para conocer en persona a los agentes seleccionados que iban a estar bajo su mando. Echó una ojeada a sus expedientes.

Carlos Baró, treinta y seis años, comandante de Infantería del Ejército de Tierra, llevaba cinco años en el CNI. Tenía la aptitud en paracaidismo y Operaciones Especiales. De teniente y capitán había servido en unidades de combate como la Legión y la Bandera Paracaidista. Su trabajo en el Departamento de Acción Operativa del CNI había sido muy destacado, participando en acciones por toda España. Había estado destinado en la operación de mantenimiento de la paz en Bosnia-Herzegovina y hablaba francés e inglés.

Alfonso Vega, cuarenta años, brigada de Infantería del Ejército de Tierra, disponía de los títulos de Paracaidismo, Operaciones Especiales y Buceo, y había elegido siempre destinos de especial riesgo en los Grupos de Operaciones Especiales. Hablaba inglés, algo de francés, y había estado destinado en Bosnia.

Antes de invitar a entrar a los elegidos, Alonso se acercó a Arturo Bastos, el número dos del DAO, para preguntarle por los seleccionados.

—Trabajé hace tiempo con Vega, es de lo mejor que tenemos. Él nunca lo cuenta, pero un jefe que tuvo, amigo mío, me dijo que cuando hizo el curso de Operaciones Especiales, durante un ejercicio en la montaña al clavar el piolet se le desarticuló el brazo. Ya sabes que allí no te pasan una. Se lo vendaron y esperaron a que presentara la renuncia. Sin embargo, el tío siguió y superó las difíciles pruebas de los días siguientes soportando un dolor increíble. Alguien capaz de eso para mí puede enfrentarse a cualquier situación.

—¿Qué tal su trabajo aquí, ha luchado contra el terrorismo? —preguntó Alonso.

—Es tirador de tiro olímpico, dirige las prácticas de sus compañeros cuando van a las instalaciones de Cuatro Vientos. Estuvo trabajando en el País Vasco y se metía con toda su sangre fría en las *herriko taberna* a tomar vinos y escuchar conversaciones. No sé qué más te puedo contar... Ah sí, hace poco se tiró varias semanas a la puerta de una mezquita, vestido de pordiosero pidiendo limosna, hasta que identificó al sospechoso de terrorismo islámico que en la central nos habían dicho que podría pasarse por allí. Como ves, te llevas una joya.

—De Baró, ¿qué me cuentas?

—Pregúntale al jefe.

Alonso se acercó a hablar con San Agustín. Apenas había tenido trato con él; sabía que por su aspecto de dandi y su nombre, Jaime, muchos le llamaban James Bond.

—¿Baró? Es el mando con el que cualquiera querría ir a la guerra. Tiene unos valores que unen a su equipo, saben que siempre va a respaldarlos, corriendo más riesgos que nadie. Es leal hacia

arriba, pero aún más hacia abajo. Todos lo quieren y se divierten con él. Toma buena nota de lo que te voy a decir: tiene todas las aptitudes para que lo despleguéis en el punto más conflictivo y resuelva los problemas sobre la marcha. Encandilará a quien haga falta dándole al pico, pero si hay que jugarse el tipo, no tendrá la más mínima duda.

Baró y Vega recibieron la notificación y, después de hacer varias preguntas a sus mandos, se fueron a tomar un café al bar. No habían coincidido nunca, iban a convivir durante seis meses y no estaba de más comenzar a conocerse. A los dos les parecía que irse a trabajar a Irak en mitad del caos que vivía ese país era el reto perfecto, el ejemplo de lo que los impulsó primero a ser militares, después a pedir destinos en unidades de primera línea de combate y más tarde a aceptar la propuesta del servicio secreto.

Conversaron con discreción para que los que estaban cerca no los oyeran. Tendrían que ponerse a estudiar árabe como locos, aunque su idioma principal sería el inglés, y a aprender los rudimentos básicos para sobrevivir en un entorno desconocido.

—Yo tengo una hija de tres años, pero no vivo con su madre —dijo Baró a su futuro compañero.

—¿Tienes novia?

—Sí, cuando acabemos esta misión nos casaremos.

—¡Enhorabuena!

—¿Tú tienes hijos?

—Un niño y una niña, los amores de mi vida. —Vega sonrió con ternura—. Procedes de las unidades especiales, ¿no?

—Sí, en la mejor de todas: la Legión.

—Yo nunca he estado destinado allí, pero algunos compañeros me han hablado muy bien. Tendremos que partir en unas semanas, sin mucho tiempo de preparación.

—Yo lo prefiero, cuanto menos tiempo estemos recibiendo consejos, mejor. Conocer lo importante no requiere muchas semanas.

—Vamos dos equipos y el otro todavía no está formado.

—Ya. Aunque actuaremos coordinados, cada uno tendrá sus propias misiones —le quitó importancia Baró—. ¿Tú de dónde eres?

—Nací en Stuttgart, en Alemania, y a los siete años me fui a un pueblo de Salamanca a vivir con mis abuelos.

—Yo nací en Madrid pero, como hijo de militar, soy de todas partes donde haya un cuartel.

—¿Qué crees que vamos a encontrarnos en Irak? —Vega parecía más inquieto.

—Un trabajo complicado y muchas aventuras.

Las semanas pasaron para ellos con rapidez. Les hicieron una inmersión sobre la situación en Irak y los distintos grupos que peleaban contra la coalición y les explicaron que sus misiones serían colaborar con la fuerza ocupante para pacificar el país y, principalmente, conseguir la información necesaria para proteger a las tropas españolas.

El 11 de julio el Consejo de Ministros anunció la creación de la Brigada Multinacional Plus Ultra. El Gobierno enviaría 1300 soldados, mientras que algunos países latinoamericanos pondrían sobre el tapete a 1200. Esta decisión oficializó la nueva misión del CNI. Baró y Vega viajaron pronto a eso que el presidente del Gobierno, José María Aznar, se negaba a llamar «guerra».

*Bagdad, 19 de julio de 2003*

*T*ras una noche de intenso calor, Bernal madrugó y no tardó en meterse en su coche, uno de los lugares de Irak donde mejor se estaba gracias al aire acondicionado. Tenía por delante unas cuantas horas de viaje incierto; su destino, Nasiriya, estaba a unos 350 kilómetros de la capital y era un feudo chiita en el que esperaba reunirse con el clérigo Al Naji.

Viajar por Irak era una pesadilla por el mal estado de las carreteras y por los controles aleatorios instalados por las fuerzas de ocupación. Bernal se lo tomó con estoicismo. Se llevó el teléfono por satélite por si tenían que contactar con él desde la embajada; Martínez ya se había marchado y él era el único agente del CNI en el país. Necesitaba entrar en contacto con los grupos que formaban la insurrección para evitar ataques contra las tropas españolas. Al Jamil era una de sus cabezas pensantes y había decidido que hablara con Al Naji, de modo que Bernal valoró que este tendría poder para tomar decisiones en el sur de Irak.

Era consciente de los riesgos. Sabía lo que era el miedo, y esto le permitía estar por encima de él. Aunque le pudieran poner una bomba, era imprescindible que se relacionara con las personas que podían facilitarle lo que buscaba. Dos años antes era uno de los mejores radiotelegrafistas del CNI y desconocía los principios básicos de los agentes de campo. Ahora todo era distinto. Echaba de menos el respaldo y el análisis certero de Martínez, pero le tocaba tomar la iniciativa.

Enseguida notó que había entrado en territorio hostil. La manzana del barrio donde estaba la casa en la que iban a reunirse estaba tomada por decenas de hombres armados hasta los dientes. A pesar de ir con túnica, el color de su piel y su acento europeo expresándose en árabe no eran una buena carta de presentación ante aquellos paramilitares que solo obedecían a Muqtada al Sadr, el líder supremo de los chiitas iraquíes que combatían contra los invasores. Sus miradas delataban que si se lo encontraban en otro sitio no dudarían en vaciar sus cargadores para dejarle el cuerpo hecho un colador.

El clérigo lo esperaba rodeado de cuatro hombres con Kaláshnikov, una medida de protección excesiva teniendo en cuenta la numerosa presencia de soldados en las proximidades. Al Naji le hizo una pequeña inclinación de cabeza. Rondaba los cuarenta años, vestía con la misma túnica negra que cuando Bernal lo conoció, sus zapatos estaban rozados y su gesto desagradable no tenía nada que ver con la amabilidad que le mostró cuando Sadam todavía estaba en el poder. Dos de los pistoleros se quedaron en la habitación, cerca de la puerta.

—Al Jamil me habló en positivo de su compañero, aunque a usted no le conoce lo suficiente. Yo le conté que le conocía algo, no tanto como para confiar en su buena fe. Pero dígame, ¿qué le trae hasta nosotros? —empezó el clérigo cediéndole la iniciativa con un gesto de la mano, larga y crispada.

—Los compromisos de uno son los compromisos del otro. Mi compañero ha regresado a España y yo sigo con la misma misión y mantengo los mismos amigos.

—Espero que el término «amistad» incluya el de lealtad —dijo Al Naji en un tono desagradable, mientras dirigía una mirada a uno de sus hombres armados.

—Por supuesto —respondió Bernal con celeridad y convencimiento, la inflexión de voz era a veces más importante que la cuidada elección de las palabras.

—¿Qué busca usted en el territorio de los que nos oponemos a que fuerzas extranjeras ocupen nuestro suelo y marquen nuestras vidas?

—Nosotros no somos los americanos. —Como siempre, el agente español empezó marcando distancia con los soldados de Bush—. España va a mandar fuerzas de pacificación a Irak, cuyas bases van a estar en Diwaniya y Nayaf.

—Lo sabemos, y nos preocupa que se sumen a los invasores.

—No es esa la intención de mi Gobierno. Queremos contribuir a hacer de Irak un país tranquilo, no a combatir a sus fuerzas y a otros grupos. Nuestros soldados vienen a ayudar.

—¿Cómo nos van a ayudar a los chiitas? —preguntó con un gesto despectivo, de autosuficiencia.

—Garantizando la tranquilidad y, especialmente, ayudando a reconstruir las zonas en que se van a instalar. Mi Gobierno ha aprobado un plan para socorrer a los más necesitados y, tras la llegada de los soldados, se encargará de la inversión económica.

—Eso está muy bien —dijo el clérigo con astucia—, pero usted querrá algo de mí.

—Para gastar el dinero que beneficiará a su comunidad necesitamos que nuestros militares no sean objeto de ataques, que sus milicianos no los hostiguen.

—Usted me asegura que sus soldados no nos atacarán.

—Esa no es su misión.

—Y me garantiza que podremos tener una influencia sobre las obras que ayudarán a construir.

—Se lo aseguro.

—Entonces, de momento, estoy abierto a atender su preocupación respecto a sus soldados. Tendremos que ir hablando mientras vemos que usted cumple esta promesa.

—Por supuesto, mantendremos un hilo de comunicación permanente.

Ya en el coche, lejos de la zona controlada por los chiitas, Bernal dudó de la palabra del clérigo, le pareció un tipo traicionero. ¿Cómo fiarte de lo que te promete un jefe de terroristas? Debería adelantarse a los acontecimientos. La pesadez del viaje de regreso a Bagdad le permitió establecer la mejor manera de disponer de información interna sobre las decisiones y movimientos de Muqtada al Sadr, que era quien mandaba, y de su clérigo asociado Al Naji. Solo encontró como camino viable: utilizar a Ali. Tenía pendiente hablar con él para intentar evitar los ataques a las tropas de otras facciones rebeldes, como los muyahidines de Sadam, que seguían defendiendo al tirano depuesto.

### ***España, julio de 2003***

En el aeropuerto de Barajas, Alberto Martínez se fundía en un largo abrazo con su mujer y su hijo. Charo no quería despegarse de su marido, había llegado el gran día, no podía creérselo. Tanto sufrimiento, despertarse a media noche con la imagen de Alberto acorralado por enemigos, esforzarse para no preocuparle con sus pequeños problemas para que él estuviera centrado en su trabajo y no cometiera errores, ver cómo su hijo crecía alejado del padre al que tanto quería y necesitaba. Se había acabado, ahora sería para ella sola, bueno, para su hijo y para ella. No recordaba un momento de mayor ventura.

En el coche camino de casa, con Alberto al volante, la felicidad flotaba en el ambiente. Una

familia separada durante demasiados años, por fin unida y soñando con planes de futuro.

—¿Qué tal Jose? —preguntó Charo.

—Tenemos que quedar pronto con Virtu y la niña, me ha dado unos regalos para ellas y querrán que les cuente cosas.

—¿Él está bien?

—Se ha quedado solo en el país y le preocupa que mi sustituto tenga que ponerse al día en un momento tan complicado. Él va a tirar del carro, es un gran tipo.

—¿Cuándo tendrás que irte al País Vasco?, porque nosotros nos iremos contigo lo antes posible. Hay que buscar colegio al niño, una casa.

—Ya veremos, pienso tomármelo con calma, me he ganado unas largas vacaciones, desconectar, disfrutar los tres juntos sin presiones. Que esperen en el servicio. ¿Sabes lo único que siento de mi misión? Me habría encantado pillar el escondite de Sadam.

—Deja que otros hagan ese trabajo. Ahora tienes que desconectar.

—Tienes razón. Alberto —dijo dirigiéndose a su hijo—, vamos a cantar: «El viajar es un placer que no suele suceder, en el coche de papá nos iremos a pasear...»

El chico de doce años entonó a gritos la canción del payaso Fofó que tantas veces había compartido con su padre y su madre.

Ignacio Zanón paseaba por la playa de Pollensa, en Mallorca, con su hermano Javier. Los dos habían dejado a las chicas y a los niños en casa para hablar con tranquilidad y sin tapujos.

—El mes que viene me voy a Irak y todavía no me han contado con quién iré —dijo Nacho.

—Con toda la precipitación con la que están llevando esta misión, no me extrañaría que no lo supieran.

—Seguro que han hecho ya la selección.

—¿Cómo fue la conversación con tu jefe?

—Bien, encantado de que aceptara. Esperaba que le pidiera algo a cambio y le dije lo de la embajada en Centroeuropa.

—Me alegro por ti y por Buqe, así estará más cerca de sus padres.

—Han dicho que vendrán a España cuando nazca la niña, así le harán compañía. Yo estoy estudiando un poco su idioma para sorprenderlos, aunque me temo que no pasaré del típico *my tailor is rich*.

Javier soltó una carcajada, pero se percató de que en el rato que llevaban paseando se había fumado tres pitillos.

—¿Te preocupa la misión?

—Yo no soy de barrigazos, como los de Infantería, pertenezco al Ejército del Aire. Vamos a ser dos equipos, y en el otro van dos que se han formado en los comandos especiales y los paracaidistas.

—En un trabajo así hay diferentes tipos de misiones, tú tranquilo, tendrás que hacer una labor distinta a la de ellos. Lo que necesites saber lo aprenderás sobre el terreno.

—No me va a dar tiempo.

—Ya verás como sí.

—Va a ser jodido, voy a ser el mono de feria, pero tengo que ir. Para Buqe y los niños será positivo, ganaré más dinero y más adelante podremos vivir bien en otro país.

—¿Cómo vas de la hernia?

—Bien, la tengo controlada, espero que no empeore allí.

Luego se puso a hablar sobre su deseo de ir al Vicente Calderón con su padre en cuanto tuviera un permiso y sobre la nueva casa que le había alquilado Bernal. Mientras lo escuchaba, Javier valoró que su hermano era una persona estable, pero no hacía mucho había pasado una grave crisis personal.

Cuando Nacho llevaba cinco años casado con Montse, su relación se había estropeado del todo, nunca le había hecho plenamente dichoso. No se encontraba a sí mismo, no la amaba y ella no sabía completar su infeliz vida, todo eran reproches y quejas. Hacía tiempo que solo lo mantenía la inercia del cariño y el no querer hacerle daño. Solo lo pasaba bien paseando a su perra Altea, jugando con ella a la pelota. Pensaba en la posibilidad de divorciarse, comenzar una nueva vida, pero estaba en un mar de dudas. Le salió un destino en Kosovo y se fue feliz de poner tierra de por medio.

Tomando unas cervezas conoció a Burbuqe, «flor de azahar», una refugiada albano-kosovar que era su traductora. Se quedó sorprendido de que hablara español tan bien, y más cuando supo que lo había aprendido viendo seriales por televisión. Su corazón solitario se enamoró perdidamente de esa chica, deseaba pasar el resto de su vida con ella.

Al regresar a España se fue de inmediato a ver a una abogada matrimonialista para gestionar el divorcio. Recibió una charla con los detalles y él le contestó que le urgía ser libre lo antes posible, no quería pelear por nada, solo deseaba quedarse con Altea, su querida pastora alsaciana. Un año después firmaba la separación, su exmujer se quedó con el piso, el coche y todo lo demás.

Entonces volvió a Kosovo y le pidió a Buqe que se fuera con él a España, había hecho los trámites para que ella estudiara y se pudiera quedar. Un año después se casaron. Era una mujer inteligente que lo amaba tal y como era, a él le encantaba su ternura y su modo de ver el mundo.

Nacho era un sentimental, tierno, sincero, demasiado noble, aunque a veces resultara un poco inmaduro. Con Buqe había conseguido empezar una vida estable y feliz.

*Bagdad, 22 de julio de 2003*

*B*ernal se alegró de ahorrarse horas de carretera gracias a que Ali lo había citado en un barrio de los suburbios de Bagdad. Aún no habían llegado los refuerzos y debía multiplicarse para atender el exceso de trabajo; su empleada doméstica había caído enferma y uno de los dos guardas de seguridad de su casa había desaparecido. En medio de ese estrés, tenía que encontrar el horario adecuado para llamar a su familia. Le gustaba hablar con su mujer y sus padres al menos cada dos días. Para colmo de males, no conseguía dormir sin interrupciones una noche entera, el sonido de los disparos rompía el silencio que siempre había reinado cerca de su casa.

Su cita era en el barrio de Thawra, en el que había estado ya con Martínez. Desde el final del régimen se había convertido en feudo de chiitas radicales y habían comenzado a llamarle Sadr City, en homenaje al clérigo Mohamed Sadeq al Sadr, asesinado en 1999 por orden de Sadam, y padre del líder chiita Muqtada al Sadr. Desde allí, los paramilitares lanzaban ataques contra los invasores. La última vez que vio a Ali fue en el sur de Irak, así que reunirse en un barrio chiita era una casualidad que lo beneficiaba en uno de los temas que deseaba plantearle.

Iba vestido con una túnica clara que, por su holgura, le permitía ocultar la pistola, con la cabeza cubierta por un turbante sujeto por un agal negro. No parecía un español a punto de mantener una reunión clandestina con un antiguo agente de la Mujabarat. Al llegar a la esquina donde se habían citado, le sorprendió ver a Ali sin su ropa occidental y con la misma vestimenta que él. Nadie podía fiarse de nadie, y menos en Sadr City.

Pasearon con tranquilidad por el barrio. O Ali no tenía una casa segura para la reunión o pensaba que allí nadie lo podía detectar. Por precaución hablaron en árabe.

—¿Qué tal le va la vida a su compañero? Ahora estará relajado.

—Seguro que sí, me manda recuerdos para usted.

—No creo que quiera acordarse de mí. ¿Qué desea usted de un modesto prófugo de la Justicia que podía estar a su servicio en España, libre de persecuciones?

Bernal no entró a su primera ráfaga de quejas.

—Pronto llegarán nuestras tropas al sur y necesitamos asegurar que no van a recibir el mismo trato que los americanos.

—Son invasores, y como tal los verá la población.

—No vienen a enfrentarse a nadie y no usarán sus armas si no es para defenderse. Como ya le adelantó mi jefe, me gustaría que enviara este mensaje a los suyos y ver cómo podemos arreglarlo.

—Los grupos de resistencia no saben que trato con ustedes.

—Si no le importa que le puedan identificar hoy charlando conmigo es porque ya les ha explicado que mantiene relaciones con espías españoles. Así gana influencia.

—Muy hábil —sonrió Ali—, ya veo que usted es listo. Pero lo que no saben es que usted me va a pagar por cualquier ayuda que le preste.

—Por mí no se enterarán.

—Hay gente que les odia y les gustaría verles muertos. Especialmente a Martínez, los agentes de la Mujabarat no perdonan.

—Él ya está lejos de aquí, ahora necesitamos que dejen a las tropas españolas al margen de sus objetivos.

—Veré qué se puede hacer, ya iremos hablando.

Bernal sacó un sobre y se lo entregó con discreción.

—Contaré a Madrid que nos va a ayudar y le harán un ingreso en su cuenta cuando confirme su gestión.

—Si quiere garantizar la seguridad de su gente, también debería hablar con los chiitas, ellos son los más influyentes en la zona.

—Algo haremos —dijo Bernal sin mencionar su pacto con Al Naji—. Me gustaría encargarle otro trabajo: necesitamos información sobre las actividades que esos grupos lleven a cabo y puedan repercutir en nuestras tropas.

—¿Quiere que espíe al grupo de Muqtada al Sadr para ustedes? Esos tienen menos escrúpulos que yo.

—Menos que usted no lo sé —dijo osado Bernal.

—Si me pillan pasándole información sobre ellos, me guillotinarán.

—Antes, usted me guillotinará a mí.

Ali se echó a reír a carcajadas, aparatosamente.

—Creo que usted y yo nos vamos a entender a la perfección.

### ***Madrid, julio de 2003***

Habían pasado tres días desde que Martínez se reencontró con su familia y estaba en el inicio del proceso de desintoxicación: todavía le perturbaban los problemas a los que se estaría enfrentando Bernal, y Sadam aparecía en sus sueños.

Alonso, su jefe en la misión de la que él ya no formaba parte, lo había convocado en la sede central. Seguro que deseaba consultarle algunos datos. Esperaba que fuera la última conversación sobre Irak, era su pasado, solo quería mirar hacia delante y disfrutar de unas merecidas vacaciones junto a su mujer y su hijo.

Lo recibió en su despacho con una afabilidad extrema. Sin duda, reunirse con alguien que estaba fuera de su ámbito de influencia le relajaba y hasta le hacía parecer más humano. Le preguntó por su familia, por sus sensaciones en Madrid. Algo raro notó Martínez y tardó poco en descubrirlo.

—Te necesitamos —dijo Alonso en el mismo tono en el que le habría deseado felicidades por su cumpleaños—. Tienes que regresar a Irak.

—¿Qué dices? No te entiendo.

—Nadie conoce Irak como tú, has hecho el mejor trabajo de cualquier delegado en los últimos años. Te mueves allí fenomenal, tienes fuentes que solo confían en ti, has recorrido cada palmo de Bagdad y del resto del país. Sabes cómo hay que actuar. Eres el mejor para proteger a las tropas que el Gobierno va a enviar.

—No me lo puedo creer —dijo alucinado—. Siempre has puesto pegas a mi trabajo; más aún, pedí irme de jefe al País Vasco y me relegasteis a simple agente.

—Las designaciones no tienen nada que ver conmigo.

—Has esperado a que volviera de Irak, has dejado que mi familia pensara que el martirio ha acabado, te han importado un rábano mis sentimientos y los de mi mujer y mi hijo.

—Ha sido una decisión repentina.

—No te lo crees ni tú. Lo lleváis pensando desde hace tiempo, por lo que sea vuestro candidato a sustituirme no os ofrece garantías y siempre me habéis tenido en la recámara.

—Vamos a mandar un equipo de cuatro personas, los demás son buenos, pero sin experiencia sobre el terreno. Necesitamos a alguien que los guíe y ese eres tú.

—Esto no se hace, y menos a alguien que ha trabajado para vosotros con tanta abnegación. Es egoísta e inhumano.

—El servicio es lo importante. Me duele la decisión de última hora, pero no hay alternativa, ya está decidido.

—Es mi obligación y lo haré, pero necesito estar con mi familia y descansar hasta septiembre.

—De acuerdo, te esperaremos hasta entonces. Ahora vamos a aprovechar que estás aquí para reunirnos con dos de los agentes que se van ya.

Martínez se quedó con la sensación de ser un monigote en manos del servicio. Lo había dado todo, lo habían maltratado y volvían a recurrir a él. Tenía la cara descompuesta cuando entraron en la sala Baró y Vega. Intentó recomponer el gesto, ellos no tenían la culpa de la faena que le acababan de hacer. No le importaba dejar atrás el destino de Bilbao, no le apetecía nada, le hacía sentirse degradado. Al menos en Irak podría continuar con la labor que había estado realizando los últimos años.

Se enteró de que los dos agentes de la unidad operativa estarían destinados en Diwaniya mientras él y un radiotelegrafista irían a Nayaf. Él sería el jefe de un equipo y Baró mandaría en el otro.

Martínez les explicó a Baró y Vega que el personal de la Mujabarat y una parte del Ejército habían pasado a la clandestinidad y estaban luchando contra la coalición. Y que con ellos en la insurgencia había distintos grupos, el más importante era el de los radicales chiitas. Además, estaban llegando voluntarios instigados por las llamadas al combate contra los infieles procedente de la Al Qaeda de Bin Laden. Y no debían desestimar el poder que tenían los jefes de las tribus que, en el caos reinante, ejercían una influencia local muy importante. Les habló de Bernal, que seguía adscrito a la embajada y los ayudaría en sus contactos con los grupos rebeldes.

Más relajado, sin que la furia se decidiera a abandonarlo del todo, Martínez interrogó a Alonso por el agente que formaría equipo con él. Le contestó que habían seleccionado a Ignacio Zanón, uno de los mejores en su especialidad. Ante las preguntas incisivas de Martínez, reconoció que no tenía experiencia como agente de campo.

—Creo que un radiotelegrafista sin experiencia no nos va a aportar mucho.

—Tampoco Bernal tenía experiencia y ahora todos estamos encantados con su trabajo.

—Tuve tiempo para formarlo y ahora disponemos de todo menos de tiempo.

—No hay nadie especialista en Comunicaciones que reúna la experiencia que te gustaría.

Cuando Alonso se quedó solo se sintió aliviado por haber cumplido el desagradable encargo. Necesitaban a Martínez para que la misión tuviera éxito, los sentimientos no contaban en el servicio secreto. No le había dicho que los altos jefes habían analizado los pros y los contras de rescatarlo. Sabían que Martínez y Bernal estaban quemados, tenían muchos enemigos deseando verlos muertos. Pero en la balanza había pesado más la prioridad de evitar asesinatos entre los militares del Ejército. Los agentes de un servicio secreto saben el riesgo que corren.

*Diwaniya, finales de julio de 2003*

Carlos Baró llegó a la futura base de las tropas españolas sobrado de energía y de inmediato se puso a trabajar. Telefonó a Bernal para preguntarle algunos datos que sorprendieron al radiotelegrafista. ¿Para qué necesitaba saber dónde había un desguace de coches?

Con la cara cubierta por una poblada barba y un bigote algo transparente, Baró se fue al zoco a comprarse una túnica blanca y una kufiya blanca y negra que le cubriera la cabeza con un agal negro que se la sujetara. Apenas tenía noción de árabe, solo conocía unos cientos de palabras que, complementadas con un diccionario, le permitían dirigirse a una persona y preguntarle algo concreto y muy sencillo. Otros no se habrían atrevido, a él nada le daba vergüenza.

Vestido con una camisa azul remangada y un pantalón chino caqui, se acercó a dos hombres que charlaban delante de un puesto de orfebrería. Se encendió un pitillo, les ofreció otro para romper el fuego y después les preguntó en árabe: «Yo comprar coche, ¿dónde?». Lo repitió varias veces. Hablaron entre ellos, el agente no entendió ni palabra, y uno de los dos le pidió con gestos que lo siguiera. Baró no tenía miedo a que lo atracasen, era de día y había mucha gente en la calle. Pararon unos cientos de metros después cerca de otro tipo que le sonrió mostrándole su dentadura marrón de nicotina. El que lo acompañaba le contó algo que tampoco entendió. De nuevo, siguió a un iraquí desconocido por la ciudad, tras darle una propina a su primer guía.

Se alejaron del zoco hasta una calle donde había aparcados varios coches. El hombre le señaló tres, uno era un taxi entre amarillo y naranja. Le dejó prendado al momento, no estaba en muy buen estado de chapa pero se sentó al volante y lo arrancó a la primera. Comprobó que el radiocasete funcionaba, era muy importante. Abrió el capó y confirmó que las piezas del motor estaban en su sitio. Después revisó los otros dos.

Habló con el vendedor, le pidió precio por el taxi y procedió a regatear. Cuando habían acercado la gran diferencia entre la primera oferta y lo que Baró estaba dispuesto a pagar, este se interesó por un segundo coche y comenzó un nuevo regateo. Después le pidió una cantidad a la baja por los dos y terminaron cerrando el trato. Recibió la documentación y vio que los datos de uno de los vehículos no encajaban ni por asomo; se calló, pagó, cogió las llaves y se fue en el taxi; más tarde regresaría a por el otro.

Sacó de la bolsa que llevaba colgada en el hombro una cinta de música y la metió en el radiocasete: sonó la voz adictiva de Sabina, por cuyas canciones sentía devoción. Recordó las indicaciones de Bernal y se dirigió a un cementerio de coches a la salida de Diwaniya, en un terreno abandonado. Se bajó del taxi y se metió en el mar de chatarra. Muy mal tenían que estar esos vehículos para haber acabado allí, cuando la mayor parte de los que circulaban parecía que iban a morir de un momento a otro.

Sacó un destornillador de la bolsa y se puso a desenroscar matrículas. Cuando consiguió una buena colección, pasó a revisar la documentación que muchos coches todavía tenían en las

guanteras. Se guardó unas cuantas y regresó al taxi.

Ya en el que iba a ser el cuartel de las tropas españolas, donde vivía el agente, cambió la matrícula del taxi y se dirigió a su despacho. Con paciencia, tras estudiar los modelos desvalijados, falsificó la documentación de los dos coches que iba a usar mientras estuviera en el país. Seguro que más adelante necesitaría más.

Dos días después se reunió con Vega para acudir juntos a una reunión. Iban vestidos con idénticas túnicas claras. Habían tenido tiempo para recorrer un poco aquella ciudad de medio millón de habitantes, contemplar el río Éufrates y pasear por el paisaje desértico que cercaba abundantes extensiones de cultivo agrícola. Repasaron toda la información que les habían entregado sobre la insurgencia local para garantizar tranquilidad a los militares. Los americanos no abandonarían la zona hasta finales de agosto, momento en el que los españoles tomarían el relevo.

Baró y Vega iban con prisa y, nada más llegar, lanzaron el lazo al jefe de la tribu más importante, que los había citado esa mañana. Acudieron acompañados de un traductor. El jeque llevaba el pañuelo de la misma mezcla de gris y blanco que ellos y una túnica similar, aunque con una chaqueta verde encima; su bigote era similar al de Vega, mientras que el resto de asistentes tenían una barba parecida a la de Baró. Se sentaron en el suelo sobre una alfombra: en el centro el anfitrión, que colocó a Baró a su izquierda, a continuación el traductor y después a Vega. Tras los saludos y la cháchara superflua, el jeque formuló sus peticiones:

—Los americanos no están haciendo nada por la comunidad, tenemos problemas de electricidad, agua y gasolina muy graves. Sin contar lo mal que funcionan el transporte y las comunicaciones telefónicas.

—Cuando lleguen las tropas españolas y tomen el mando de la zona —intervino Baró con seguridad—, acometeremos las reformas necesarias para que toda la gente tenga cubiertas sus necesidades básicas.

—Nosotros representamos a la población de Diwaniya y queremos ser escuchados en la toma de decisiones.

—Ahora un militar americano ejerce como alcalde y después lo hará un militar español. Le garantizo que gobernará atendiendo sus demandas, lo podrán comprobar cuando tome posesión del cargo.

—Nos preocupa mucho la cantidad de robos nocturnos, los americanos no están haciendo nada por mucho que nos digan que sus patrullas vigilan las calles.

—Ese tema se podrá resolver, para nosotros también es muy importante que Diwaniya sea una ciudad tranquila. Habrá que poner fin a los sabotajes de los grupos de la insurgencia —dijo Baró sacando el asunto que más le preocupaba.

—Nosotros queremos vivir en paz. No nos interesa la rebelión si conseguimos beneficios para la gente. Hemos sufrido a Sadam, su dejadez frente a nuestros problemas, su falta de inversión en infraestructuras, nos tuvo olvidados. Queremos recuperar lo mínimo y progresar. Eso incluye la reconstrucción de casas, puentes y demás infraestructuras que hayan sido destruidas por los bombardeos.

—Nosotros les ayudaremos.

Tras la lista de solicitudes, Baró sabía que tocaba la compra de voluntades. Le habían informado que los jeques de las tribus, hombres respetados por el pueblo que ejercían de jueces

de paz, habían ayudado a conseguir la caída de Bagdad al traicionar a Sadam Husein. Para ganarse su apoyo durante la guerra, el dictador los había comprado pagando a cada jeque tres millones de dinares. Luego llegaron los estadounidenses y los ganaron para su causa subiendo la oferta. Los jefes los apoyaron tras cobrar de ambos bandos.

El agente hizo lo mismo con el jeque de Diwaniya. Le ofreció suficiente dinero como para que diera su apoyo a los ocupantes españoles, que invertirían en mejorar la vida en la zona a cambio de que los ayudaran a luchar contra los rebeldes.

—El próximo viernes voy a cazar pichones, ¿usted caza? —le preguntó a Baró.

—Pues claro, aunque no tengo escopeta.

—Pero tiene armas.

—Sí, claro.

—Pues tráigasela y veremos si tiene buena puntería.

Baró volvió animado al cuartel de Diwaniya. Escribía con frecuencia a su novia y de vez en cuando prefería llamarla para escuchar su voz. Ese día la encontró feliz: había estado con un amigo de él, Peserice, que le había contado viejos recuerdos, como que a veces a Carlos Baró cariñosamente lo llamaban Goliardo:

«Nos presentaron una noche en Madrid y acabamos de madrugada brindando por la Legión con chupitos de bourbon. Él era un señor cadete de segundo curso de la Academia General Militar y yo un opositor sin pena ni gloria, a pesar de lo cual conectamos enseguida. Al final de la noche me dio una colleja, sacó sus llaves de un llavero legionario desconchado y me dijo: “Era de mi padre. Cuando ingreses, me lo devuelves”. Para mí fue algo especial. Con el tiempo intenté devolvérselo varias veces pero nunca me lo aceptó. A mediados de los noventa convivimos once intensos meses en el curso de Operaciones Especiales. Yo era un teniente recién salido de la Academia, él era casi capitán destinado en la Legión. ¿Sabes?, dicen que ese curso te envejece tres años, y te aseguro que llegas a conocer muy bien las virtudes y miserias de tus compañeros. Goliardo era el teniente que todos queríamos llegar a ser. Un perro de la guerra de los que te gusta tener cerca cuando vienen mal dadas».

### ***Bagdad, finales de julio de 2003***

Con la celeridad a la que estaban acostumbrados a trabajar, al día siguiente Vega viajó a Bagdad para reunirse con Bernal, intercambiar información sobre los grupos rebeldes y establecer el canal para mantener contactos periódicos. Después fue al encuentro de otro español destinado con los mandos políticos de la coalición: el capitán de navío Manuel Martín-Oar, adjunto al embajador en misión especial, Miguel Benzo, en el Consejo de Cooperación Internacional, organismo dependiente de la Autoridad Provisional de la Coalición encargado de la relación con los oenegés y con Naciones Unidas.

Martín-Oar trabajaba en la sede de la ONU en Bagdad, instalada en el hotel Canal, un enorme edificio blanco que no pasaba desapercibido. Vega lo visitó en su despacho para abrir un intercambio de información que beneficiara a ambas partes. El capitán actuaba de intermediario entre las autoridades españolas y la Oficina para la Reconstrucción y Ayuda Humanitaria.

Vega era un militar afable y extrovertido que se encontró con un marino que había viajado por el mundo, había cumplido misiones en varios países y sufría los 45 grados que marcaban los termómetros ese día con mucha más tolerancia que él. Martín-Oar llevaba en la capital desde mayo y le contó al agente lo mal que lo habían pasado los iraquíes durante el Gobierno de Sadam. Creía que se merecían llevar una vida más tranquila y confiaba en que la reconstrucción lograra

convertir a Irak en un Estado políticamente participativo, libre y soberano, socialmente más justo y económicamente viable y en paz. A Vega le pareció un tipo idealista, a pesar de los tres meses que llevaba durmiendo en un catre, acompañado veinticuatro horas por un guardaespaldas y en medio de la violencia constante que reinaba en Irak.

El agente le prometió que pediría información a su servicio sobre algunas oenegés que querían actuar en Irak, le facilitaría datos sobre los problemas graves de infraestructura y abastecimiento que detectara en Diwaniya y estaría alerta a la actuación de los grupos terroristas.

Conversaron también sobre la búsqueda de Sadam y de muchos altos mandos de su régimen, cuyas caras y nombres aparecían en barajas de cartas impresas por los estadounidenses. Vega le informó a Martín-Oar de que algunos iban cayendo, pero que sobre Sadam no tenían ni la mínima pista.

*Gijón, 13 de agosto de 2003*

Alberto Martínez llevaba un mes lejos del mundanal ruido del espionaje. Irak y Sadam se mantenían a buena distancia y aún le quedaban más de dos semanas para su regreso. El desaire de hacerle volver por sorpresa le dolió los primeros días pero no tardó en asimilarlo, con menos disgusto del que hizo ver a sus jefes y a su familia. Habían sido tres años duros, sin parar de trepar por complicadas montañas llenas de peligros, pero sentía que aún tenía muchas tareas pendientes allí. Su vida correría peligro, lo sabía él y lo sabían sus jefes, aunque prefería acometer nuevas aventuras en la guerra al descafeinado destino en el País Vasco.

Compartir con su familia cada minuto del día había reducido su ritmo vital y ya se levantaba por las mañanas tranquilo, sin prisas. Para un asturiano como él, veranear en Gijón era el mejor antídoto contra la tensión. Con siete años se fue a vivir allí con sus abuelos, tras sufrir la pérdida de su padre dos años antes. A orillas del Cantábrico, su hijo Alberto estaba entregado al placer de ser feliz con él y su mujer prefería no pensar en la nueva separación, ya tendría tiempo de lamentarse cuando se acercara el 1 de septiembre.

Ese día, el corazón de Charo empezó a bombear sangre aceleradamente cuando sonó el teléfono, lo cogió Alberto y ella notó que la persona con la que hablaba estaba enervando a su marido. Alcanzó a escuchar cómo respondía de mala manera: «Esto no es lo que habíamos pactado». A Charo las manos se le quedaron heladas, la presión regresó con toda su intensidad. Dos lágrimas pugnaban por escapar de sus ojos, por suerte su hijo no estaba en casa. Su marido colgó el teléfono y se la quedó mirando serio, tenso, enormemente molesto.

—Me han ordenado irme a Bagdad dentro de dos días.

—Pero te habían dicho...

—Han cambiado de opinión —la cortó—. Necesitan que me vaya ya, mi segundo viaja pasado mañana y quieren que nuestro equipo esté operativo lo antes posible.

Se abrazaron, Charo lo apretó muy fuerte, como si de esa manera pudiera conseguir retenerlo para siempre. Las lágrimas resbalaron por su rostro. Muchas más brotarían en las siguientes horas y días.

*Bagdad, agosto de 2003*

Martínez guardó en secreto su regreso a Irak. Nadie que no perteneciera a su familia o al CNI lo supo hasta que apareció en las calles de Bagdad que tan bien conocía. Su seguridad dependía de que nadie conociera sus movimientos.

Su destino era Nayaf, la otra localidad que acogía a la Brigada Multinacional Plus Ultra. Allí se instaló junto a Ignacio Zanón, en un cuartucho que distaba mucho de su enorme casa de Bagdad, que había decidido mantener como base en la capital.

Y allá fue, al poco de llegar, para ver a su amigo y traductor Flayeh al Mayali. Sin previo aviso,

se presentó en su hogar. Le abrió la puerta uno de sus hijos, que fue a avisar a su padre. Al encontrarse por sorpresa al agente español, Flayeh reaccionó con preocupación:

—Oye, ¿tú de nuevo en Bagdad?, ¿qué estás haciendo aquí? Tu vida corre mucho peligro en este lugar, los de la Mujabarat están con la insurrección y te conocen muy bien.

Martínez cambió rápido de tema.

—Me envían a Nayaf, tienes que venir a trabajar conmigo. Necesito una persona de confianza para hacer de mediador entre las autoridades locales y las fuerzas españolas. Tenemos que hacer más fácil la vida de los que viven allí, que vean que las tropas españolas están para ayudarlos y no para ocupar su territorio.

—Yo eso no lo he hecho nunca.

—Lo harás bien y te pagaremos el sueldo justo que corresponde a un intermediario. Prefiero que seas tú, es una tarea delicada.

—Pues cuenta conmigo.

Martínez y Zanón compartían instalaciones con los militares porque les garantizaba una mayor protección. Dormían, trabajaban y pasaban su tiempo libre en la sede de la Brigada relacionándose lo imprescindible con los uniformados.

El veterano delegado del CNI iba de un lado para otro sin cesar; como siempre, se planteaba hacer más tareas de las que le daba tiempo. Por el contrario, Zanón sentía como si el avión al que se subió en Madrid lo hubiera transportado al infierno. Estaba aislado, se daba cuenta de que no cumplía satisfactoriamente los encargos de su jefe, que no dejaba de demostrarle lo descontento que estaba con él, y sentía morriña por la lejanía de su mujer y su hijo.

Solo llevaba tres días en Nayaf cuando al atardecer salió a dar una vuelta por las instalaciones. Necesitaba airearse, charlar con alguien ajeno a su trabajo. Se acercó en el patio interior a un grupo de soldados. Con su carácter amable y abierto, les contó que pertenecía al Ejército del Aire y que algún día le encantaría ser controlador aéreo. Ellos le respondieron: «Ahí se gana mucha pasta», y él les explicó que si vieran comer a su hijo se darían cuenta de que nunca cobraría lo suficiente. Diez minutos después estaban compartiendo unas cervezas. Los soldados le transmitieron la prohibición de acercarse a las chicas árabes. «Pues si no os acercáis —dijo Zanón—, de ir a bailar con ellas, nada.» Se rieron, todos acababan riéndose tras un rato de charla con él. Les propuso jugar una partida de ajedrez y uno de ellos se animó. Empezaba a anochecer, había pasado más de una hora desde que entablaron conversación y el radiotelegrafista aparcó por primera vez sus agobiantes preocupaciones.

Veinte minutos después apareció Martínez. Al encontrarlo en el patio jugando una partida se quedó sorprendido. Se acercó y le pidió muy serio que cuando acabara fuera a verlo. Zanón se puso nervioso, algo había hecho mal.

—Buenas noches —saludó a su jefe cuando entró en su pequeño despacho. Eran las diez de la noche.

—Tenemos un montón de cosas que hacer y tú te dedicas a confraternizar con la tropa —le lanzó secamente.

—No sabía que no se podía.

—¿Me has visto a mí hablar con ellos? Cada uno tiene su trabajo y no debemos mezclarnos. Tenemos mucho que hacer, no podemos despistarnos.

—Llevo todo el día trabajando, no pensé que te pareciera mal que me relajara un poco.

—Aquí no hay tiempo para relajarse —añadió cada vez más disgustado—. En nuestras manos está evitar atentados a las tropas. Cada minuto es oro para conseguirlo. Tenemos que volcarnos,

no respirar si es necesario. Esto es una guerra, no unas vacaciones.

—No estoy de vacaciones, solo echaba una partida de ajedrez.

—Cuando hayas hecho todo tu trabajo, entonces podrás descansar. ¿Has elaborado el informe que te pedí sobre los daños a edificios importantes de la ciudad y su valoración religiosa?

—Es inmenso. —Zanón estaba indignado, pero enfrentándose a su jefe no ganaba nada. Veían la vida de una manera distinta.

—Pero sí has tenido tiempo para relajarte. Necesito el informe lo antes posible, lo necesitaba ayer. Ponte con ello.

—Llevo unos días sin salir de la base. Si quieres, puedo acompañarte a alguna reunión.

—Quítate eso de la cabeza. Eres radiotelegrafista y hay mucha información que buscar. En eso me puedes ayudar si lo haces con celeridad.

—Bernal te ayudaba en otras cosas.

—Es un caso bien distinto. No estás preparado y no tengo tiempo para enseñarte. Todo corre mucha prisa y la vida ahí fuera ya es demasiado peligrosa para mí como para que te metas tú, sin ninguna experiencia.

### ***Diwaniya, agosto de 2003***

Baró estaba dentro de su taxi en uno de los mejores barrios de Diwaniya, observando a través de una cámara fotográfica con teleobjetivo la fachada de un edificio de dos pisos con buena pinta. La gente que pasaba por la acera no era la harapienta que frecuentaba otras zonas. El agente llevaba algo más de media hora parado y comenzaba a impacientarse por si alguien se mosqueaba.

El día anterior había tenido una experiencia única en mitad de una guerra. Había ido a cazar pichones invitado por el jeque de la tribu, y a falta de escopeta de caza se llevó su pistola ametralladora. El traductor le previno del prestigio del jeque como tirador y lo que le divertía retar a cualquiera que se pusiera delante. Al principio Baró se sintió violento, esperaba que nadie lo descubriera cazando con su arma reglamentaria. Su espíritu combativo no le permitía dejarse ganar por ningún motivo, así que le demostró al jeque su puntería y le ganó. Pero este no se enojó y al final de la jornada, tras algunas conversaciones intrascendentes con el espía, le regaló una túnica especial para los días de fiesta.

Durante uno de esos apartes en la jornada de caza, con el traductor junto a ellos, el jeque le contó que había unos extranjeros no identificados que estaban tramando algo, no sabía el qué, pero la información era de calidad. Los únicos datos tangibles que Baró recibió fueron una dirección y una hora.

Y allí estaba. Hasta el momento nada había pasado y pronto tendría que mover el taxi. El día anterior había dejado su otro coche en el lado contrario de la calle. Le habría venido bien la ayuda de Vega, pero estaba en otra misión importante.

Por suerte, vio que la puerta del edificio que controlaba se abría y salía un hombre vestido con vaqueros y una camisa ancha. Enfocó la cámara y le sacó varias fotos. Después apareció un segundo hombre, también árabe, más elegante, con unos pantalones blancos y una camisa azul. Más fotos. Hablaron entre ellos y se dieron un abrazo. Llegó una ranchera verde en muy buen estado y el hombre que había salido primero se subió.

El espía puso el taxi en marcha y lo siguió. Encendió el radiocasete, una canción de Sabina llenó el interior. Escuchar a su cantante favorito lo ayudaba a concentrarse. Se animó a canturrear —«Yo no quiero un amor civilizado, con recibos y escena del sofá...»— mientras hacía algo en lo que era muy bueno: seguir a un *pepe*. Esta vez no tenía apoyo, era él solo contra el objetivo.

Durante veinte minutos lo persiguió. El conductor de la ranchera no intentó nada raro para evitar un supuesto control, mejor para él que no sospecharan. Le vio aparcar frente a una casa de tres pisos en un barrio más pobre. Para evitar que lo descubrieran no pudo parar en un sitio con visión suficiente para fotografiar al conductor. Cuando se metieron en la casa, Baró dio por concluido el seguimiento.

Mandaría las fotos a Madrid para ver si había suerte e identificaban a los dos *pepes*. Prefería dejar al margen a la CIA, aunque se habían ofrecido a ayudar en lo que fuera. Estados Unidos disponía de un mejor y mayor archivo fotográfico y era aliado de España, pero cada servicio trabaja para sí mismo con sus propios medios.

Por la tarde Baró se reunió con Martínez para informarle de su hallazgo y pedirle a Zanón que enviara las fotos a Madrid.

—Espero que haya alguna coincidencia —dijo Baró.

—Pueden pertenecer a cualquier grupo de la insurgencia, pero si la pista te la ha dado el jeque quizás es porque lo molestan por algo —calculó Martínez.

—¿Qué tal con Zanón?, parece un buen tipo.

—Seguro que lo es.

—Podría ayudarnos en...

—Te equivocas. No está preparado, lleva toda su vida encerrado entre cuatro paredes, no ha hecho calle.

—Puede aprender lo mínimo —insistió el agente operativo.

—Tenemos muchos enemigos fuera y no sé cómo reaccionará ante una situación peligrosa. No tengo tiempo para enseñarle, no quiero que por mi culpa le pase algo. Si hubiera estado en unidades especiales tendría un bagaje. Además, se lo toma todo con mucha tranquilidad.

—Dale un poco de cuartelillo, poco a poco se adaptará. Estar en una guerra no es fácil, ya verás cómo nos da muchas alegrías.

—No para de gastar bromas, a pesar de que no se las río. No sé si se ha enterado de que esto va en serio.

—Déjalo, hombre, con risas la guerra se lleva mejor.

*Bagdad, 19 de agosto de 2003*

*E*l cielo era de un azul intenso y, por desgracia, estaba despejado de nubes, una forma sencilla de recordar a los que vivían en Bagdad que no soñaran con una lluvia sorpresa que atenuara el calor. Vega se acercó al edificio blanco de la ONU para reunirse con Martín-Oar. Pasó los estrictos controles y subió a su despacho en la primera planta, cerca del que tenía Miguel Benzo, el embajador español en la misión, que en ese momento había salido a una reunión.

Martín-Oar volvió a sorprenderle con palabras de esperanza sobre el pueblo iraquí, al que consideraba culturalmente cercano al español. Para él, la mayor parte de la gente quería la paz, y solo eran grupos minoritarios, pero muy poderosos, con apoyos en el exterior, los que estaban interesados en que todo fuera mal para sacar provecho del caos. El capitán de navío, que estaba allí como un civil más, le recordó la urgencia de sacrificios personales y de medios materiales para revertir aquella desolación. A Vega le pareció que hablaba más como un misionero que como un militar, como alguien más preocupado por salvar almas que por darle una perspectiva novedosa a la guerra.

El espía había obtenido los datos prometidos sobre algunas oenegés que mantenían vínculos con otros servicios secretos, lo que no quería decir que no fueran útiles, pero había que relacionarse con ellas en Irak con cierta precaución. Y le pidió que dirigiera toda la ayuda que pudiera hacia Diwaniya y Nayaf porque facilitaría mantener la paz, que es lo que pretendía la Brigada Multinacional Plus Ultra.

Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando el espía abandonó las dependencias de la ONU en el hotel Canal con destino a su base.

Bernal seguía ocupándose en solitario de lo que pasaba en Bagdad. Ya se había acostumbrado a moverse sin contar con el respaldo de Martínez y sentía que su labor como agente de campo era relevante. Viajaba menos tras la llegada de sus cuatro compañeros y dedicaba una parte de su tiempo a la seguridad de los militares colaborando con los equipos de Diwaniya y Nayaf en la búsqueda de información sobre los grupos insurgentes. A esta misión iba a dedicar aquella tarde.

Ali lo había citado en la primera casa en la que se había reunido en Bagdad con Martínez, lo que revelaba sus sospechas: había sido un piso clandestino de la Mujabarat, una muestra de que la infraestructura de los servicios secretos no tenía por qué descubrirse nunca.

La casa seguía abandonada, bichos de varios tamaños circulaban a su antojo y, a pesar de ello, los dos hombres hicieron de tripas corazón y se acomodaron donde siempre. Bernal constató que el expolicía árabe estaba especialmente llorón.

—Espero que usted pueda disfrutar de la vida, porque yo no puedo ver a mi familia, tengo que dormir cada día en un sitio distinto, no puedo fiarme de nadie. Todo por su culpa.

—Podría abandonar Irak si quisiera —le espetó Bernal—, tiene suficiente dinero sin contar con

lo que hay en su cuenta en Suiza.

—¿Adónde iría? Tendría para un tiempo, y luego ¿qué? Mis raíces están aquí, este es mi país, el que los americanos quieren hacer suyo para robarnos el petróleo.

—Nosotros le seguiremos pagando, ya lo sabe. Es todo lo que puedo hacer. Hábleme de la insurrección.

—Claro claro. Yo le cuento mis problemas y usted no me hace ni caso.

Los dos hombres se enfrentaron con la mirada, Ali rebotado y Bernal imperturbable.

—Está bien —siguió el exagente de la Policía política de Sadam—. Se está produciendo una coordinación entre todos los que nos oponemos a la presencia americana. Sigue habiendo disputas serias entre sunitas y chiitas, son muchos siglos de llevarse mal, aunque estar en la oposición les hace ver las cosas de otra forma.

—Hay muchos antiguos dirigentes que se esconden.

—Los muyahidines de Sadam, que son gente de la Mujabarat y soldados fieles, los protegen, aunque estos últimos cada vez son menos, prefieren volver con sus familias y olvidarse del pasado. Además, no me pida que delate a nadie que, como yo, esté sufriendo persecución.

—Deme alguna pista del paradero de Sadam.

—No sé nada de él.

—Venga, Ali —dijo Bernal en tono incrédulo—, algo tiene que saber.

—Le repito, lo ignoro todo sobre su paradero. No pregunte por él. Mientras siga libre, justificaré la pelea de mucha gente.

—No la de los chiitas.

—Ellos le quieren ver muerto.

—¿Se ha enterado de algo relacionado con Muqtada Sadr y sus decisiones en Diwaniya y Nayaf?

—Nada hasta ahora, si descubro algo, se lo diré.

—Pues con todo lo que me está contando, que es nada, no sé cómo se va a ganar el sobre que le he traído.

—Presión, presión, presión —dijo Ali enfadado.

—Así funcionan las cosas, usted me da información y yo le pago. Lo sabe perfectamente, fue un experto en eso con Sadam.

—Usted es peor que Martínez. Ya le he contado la coordinación que se está gestando entre los grupos insurgentes, pero sé otra cosa que está cambiando el panorama de la guerra. Todos los días entran por Siria y Jordania, las fronteras más permeables, decenas de voluntarios que se suman a Al Qaeda. Digo decenas cuando podrían ser más. Están formando una fuerza que podría llegar a ser muy poderosa. Con gente dispuesta a inmolarse, un tipo de atentados nada frecuente hasta ahora en Irak.

—¿Tanta gente?

—Los están captando en todo el mundo, presumen de que muchos están viniendo desde Europa.

—¿También desde España?

—No lo sé, pero debería empezar a mirar.

Después de que Vega abandonara la sede de la ONU en Bagdad, el capitán Martín-Oar se quedó en su despacho estudiando papeles. No había pasado media hora cuando sintió un zambombazo cuya onda expansiva lo tiró al suelo. Se quedó aturdido, por un momento no supo dónde estaba. Le

estallaba la cabeza y le dolían mucho los brazos, que le sangraban en abundancia. Los muebles estaban dañados y el alboroto en el hotel Canal era tremendo.

Desconocía que en el edificio usado por la ONU había en ese momento trescientas personas, pero oía a muchas de ellas gritar, a otras moverse de un lado para otro, e imaginó que habría muchos muertos. Se levantó con mucho esfuerzo y consiguió sortear los escombros, salir al rellano del primer piso, bajar la escalera y alcanzar la calle. El panorama era desolador, no hacía falta ser un experto militar para deducir que les habían colocado una potente bomba.

Las ambulancias y el estruendo de sus sirenas tomaron las calles cercanas. Su cabeza no estaba bien, le dolía mucho, llevaba el ruido del petardazo metido muy dentro. No sabía el tiempo que había pasado cuando se le acercaron unos enfermeros, le hicieron un rápido chequeo superficial, estaba bien, había que curarle los maltrechos brazos, pero podía esperar. Primero urgía salvar la vida de los más graves. Lo tendieron en una camilla y lo dejaron en plena calle, junto a otros heridos de menor importancia, para atenderlo más tarde.

El marino no se encontraba bien, la cabeza le estallaba y se sentía desamparado. Una persona que pasaba por allí se le acercó y le colocó en las manos el escapulario que llevaba colgado al cuello. Martín-Oar le regaló una sonrisa de agradecimiento. Unos minutos después, el trauma cerebral interno que nadie había detectado acabó con su vida.

A la noche del día siguiente, tras hacerse público el fallecimiento, Martínez telefoneó a su mujer e intentó calmarla, Martín-Oar trabajaba en un edificio fácilmente identificable por la insurrección, pero en su caso nadie sabía que él estaba en el país y no paraba de moverse para que no se enteraran. Además vivía en las tropas españolas, un objetivo bastante más complicado. Solo deseaba que el pequeño Alberto y ella estuvieran bien y fueran felices. Tenía muchas ganas de volver a verlos, ansiaba el momento de tomarse su siguiente permiso. Zanón también habló con su mujer. Estaba un poco disgustado y no lo escondía. El Máquina, como había empezado a llamar a Martínez, le traía loco, no se entendían y él lo pasaba bastante mal. Se le hacía muy duro trabajar en Irak, pero estaba contento pensando en que le quedaba un día menos para su permiso. Le pidió a Buque que cuidara de la niña que llevaba dentro, que se dejara ayudar con el pequeño Luca, que sabía que le daba mucho trabajo, y le pidió que les transmitiera a sus padres todo su cariño. Desbordada como estaba, Buque intentó animarlo, le encontraba desnortado.

*Diwaniya, septiembre de 2003*

Lo más incómodo de la vivienda no eran los escasos muebles con aspecto de haber sido recogidos en un vertedero, sino que nadie hubiera intentado adecentarlos y sacarles lustre. Era como si su dueño hubiera sabido por artes divinas que la iba a arrendar en cualquier estado. Una silla se hizo añicos en cuanto Baró se sentó, la bombilla desnuda del cuarto cuya ventana daba a la calle principal estalló cuando Vega pulsó el interruptor y en la cocina no funcionaba ni un mísero fogón y la pila desprendía un olor insoportable a tubería podrida.

Al hombre que se lo arrendó al traductor y por el que se hicieron acompañar, le bastó y sobró el pago de los tres primeros meses sin hacerles ninguna pregunta, allá ellos si querían vivir en esa pocilga. Nunca supuso que dos occidentales lo habían alquilado porque les ofrecía una visión lateral y cercana de la casa donde residían unos miembros de Al Qaeda.

Decidieron montar la base de vigilancia en cuanto Zanón les entregó la respuesta de Madrid con la identificación de los individuos de las fotos que hizo Baró. Uno era un reconocido miembro de Al Qaeda nacido en Arabia Saudí al que situaban anteriormente en Siria, una especie de cerebro de comandos, leal hasta la médula a Bin Laden. El otro era un traficante de armas libanés vinculado a grupos terroristas como Hezbolá. Estaba claro que cuando el jeque le pasó la información al espía conocía sus trapicheos y, a la par que les hacía un favor, contribuía a expulsar a esos extranjeros de su zona de influencia. Había en marcha atentados y ahora era responsabilidad de los españoles evitarlos.

Baró y Vega necesitaban identificar a todos los habitantes de esa casa, conocer sus vinculaciones y desvelar sus planes. La información sobre objetivos que vivieran fuera de la región se la pasarían a sus colegas de la CIA, pero a su debido tiempo. De momento, tenían que marcar terroristas y tratar de saber dónde y cómo iban a actuar.

Los agentes habían comprado dos sillas en las que se turnaban: uno se sentaba mientras el otro observaba desde la ventana con la cámara fotográfica montada en un trípode. Debido al calor pegajoso, se habían quitado las túnicas y vigilaban en camisa de manga corta y pantalones de faena. En un rincón había un cargamento de cervezas y agua mineral, dado que la casa no tenía agua corriente. En ese momento Baró estaba de guardia y comentó:

—Me preocupa Martínez. Es un gran agente, lo sabe todo sobre Irak, curra un montón, pero no debería haber vuelto.

—En La Casa no debían tener a nadie como él. Nos facilita a todos el trabajo, haber empezado de cero habría sido durísimo. Él es el que más se expone. Se mueve bien, es difícil localizarlo, pero le podrían montar una trampa. Corre peligro, pero lo necesitamos.

—No sé si sería mejor que regresara. Muchos nos odian por apoyar a Estados Unidos y centran su ira en Alberto. Además, su obsesión por cazar a Sadam lo pone más en peligro.

Vega cambió de tema para centrarse en la operación:

—Desde aquí fuera no vamos a poder controlar lo que hacen.

—Habría que entrar y colocarles micrófonos, aunque no se me ocurre cómo hacerlo siendo solo dos.

—Uno los distrae y el otro aprovecha para entrar.

—Resulta complicado cuando desconocemos cuánta gente hay dentro —dijo Baró—. Tenemos que buscar un camino para meternos.

—Hace años teníamos que hacer una penetración en una embajada y se nos ocurrió algo que en ese caso dio resultado. Montamos un pequeño fuego en el edificio de al lado y llamamos a los bomberos. Nos aprovechamos del caos y colocamos un micro en la silla del embajador.

Baró iba a dar su opinión cuando vio algo en la acera de enfrente.

—Acaba de llegar una camioneta. Se están bajando dos tipos.

—Hazles fotos —dijo Vega al ver que los observaba pero no reaccionaba.

—Espera, no parecen terroristas. Uno está abriendo la parte de atrás del vehículo, llevan paquetes que parecen comida... para un montón de personas.

Vega se puso al lado de su jefe y contempló la escena a la que en cualquier otra circunstancia no habría prestado atención. Un hombre descargando paquetes y metiéndolos en la casa con esfuerzo, mientras el que parecía su jefe intercambiaba palabras con el hombre que les había abierto la puerta.

—Tenemos que ir a por uno de los coches y saber cuál es la tienda que les surte.

—Voy yo —dijo Vega poniéndose la túnica y saliendo rápido para disponer del tiempo suficiente para colocar su vehículo en la posición adecuada para seguirlos.

Martínez sabía que convencer a un agente de la CIA de que liberara a uno de sus prisioneros y se lo entregara no iba a ser tarea fácil. Cualquier servicio secreto habría empleado la técnica de detener a una persona a la que quisiera utilizar como colaborador o infiltrado para forzarla a aceptar lo que de otro modo habría rechazado. Sin embargo, el caso que tenía entre manos había sido una casualidad. Se enteró cuando su amigo Ahmed lo localizó: Ingenuo había sido detenido por las tropas estadounidenses tras ser identificado como miembro del Gobierno de Sadam.

El espía español se presentó en una especie de cárcel en las instalaciones de la coalición de Camp Victory, cerca del aeropuerto. Le pidió a Ahmed que lo esperara fuera, era mejor que él realizara solo la gestión. Un rato después entró en un despacho minúsculo, donde un ventilador estaba enfocado hacia el hombre vestido con ropa civil comprada en un mercadillo de ropa militar. El estadounidense se presentó como Adam Smith, y el español estuvo en un tris de ponerse en ridículo diciendo que su nombre era Pepe Pérez, pero se identificó como Alberto Martínez, el nombre que aparecía en el pasaporte diplomático que había mostrado en la entrada.

—Al fin te conozco, Martínez, me han hablado mucho de ti. ¿Qué te trae por aquí?

El agente español se sentó sin que el de la CIA lo invitara. Le pareció un tipo de formación militar por su aspecto, musculatura y pelo casi al cero; a pesar de su aire dicharachero, no le pareció de fiar.

—Habéis detenido a uno de mis informantes. Es un antiguo cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, sin nivel para participar activamente en las decisiones de Sadam. Se llama Salah.

—Si estaba en nuestra lista, es porque pintaba mucho, a los medianos no los detenemos.

—Su cara no aparece en la baraja que habéis repartido, ni aparecería aunque contase con doscientas cartas.

—Comprenderás que no podemos liberar a la gente cada vez que alguien diga que ha colaborado con él.

El agente de la CIA se lo estaba poniendo difícil, como había supuesto, querría algo a cambio, porque Ingenio no era más que un número para él, si es que sabía ese número.

—España es uno de vuestros principales aliados, y la CIA y el CNI mantenemos buenas relaciones. No obstante, si quieres llamaré a mi director para que se ponga en contacto con el tuyo.

—Quizás el trámite tarde y nuestro prisionero sea asesinado por uno de sus colegas al enterarse de que trabaja para vosotros.

—No me lo puedo creer —afirmó Martínez molesto levantándose y dirigiéndose a la puerta—. Haz lo que quieras.

—Tranquilo, hombre, no te cabrees.

—¿Me lo vas a entregar o me vas a seguir intentando tocar las narices?

—Te voy a hacer el favor —dijo el americano con lentitud y, tras una breve pausa—: Y tú lo apuntarás en tu lista de debes.

—Pues claro, así funcionan las cosas. Pero incluye en el precio una sala sin micrófonos para que hable con él antes de llevármelo.

—Trato hecho. Apunta cuál es mi prioridad y acuérdate de que me debes una: quiero ser el hombre que cace a Sadam Husein.

—Has venido a Irak para conseguir la gloria.

—Como todos, Martínez.

—No como todos, Smith —concluyó pronunciando con recochineo su apellido.

La habitación estaba llena de archivadores y dos soldados de uniforme la abandonaron tras llegar él. Se sentó junto a la única mesa que había y esperó a que le llevaran a Ingenio, más de media hora. Cuando apareció, Martínez se levantó y le ofreció su mano, que el iraquí miró sin aceptar. Tenía las muñecas atadas con un cable de plástico muy apretado. Se sentaron.

—Ahmed me ha avisado de tu detención. Siento que haya ocurrido, pero estoy en disposición de poder sacarte de aquí y que vivas en libertad.

Ingenio estaba desconcertado. Llevaba un tiempo escondiéndose temiendo que lo detuvieran y la presencia de los soldados estadounidenses le provocó hacerse sus necesidades encima. Tenía miedo a ser torturado, a que lo mataran, a que su familia se quedara desamparada. A pesar de lo cual seguía sintiendo repugnancia por Martínez, el hombre que podía haber solucionado su vida antes de la guerra si hubiera querido.

—Entiendo que esta situación es complicada, voy a ser claro: puedo liberarte siempre que colabores conmigo.

El iraquí guardó silencio.

—Necesito saber si quieres seguir aquí o prefieres volver con tu familia.

Ingenio estaba paralizado. Claro que deseaba volver con su familia, pero hablar con Martínez le producía náuseas.

—De acuerdo, colaboraré, pero con tu dinero mantendrás a mi familia, no puedo trabajar —dijo expulsando la tensión y se puso a llorar como un niño.

Martínez le echó paciencia. No siguió hasta que le notó más tranquilo.

—No puedo sacarte de aquí si no me das una pista que me justifique delante de mis jefes. La CIA va a cobrarme el favor.

Ingenio tenía las manos tapándose la cara de la vergüenza que sentía por haber aceptado la

oferta. Sabía qué tipo de secretos deseaba Martínez: esos que habían adquirido un valor especial con la presencia de los estadounidenses; esos que nunca se atrevió a contar porque lo habrían llevado a una muerte segura al mostrar al mundo cómo era realmente Sadam; esos que había guardado tanto tiempo sin atreverse a compartirlos ni con su mujer; esos que un día, para apaciguar su conciencia, lo llevaron a convertirse en colaborador de una potencia extranjera. Era su oportunidad para desvelar de una vez por todas una historia que debió contar años antes y no se atrevió por miedo.

—¿Seré libre y me pagarás? ¿Me lo aseguras?

—Te doy mi palabra.

—Durante la etapa de Sadam desaparecieron miles de personas torturadas y asesinadas. Casi nadie conocía su paradero, era un asunto vergonzoso. Un día, en una recepción en palacio, fui a dar un paseo con un alto mando de la Guardia Republicana y, sobrado de copas, me desveló un sitio donde los enterraban.

Martínez se quedó petrificado, esperaba alguna información sobre el paradero de algún exalto cargo, nunca podía haber imaginado que un tipo como él guardara ese secreto y que se lo contara tan de repente. La necesidad de sobrevivir provoca ese tipo de revelaciones.

Desde que identificaron la tienda que surtía de comida al comando de Al Qaeda, Baró y Vega estuvieron varios días apuntando las rutinas de los terroristas y fotografiando a todo el que entraba y salía, aunque priorizaron captar al tendero, imprescindible para la arriesgada operación que planeaban.

Un día lo siguieron hasta su casa. Ya era de noche cuando en una callejuela lo sometieron al Rapto de las Sabinas. Así llamaban en el servicio al secuestro de un *pepe*, recordando el episodio mitológico en el que los romanos habían secuestrado a mujeres de la tribu de los sabinos ante la escasez de las que convivían con ellos. Lo llevaron encapuchado hasta su antro de vigilancia, lo dejaron un par de horas a solas y, sabiendo que estaba muerto de miedo, a través del traductor le ofrecieron una bolsa llena de dinero a cambio de que los ayudara, garantizándole que nadie descubriría su participación. La alternativa era que lo mataran en ese instante o en el transcurso de la operación si los traicionaba. Supieron, primero por su cara de pánico y después por su gesto de avaricia, que colaboraría.

Ser dos en una acción tan arriesgada suponía un hándicap, pero con tanto trabajo como tenían sus compañeros optaron por dejarlos fuera. Baró ocupó su puesto de vigilancia en la casa que utilizaban como base operativa. A la hora estipulada, vio aparecer la camioneta del tendero y parar delante de la puerta de sus *pepes*. Habían calculado que a media mañana habría dentro al menos seis terroristas, aunque la cantidad de comida que les servía semanalmente era un indicio de que eran más personas.

Vega y el tendero se apearon y este último llamó a la puerta. Mientras el terrorista que siempre le abría lo saludaba, Vega, vestido de árabe, empezó a descargar los paquetes. Vio cómo el de Al Qaeda le hacía un gesto para que los metiera hasta el patio interior, donde el tendero les había indicado que había un acceso a un pequeño almacén. Como habían planeado, el tendero le explicó al terrorista que Vega era mudo. Una forma de solventar que no hablara árabe, por si se dirigían a él.

Cuando Baró escuchó por el pinganillo que Vega le decía «dentro» por el micrófono que llevaba en un botón de la túnica, para informar que nadie se había alterado por su presencia, abandonó la casa para poner en marcha la segunda parte del plan en la que él entraría en acción de una forma más discreta.

Vega, con la cabeza baja, no miró a la cara ni de reojo al terrorista. Era un tipo experto, que no se ponía nervioso tras haber superado muchas operaciones delicadas. Solo, en el interior de la casa observó cada rincón mientras avanzaba con parsimonia, fotografiándolo todo mentalmente. Llegó al patio interior, localizó el almacén, echó una mirada panorámica a las ventanas y pasó a dejar los paquetes.

No se topó con nadie ni a la ida ni a la vuelta. Al salir a la calle, su supuesto jefe le indicó en árabe que llevara unos paquetes concretos a la cocina, trayecto que previamente le había dibujado

en un croquis. Vega asintió con la cabeza, cogió de la camioneta dos bolsas enormes con productos perecederos y, cuando no le podían oír, pronunció bajito la palabra clave convenida: «Listo». Y siguió andando con su nueva carga. Primero a la izquierda, pasando por un pequeño cuarto en el que no había nadie y después a la derecha, donde estaba la cocina, vacía también. En ese momento oyó los gritos procedentes de la calle trasera alertando de que dos coches estaban ardiendo.

Vega empezó a sacar los productos de las bolsas, aunque nadie se lo había pedido, así ganaba tiempo. Calculó el número de personas que bajaban corriendo las escaleras: siete. Confirmó que todos habían salido a la calle, sacó un micrófono minúsculo con adhesivo y lo colocó debajo de una silla. Se fue al cuarto de estar y, amparado en la semioscuridad que le ofrecían las cortinas echadas y el ruido del exterior, se acercó a una mesita baja apoyada en la pared y le calzó otro micrófono.

Cuando se dio la vuelta para salir, se encontró de golpe con una chica de unos quince años, con una larga coleta y descalza. No la había oído bajar la escalera. Se miraron fijamente. Ella le dijo algo, él bajó la cabeza y extendió las manos mostrándole las palmas, en un gesto de humildad. Ella siguió hablándole más alto, se estaba enfadando. Vega se señaló la boca negando con los dedos índices y acercándose a ella para enfilarse la salida. La chica se apartó para dejarlo pasar, Vega se sintió más tranquilo hasta que un par de segundos después se puso a gritar como una loca. Se volvió para mirarla justo cuando entró un hombre que le dio un culatazo en la cabeza. Cayó al suelo sin intención de defenderse y su mirada se topó con otras cuatro chicas que contemplaban la escena junto a la escalera desde el piso de arriba.

El miembro de Al Qaeda le apuntaba con la pistola mientras sus compañeros regresaban a la casa alarmados por el alboroto. Vega se colocó en posición fetal, protegiéndose la cabeza y ofreciendo el menor porcentaje posible de cuerpo a los golpes. Apareció el tendero gesticulando aparatosamente y pidiendo a gritos tranquilidad, hasta que convenció al terrorista para que guardara su pistola.

Baró había regresado a su puesto tras provocar el incendio de los dos coches de una manera artesanal, debía parecer fortuito o una golfada, pues una bomba, por pequeña que hubiera sido, habría podido animar al grupo a cambiar de domicilio. Había oído con mucha preocupación la reacción de la chica y el golpe seco de la caída de su compañero. Pero no podía intervenir: pasara lo que pasara, tenía que esperar. Si en unos minutos no lo veía claro y retenían a Vega, avisaría a la Brigada Plus Ultra para que acudiera a rescatarlo.

Diez minutos después vio aparecer a Vega en la calle acompañado del tendero. Los dos se subieron a la camioneta y se alejaron. Baró dejó pasar un rato antes de ir a por su taxi para acercarse a buscar a su compañero.

Martínez conducía su Patrol con Zanón a su lado e Ingenuo en los asientos de atrás. Iban camino de Samawa, una localidad a trescientos kilómetros al sur de Bagdad, donde el iraquí había ubicado una inmensa fosa común con los cuerpos de opositores al régimen de Sadam.

La relación con su ayudante seguía siendo tirante. Esta vez había decidido llevárselo porque el trabajo le parecía sencillo, y le dejó claro que solo haría lo que él le ordenara. No entendía su forma de cumplir las tareas encomendadas y con frecuencia tenía que reconvenirlo, aunque el radiotelegrafista no sabía quedarse callado. A Zanón le seguía poniendo de los nervios el Máquina, su permanente mal humor con él y su disgusto con todo lo que hacía tanto dentro como

fuera del trabajo. No sabía cómo llevarlo, le amargaba su estancia en Irak. Menos mal que ese día iban acompañados por una fuente que hablaba inglés.

—Vaya calor hace en este país —dijo Zanón—. Lo único bueno es que cuando regrese a España podré contar a mis amigos que he estado de vacaciones en las Bahamas.

Martínez ni se inmutó, pero Ingenuo soltó una carcajada.

—Ojalá todos pudiéramos estar en las Bahamas tomando el sol.

Zanón no entendió el doble sentido y siguió hablando.

—Usted debió viajar mucho por el mundo cuando estaba destinado en Exteriores.

—Algo viajé, pero principalmente por países de la zona.

—Me han dicho que Dubái es muy bonito, espero ir algún día con mi mujer.

—Lo conozco, están construyendo muchos edificios altísimos.

—Cuentan que a las chicas les encanta porque pueden ir por la calle sin velo.

—Zanón, por favor —intervino Martínez sin retirar la vista de la carretera—. Para los musulmanes el velo es algo propio, no una obligación que les impongan.

—Le pido disculpas, no era mi intención.

—No se preocupe, no me ha molestado y le he entendido perfectamente. Seguro que si fuéramos, a mi mujer le encantaría llevar tirantes como a las occidentales, aunque yo no la dejaría.

Ingenuo se echó a reír y Zanón añadió:

—Yo prefiero las chicas con los brazos al aire y la falda corta. No saben lo que se pierden aquí.

Martínez iba a decir algo, pero optó por dejarles hablar.

—A nosotros también nos gusta aunque nuestra religión lo prohíba. De hecho, los jóvenes están ahora como locos yendo al cine a ver películas americanas con escenas de amor.

—Hay actrices americanas guapísimas que si se pusieran el velo serían espectros.

—Nuestras culturas son diferentes.

—A mí de joven me encantaba ir a discotecas a mirar chicas guapas mientras me tomaba un *gin- tonic* con mis amigos.

—Yo nunca he ido a una discoteca...

—Zanón, por favor, ¿quieres dejarlo ya? —interrumpió Martínez.

—No, por favor —dijo Ingenuo—, hacía mucho tiempo que no tenía una conversación tan interesante. Llevo meses sin hablar con nadie que no me hable de insurgencia, Mujabarat, escondites, terror. Su compañero es un hombre agradable que me trata como a un ser humano libre. A usted también le haría falta pensar en otra cosa que no fuera la guerra.

Zanón supo que había metido la pata otra vez con su jefe, a pesar de lo cual no paró de charlar con Ingenuo, que ya no recordaba cuánto tiempo había pasado desde que se había reído tanto.

Antes de llegar a Samawa, Martínez paró el coche y se bajaron. Esa era la zona en la que supuestamente estaban las fosas comunes. El panorama no era nada alentador: terreno duro desértico, ni un ápice de vida. Caminaron un rato.

—Según te contaron, esta es la amplísima zona en la que enterraron cientos de cuerpos asesinados por los soldados de Sadam —dijo Martínez—. ¿No recuerdas algún detalle que nos pueda ubicar el lugar exacto?

—Ya te dije que no. El militar me dijo que en muchos lugares hacían enterramientos poco profundos, pero aquí no. Debieron disponer de tiempo suficiente para cavar una o varias fosas enormes para los centenares de niños y mujeres que fusilaron tras una protesta de presos kurdos que exigían mantas. Me quedé espantado y nunca he podido recuperarme: los mataron por pedir mantas.

Martínez decidió buscar alguna pista. Se hizo acompañar por Ingenuo y le ordenó a Zanón que fuera en sentido contrario, no hablara con nadie y en una hora volviera al punto de partida.

Llevaban diez minutos caminando por un terreno arisco, sin vida, cuando Martínez se dirigió al iraquí:

—Seguro que en el futuro podrás arreglar tu vida. Dentro de un tiempo, los americanos permitirán que os gobernéis y entonces necesitarán gente con tu experiencia.

—He aprendido a vivir el momento presente. No sé lo que pasará en el futuro, no solo es incierto, sino improbable. Sé lo poco que vale mi vida, pero tengo que seguir adelante por mi familia.

—Todo evolucionará a mejor cuando pillemos a Sadam. Los que luchan por él comprenderán lo evidente: no tiene sentido seguir matando.

—Solo un sector pelea por Sadam y todos lo hacen por expulsar a los americanos. No te engañes, sois el enemigo que ha sustituido al dictador.

—Sadam es responsable de cientos de miles de muertos, no puede seguir libre. Tú has luchado contra él, por eso viniste a mí.

—Ya entiendo el verdadero motivo del viaje. Si quieres que te ayude a encontrarlo, dímelo abiertamente.

—Tiene que caer, lo sabes. Dame alguna pista sobre su paradero.

—No la tengo. Sadam sabe que su seguridad reside en que muy pocas personas lo conozcan, muchos lo venderían por un saco de monedas.

—Si tú fueras él, ¿dónde te esconderías?

—No me interrogues.

Siguieron andando en silencio, como si estuvieran violando con sus pisadas un cementerio sagrado y los espíritus los miraran con desconfianza, pero al mismo tiempo les pidieran justicia contra el dictador que ordenó acabar con sus vidas.

—Sadam nació en Tikrit —dijo finalmente Ingenuo—, no tuvo una infancia agradable, pero son sus raíces. En el mundo árabe hay una lealtad inquebrantable entre los que son del mismo pueblo, de la misma zona. La traición no se da dentro de las familias, y en los pueblos pequeños todos se consideran familia. Sus paisanos le profesan un aprecio especial y muchos ocuparon puestos importantes en sus gobiernos. Puede estar viviendo como un campesino u oculto en una casa derruida, pero si sus vecinos se lo encuentran por casualidad, lo protegerán como lo harían con sus propios hijos.

—Habría que buscar en Tikrit...

—Te explico esta tradición en honor a los muertos que están cerca de aquí. Se merecen ser enterrados por sus familiares y que recen una oración por ellos.

Al día siguiente, al concluir la jornada, Baró se acercó al cuartel de Nayaf para intercambiar información. Martínez le comentó la existencia de una fosa común que, sin medios adecuados, era imposible de ubicar, pero iba a hablar con los responsables de la ONU.

—Que hayas ido hasta allí es un riesgo innecesario —dijo Baró—, no está dentro de nuestra misión, no nos corresponde ese tema.

—La seguridad en Irak pasa por acabar con el grupo de insurgentes que apoya a Sadam. Esto ayuda a desenmascarlo.

—Nosotros somos cuatro, cinco si contamos a Bernal, y no damos abasto con proteger a

nuestras tropas.

—Lo importante —siguió Martínez sin prestarle mucha atención— es que Ingenio me ha dado una pista sobre el paradero de Sadam. Voy a viajar a ver si hay suerte.

—No me lo puedo creer —dijo Baró enfadado—. Eres un objetivo de la insurgencia, lo sabes bien, y actúas como si nada.

—Guardo estrictamente las medidas de seguridad y lo sabes.

—No, no lo sé. Entiendo lo bien que te mueves por Irak, pero no debes arriesgar tanto.

—Sé lo que hago. Haré lo necesario para cumplir nuestros objetivos. Si hago caso a los peligros teóricos, no pondría un pie en la calle.

Baró se quedó disgustado tras la reunión y se fue a ver a Zanón.

—Voy a escribir una carta a Madrid para que la envíes esta misma noche. Es para Alonso, y te adelanto que le voy a solicitar que Alberto abandone la misión.

—¿Se lo has dicho a él?

—Se ha empeñado en dar caza a Sadam y está corriendo demasiados peligros.

—No es asunto mío —dijo Zanón poniéndose serio—, pero me parece injusto, se está dejando la vida a cambio de nada.

—Está demasiado involucrado, no mide los riesgos.

—Está haciendo en conciencia lo que cree mejor para defender a los soldados, a su país y para acabar con esta maldita guerra.

Zanón acabó la jornada tras enviar el mensaje de Baró, pero antes de irse a dormir escribió a Buque:

«No sabes cómo te echo de menos. Soy afortunado al poder escuchar tu voz cada dos días, pero se me está haciendo eterno. Por suerte, solo me queda algo más de una semana para volver a verte. El día 7 me iré donde está José Antonio, dormiré allí con él y luego cogeré un vuelo para Amán y desde allí a Madrid. Espero que vayas a buscarme y no se te olvide llevar a Luca.

»Ya te contaré más cuando llegue, que por aquí no me gusta hablar. A pesar de lo que te cuento con el Máquina, estoy bien. Ya no nos peleamos tanto, todo se está calmando.

»Me preocupa que los diez días que vamos a estar juntos pasen muy deprisa y no los aprovechemos. Te mando un beso grande para los dos. Te enviaré más correos cuando tenga tiempo, que aquí no paro. Cuida mucho de Luca y de su hermana».

*Bagdad, octubre de 2003*

José Antonio Bernal, responsable del contacto con los chiitas, había sellado un pacto para que estos no actuaran contra las fuerzas españolas y ese día le tocaba avivar la llama y comprobar que nada hubiera cambiado.

Al Naji le había citado en casa de Al Jamil, en el barrio de Sadr City, por lo que se ahorró las cuatro horas de carretera hasta Nasiriya, donde vivía. Cuando llegó vestido con su túnica y la pistola escondida debajo, no apareció el dueño de la casa. Se encontró solo al clérigo Al Naji en perfecto estado de revista, barba y ropajes negros impecables, aunque con los mismos zapatos desgastados. A Bernal le volvió a llamar la atención que fuera más o menos de su edad. Se sentaron en el suelo, se había acostumbrado a aquella postura con los pies cruzados y las rodillas separadas.

—Solo quería confirmar los términos de nuestro acuerdo y que haya constatado nuestra buena disposición —empezó el agente.

—No hay problema en eso, siempre los respetamos. Eso sí, estamos muy disgustados con el exceso de libertinaje permitido por sus tropas, se nos ofende con esas actitudes promovidas por los americanos.

—No entiendo.

—Hablo del consumo de alcohol, del sexo..., de las faltas de respeto a nuestra religión.

—No promovemos nada, eso es cosa de la gente.

—Estamos actuando para corregirlo y espero que ustedes respeten nuestras medidas.

—No es asunto nuestro. Solo buscamos la paz en la zona y poder ayudar a su pueblo a salir de la pobreza, a que haya hospitales, agua...

Sabía que los chiitas habían comenzado a perseguir a los que no cumplían sus estrictas normas de comportamiento, especialmente en barrios como ese. Estaba seguro de que más adelante habría enfrentamientos violentos, pero por ahora eran leves altercados.

—Si ustedes son leales y no se meten en nuestros asuntos, nosotros lo seremos.

—Por supuesto. Solo se puede mejorar sin violencia.

En ese momento entró Al Jamil en el cuarto, los dos se levantaron.

—Venía a preguntarle por Martínez, me he enterado de que está entre nosotros.

Bernal se quedó descolocado, era imposible mantener un secreto en aquel país.

—Sí, bueno, está en Irak.

—No ha venido a saludarme.

—Está muy ocupado y me ha dejado a mí la relación con ustedes. Seguro que en cuanto pueda lo hará.

—Lo imagino. Dígame de mi parte que tenga cuidado, no todos le aprecian como yo.

*Diwaniya, octubre de 2003*

Vega estaba de pie junto al trípode con la cámara fotográfica que enfocaba el portal de la casa de Al Qaeda, mientras Baró permanecía sentado pendiente de que se grabaran las conversaciones de sus ocupantes gracias a los micrófonos instalados por su compañero, aunque no entendían nada y necesitarían un traductor. Tras el altercado violento, Vega ya se encontraba bien, el golpe en la cabeza le había dolido durante horas, pero era un gaje del oficio, edulcorado por el hecho de que el resultado había sido positivo.

Estaban callados y concentrados. Eran dos profesionales curtidos en misiones clandestinas, disfrutaban con la tensión. Antes habían estado charlando sobre la novia y la hija de Baró, el deseo de Vega de que al regreso lo destinaran en Bosnia, y también sobre la comida. Baró había asegurado que, después de comer arroz con pollo unos días y pollo con arroz otros, cuando regresara a España no volvería a pisar un restaurante chino. A Vega le encantaba merendar dátiles con Coca-Cola y mantendría esa costumbre.

—Un tipo desconocido se ha bajado de un coche —informó Vega—. ¡Vamos, hombre!, mira a la cámara, date la vuelta..., eso es, foto hecha, ¡te tengo, cabrón!

—Otro para la saca.

—Vamos a echarle un vistazo.

Baró se colocó a su lado mientras Vega ampliaba la imagen de la cámara digital.

—¡Madre de Dios! —dijo Vega—, ¿es quien yo creo?

—Me temo que sí. Ali, la fuente de Martínez y Bernal.

—El antiguo agente de la Mujabarat juega en todas las partidas. Hay que avisar a Bernal lo antes posible.

—¡Será hijo de puta! En cuanto abandone la casa, nos iremos a ver al traductor para que nos diga de qué ha hablado con los de Al Qaeda.

—Espera, necesito la cámara, alguien está saliendo.

—Puedes hacer las fotos que quieras —dijo sarcástico Baró contemplando la escena—, pero no les vas a ver la cara.

—Son las crías que tienen dentro. Fíjate, van en fila con un tipo por delante y otro por detrás.

—¿Cuántos años pueden tener?

—Menos de dieciocho seguro, algunas aparentaban catorce o quince.

—Deben ser prisioneras.

—Yo las llamaría esclavas, el descanso del guerrero.

—Se deben haber casado con ellas, deberíamos investigar de dónde proceden.

—Con el hiyab tapándoles la cara, no podemos identificarlas. Y esa no es nuestra misión, no tenemos medios.

—¿Cómo pueden acostarse con ellas?, ¡joder, si son niñas!

—Son soldados, creen tener derecho divino a desfogarse.

*Nayaf, octubre de 2003*

Martínez tenía muy ocupado a Zanón con trabajos burocráticos, pero decidió darle un descanso permitiéndole que lo acompañara a una reunión con los jeques. Con ellos iba Al Mayali, en su calidad de intermediario. Los jefes locales lo conocían y lo consideraban uno de los suyos, su familia vivía en la zona y eso les transmitía confianza.

—Tienes que tener mucho cuidado, Alberto —dijo el traductor—, no deben verte mucho por las calles, te pueden identificar.

—Con el bigote y esta túnica no me reconoce nadie.

—Pues mira más a las chicas que pasan —dijo Zanón— y así parecerás más un iraquí.

Al Mayali se echó a reír y Martínez dejó escapar una sonrisa. Empezaba a acostumbrarse a que su segundo sacara punta a todo.

—Si la mitad va con la cara tapada y vestidos anchísimos —añadió Martínez.

—Eso no les impide a los hombres echarles sus buenas miradas, deben tener una imaginación desbordante.

El encuentro fue bien, amabilidad por ambas partes, traducción de Al Mayali para que Zanón se enterara, prisas de los jeques para que las obras empezaran cuanto antes y buenas palabras de Martínez. Por una vez, el jefe de los espías españoles en Irak no preguntó por Sadam, un consejo de Al Mayali, no venía al caso mezclar su búsqueda con los trabajos de reconstrucción del país.

Al salir, después de estar sentado en el suelo algo más de una hora, Zanón sintió un dolor agudo producido por su hernia discal, se había reactivado y llevaba varios días dándole problemas. Anduvo bien derecho, para que no lo notaran mientras se dirigían al Patrol para regresar a la base. Antes de subirse, sonó el teléfono móvil que Martínez utilizaba para hablar con sus contactos. No sabía quién lo llamaba pero atendió con un «dígame» en árabe. No dijo nada más. Se quedó paralizado y, al ver que los otros dos lo miraban, intentó recomponerse y entró en el vehículo. No les dijo quién lo había llamado ni qué quería. Se limitó a cambiar de tema, a no mostrar desconcierto. Una voz de hombre le había enviado un mensaje claro: «Te vamos a matar».

*Diwaniya, octubre de 2003*

Baró y Vega metieron prisa al traductor para que escuchara las grabaciones del día de la conversación en la que participaba Ali. Algo gordo le debía haber llevado hasta allí. Descubrirlo en relaciones con la gente de Al Qaeda les había transmitido un peligro cierto.

Fue aún peor de lo que imaginaban. Los de Al Qaeda iban a intentar en Bagdad contra la sede de la autoridad política estadounidense. Dos coches saldrían de la casa, con diez minutos de diferencia, conducidos por suicidas que se inmolarían en el ataque. Sería dos días después y los antiguos agentes de la Mujabarat se encargarían de que en el trayecto hasta la capital no sufrieran ningún tipo de percance, como encontrarse con un control sorpresa de los americanos. Para eso había ido Ali, quedaba claro que ocupaba un papel más importante entre los rebeldes del que había hecho creer a los españoles.

Telefonaron a Bernal, que se quedó menos sorprendido que ellos. Les recordó que Martínez siempre había dicho que no era de fiar, que jugaba a todas las bandas y que, por dinero y por sí mismo, haría cualquier cosa. Su opinión, compartida posteriormente por Martínez, fue que había que avisar a la CIA de lo que tramaban. La amenaza era demasiado grande para ellos. A cambio de la información, la condición ineludible que les pedirían a los americanos sería que lo hicieran de tal modo que los de Al Qaeda no relacionaran el fracaso de la operación con el control que ellos estaban realizando sobre sus actividades.

Ningún agente de la CIA debía aparecer en las cercanías del sector donde se iniciaría la escena para no alterar la percepción de confianza que los de Al Qaeda tenían sobre que su madriguera era un lugar seguro, incluso cuando frustraran su atentado. Lo mismo daba que achacaran el fracaso a la mala suerte o a unos chóferes inexpertos que en el último momento se arrepintieron y no se inmolaron, pasaba a veces con seguidores insuficientemente adictos a la yihad. Fuera cual fuera su interpretación, debía estar sustentada por lo que les contaran los insurgentes de la Mujabarat desplegados por la ruta del convoy.

Eran cerca de las once de una fría y despejada mañana. Baró y Vega estaban en su punto de observación, en el que por turnos habían permanecido durante las últimas veinticuatro horas. Su labor era alertar de los movimientos en la guarida de los terroristas, avisar de la salida de los coches y anotar los detalles de su actuación, una información que al servicio le sería de mucha utilidad en el futuro. Les había subido la adrenalina, la hormona que te pone a cien aumentando la presión sanguínea, el ritmo cardiaco y la glucosa en sangre, para de forma natural aguzar al máximo los sentidos durante el cumplimiento de la misión.

Martínez había ido el día anterior a informar sobre el atentado a su colega de la CIA. La operación era del CNI y lo que hiciera la Agencia no debería perjudicar el control permanente sobre el grupo terrorista asentado en Diwaniya, una fuente de información que les podría ser de mucha utilidad más adelante: «Si detenemos o matamos a los que se queden en la vivienda tardaremos en dar con la célula que los sustituya». Se lo transmitía porque la agresión iba dirigida contra el poder político estadounidense en Bagdad, pero al estar la unidad desplegada en territorio controlado por los españoles sus siguientes crímenes podían dirigirse contra la Brigada Plus Ultra. Había otro motivo menos aparente que incentivaba la actuación de los espías españoles: el asesinato del capitán de navío Martín-Oar podía haber sido responsabilidad de esa célula y querían ser ellos quienes los pillaran, pero no antes de explotar al máximo la información que pudieran sacar.

Adam Smith le rebatió severo y prepotente, por su boca salieron truenos y relámpagos. Incluso se levantó de la silla para apoyarse en la mesa con una mano y con la otra utilizar el dedo índice como si fuera un profesor reprendiendo a un alumno díscolo. «En Irak mandamos los Estados Unidos —le explicó—. Nosotros decidimos lo que se hace, lo que no y cómo se hace, vosotros sois nuestros invitados.» El español no se achantó, le recordó que ellos habían localizado a los terroristas y les confiaban una información de la que carecían para que evitaran muchos muertos.

Smith terminó reconociendo lo obvio: era una operación española de la que ellos se beneficiarían. Y aceptó la principal condición: su gente pillaría por sorpresa a los terroristas durante su viaje hacia Bagdad, facilitando que su descubrimiento pareciera una casualidad, aunque tendrían que estudiar cómo lo montaban. Le preguntó a Martínez dónde estaban situados los agentes que controlaban la vivienda, a lo que no obtuvo respuesta. El español se limitó a ofrecer

una vía de comunicación para informarles de los detalles de la salida, los vehículos y cualquier otra circunstancia. También le recordó que habría espías de la Mujabarat vigilando el itinerario, conocían bien el territorio y debían quedarse convencidos de que el fracaso de la misión había sido el azar. Antes de abandonar el despacho sellaron el acuerdo estrechando sus manos.

Los dos camiones pararon junto a la vivienda. Sus conductores salieron de prisa y se metieron dentro. Al rato, se abrió la puerta y tres hombres empezaron a cargar paquetes. Baró y Vega dedujeron que eran los explosivos y les sorprendió su cantidad, la deflagración sería brutal si el convoy no era interceptado.

—Fíjate en esa ventana —dijo Vega señalando una del primer piso—, es una de las chicas.

—No se la ve bien, pero sí que parece una niña.

—Si la pillan mirando a la calle le va a caer una gorda.

—Han tenido que ser secuestradas. Si no, es difícil entender por qué no se fían nada de ellas.

—Cuando los detengamos, habrá que preocuparse de que vuelvan con sus padres y descubrir si las vendieron o raptaron.

—O que hayan venido voluntariamente para servir a la yihad.

—Parece que ya han terminado de cargar los bultos.

Pasó un rato sin movimiento en la calle, sonó el teléfono móvil, era Martínez.

—¿Cómo va eso?

—Los paquetes están colocados —respondió Baró—, no tardarán mucho en iniciar el viaje.

—Cualquier cosa me decís. Cruzo los dedos.

Los agentes operativos esperaron, una de las actividades más recurrente en su trabajo. Nada de impacientarse, los *pepes* llevan su propio ritmo, nunca hay que intervenir para variarlo, deben sentirse seguros.

—¿Cómo crees que los noquearán los americanos?

—No les darán el alto, los suicidas podrían apretar el botón y llevarse por delante a los soldados.

—Es muy arriesgado que les dispare un francotirador. Si falla, estaríamos en las mismas.

—Para quitarse problemas, lo mismo esperan a que estén en algún lugar deshabitado y los bombardean.

—En ese caso dejarían claro que los tenían localizados y los de la casa de ahí enfrente desaparecerían en dos minutos.

—O dejan que entren en una ciudad o pueblo, organizan un atasco, se acerca alguien a pie y les vuela la cabeza.

Se abrió de nuevo la puerta de la guarida. Aparecieron dos jóvenes con apariencia endeble, con demasiada ropa encima, acompañados por el jefe cuya foto habían identificado en Madrid y por los dos conductores de los camiones. Hubo reparto de abrazos y el jefe les transmitió un último mensaje, quizás para repetirles algunas instrucciones, o para decirles «Nos veremos en el otro mundo». Se mostró amable y cariñoso con los dos, a los que Baró y Vega apenas habían visto en los días anteriores. Seguro que por precaución, no les habían dejado salir de la casa.

Los dos jóvenes se dirigieron a los camiones, se pusieron al volante y arrancaron. Los espías españoles encendieron el teléfono para avisar a los americanos, pero no les dio tiempo. Justo en ese momento se produjo una explosión descomunal. Una ola de energía arrasó los cristales de las ventanas, que saltaron en mil pedazos atacándolos como puñales enloquecidos. Sucedió a la velocidad del rayo, los pilló de improviso y los lanzó violentamente hacia atrás.

Martínez despertó a Baró, tirado en el suelo, y Zanón se acercó a Vega, recostado contra la pared. Habían pasado el control de seguridad instalado por tropas estadounidenses para evitar que la gente se acercara al barrio. Las sirenas de las ambulancias y los gritos de terror conformaban el despacible sonido ambiente. Apenas había pasado una hora de la explosión.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Baró, que, como Vega, estaba conmocionado y presentaba aparatosas heridas superficiales, nada aparentemente grave.

—Me llamó el cabrón de Smith para decirme que habían bombardeado la casa y los coches antes de salir. Lo sentía, eran órdenes superiores. Esperaba que a mi gente no le hubiera pasado nada.

—¿Qué le respondiste?

—Me cagué en su puta madre.

—Debían tener un dron —dedujo Vega.

—Nos la han jugado esos cerdos —siguió Martínez.

—¡Había niñas dentro! —gritó apesadumbrado Vega.

—Como si hubiera sido en un hospital —intervino Zanón—, han matado a un grupo de terroristas y lo demás no les importa. Sueltan su cagada y a otra cosa mariposa.

Vega esbozó con dolor una sonrisa por el comentario de su compañero mientras Zanón lo ayudaba a levantarse.

—¿Podrás sostenerte en pie con mi ayuda? —le preguntó el radiotelegrafista.

—Imagino que sí, me duele hasta mi sombra.

—Os vamos a llevar al médico de la base para que os cure y os haga una revisión. Ya tendremos tiempo de comentar la jugada.

*Bagdad, 5 de octubre de 2003*

*P*asara lo que pasara en el próximo encuentro, Bernal no pensaba mencionar el bombazo lanzado por los estadounidenses contra una casa de Al Qaeda. Ali había aparecido por allí dos días antes, lo que probaba que, como miembro de la insurgencia, mantenía relaciones estrechas con los seguidores de Bin Laden.

El exmiembro de la Mujabarat le había hecho llegar un mensaje a la embajada por medio de un correo *ciego*, alguien captado a cambio de unas monedas en cualquier calle de la capital. El joven le entregó un trozo de papel: «Sitio 1, dos horas antes». El mismo local sucio de la última vez.

Bernal se mostraba tan frío con Ali como este con él, y antes con Martínez. Le había dado buen resultado en la primera cita y había repetido. Era importante mantener a raya a alguien tan manipulador. Era un agente doble o triple, jugaba con todos mientras se deslizaba por la fina cuerda que le permitía no caer al vacío.

—Creo que es la primera vez en nuestra relación que toma la iniciativa para una cita —dijo Bernal tras sentarse sobre la alfombra sin despojarse de la túnica.

—Creí que lo agradecería y me traería un sobre con más dinero que la última vez —respondió en tono muy borde.

—No le pagamos por llamarnos, sino por la información de calidad que nos entregue.

—Hoy vengo con muchas cosas. La primera es sobre el ataque americano a una casa de Diwaniya. —Ali hizo una pausa para comprobar la reacción de Bernal y este esperó sin inmutarse a que siguiera—: Fue en territorio controlado por sus tropas.

—Lo sé, pero yo estoy en Bagdad.

—Era una célula de Al Qaeda. Hay mucha gente cabreada, dentro había chicas inocentes, nadie respetó sus vidas.

—Me parece tremendo, pero no sé qué me quiere contar, en qué puede serme de utilidad algo relacionado con los americanos que ya es historia.

—Han molestado a los simpatizantes de Al Qaeda, a los que han atacado en su territorio.

—Al Qaeda va a su bola, no me cuente historias raras. Vamos a otra cosa que me pueda interesar.

Ali puso cara de decepción, hizo un gesto de incompreensión y siguió hablando:

—Tome buena nota de esta información: la insurgencia ha creado un centro de mando coordinado que señala la estrategia contra los invasores y marca los atentados.

—¿Qué más sabe?

—Envían a las misiones a los grupos locales, que actúan a su manera, de forma independiente. Cuando el objetivo exige una inmolación, entran los de Al Qaeda. No sé lo que pasará en el futuro, pero en este momento los de Bin Laden son bien recibidos.

A Bernal le habría encantado escupirle a la cara que sabía que él mantenía contactos con Al

Qaeda, pero debía ocultar esa carta.

—Pues Sadam estará encantado con la presencia en su país del grupo al que odiaba tanto.

—Ahora mismo le debe preocupar más bien poco.

—Sus contactos de la Mujabarat le tendrán informado —siguió incisivo el espía.

—No sé nada de Sadam, no lo sabía antes y no lo sé ahora.

—Me ha contado lo del centro de mando, pero no sé si quiere añadir algo más.

—Muchos piensan que lo de Diwaniya lo han hecho ustedes —dijo Ali con claridad. Era tan retorcido que al mismo tiempo que le adelantaba la existencia de un peligroso mando conjunto de la insurrección, lo convertía en un trozo de queso colocado en una trampa para sacarle lo que supiera del atentado en Diwaniya.

—¿Nosotros?, ¡venga ya! Ni tenemos medios ni personal. Bastante hacemos con preocuparnos de nuestros soldados. Y por si no se ha enterado, los americanos han dicho públicamente que ellos acabaron con los terroristas.

—Le he avisado de lo que algunos piensan, ahí queda, aunque lo suyo no sea agradecer mis esfuerzos y sí mosquearse.

Bernal ni contestó, se estaba escamando con Ali, le estaba dando la vuelta a la tortilla y estaba intentando convertirse de informante en controlador.

—Me preguntó por los chiitas, por sus movimientos. Me he enterado de que están preparando acciones en su zona.

—¿Qué tipo de acciones?

—Lo desconozco, no he podido descubrirlo porque se habrían mosqueado. Pero la información es buena: no se fie de ellos.

—Así de simple: ¿que no me fie de los chiitas?

—Es mucho más de lo que debo decirle. Actúe como pueda, pero investigue y me lo agradecerá.

El espía no pudo obtener más datos por mucho que lo intentó. Al final le dio un sobre y le prometió un ingreso en su cuenta de Suiza si confirmaban su pista sobre los chiitas. El juego del exagente de la Policía política de Sadam era enrevesado, Bernal no sabía si creer todo lo que le había contado.

### ***Bagdad, octubre de 2003***

Adam Smith, o como narices se llamara, recibió a Martínez como si no hubiera pasado nada. Dos agentes del CNI habían resultado heridos leves, pero podían haber muerto por la onda expansiva de un misil y por los explosivos colocados en los dos camiones.

El humo del tabaco viciaba el espacio del pequeño despacho y su anfitrión lo invitó a sentarse con un gesto de la mano que también podía significar que se fuera y le dejara en paz. Iba vestido con la misma ropa de camuflaje de siempre, lo que quería decir que tenía las prendas repetidas o nunca se cambiaba.

—Fue una estupidez —empezó Martínez.

—Cumpló órdenes, como usted.

—Si mi gente hubiera muerto, le aseguro que habríamos montado la mundial.

—No murieron, no somos tan torpes.

—Lo son, simplemente tuvieron suerte. Les importábamos una mierda.

—No se cabree, no le lleva a ningún sitio. Ya ha pasado, ha presentado su queja y ahora vamos a otra cosa.

—No es tan simple, colaborar así con ustedes no es un placer.

—Nuestros servicios están por encima de desencuentros puntuales.

—¿Desencuentros? Usted es un cínico.

—Me da igual lo que piense de mí, este trabajo es así y usted es mayorcito para saberlo.

No iban por buen camino y Martínez lo sabía, pero antes de pasar a otro tema quería dejarle patente su malestar.

—He venido por lo que me dijo del paradero de Sadam. Si tuviera medios, lo resolvería yo, pero somos pocos y con mucho trabajo.

—Si tiene una pista, le escucho.

—Tengo fuentes de calidad que me señalan una zona donde podría estar escondido.

—Nosotros también tenemos informaciones, aunque de momento no le hemos podido ubicar correctamente.

—Está escondido en Tikrit, en su localidad natal. Es el único sitio donde nunca nadie lo delatará.

—Está equivocado. Nuestros indicios, procedentes de gente cercana a él, nos llevan a otros lugares del país. Lo han visto en otras localidades. —Y no quiso compartirlas.

—Hace tiempo, un colaborador iraquí me contó una historia que ocurrió en 1959, cuando Sadam tuvo que huir de las autoridades que gobernaban entonces.

—La desconozco.

Martínez le repitió la huida juvenil de Sadam, pero no le impresionó.

—No querrá que volquemos nuestras pesquisas allí solo porque fue el lugar que escogió para esconderse hace más de cuarenta años. Después de la vida de lujo que ha llevado, nunca iría a una zona tan pobre de su pasado. No va a hacer lo más obvio, no es tonto.

—Nunca ha olvidado de dónde procede, son sus hijos los que solo conocen la opulencia. Él no tiene problemas para vivir en la extrema necesidad.

—Le agradezco la información —concluyó la conversación Smith—, seguiremos las pistas de las que disponemos.

Cuando Martínez se fue, entró en el despacho otro agente de la CIA para saber qué deseaba el español:

—No se entera de nada, está obsesionado con que Sadam está en Tikrit, no tiene ni puta idea, no sabe cómo son estos dictadorzuelos.

—¿Escribo en su expediente que ha venido a contártelo?

—No merece la pena, déjalo.

Tras salir de la frustrante reunión, Martínez fue a ver a Bernal a la embajada, en su despacho de viceconsejero de Información. Ocupó la silla de las visitas y Bernal fue a sentarse a su lado.

—Los de la CIA se lo tienen muy creído. Han aterrizado en el país como elefantes en una cacharrería. Les he dicho por dónde buscar a Sadam y no me han hecho ni caso.

—Es su problema. Si tardan en encontrarlo, peor para ellos.

—Tendré que seguir buscándolo yo. Mi pista es la buena. ¿Tú qué tal?

—Tu sustituto acaba de llegar, pasarán unos meses hasta que controle, pero parece un tipo normal. Seguro que, cuando me vaya dentro de un año, es el rey del mambo.

—Yo tengo un problema con Zanón. Ha venido por poco tiempo y no está preparado para una misión de esta envergadura.

—Yo tampoco lo estaba, tú me enseñaste, me mostraste los caminos, me dijiste cómo tenía que actuar.

—Venías para tres años, estábamos en época de paz...

—La Mujabarat —le cortó—, nos tenían asediados.  
—No tiene nada que ver, Jose, eran tiempos más calmados.  
—Zanón es un gran tipo y hace muy bien su trabajo. Ni a él ni a mí nos prepararon para ser agentes de campo, pero todo se aprende con ayuda y comprensión.  
—Me preocupa que no sepa actuar y hacerle correr riesgos innecesarios.  
—Aquí todos corremos riesgos, déjalo crecer, apóyalo, cuenta con él. ¿Os lleváis mal?  
—Al principio peor que mal. No es un tipo ordenado, metódico. No se centra como a mí me gustaría.  
—Es risueño, siempre ha caído bien a todo el mundo.  
—Hemos empezado a llevarnos bien, es difícil no reírse con sus bromas, siempre ve el lado positivo, pero estamos en guerra y parece que no se entera.  
—Claro que se entera, él es así. Todos somos distintos.  
—Quizás es culpa mía, el trabajo es complicado.  
Bernal no podía entender cómo Martínez y Zanón podían llevarse mal cuando él mantenía relaciones perfectas con los dos. Sería cuestión de tiempo. Mejor cambiar de tema:  
—He estado con Ali y lo que me ha dicho sobre los chiitas me ha preocupado.  
—Juega a demasiadas bandas.  
—Lo sé, le pedí que me informara sobre la gente de Muqtada al Sadr y me ha dicho que están preparando alguna acción, cuando ellos me aseguraron que no harían nada contra nuestras fuerzas.  
—Ali no suele mentir, aunque nunca lo cuenta todo. En cualquier caso, no le entres directamente a Al Nají, los clérigos llevan mal que duden de sus palabras. Una vez dada, suelen respetarla. Es preferible confirmarlo por otro lado.

*Nayaf, octubre de 2003*

Esa noche, aprovechando que estaba solo, Zanón se acercó a ver al médico. La hernia discal iba a peor, le dolía bastante y caminaba malamente. Le pidió que le diera algo para el dolor, aunque no fuese específico. Después decidió acercarse a la sala del ordenador para escribirle a Buqe. Iba para allá cuando le sonó el móvil. Una voz de hombre en árabe le repitió varias veces un mensaje que, a pesar de lo poco que controlaba el idioma, entendió a la perfección: «Te vamos a matar».

Se quedó helado. Estaba metido en una guerra en la que no se imaginaba recibir una amenaza mafiosa al estilo de los bajos fondos. Poco a poco se estaba implicando en el trabajo con Martínez y debían haber pisado algunos callos. No sabía quién podía amenazarlo, pero no le cabía duda de que iba en serio.

Escribió a su mujer:

Ahora estoy un poco agobiado de trabajo, pero en unos pocos días nos vamos a ver. Ya te daré los detalles de cuándo llego a Barajas. No te preocupes, te lo diré con tiempo. Cógete un taxi y a tus hijos, no te pongas de parto, y ven a esperarme al aeropuerto. Atención: no te pongas de parto. Dale un montón de besos a Luca. Me muero de ganas de verte. Ya no queda nada.

*Bagdad, 7 de octubre de 2003*

*E*l sol iluminaba con suavidad y cariño el pedazo de tierra iraquí atormentado por la guerra. El intenso calor había quedado atrás. Bernal y Zanón se habían tomado la tarde libre para pasear y para que el radiotelegrafista destinado en Nayaf conociera un poco de Bagdad y comprara algunos regalos. Los dos llevaban pantalones plagados de bolsillos, Bernal un polo verde de manga corta y Zanón una camisa blanca remangada con más bolsillos aún. Iban de turistas occidentales, sin pistolas al cinto, aunque pocos andaban por allí de recreo esos días.

Zanón quería hacerse algunas fotos delante de monumentos para enseñarlas en casa y transmitir una sensación de tranquilidad. Bernal hizo de fotógrafo e incluso posaron juntos con unos enormes platos dorados y plateados de una tienda de orfebrería. Zanón apareció en casi todas las imágenes con un pitillo en la mano, luciendo su barba de varios días, mientras Bernal estaba perfectamente rasurado y con las gafas de sol colgadas del cuello abierto del polo.

Dos viejos amigos con mucha confianza, esa que se adquiere cuando profundizas en una relación conociendo las virtudes y defectos de la otra persona, y aceptándola tal y como es. Al día siguiente Bernal acercaría a su compañero al aeropuerto para que volara hasta Amán y desde allí, tras varias horas de espera, coger el avión que lo trasladara a Madrid.

—¿Cómo lleva Buqe el embarazo?

—La pobre está sola con Luca y a veces es complicado. Esperemos que la niña nazca mientras esté yo allí. Van a ir sus padres, será fantástico para que la ayuden y le hagan compañía.

—Los últimos meses del embarazo son muy pesados, y estando sola seguro que más, pero ahora vais a tener la oportunidad de disfrutar unos días. ¿Qué tal con Alberto?

—El Máquina es difícil de llevar, ahora parece que se ha relajado un poco y cada uno respetamos los espacios del otro. Cuando llegué creía que me odiaba. No sabes cómo se ponía. Nos enfrentábamos un día sí y otro también.

—Es muy difícil seguir su ritmo, no para de trabajar, y más en mitad de este lío.

—Baró piensa que no debería estar aquí, que con sus actuaciones pone en peligro la misión, que es muy conocido y peligró su vida.

—También yo lo soy, eso no tiene remedio. Tenemos una misión que cumplir, así que ocurra lo que ocurra debemos continuar.

—Baró se queja de su obsesión por dar caza a Sadam, dice que va más allá de lo que nos corresponde.

—Alberto sabe lo que hace, aunque arriesgue mucho. Nunca ha sido un delegado pasivo y conformista, si tiene que jugársela se la juega. Lo hizo antes y lo hace ahora. Por eso antes de la guerra conseguimos tan buena información sobre los planes de Irak.

—El Gobierno no os hizo mucho caso.

—Ninguno, pero esa no es nuestra responsabilidad.

Bernal notaba a su amigo preocupado, siempre había fumado mucho y esa tarde no paraba de encender un pitillo tras otro.

—Algo te preocupa, ¿qué es?

—He recibido llamadas amenazándome de muerte.

—¿Tú también?

—Sí, imaginamos que son los mismos que han amenazado a Alberto, que tardó en contárnoslo.

—Como formáis equipo, tratan de amedrentaros a los dos. Sin embargo, yo no las he recibido.

—Tú estás metido en otros fregados, ahora soy yo la pareja de Alberto.

—Espero que sea un loco, aunque dar con vuestros números de teléfono no lo hace cualquiera.

Siguieron paseando por la ciudad. Foto al lado del río Tigris delante de unos edificios impresionantes y una farola llena de polvo marrón. Foto delante de un arco y una piscina utilizada para tender ropa en una cuerda. Foto tras foto que Bernal disparaba mientras su amigo esbozaba una sonrisa tenue.

—El viaje es un rollo, casi dos días —se quejó Zanón.

—Yo lo he hecho unas cuantas veces. La ventaja es que tú estás a dos meses de regresar definitivamente. —Se paró delante de su amigo—. Andas con problemas.

—La hernia me está matando.

—Tanta tensión debe ser malísima.

—Según pasan los días, lo voy llevando peor.

—Si no estás preparado para seguir...

—¿Qué dices, Jose? Es más incómodo, pero estoy bien.

—Cuando te lo he dicho, te has estirado, pero se te nota mucho al andar, así no puedes seguir.

—Nada que unas buenas inyecciones no solucionen. Cuando llegue a Madrid iré al médico y me dará un remedio, ya verás.

A las siete Bernal dio por concluida la excursión para regresar a su casa, había quedado en telefonar a su madre y a su mujer. Zanón sacó una Coca-Cola de la nevera mientras su amigo se iba al jardín a hablar. Se sentó en el cuarto de estar y pensó en la razón que tenía Martínez cuando le comentó el día anterior que Bernal era muy afortunado, vivía muy bien. Ellos estaban en unos cuartos como celdas de convento, sin espacio para nada, mientras esa casa era enorme. Para cuidarla, Bernal necesitaba a cuatro personas: una mujer de la limpieza, que le cocinaba, un jardinero y los dos guardias de la puerta. Cuando su amigo regresó, le pidió que le dejara el teléfono, que era una línea de la embajada, para llamar a Buque.

Bernal preparó la cena mientras charlaban en la cocina, con una parada para atender por teléfono a Vega, que le pidió que dos días después, el 9 de octubre, no saliera de su casa hasta que él llegara porque le quería comentar algo.

Después de cenar estuvieron otro rato charlando, hacía tiempo que no se veían con tanta tranquilidad. Hablaron de sus padres. El de Bernal había estado pachucho, pero ya estaba otra vez lleno de energía, y su madre seguía mimando a todo el mundo. Zanón veía mayores a los suyos, se preocupaban mucho por todo, aunque estaban encantados con sus nietos. Los dos describieron un disgusto parecido de sus mujeres cuando se fueron a Irak tras la invasión, si por ellas hubiese sido, ninguno de los dos estaría en ese momento en Bagdad.

Tras unos meses de nerviosismo, con picos de angustia, Zanón empezó a aflojar, gastó bromas sobre algunos profesores que habían tenido en la academia de radiotelegrafistas y recordó cómo el padre de Bernal no les quiso dar clases y dejó que lo hiciera su ayudante para que nadie viera favoritismos. Antes de acostarse, como no podía ser de otra manera, hablaron de su Atleti, de que

Zanón intentaría acompañar a su padre a un partido y de los multimillonarios del Madrid, que si no fuera por el dinero que invertían en fichajes nunca ganarían nada.

La incertidumbre que vivían se apartó para dejar lugar a la dulzura del recuerdo de los buenos momentos compartidos en el pasado y a los que vendrían en el futuro. Era agotador lo que estaban pasando, pero en adelante les tenían que esperar muchas cosas buenas. Durmieron profundamente, relajados, sin pesadillas, lejos del paisaje oscuro de Bagdad.

Al día siguiente, muy de mañana, Bernal se despidió de su amigo con un intenso abrazo. Se merecía unas vacaciones, aunque fueran cortas. En dos semanas iría a buscarlo a ese mismo aeropuerto cuando regresara a Bagdad.

*Bagdad, 9 de octubre de 2003*

*E*ran las siete y media de la mañana cuando alguien golpeó la puerta insistentemente. Bernal estaba avisado de que Vega acudiría a visitarlo, pero como su compañero vivía en Diwaniya le pareció excesivamente pronto. Su empleada doméstica todavía no había llegado y el vigilante de seguridad le había pedido permiso para retrasarse porque tenía que cuidar de su hijo, por lo que no le iba a dar el relevo al compañero que había hecho la guardia de noche en la calle. Bernal se había levantado sin prisas, había desayunado y todavía iba vestido con una camiseta y un pantalón corto. Se puso unos zapatos. No le parecía una forma de recibir a nadie, pero se dirigió a la entrada.

Primero observó por la mirilla y se quedó sorprendido al descubrir que era el clérigo chiita Al Naji, vestido con el habitual turbante negro y una capa ligera del mismo color. Se habían visto unos días antes. Era del todo inusual que fuera a su casa a esa hora tan intempestiva.

Abrió la puerta y se mosqueó aún más cuando vio un Opel de color marrón aparcado en la calzada con dos hombres dentro, uno de los cuales estaba saliendo. El clérigo le habló a gritos, fuera de sí, mientras él sujetaba con una mano la puerta y con el cuerpo tapaba el espacio libre.

—¡Me ha engañado!, ¡nos ha engañado a todos!

—¿Que yo le he engañado? —dijo sorprendido no solo por sus palabras, sino por su tono agresivo—. No le he engañado nunca.

—Lo ha hecho, ha pedido a la Mujabarat que nos espíe. ¡Nos ha traicionado!

Bernal notó la amenaza en sus ojos, también en la actitud del hombre que lo acompañaba e incluso en el mal encarado que permanecía en el coche con la ventanilla abierta. Y supo que iban a por él, querían secuestrarlo o, aun peor, matarlo.

—¡La información es falsa! ¡No he hablado con nadie de la Mujabarat! —gritó en el mismo tono del clérigo.

Recorrió con una mirada rápida la acera, nadie pasaba. Vivía en una zona tranquila, en el barrio de Mansur. La imagen se posó clara en su cabeza: estaba metido en una encerrona y nadie lo iba a ayudar. Al Naji dio un paso hacia delante intentando apartarlo para entrar en su casa. Si Bernal lo permitía, supondría darles libertad de acción para que hicieran con él lo que quisieran. Rápido de reflejos, no se lo pensó dos veces. Empujó a un lado al clérigo y salió corriendo hacia la izquierda, rumbo a una calle próxima mucho más transitada, la avenida 14 de Ramadán, su única vía de escape.

Ante su huida, los hombres que acompañaban al clérigo sacaron sus pistolas y le gritaron: «Párate, párate ahí». Bernal estaba fuera de sí, sin dejar de correr gritó desesperado: «¡No no!». Los sicarios empezaron a perseguirlo mientras le disparaban sin acertarle. Se alejaba hacia la vida cuando la suerte lo traicionó. No había recorrido cuarenta metros cuando tropezó por culpa de los cordones desatados de los zapatos y, antes de poder incorporarse, lo pilló uno de los

pistoleros y desde un par de metros le pegó un tiro en la cabeza. Eran poco más de las siete y media de la mañana cuando el espía español perdió la vida.

**Madrid, 9 de octubre de 2003**

Zanón aterrizó unas horas después en el aeropuerto de Barajas ansioso por reencontrarse con su mujer y su hijo. El viaje había sido largo y especialmente pesado por culpa de la ansiedad por llegar. Se había repetido muchas veces que debía disfrutar de cada momento. No se iba a permitir el mínimo enfado, todo tenía que ser alegría y buen rollo.

Tras pasar los controles de inmigración, salió al vestíbulo y la imagen de su mujer embarazada junto al pequeño Luca le pareció el mejor cuadro que nadie le podía haber pintado. Los estrujó, los besó, necesitaba sentir que no era un sueño. Un instante cálido que se truncó cuando apareció en su campo de visión un agente del CNI con cara circunspecta. La noticia que nunca pudo imaginar iba a cambiar sus planes para los siguientes días.

El padre del agente destinado en Bagdad, José Antonio Bernal, se había levantado como todos los días y había encendido la televisión. Llevaba varias semanas con un mal presentimiento. Su hijo se la estaba jugando, lo sabía aunque intentara tranquilizarlos, y había conversado varias veces con su mujer sobre los riesgos que estaba corriendo. Él era militar y comprendía que tuviera que cumplir con su trabajo, aunque las circunstancias fueran adversas. Pero era su hijo y le dolía.

La noticia de la muerte de Jose apareció por sorpresa en la televisión y le dejó en *shock*. Lo habían asesinado en la puerta de su casa, no daban más detalles. Su hijo nunca más le avisaría antes de regresar a España para que comprara mariscos y celebrarlo con toda la familia. Su mujer lloraba desconsoladamente mientras él avisaba al resto de sus hijos cuando dos agentes del servicio aparecieron en su casa para darle en persona la noticia que ya conocía. Los del CNI estaban compungidos, desconocían lo que había pasado, pero Bernal padre sacó su entereza desde el primer momento.

En los días siguientes asumió personalmente explicar a la prensa un hecho que consideraba importante: «Todos en la familia estamos desechos por este dolor tan terrible, pero con ser tan fuerte el golpe, es más llevadero porque somos militares, sabemos que se corre un riesgo, para el que nuestro hijo se había presentado voluntario, y tenemos la satisfacción del deber cumplido al servicio de lo que la nación necesitaba».

El presidente Aznar le telefoneó para darle el pésame. Bernal no le comentó que su hijo le había contado, la última vez que se vieron, hablando del apoyo del Gobierno a la invasión estadounidense, que «Aznar no sabe lo que está haciendo, no hay armas de destrucción masiva de ninguna manera». Esos días algunos susurraron a su oído que su hijo y Martínez nunca deberían haber regresado a Irak.

*Nayaf, 10 de octubre de 2003*

Martínez se reunió con Baró y Vega en la sede de las tropas españolas en Nayaf. Le dolía el corazón, estaba moralmente hundido. Bernal no era solo el compañero con el que había mantenido una estrecha relación durante los dos años anteriores, también era un amigo al que estaba especialmente unido, de esa forma en la que solo se sienten los que han compartido situaciones conflictivas y han peleado juntos por salir airosos. El día anterior, tras conocer el asesinato, intentó desplazarse a Bagdad para acudir a la capilla ardiente, pero recibió una orden tajante desde la sede central: no debes ir por nada del mundo. Tenían claro que quienes lo habían matado también le tenían a él en su punto de mira. De nada le sirvieron sus quejas.

Estaba irritado, la amargura se apoderó de él. Hizo lo único que le pareció viable para enfrentarse al golpe cruel y no caer en la depresión. Se lo transmitió a sus dos compañeros nada más verlos:

—La manera de superarlo es no pensar y trabajar.

Los tres militares, resistentes a las adversidades, estaban hechos polvo, pero coincidieron en que nada les hiciera apartar la vista de sus objetivos. Era lo que Jose habría querido.

—Zanón y tú estáis recibiendo llamadas amenazantes, pero Bernal no contó que las recibiera —afirmó Baró en el despacho de Martínez, donde los tres estaban sentados en sillas alrededor del escritorio de madera con desconchones.

—Hablé con él hace tres días —señaló Martínez—, estaba tranquilo. Si se confirma lo que ha declarado el guardia de la embajada de Sudán, que estaba cerca de su casa, entre los atacantes había un clérigo chiita. Jose jamás habría citado a ninguna fuente en su casa. Me contó que unos días antes había quedado con Al Naji, pero no me dijo que sus relaciones estuvieran mal, solo que Ali le transmitió que los chiitas estaban preparando algo en nuestra zona, lo que dejaría claro que le estaban mintiendo.

—Si han sido los chiitas —siguió Vega—, lo que no entiendo es la razón de matarlo. Yo analizaría otras posibilidades porque Jose llevaba mucho tiempo aquí, lo conocía mucha gente y quizás han querido vengarse de él. Hablo de la Mujabarat, por ejemplo.

—Ali podría haberlo traicionado —añadió Baró—. Le pudo contar a Al Naji que Jose le había pedido que los espiera, y estos en venganza lo asesinaran.

—Al Naji es un mal tipo, un terrorista —dijo Martínez—. Pero ¿por qué ahora? Jose era su contacto directo, siempre hemos mantenido buenas relaciones con ellos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vega—. Necesitamos a los chiitas para garantizar la seguridad de las tropas.

—Van a mandar un equipo de Madrid para investigar lo sucedido —dijo un Baró educado en el respeto a la disciplina—. Les facilitaremos todos los datos y colaboraremos en lo que necesiten. Ellos informarán y desde Madrid decidirán lo que hacemos. Han matado a Bernal, pero no

perdamos de vista que bajo nuestra responsabilidad hay 1300 hombres.

Hubo un momento de silencio. Las palabras pronunciadas en alto estaban bien, servían para darse ánimo, pero no podían esconder el dolor que los atenazaba. La imagen de un entusiasta, siempre dispuesto, amigo de sus amigos y entrañable Bernal flotaba en el ambiente. Baró retomó la conversación que se les hacía tan cuesta arriba:

—Tenemos que afrontar otro problema. —Miró de frente a Martínez—. Estás amenazado de muerte, mucha gente te tiene ganas. De hecho, las mismas llamadas van contra Nacho, y no fueron contra Jose porque ya no forma parte de tu equipo. Quien sea que las haga, va directamente a por ti. Deberíamos evitar otro atentado y para eso deberías regresar a Madrid.

Martínez saltó como un resorte:

—¡Ni en broma! Esta es mi misión tanto como la vuestra. Tenía concedido un destino en el País Vasco, y en Madrid optaron por enviarme aquí porque controlo todo lo que pasa.

—Eso no lo discuto —siguió firme Baró sin alterarse—. De lo que hablo es de un tema de seguridad. Quieren matarte, como ya han matado a Jose. Y lo sabes.

—Todos corremos riesgos, vosotros también. Podíais haber fallecido en el ataque contra Al Qaeda y nadie os ha pedido que regreséis a España. Las misiones hay que cumplirlas, arriesgando lo que haga falta.

—Ya he pedido que te saquen de aquí y volveré a hacerlo. Es mi deber.

—Haz lo que consideres conveniente.

***Madrid, 10 de octubre de 2003***

Por la tarde, a las 19:30, en la capilla de la base aérea de Torrejón de Ardoz se celebró el funeral por José Antonio Bernal. Más de doscientas personas quisieron despedirse de él. Acudieron el ministro de Defensa, Federico Trillo, y la ministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio.

El féretro, cubierto con la bandera de España, fue transportado por compañeros y amigos entre los que se encontraba, especialmente afectado, Ignacio Zanón, que como el resto de agentes se mantuvo en un discreto segundo plano. Estaba hundido, nunca pensó que pudieran matar a su amigo en el mismo conflicto en el que él estaba luchando.

Charo, la esposa de Alberto Martínez, quedó destrozada en cuanto se enteró de la noticia y estuvo muy cerca de Virtú, la mujer de Bernal, y de Soledad, su madre. Nunca en su vida las tres mujeres habían llorado tanto.

Uno de los momentos más emocionantes de la ceremonia fue también el más controvertido, aunque nadie lo manifestara en público, pero sí en los corrillos que se formaron tras el oficio religioso. El Gobierno le impuso a José Antonio Bernal la Cruz del Mérito Civil del Ministerio de Asuntos Exteriores, atendiendo a que el sargento primero del Ejército del Aire se encontraba oficialmente al servicio de la embajada y no como militar adscrito al CNI. La perplejidad de muchos asistentes se debió a que consideraban bastarda esa explicación, no se sostenía. Pretendía apoyar la postura del Gobierno de que los espías y militares destinados en Irak no estaban participando en una guerra: así, Bernal era una víctima del terrorismo, no de un conflicto armado.

Más tarde, también hubo controversia cuando los mandos del Ejército del Aire le concedieron la Medalla al Mérito Aeronáutico con distintivo amarillo, no en rojo, que era la que le correspondía por haber muerto en acto de servicio.

Al día siguiente, un Zanón descolocado, el que había compartido los últimos momentos de felicidad de su amigo del alma, tuvo que acudir a la sede central para ser entrevistado por Alonso.

No había tenido ni un minuto para escaparse a ver al médico y que le recetara algo para la hernia que le traía a malvivir.

Zanón aparentó estar bien, cargando pilas, aunque Alonso sabía el gran palo que se había llevado con el asesinato de su compañero. El radiotelegrafista no mencionó sus dolores ni la mala relación que había tenido con Martínez. No hubo reproches, habían comenzado a entenderse y esperaba que todo siguiera mejorando tras su regreso.

Alonso le preguntó por las amenazas de muerte. Zanón le corroboró que tanto Martínez como él las estaban recibiendo en sus móviles cuyos números de teléfono poseían todos los iraquíes que habían conocido a su jefe en los últimos tres años, aunque era imposible identificar las llamadas. También reconoció, como había informado Baró, que Martínez trabajaba con entusiasmo para descubrir el escondite de Sadam. Sobre si consideraba que su jefe corría demasiados riesgos, le contestó a Alonso que ellos eran los que deberían interpretar si eran los adecuados.

Al salir, cuando iba a meterse en el coche volvió a sentir un pinchazo agudo en la espalda. No podía pasar más tiempo sin ver al médico. Ponerse derecho le costaba un esfuerzo sobrehumano, y si no reaccionaba rápido, no podría levantarse de la cama. En cualquier caso, intentaría que nadie se enterara.

*Madrid, octubre de 2003*

Las vacaciones de Zanón habían comenzado llevando el féretro de su amigo y continuaron detectando en las miradas de las personas que lo querían la imagen de que él podía ser el siguiente. Según descontaba días y se acercaba el momento de su vuelta a Irak, fue consciente de que antes o después algún miembro de su familia verbalizaría sus inquietudes. Lo sabía porque esa imagen deprimente había encontrado albergue también en su cabeza. Bernal había sido asesinado tras haber estado juntos unas horas antes. Un día eres feliz, gastas bromas, disfrutas de una estupenda comida, y al día siguiente, sin avisar, todo se acaba. Da igual la edad que tengas, te crees inmortal porque eres joven, y aparece el diablo vengador para llevarte porque le sale de las narices. Él podía ser el siguiente y, cuando conseguía aparcar ese pensamiento, se lo recordaban las amenazas de muerte que llegaban a su móvil.

La situación le estresaba pero intentaba simular tranquilidad, en eso era muy bueno, sobre todo con Buqe. Los dos intentaban centrarse en compartir la alegría por el inminente nacimiento de su hija y, quisieran o no, la algarabía continua del pequeño Luca, ajeno a todo. Lo que no pudo ocultar Zanón a sus más íntimos fueron los dolores por la hernia discal, que en algunos momentos habían empezado a inmovilizarlo.

Las palabras de su amigo fallecido lo acompañaban una y otra vez cuando estaba solo. Su deseo de volver a ser padre una vez que acabara la misión, la suerte de haber podido asistir al bautizo de su sobrino cuando estuvo en Madrid, las ansias de que el Atleti ganara de una vez por todas algo grande. También recordaba sus palabras de comprensión para Martínez, «Pronto verás que es un gran tipo».

Él no era un militar de combate, no lo había sido nunca, ni quería serlo. Pero había decidido aceptar el reto de ir a Irak formando parte de un equipo de cuatro agentes y, con todas sus limitaciones, había terminado convirtiéndose en una pieza pequeña pero importante del engranaje, no les podía fallar, no les iba a fallar. Era su compromiso y pensaba cumplirlo costara lo que costara. Y más tras el asesinato de su amigo.

El momento tenso de las vacaciones, que él ya preveía, estalló durante una visita a la casa de sus padres. Apareció el Nacho feliz, bromista y alegre de siempre, y se encontró con que su padre había tomado la decisión de decirle lo que sentía, por mal que le sentara. Le pidió directamente que no regresara a Irak:

—Estás dolorido, tienes una hernia que apenas te permite sentarte y levantarte, tienes una excusa para no volver, vas a tener un bebé...

—Debo regresar, papá, no hay alternativa. No os preocupéis por mí.

Solo sus mejores amigos del CNI conocían desde hacía tiempo los problemas físicos que le impedían practicar los deportes que tanto le gustaban. No comentó nada a sus jefes de Madrid, y en Irak se había medicado a escondidas. Podía haber sido un pretexto para eludir su regreso, pero

nunca se lo planteó.

Otro día llevó al aeropuerto a su hermano Javier, que volvía a su casa de Mallorca. Su hermano no le comentó aquello que sus padres le habían insistido tanto: «Convéncelo para que no regrese». No se lo mencionó porque Nacho no dejó espacio para la duda.

Javier se percató de que su hermano había adquirido un perfil profesional y humano que desconocía. Nacho le había reconocido que estaba preocupado, aunque no le dijo los motivos. Javier intuyó que le había cambiado la personalidad, quizás por ser consciente de que en Irak todos corrían peligro de muerte. Al despedirse, Javier le abrazó: «Cuídate, hermano». Y se encaminó hacia la sala de embarque sin darse cuenta de que Nacho estaba contrariado, metido en sí mismo, con un rostro nuevo que ni él mismo conocía.

Unos años antes, cuando nadie conocía todavía la existencia de Buqe, Nacho le explicó a su hermano: «Lo que siento por ella es tan bello..., es tranquilidad, ternura, amor en estado puro». Era lo mismo que sentía en ese trance tan convulso. Al día siguiente iba a coger el vuelo que lo llevaría, tras una parada en Jordania, de nuevo a Bagdad. Esa tarde su mujer se había encontrado mal y habían aparecido las contracciones previas al parto. Estaba angustiada, lo había estado los diez días que habían pasado juntos. No quería que se fuera, lo necesitaba a su lado, iba a nacer su hija y ansiaba que la acompañara en el parto. Debía haber una ley que impidiera a una pareja separarse cuando iba a nacer su hijo.

Nacho habría entregado todo lo que tenía para agarrar la mano de Buqe en el quirófano. Un poco de buena suerte no les vendría nada mal, que naciera esa noche, que pudiera coger a su bebé en brazos, que pudiera llenar de besos a Buqe y despedirse al día siguiente sabiendo que todo había ido bien.

Al llegar al hospital se la llevaron para un reconocimiento. Buqe lo miró con nerviosismo, si naciera la niña en las próximas horas sería la mujer más feliz del mundo. Miró a su Nacho, cariñoso, sincero, romántico, a veces deliciosamente inmaduro, siempre dispuesto a dar rienda suelta a su imaginación, a sentir, a soñar.

Nacho se quedó solo en la sala de espera. Una noche más sin dormir, las malditas llamadas amenazantes lo desvelaban. No comprendía cómo alguien podía osar interrumpir sus momentos de felicidad con Buqe y Luca. No había levantado cabeza tras el hachazo de la noticia del asesinato de Bernal... y tenía que regresar a aquella maldita guerra.

Falsa alarma. Buqe quería estar de parto, que la niña saliera ya de sus entrañas, pero todavía no estaba madura. Regresaron a casa decepcionados, con Nacho agotado buscando palabras bonitas para subir el ánimo de su chica.

La separación al día siguiente fue cruel, la vida a veces no quiere darte lo que te mereces.

*Tikrit, octubre de 2003*

A 140 kilómetros al noroeste de Bagdad, Tikrit debe su nombre al río junto al que se encuentra, el Tigris, un manantial de vida para todo el país. Allí nació Sadam Husein en 1937 y allí estaba escondido sesenta y seis años después. Al menos eso era lo que Martínez creía. A sus jefes podía parecerles carente de sentido que viajara hasta allí; sin embargo, él quería notar el palpitar de la ciudad y confirmar los motivos de sus sospechas. Si miles de soldados estadounidenses lo estaban buscando por todo el país sin suerte, era casi imposible que él solo lo encontrara en unas horas. No obstante, necesitaba hacer una inmersión en la zona, entender los razonamientos del dictador.

En cuanto la autopista dio paso a la urbe se encontró de frente con un sorprendente mural de grandes dimensiones, pensaba que la propaganda para enaltecer el culto al líder espiritual habría desaparecido por completo: Sadam Husein estaba montado en un caballo blanco con una espada en la mano, al frente de sus tropas, avanzando hacia la definitiva liberación de Israel. La misma imagen habría servido para recordar a Saladino, nacido también en la ciudad, el guerrero que expulsó a los cristianos de Jerusalén durante la Cruzada, diez siglos antes, y con quien al dictador le encantaba compararse.

Se metió en Tikrit para dar una vuelta por la ciudad. Diversos controles militares dedicados a registrar los coches de los iraquíes demostraban que los americanos estaban más preocupados por la seguridad allí que en otras localidades, los incondicionales del dictador eran muchos más. Lo que más había temido siempre Sadam era estar rodeado de traidores, por lo que designó para los puestos de confianza de su Gobierno a familiares y aliados de su familia, y creó una estructura funcional plagada de nativos de Tikrit. Más tarde, al convertir la Guardia Republicana en su unidad militar de élite, optó por que sus mandos procedieran también de su localidad natal.

Por este motivo, esa zona había sido uno de los objetivos simbólicos de los ataques aéreos previos a la invasión terrestre. Bajar la moral del enemigo era muy importante, al mismo tiempo que se subía la del propio bando y la de aquellos grupos maltratados por el dictador que sabían que no había ninguna parte del país con tanta gente influyente como aquella.

Martínez se bajó del coche en un barrio que, por su aspecto, aparentaba llevar mejor el caos, cerca de un edificio de color arena medio destruido que parecía haber aguantado con solvencia siglos de guerras. Anduvo por la acera vestido con su túnica y el turbante, lo que sumado al color moreno de su piel, el tupido bigote renegrado y su manejo del idioma árabe, le permitían acercarse a cualquiera sin levantar el resquemor de ser occidental. Entró en un cafetín, se acercó a la barra y entabló conversación con un señor de unos cincuenta años con camisa a cuadros y pinta de irle bien en los negocios. No tardó en mentarle a Sadam como un hombre de bien que había hecho mucho por Irak. Acertó en su estrategia para soltarle la lengua.

—Aquí le tenemos en nuestros corazones.

—Muchos lo ven como un asesino —dijo Martínez haciendo con las manos gestos de

incomprensión.

—¡Venga ya! Las torturas, los asesinatos y las desapariciones son un invento de los occidentales, nunca existieron. Solo se castigó a los asesinos y a los ladrones, se lo merecían. Este país se lo debe todo.

Otros se sumaron a la conversación de forma espontánea, convencidos de que Martínez era uno de ellos, mostrando su admiración por el líder en busca y captura, y su odio hacia los invasores.

El agente regresó a por su coche. Se paró unos metros antes para contemplar los destrozos de la guerra y a la gente yendo pausadamente de un lado para otro, como si no tuvieran nada que hacer, lo cual era bastante probable. Martínez siempre iba acelerado a todas partes, y más desde que era un objetivo terrorista. Pero alejarse de sus tareas habituales, observar con tranquilidad, sentir el aire frío en la cara, le sentaba bien. Aunque ya nunca podía bajar la guardia. Enseguida le llamó la atención un coche azul ruinoso que estaba aparcado en la acera contraria, unos diez metros por adelante del suyo. Tenía buena memoria fotográfica, le sonaba haberlo visto antes, no recordaba dónde, pero le pareció extraño. Precisamente el día que viajaba a Tikrit, donde no había estado nunca, reconocía un vehículo sospechoso. Quizás fuera una casualidad.

Emprendió camino hacia su siguiente parada, Ouja, la aldea donde Sadam había nacido. Se acercó al palacio que se construyó allí, uno de los cuatro que levantó en Tikrit. Dos misilazos lo habían convertido en ruinas desnudando sus muros y dejando expuesto su lujoso interior a la vista de la gente que paseaba por la calle. Rodeado, como los otros tres, por un mar artificial de pacíficas aguas, consiguió que los soldados de guardia lo dejaran entrar. Recorrió los pasillos y habitaciones de altos techos y columnas recargadas. Visitó el dormitorio, sorprendido de que todos los muebles, cama, mesa, mesillas de noche y sillas, estuvieran lacados en oro. Fue el resarcimiento de Sadam. Los nacidos en la región conocían sus orígenes míseros, en un asentamiento de cabañas de adobe a orillas del río Tigris, y terminaron asistiendo a su gran triunfo hasta convertirse en el personaje más opulento del mundo.

Sus paisanos lo apoyaban tal y como era, y él se había encargado de abonar ese aprecio. Invirtió en su bienestar y consiguió hacerlos felices garantizándose una lealtad que no rentabilizaría en ningún otro rincón de Irak. Martínez siguió paseando por el pueblo. Todo le encajaba. Estaba escondido por allí, no le cabía duda. Si los estadounidenses batían adecuadamente la zona, cosa que hasta el momento no habían hecho, lo encontrarían.

Una voz pronunció su apellido desde lejos. Se dio la vuelta y descubrió a Ali haciéndole señas para que parara.

—Le he reconocido y quería darle el pésame por lo de su compañero.

Se estrecharon la mano con la misma distancia que siempre, no se apreciaban. Martínez no se sorprendió de encontrárselo, pero simuló que así era.

—Mucho tiempo sin verle, le agradezco sus palabras.

—Era un buen tipo, trabajaba muy bien con él, incluso mejor que con usted.

La diplomacia no era una cualidad de Ali, le encantaba dejarlo patente.

—Un par de días antes de ser asesinado me contó que se había reunido con usted.

—Sí, todo fue bien. Me pagó poco, como siempre.

—Quizás su información no fuera buena.

—No he venido a discutir, solo a darle el pésame.

—¿Quién cree que lo asesinó? —preguntó Martínez mientras invitaba a Ali a caminar en la dirección de la que procedía.

—Dicen que los chiitas, están muy revueltos, incluso se habla de una guerra entre ellos.

—¿Por qué los chiitas iban a querer matarlo? Se llevaban bien.

—La guerra, Martínez. Haces algo que no debes y te pegan un tiro. No debió saber tratarlos.

—También pudo pasar que alguien lo traicionara.

—No le entiendo.

—Alguien que dijera a los chiitas que Bernal no era de fiar.

—Es posible, así es la batalla por la información, que usted conoce tan bien.

Ali era demasiado hábil y Martínez no quería acusarlo directamente.

—Me alegro de que la casualidad nos haya reunido en Tikrit. Me he quedado sin contacto con ustedes y creo que puedo seguirles ayudando.

—Ahora no tengo órdenes sobre ese tema, debo preguntar a mis jefes. Todo lo relacionado con Bernal ha quedado congelado hasta después de una investigación.

—Lo entiendo, entonces buscaré a otros a los que le interese mi información.

«¡Vaya cara! —pensó Martínez—, es un tipo único.» Podía ser la persona que hubiera metido cizaña con los chiitas para que acabaran con la vida de Bernal, y como si nada, quería mantener abierto el grifo de sus ingresos.

—¿Qué quiere venderme, Ali?

—Sigue buscando el paradero de Sadam, me lo dijo Bernal.

—Como muchos aquí.

—Si me hace un ingreso en mi cuenta de Suiza, le puedo ofrecer algunos detalles muy interesantes.

—¿Algo que no sepa?

—Puedo reducir su búsqueda.

—Le escucho.

—Está escondido cerca, pero ni en Tikrit ni aquí en Ouja. No sé dónde exactamente, pero puede acotar la búsqueda en un radio de treinta kilómetros.

—Pocos datos.

—Con las fuerzas adecuadas lo encontrarían en unos días. Espero su ingreso. Si lo hace, seguiré informándole de lo que me entere.

Ali se paró delante del coche azul en mal estado que a Martínez le había parecido sospechoso.

—Tengo que irme.

—¿Cómo nos pondremos en contacto? —preguntó Martínez.

—Le mandaré una nota al cuartel de Nayaf.

—Si es urgente, puede llamarme.

—No tengo el número de su móvil —respondió el exagente de la Mujabarat.

—Es verdad, se me olvidaba. Mejor me manda una nota o yo pongo una en la primera casa que nos vimos en Bagdad.

Por la tarde, Martínez regresó a Nayaf y estuvo dando una vuelta con Al Mayali, que ese día había decidido pernoctar allí en casa de unos familiares. El traductor estaba contento con los avances de las gestiones para la reconstrucción de la ciudad. Iba a ganar un buen dinero por intermediar entre las autoridades locales y el Ejército español. Su amigo Martínez estaba encantado porque esas obras ayudaban a mantener tranquilos a los jeques locales y a distanciarlos de los grupos rebeldes.

El español le consideraba un hombre cabal que detectaba los problemas con prontitud y aportaba soluciones. Se sinceró con él:

—Me queda poco para tomarme vacaciones, nunca las había deseado tanto.

—No me extraña —dijo Al Mayali—, estás viviendo una situación muy complicada y el asesinato de Bernal ha sido un golpe para todos, especialmente para ti.

—Era una persona inmejorable. No entiendo lo de su muerte, siempre se movía con mucha precaución.

—Los dos estabais aquí antes de la guerra y no deberíais haber vuelto.

—Es mi trabajo y mi deber, Flayeh. A pesar de eso, estoy un poco cansado de mis jefes, no me reconocen el trabajo que estoy haciendo, me estoy dejando la vida y para ellos todo son problemas.

—Cuando vuelvas a España, quédate allí.

—No puedo, no insistas. Aprovecharé para estar con Charo y Alberto, disfrutar con ellos. Pero acabaré lo que queda de la misión. ¿Crees que los chiitas mataron a Jose porque alguien les señaló que los estaba engañando?

—Si pensaban que no era leal con ellos, no me extrañaría.

—Es que hay alguien que pudo hacerlo, alguien que vendería su madre al diablo para sobrevivir y ganar dinero... Alguien que ha estado siguiéndome.

*Diwaniya, octubre de 2003*

*E*ra el menú obligatorio y Baró no le hacía ascos a ningún tipo de comida, es lo que tenía haber estado un año pasando hambre en el curso de los comandos especiales. Lo que nunca pudo imaginarse fue que le terminara gustando desayunar higaditos de pollo con huevos duros y pan. A uno de los pocos placeres a los que no había renunciado era a beber cerveza por la calle, por lo que la camuflaba en latas de refresco.

De comida estaba hablando con Vega mientras controlaban desde dos coches una casa de supuestos seguidores de Sadam cuyas actividades les habían resultado sospechosas. El suboficial se había llevado desde Madrid un equipo de transmisiones muy avanzado que les permitía comunicarse a mucho más de doscientos metros.

—¿Cómo necesitamos beber para sobrevivir y sin embargo podemos estar sin luz? —preguntó Vega.

—Nunca creí que llegara a beber tanto líquido y no tuviera ganas de ir a mear —respondió Baró divertido.

—Para ti es más importante escuchar a Sabina que comer. —Se rio Vega.

—Hemos nacido para ser guerreros, pero en compañía de buena música se pasa mejor.

—Por favor, si canta con bombín y tiene voz cazallera.

—Allá tú con tus gustos musicales. ¿Sabes? —Baró estaba ansioso por contarlo—, he decidido que cuando me vaya a España de permiso a principios de diciembre, voy a anunciar que me caso con Alicia.

—Enhorabuena.

—Gracias, ya nos tocaba.

—Hay movimiento en la casa —alertó el suboficial—, voy a hacer una foto con el teleobjetivo.

Vega tenía perspectiva sobre la zona que vigilaban pero Baró estaba fuera del campo de visión de los *pepes*, con la intención de no arriesgar demasiado.

—Ha aparecido un tipo desconocido —dijo mientras miraba la imagen captada por su cámara fotográfica—. Me suena un montón. Déjame que revise la baraja de los americanos.

—¿No me digas que fue un alto cargo del régimen? —preguntó ansioso Baró.

—Pues sí, aquí está, el seis de corazones. Vamos a seguirlos. Se ha subido con otro tipo con pinta de guardaespaldas a un coche rojo y van hacia ti. Coge tú la cabecera del seguimiento, yo me coloco detrás.

—Vamos a ver hacia dónde van, y si eso, avisamos a los americanos para que lo detengan.

*Nayaf, octubre de 2003*

Zanón entró en el despacho de Martínez. Llevaba una amplia sonrisa que no le pasó desapercibida a su jefe.

—Has sido padre —dedujo.

—Me acaban de mandar la foto de mi hija Arieta, el parto ha ido muy bien. Mi mujer está tan feliz como yo.

—Felicidades. —Martínez se levantó y le dio un fuerte abrazo, el primero en tres meses.

—Podía haber nacido unos días antes y así le habría dado un achuchón, pero bueno.

—Se lo darás en poco tiempo. Todo pasa y esto también pasará.

—Me preocupa que mi mujer esté sola y no ayudarla con los niños. Al menos, durante unas semanas va a tener a sus padres.

—Vamos a hablar.

Tomaron asiento con el escritorio separándolos. Martínez limpió los cristales de sus gafas despreocupadamente.

—Lo de Bernal ha sido un palo para los dos. Su pérdida no debe influir en nuestro trabajo, pero tengo que decirte que siempre confié en ti, cosa que yo no hice al principio.

—No importa, esta es una misión especialmente difícil.

—He sido muy duro contigo porque la vida aquí no vale un céntimo. Cuando llegamos no había tiempo para nada, y los dos somos muy distintos.

—No hace falta que lo digas.

Somrieron. Les quedaban dos meses para concluir la misión y la muerte de un compañero los empujaba a mirar el futuro de otra manera. Y hablaron de los planes respectivos. Era la primera vez que tenían una charla tan relajada, que concluyó con el cambio de tema de Martínez:

—Ayer estuve hablando con nuestro enlace en la CIA, le facilité datos más concretos sobre el paradero de Sadam, pero aquí cada uno va a su bola. Que ellos saben dónde buscar, que no tengo ni idea, que soy un pesado.

—En Madrid me preguntaron por esa búsqueda, creen que te extralimitas.

—Anteayer me encontré con Ali, bueno él me encontró. Creo que ha tenido algo que ver con la muerte de Jose.

—¿No habían sido los chiitas?

—Me da que él está detrás, debemos tener cuidado. No sé lo que piensa, es peligroso.

—No lo entiendo.

—Da igual —dijo Martínez poniendo punto final al tema—. Te doy las gracias por haber vuelto, sé que te habrá costado. No me lo has comentado, pero a veces veo que andas raro, que te duele la espalda.

—Estoy bien, pequeñas molestias, se me pasan con las pastillas.

—Con tanto trabajo, el dolor tiene difícil solución.

—Pues todavía no te he dicho que mañana me escayolan la espalda.

Martínez soltó una carcajada.

—Debemos extremar las medidas de seguridad. Me han contado desde Madrid que Bin Laden ha lanzado un mensaje en el que incluye a España entre los enemigos del islam por nuestra implicación en esta guerra, ha sido una amenaza explícita. Tienes que pedirles que nos manden el documento íntegro.

Para no olvidarse, Zanón se cambió el reloj de mano.

***Basora, octubre de 2003***

Baró y Vega hicieron un seguimiento perfecto del coche en el que viajaba el seis de corazones. Intercambiaron varias veces su posición cerca del objetivo durante las más de tres horas que

tardaron en llegar a Basora, donde pararon en la puerta de un cafetín. El exalto cargo de Sadam y su escolta entraron. Vega salió del coche y confirmó que los dos se habían sentado a una mesa alejada de la barra, con tres hombres que los esperaban. Se lo contó a Baró y este decidió informar de inmediato a las tropas británicas para que fueran a detenerlo, ellos eran los encargados del control de la segunda ciudad más importante del país. Le respondieron que se limitaran a mantenerlo vigilado hasta que ellos llegaran, que si se movía los alertaran, pero que no intervinieran para nada, era cosa suya.

Baró le ordenó a Vega que cubriera la puerta de atrás mientras él vigilaba por delante. Veinte minutos después nada había cambiado en el cafetín, los cinco hombres se tomaban los tés con tranquilidad, ajenos a lo que estaba a punto de ocurrir.

Un helicóptero militar apareció y se colocó sobrevolando el local. Los partidarios de Sadam reaccionaron rápido. El seis de corazones y su escolta enfilaron hacia la puerta trasera mientras sus acompañantes sacaban sus pistolas y se dirigían a la entrada principal. Entonces aparecieron varios camiones y coches llenos de soldados, un despliegue apabullante. Los tres hombres se colocaron en posición defensiva junto a la puerta y detrás de una ventana. Empezaron a disparar en el momento en que los militares británicos abandonaban los vehículos. El fuego cruzado obligó a Baró a salir y a parapetarse detrás de su coche mientras alertaba a Vega.

El suboficial se había escondido detrás de la puerta trasera, que se abría hacia fuera. Escuchó los pasos acelerados de dos hombres y sacó su pistola Star de 9 milímetros. Todavía no había empezado el tiroteo en la parte delantera. El guardaespaldas, que iba por delante, abrió la puerta y salió a la calle. Había dado cuatro pasos fuera del local cuando Vega le asestó un golpe certero en la cabeza que le hizo caer al suelo. El agente se giró de inmediato para apuntar con la pistola al seis de corazones, que se quedó helado. Sin intentar levantarse, el escolta sacó su arma, y Vega, que lo vigilaba de reojo, le pegó un tiro y volvió a encañonar a su principal objetivo, que optó por quedarse quieto.

Diez minutos después, cuando los seguidores de Sadam que habían hecho frente a las muy numerosas tropas británicas fueron reducidos, aparecieron varios soldados en compañía de Baró. Se hicieron cargo del personaje de la baraja y se llevaron el cuerpo del guardaespaldas, a quien todavía le quedaba un hilo de vida.

—A estos los hemos cazado nosotros —dijo Baró—, pero nunca nadie se enterará.

—En unas horas leeremos el comunicado de la autoridad británica anunciando que el seis de corazones ha sido detenido...

—Por sus soldados.

—Y nuestro servicio tan feliz. Seguro que el MI6 les manda una carta de agradecimiento.

*Nayaf, octubre de 2003*

Por la noche, antes de acostarse, Zanón le escribió a su mujer:

Hoy he estado más tranquilo que otros días, parece que el Máquina se toma el trabajo con algo más de tranquilidad. Se cansa de discutir con los de Madrid, cree que no le agradecen el trabajo que está haciendo y sueña con irse a casa para pasar unos días con su familia. Le entiendo perfectamente, está dejándose la piel, lleva aquí tres meses, después de tres años, con solo diez días de vacaciones, y está harto. Desde que he llegado nos llevamos bastante bien y los dos hemos empezado a tener mucho cuidado de no molestar al otro, incluso nos reímos juntos.

Me duele mucho la pierna, cada vez lo llevo peor. Hasta el punto de que nada más llegar me he empezado a tomar el Nolotil y el médico me ha pinchado el Inzitan que me traje de allí. Siento mejoría en cuanto me lo ponen, aunque no sé si son imaginaciones mías, pero me vale. Eso sí, cuando me meto en la cama noto todo el

nervio de la pierna hasta el tobillo.

Tengo que reconocerte que hay días que me siento triste, pero no te preocupes porque al día siguiente me levanto lleno de optimismo. Lo que me pasa es que estoy deseando que termine esto y poder regresar a casa contigo y con los niños. Sí, tengo ganas de acabar esto y pasarme el resto de mi vida junto a vosotros. Quién sabe dónde estaremos mañana. Recuerdo como si hubiera sido ayer cuando llegaste a España e iba a buscarte a la universidad y nos íbamos a tomar un café y a besarnos en el coche oyendo música.

Eres la madre perfecta, me encanta cómo quieres a nuestros hijos. Espero poder ser también un buen padre para ellos. Siento no conocer a nuestra hija, pero es mejor, así la iré conociendo poco a poco por lo que tú me cuentes. Reparte besos por ahí, di a mi familia que los quiero mucho y que estoy deseando volver. Un beso especial para ti, mi vida. Te veré pronto.

*Diwaniya, noviembre de 2003*

Los cuatro agentes recibieron la visita de Miguel Sánchez, el director de Inteligencia del CNI. El máximo responsable técnico de las operaciones solo acudía a lugares muy seleccionados y por motivos excepcionales. Deseaba mostrarles el apoyo de La Casa tras el asesinato de su compañero, ver en qué situación se encontraban y escuchar lo que pensaban.

La principal reunión la mantuvieron en el cuartel de las tropas españolas en Diwaniya, donde residían los dos agentes de la unidad operativa. Disponían de un despacho con dos escritorios y sus ordenadores. Las paredes estaban cubiertas de grandes mapas y de una pizarra de corcho con diversas hojas sujetadas por chinchetas.

Le preguntaron por el crimen de Bernal, les preocupaba que los asesinos vivieran tan tranquilos sin pagar por ello. Sánchez les explicó que iban a hacer lo que pudieran, pero que el servicio carecía de capacidad para buscarlos porque ellos cuatro estaban sobrepasados de trabajo y no podían dejarlo todo para investigar. Enviaría a un equipo del Servicio de Seguridad para presionar a la Policía local, competente en esos temas, y que aumentaran su esfuerzo, pero sabían que estaban desbordados por un sinfín de crímenes.

—¿Cómo podemos ayudar a aumentar vuestra seguridad? —les planteó Sánchez.

Era la clave; encontrar la respuesta, algo más complicado. Al servicio secreto lo había pillado esa misión fuera de juego, los protocolos para que los agentes trabajaran en conflictos bélicos no estaban actualizados, era una situación novedosa. Especialmente porque esos agentes debían actuar para evitar los ataques a las propias tropas, lo que exigía que se movieran sobre el terreno exponiéndose a muchos peligros. Y lo que era peor, en La Casa había opiniones encontradas sobre las principales medidas a adoptar.

Sánchez se percató de algo que conocía por su larga experiencia, pero que aplicado a una guerra despertó su atención: las visiones de los oficiales de inteligencia como Martínez eran totalmente distintas a las de los agentes operativos como Baró y Vega. Mientras Martínez consideraba que era necesario disponer de vehículos blindados para soportar los ataques, los operativos defendían que les quitaban operatividad y hacían más difícil escapar de una trampa. Estos proponían no ir a las operaciones en los modernos todoterrenos, fácilmente identificables, como hacía Martínez, sino en los mismos transportes que utilizara cualquier iraquí. Pusieron como ejemplo el taxi que tanto le gustaba a Baró y que le hacía invisible para los insurgentes. Los operativos incluso le pidieron al director de Inteligencia que les comprara motos, perfectas para el trabajo tal y como ellos lo entendían.

Con Zanón interviniendo poco, sus tres compañeros, especialmente los operativos, coincidieron en la necesidad de disponer de armas de protección personal más potentes que unas simples pistolas. No era lo mismo realizar las operaciones habituales en cualquier país conflictivo que enfrentarse, como hacían ellos, con todo tipo de grupos que primero disparaban y luego

preguntaban.

A Martínez le gustó menos la siguiente propuesta de sus colegas.

—Los ingleses tienen unos protocolos de actuación conjunta con sus militares que les permite ir acompañados a determinadas misiones, como si fueran escoltas, incluso sin vestir el uniforme. También lo hacen los americanos cuando se desplazan con compañías privadas de mercenarios.

—Eso no lo tengo claro —matizó Martínez—, no puedo acudir a algunas reuniones acompañado por un escolta armado, la fuente saldría corriendo.

—Yo a veces le he pedido a un legionario que me acompañe a determinados sitios —dijo Vega— y actúa de tal forma que nadie se entera de su presencia y te aporta seguridad.

Sánchez los escuchó y les anunció que cuando regresara a Madrid debatiría con otros jefes las medidas a adoptar y las implementarían lo más rápidamente posible.

No le había pasado en los tres años destinado en Irak. Por primera vez, Martínez estaba ansioso por regresar a Valladolid y reencontrarse con su mujer y su hijo. Llevaba varios días en que se veía a sí mismo despistado pensando en los diez días libres, de descanso, que se iba a tomar lejos del ruido ensordecedor. Le habían afectado mucho el mal ambiente con sus jefes y la muerte de su amigo Bernal; necesitaba parar y recuperar fuerzas.

El 11 de noviembre se acercó feliz al aeropuerto de Bagdad, con tiempo para tomar el vuelo hasta Amán. Al llegar le comunicaron que desconocían cuándo llegaría su avión, hizo cábalas pensando en el trasbordo en Jordania y le entró el nerviosismo de quedarse tirado y no llegar a Madrid cuando había anunciado.

Tomó la decisión en unos segundos. Se subió al Patrol y puso rumbo a Amán. Una larga distancia, nueve horas de viaje, menos si pisaba el acelerador hasta el fondo. Y la carretera no era segura, pasaba por zonas con fuerte presencia de la insurgencia. No pidió autorización, ¿por qué iba a hacerlo si él era el jefe? Nadie lo habría autorizado oficialmente a darse esa paliza tan arriesgada. Pero él necesitaba llegar a casa cuando le había dicho a Charo, necesitaba regresar ya.

Condujo por encima de todos los límites. 140 kilómetros por hora, 160... La velocidad le evitaba encuentros desagradables con los insurgentes. Si lo detectaban, cuando quisieran ponerse a perseguirlo ya estaría muy lejos.

Cuando se enteró el delegado de La Casa en Jordania le echó la bronca por su imprudencia. No le afectó, pudo subirse al avión cuyo billete guardaba celosamente en el bolsillo. Cuando se despidieron, su compañero del servicio pensó que Martínez había cambiado en los últimos meses.

### ***Valladolid, noviembre de 2003***

El día 17, Alberto Martínez cumplió cuarenta y cinco años y se fue a celebrarlo con Charo al restaurante Manolín, en el barrio de La Farola de Valladolid. Dos días antes también celebraron su santo y el de su hijo. Días alegres, llenos de entusiasmo, en los que Irak quedó en el olvido. Se relajó y estrujó los días para volcarse en su familia

Su mujer supo desde el primer momento que Alberto no quería preocuparla. Físicamente le notó cambiado, según él porque se lo habían ordenado. Se había dejado un gran bigote, le habían salido las primeras canas y había cogido cuerpo cuando siempre había sido un pincel. En realidad, los dos habían envejecido durante los últimos tres años. Incluso el pequeño Alberto aparecía ante los ojos de sus padres como un chico muy maduro para la edad que tenía.

Cuando el 25 de noviembre se despidieron porque Alberto tenía que regresar a su misión, se aferraron a que todo acabaría en mes y medio. El agente le recordó a su mujer que cuando

estuviera en Irak tendría poco tiempo para ellos, debía volcarse completamente en su labor: «Mi trabajo no es estar al cincuenta por cien, tengo que estar al cien por cien».

*Irak, 26 de noviembre de 2003*

*E*l periodo de estancia de los cuatro agentes con la misión de proteger a las tropas españolas desplegadas en Irak concluiría a principios de año. Mientras ellos se desplazaban aceleradamente, sin tiempo para una formación específica adecuada, en el servicio seleccionaron al equipo de reemplazo y empezaron a prepararlos adecuadamente para la tarea que sus compañeros tuvieron que aprender sobre la marcha. Como era habitual, les programaron una visita previa de reconocimiento, una aproximación a la realidad, un mes antes de formalizar el relevo.

Aprovecharon que Martínez regresaba de sus vacaciones para que los acompañara en el largo trayecto. El experto agente había vuelto cargado de energía, relativizando sus problemas personales y dispuesto a seguir dándolo todo. Volver con el futuro reemplazo le supuso interiorizar que en los días siguientes debería llevar otro ritmo, aparcar las iniciativas del día a día y dedicarse a ellos para que su inmersión fuera un éxito.

La llegada de los cuatro Josés no solo cambió su rutina, también la de Baró, Vega y Zanón. Hasta el día 1 de diciembre, de la mano de los veteranos, deberían tomar conocimiento directo de la situación del país. Un grupo enseñaría al otro las claves de sus trabajos, visitarían sus zonas de actuación y la capital, sobre el terreno les hablarían de los principales retos y las soluciones que les estaban dando. Unos abrirían sus grifos de información y otros los absorberían en sus esponjosos cerebros. Los residentes compartieron su escaso espacio con los recién llegados, una especie de grupo okupa que les recordó que su misión estaba cerca de terminar. Los novatos se sintieron como en casa, rodeados de compañeros sobrados de la experiencia sobre el terreno de la que ellos carecían.

El comandante José Ramón Merino Olivera y el brigada José Lucas Egea se instalaron en Nayaf con los agentes a los que sustituirían, Martínez y Zanón. Merino, cuarenta y nueve años, el más veterano, había estado destinado en Kosovo y era experto en terrorismo. Como en el caso de su colega Martínez, a su mujer tampoco le hacía mucha gracia que se fuera a Irak, pero comprendía que su profesión estaba por encima de todo y era su vida. Por su parte, Lucas era un hombre de acción, con pasión por la cultura, lo que le había llevado a ponerse a estudiar Geografía e Historia.

El comandante José Carlos Rodríguez Pérez y el sargento José Manuel Sánchez Riera se desplazaron a Diwaniya con Baró y Vega. En este caso, el perfil de los dos equipos era muy distinto. A dos agentes operativos expertos en cumplir misiones arriesgadas los sustituirían Rodríguez, un militar con amplia experiencia como oficial de inteligencia que había estado destinado en Bosnia, y Sánchez Riera, un radiotelegrafista como Zanón, cuya principal tarea serían las comunicaciones.

Baró y Vega captaron desde el primer momento que sus sustitutos enfocarían su labor de una forma diferente. Ellos habían llegado con una experiencia operativa que sustituía su falta de

preparación previa y los nuevos ya llegarían formados.

Los que más trato habían tenido antes de encontrarse en Irak habían sido los radiotelegrafistas. Misma escuela en el Ejército del Aire, idéntico destino en la sede central, llevaban mucho tiempo juntos, se conocían bien. Zanón le contó a Sánchez que él iba a tener la ventaja de asimilar en Madrid aspectos que él había tenido que aprender sobre la marcha.

Los días 27 y 28 los pasaron recorriendo su zona de operaciones, presentándoles a sus contactos, marcándoles lugares estratégicos y explicándoles los distintos grupos influyentes de Nayaf y Diwaniya. Primó la camaradería y el buen rollo. Fueron bastante relajados. Se rieron probándose las túnicas de camuflaje, se metieron los unos con los otros por su escaso dominio del idioma árabe, gastaron bromas sobre las mujeres a las que mejor no debían acercarse pero que eran tema recurrente de conversación cuando charlaban con hombres árabes, les desvelaron cuáles eran los establecimientos para comprar bebidas alcohólicas, les recomendaron no acercarse a los cines pues estaban llenos de jóvenes salidos que no paraban de gritar cuando en la pantalla aparecía el ombligo de una actriz americana y les aconsejaron no comer pollo durante el tiempo que les restaba en España; en Irak se iban a hartar. En el futuro, cuando todos estuvieran de regreso en España, se juntarían para charlar y contarse anécdotas. Hablarían de un tiempo en el que vivieron peligrosamente, una experiencia vital única.

La noche del 28 de noviembre, como hacía casi siempre antes de acostarse, Zanón escribió una carta a Buque:

Te quiero, pequeña. Me encanta leer lo que me escribes. Cuando me cuentas lo que hacen Luca o Arieta consigues que me ría estruendosamente y que mis compañeros me miren con cara rara. Tengo muchas ganas de volver a veros.

Ahora estoy muy a gusto, sé cómo llevar al Máquina y no me tomo las cosas mal. La situación ha mejorado muchísimo y cada día que pasa me hago más con las riendas del trabajo. Me ha venido muy bien la visita de estos torpedos que nos han invadido el garito como si fueran okupas, no tenemos apenas sitio pero aquí están tan felices. Han pasado tres días sin darnos cuenta. Y cuando se vayan, una semana después cojo un avión y me voy para casa quince días.

Tenemos una vida juntos por delante. Cuida de mis hijos, me gusta mucho hablar de ellos porque ya son dos, quizás en el futuro podamos encargarles un hermanito. Pero antes tenemos que disfrutar tú y yo mucho de la vida. Te quiero.

*Irak, 29 de noviembre de 2003*

Se levantaron temprano con la intención de estirar el día, cumplir los objetivos planeados y estar de regreso en sus bases antes de que oscureciera. Su estado de ánimo era alto. El de los veteranos, porque la presencia de los nuevos les había traído un chorro de aire fresco. Y el de estos, porque estaban teniendo la sensación de compartir una excursión con viejos amigos.

Decidieron viajar los ocho juntos porque si se producía una agresión tendrían más posibilidades de hacerle frente. La seguridad siempre guiaba cada uno de sus movimientos y especialmente en el mes del Ramadán, en el que los ataques habían aumentado, sobre todo contra los estadounidenses. No eran soldados que cuando salían de sus cuarteles fueran en patrulla vestidos con sus uniformes y todo tipo de armas dispuestos para abrir fuego. Eran espías que se hacían pasar por civiles, sin ninguna protección aparte de las pistolas que llevaban escondidas. Nadie en Irak debía conocer sus identidades y actividades. Como cada día, desde Madrid Alonso había planificado con ellos los movimientos y lo controlaba todo personalmente. Hasta tal punto que el contacto directo en caso de emergencia era un número de teléfono por satélite cuyo aparato llevaba él a todas partes.

La mañana transcurrió con normalidad, llena de buen humor y muchas risas. Cumplieron con el trámite burocrático de acreditarse en Camp Victory ante las autoridades políticas de la coalición y de la CIA, conocieron a los funcionarios españoles destinados en la Administración Provisional de la Coalición, saludaron al personal de la embajada, incluidos los dos agentes del CNI destinados allí, y se fueron a comer a la residencia del encargado de Negocios.

Tras el café y los chupitos, emprendieron el regreso a sus respectivas bases. A las 14:30, un rato antes de lo previsto, los ocho se montaron en el Nissan Patrol blanco y en el Chevrolet Tahoe azul. Cada equipo de relevo se subió en el todoterreno del equipo titular, aunque con una disposición distinta. Martínez, el que mejor conocía el país, se puso al volante del suyo, con Merino, el que lo relevaría en enero, a su lado. Detrás de Martínez iba Lucas y junto a él Zanón.

En el Chevrolet iba al volante Vega, experto en conducción evasiva. Junto a él su compañero Baró. Detrás los nuevos: Rodríguez y el radiotelegrafista Sánchez Riera. Antes de salir, Vega se puso serio y les advirtió: «Poneos el cinturón de seguridad porque si tengo que dar un volantazo para evadirnos, más vale que estéis bien agarrados al asiento».

Para ir de Bagdad a Diwaniya y Nayaf se vieron obligados a tomar la ruta Jackson, una carretera distinta a la autovía principal, que había sido cerrada por las fuerzas estadounidenses. El inconveniente residía en que en los doscientos kilómetros que tenían por delante debían atravesar a la fuerza algunos pueblos y aldeas.

A las 15:10, unos cuarenta minutos después de salir de Bagdad, pasaron por Mahmudiya, localidad cercana a las instalaciones de la III Brigada del 505 Regimiento de la 82 División Aerotransportada de Estados Unidos. Tuvieron que reducir considerablemente la marcha para atravesar la población, una situación de riesgo que no les gustó mucho. Atravesar un mercado

atestado de gente en sábado les supuso cierta tensión. Los todoterrenos, bastante nuevos, llamaban la atención frente a tanto coche añoso. En cuanto dejaron atrás los últimos edificios volvieron a aumentar la marcha hasta una velocidad cercana a los 120 kilómetros por hora. En ese momento los ocupantes de los dos coches hablaron por los teléfonos por satélite Thuraya y confirmaron que no había habido problemas.

Su presencia pasando por la ciudad no pasó desapercibida para un hombre con aspecto ocioso apoyado con indiferencia en la pared de un edificio. Se había colocado allí como un vigía en un faro atento al paso de los barcos. Nada le hacía diferente al resto de la gente, excepto que cuando identificó los todoterrenos de los españoles telefoneó con rapidez y solo transmitió una palabra antes de colgar: «Van». No se movió de su sitio, no tenía prisa, nadie lo podía identificar.

Diez minutos después, mientras se acercaban a Latifiya, los agentes sentían cierta seguridad gracias a la potente velocidad de cruce a la que circulaban, la carretera ancha y el tráfico escaso. Su percepción era errónea. El comando al que había alertado el tipo de Mahmudiya había planificado con tiempo un ataque y los estaba esperando. Un Cadillac blanco con cinco insurgentes los seguía desde hacía un rato a cierta distancia. Esperaban su llegada al sitio de la carretera donde habían colocado unos artefactos explosivos que accionarían por control remoto. El espectáculo de verlos saltar por el aire los tenía atentos y entusiasmados. Los extranjeros se acercaban al punto seleccionado para la detonación... y pasaron de largo. Nada estalló, algo debía haber fallado. Pasaron al plan B.

Acercaron el Cadillac a un metro del Chevrolet, que iba detrás. Vega notó que algo no andaba bien. Detectó el peligro en cuanto comenzaron la brusca maniobra de adelantamiento. Instintivamente, pisó el acelerador a fondo iniciando una maniobra evasiva con la que evitó la primera embestida. «Preparaos, que vienen a por nosotros», alertó. Se acercó al otro todoterreno, se colocó junto a ellos para prevenirlos del ataque y ganar tiempo para situarse en posición de tiro lateral, algo que no consiguió.

Todo ocurría con la velocidad inusitada de lo imprevisto, muchas veces imaginado, pero nunca en el momento óptimo para plantear una buena defensa. Martínez, al volante del Nissan, apenas tuvo segundos para reaccionar. El Cadillac se situó en paralelo a su izquierda y, aprovechando el desconcierto, sacaron por las ventanas dos AK-47 Kaláshnikov y llenaron de balazos el lateral del vehículo y a sus ocupantes. Los dos que iban sentados en el lado más próximo a ellos sufrieron las consecuencias. Martínez perdió la vida en ese instante, prácticamente sin enterarse de nada, en la trampa que llevaba meses eludiendo gracias a sus calculados movimientos erráticos. Lucas tuvo más suerte, solo recibió un tiro en la cabeza, aunque tenía muy mala pinta. Las dos ruedas de ese costado quedaron destrozadas y el Patrol se volvió loco sin conductor ni control. Merino reaccionó rápido, se lanzó sobre el volante y consiguió frenarlo de mala manera en el arcén.

El sedán blanco, modernizado con un motor más potente, se dirigió sin pausa contra el Chevrolet, repitió la acción de colocarse a su izquierda y consiguió con sus disparos un resultado idéntico: asesinaron a Vega, que había hecho lo increíble por esquivarlos, e hirieron a Rodríguez en el estómago. El todoterreno también se quedó sin mando, se salió por el arcén y cayó en una hondonada enfangada, donde quedó atrapado. Si se hubiesen desplazado en vehículos blindados, con cristales antibala, como el Nissan Patrol en el que viajaba el general que mandaba las tropas españolas, no habría habido ni muertos ni heridos, al menos en esa acometida.

No había pasado una hora desde que abandonaron Bagdad cuando el coche de los atacantes frenó en seco en mitad de la carretera y sus ocupantes volvieron a disparar sus armas desde una cierta distancia contra su último objetivo. Desconocían los resultados de su primera embestida y

esperaron para rematar a los agentes.

En el Patrol, nada más salirse de la carretera, Merino le pidió a Zanón que lo ayudara a pasar el cuerpo de Martínez a la parte trasera para colocarlo junto al malherido Lucas, lo que hicieron con toda la rapidez que pudieron. Zanón nunca había vivido una situación de combate como aquella, pero no le dio muchas vueltas. No supo de dónde, pero sacó todas las fuerzas que tenía, olvidándose de su dolor de espalda y de su inexperiencia, para controlar sus sensaciones negativas, tranquilizar a su compañero herido y pedirle que colocara su mano en la herida para taponarla y no desangrarse. Merino se puso al volante. Con la escasa velocidad que le permitían las ruedas reventadas, llevó el vehículo al encuentro del otro, encasquetado en un hoyo, para reagruparse. Mientras maniobraba, sacó la pistola por la ventana, le pidió a Zanón que hiciera lo mismo, y empezaron a disparar contra los insurgentes parados en mitad de la carretera. Al verlos acercarse, los supervivientes del Chevrolet se sumaron a la acción para repeler la agresión, lo que obligó a los atacantes a retroceder, abandonar la escena y perderse camino de Latifiya, a escasos metros de allí.

En los dos todoterrenos la escena era cruel, impactante. En cada uno había un muerto y un herido. Fue un momento crucial. Cuatro agentes habían resultado ilesos. Podían alejarse andando del lugar, correr, escapar, salvar la vida, pero solo dejando atrás a los dos heridos, cuyo estado era muy grave, y los cuerpos sin vida de Martínez y Vega. Por la cabeza de ninguno pasó esa idea, ni siquiera lo hablaron, decidieron quedarse allí y si fuera necesario, seguir luchando para salvar a los heridos, sentados cada uno en un todoterreno aferrándose a una vida que se les estaba escapando. Lo que sí pensaron, más un deseo que otra cosa, fue en la posibilidad de que los atacantes hubieran huido dando por finalizado el ataque. El daño infligido podía haberles parecido suficiente.

Merino le pidió a Zanón que se acercara a comprobar cómo se encontraban los compañeros del vehículo que estaba en la zona embarrada. Mientras él permanecía haciendo compañía a Lucas, contempló cómo el Cadillac abandonaba la carretera en dirección a unas casas cercanas.

Ante el desastre, Baró asumió la responsabilidad del mando con la naturalidad de quien ha sido entrenado para circunstancias límite. Puso en marcha la medida más urgente: buscar refuerzos. Cogió el Thuraya y marcó el teléfono de la base de las tropas españolas en Diwaniya. Les daría su posición y les pediría el envío de helicópteros para evacuarlos y hacer frente a los atacantes. Debían actuar con rapidez, en unos minutos los insurgentes volverían a la carga. En el primer intento no consiguió comunicar, lo repitió una segunda vez, «Vamos vamos», tampoco.

Tenso, controlando la situación extrema que estaba viviendo, el experto comandante decidió llamar al teléfono por satélite de contacto en Madrid que llevaba Alonso. Mentalmente cruzó los dedos mientras miraba hacia donde había visto desaparecer al coche de los atacantes. Sonó la señal, «¡Bien!», esperó unos interminables segundos hasta escuchar su voz. Le habló con urgencia, había que tomar decisiones con rapidez.

—¡Mierda, nos han atacado! Tenemos por lo menos dos muertos. Avisa a la brigada. Que manden helicópteros.

Alonso, en ese momento de compras en El Corte Inglés, escuchó el ruego y se puso de los nervios al notar que la llamada se había cortado. Quizás no había cobertura en los grandes almacenes o hubo problemas técnicos con la comunicación vía satélite o por cualquier otro motivo desconocido, pero lo último que escuchó fue una ráfaga de disparos. No había plan de respuesta frente a un ataque, solo pretendían conocer su posición exacta para mandar refuerzos militares.

Los atacantes se habían guarnecido en dos edificios bajos de hormigón situados cerca de la

carretera donde estaban tirados los todoterrenos destrozados. Sus primeros disparos acabaron con la esperanza de los españoles de que se los hubiera tragado la tierra para siempre. Para mayor desgracia, el fuego no se limitó a los fusiles Kaláshnikov; sumaron ametralladoras y lanzagranadas, y a los cinco atacantes iniciales se habían unido algunos más.

Para defenderse, los agentes españoles poco podían hacer con sus pistolas ametralladoras HK MP7 A1 y un único subfusil que Baró había sacado del todoterreno. En ese mismo instante, Zanón y Sánchez Riera le gritaron que Rodríguez había muerto. No tuvo tiempo para pensarlo: oyó los tiros, se lanzó cuerpo a tierra y repitió la llamada al coordinador de la operación en Madrid. Consiguió comunicar de nuevo.

—¡Hay cuatro muertos... o tres! Te damos nuestras coordenadas.

Y le pasó el Thuraya a Zanón, quien había buscado los datos de su ubicación desde su GPS. No pudo transmitirlos, la comunicación se había hecho cisco de nuevo. Los modernos equipos de telefonía dejaban de funcionar adecuadamente cuando más los necesitaban.

Alonso se sintió enormemente alarmado primero por los disparos y, en ese momento, además, de bombas. En el espacio entre las dos llamadas había hablado con la sede central del CNI, nadie podía hacer nada sin esas coordenadas. Lo invadió una sensación de impotencia. No sabían dónde estaban siendo masacrados y solo les quedaba enviar a los helicópteros de la brigada española para que los buscaran a ciegas, metro a metro. Desde la base de Diwaniya, ciento cincuenta kilómetros al sur de Bagdad, tres Superpuma salieron con la orden de recorrer la ruta Jackson intentando localizarlos.

Baró, parapetado en el terreno próximo al vehículo estancado en el fango, no se quedó paralizado. Se le ocurrió telefonar a su madre, que trabajaba en el CNI. Quizás con ella tuviera más suerte y pudiera anotar sus coordenadas. El mismo proceso: marcó el número, consiguió escuchar la señal, pero para su desesperación nadie descolgó el teléfono. Saltó el contestador automático, dudó un momento: «Nos están matando». La llamada se cortó. Lo volvió a intentar sin resultado.

El fuego enemigo desde las casas empezó a crecer en potencia. Baró opuso las balas de su subfusil frente a las ametralladoras y al poder destructivo de las granadas, que lo incendiaban todo. Ordenó a los dos radiotelegrafistas que se reunieran con Merino, que estaba en el coche aparcado en la carretera acompañando al malherido Lucas.

Subieron el pequeño talud que separaba los dos todoterrenos cubiertos por los disparos de Baró, que desconocía el tiempo que podía durar el asedio y había empezado a economizar balas. Cuando se reunieron con Merino, descubrieron que Lucas no había podido superar la herida y también había fallecido. La mitad de los dos equipos había sido asesinado, solo quedaban cuatro. Los tres se pusieron a disparar sus pistolas en un combate cada vez más desigual.

Unos minutos más tarde, quizás ni eso, dejaron de escuchar los tiros de Baró, signo inequívoco de que había sido alcanzado por el enemigo. Murió intentando buscar ayuda, sin parar de telefonar para que fueran a rescatarlos, pero peleando en primera línea, donde estaba el mayor riesgo, más cerca que nadie del enemigo.

Poco después Merino gritó: «Me han dado». Una bala había impactado en la zona izquierda de su cuerpo. Zanón lo llevó detrás de una rueda del todoterreno, donde se parapetaron, le pasó un brazo por el hombro y con la mano le taponó el agujero de bala. Intuía que estaba mal, que no tenía solución. Le habló con una tranquilidad que no sentía, le prometió que las tropas los rescatarían, debía aguantar.

Sánchez Riera se colocó junto a la otra rueda, buscando también la protección contra el fuego.

Ya no podía disparar más, su pistola se había encasquillado. No había solución, o se iban en aquel preciso momento o eran hombres muertos: «Nacho, vámonos». Zanón, de repente, tomó plena conciencia, podía ser el fin. Tenía miedo, le costaba pensar con claridad. Se exigió tranquilidad. No contestó a su compañero, por nada del mundo estaba dispuesto a intentar escapar dejando solo a Merino gravemente herido. Un acto de generosidad en un momento límite. El tiempo era oro y Sánchez Riera decidió largarse de allí. Justo antes de quedarse sin munición, Zanón se giró para ver cómo su compañero se escapaba. Al mismo tiempo, oyó los gemidos de dolor del herido y disparó su último cartucho. Mientras abrazaba a su compañero, empezó a pensar en Buque, la vida le había dado la maravillosa oportunidad de acceder a la felicidad plena.

A pesar de los tiros y las granadas que explotaban por sorpresa, los coches habían seguido circulando por la carretera con una frialdad pasmosa. Los iraquíes estaban acostumbrados no solo al zumbido de las balas, sino a sentir de cerca los estallidos de las bombas. El tráfico había terminado colapsándose por la curiosidad de los conductores de contemplar el espectáculo.

En mitad de ese caos, Sánchez Riera cruzó rápido al otro lado de la calzada y se escondió en unos matorrales, a salvo del fuego. Quería alejarse lo más posible de los insurgentes, pero con lo que no contaba era con que los iraquíes que habían parado sus coches se acercaran a él con intención de lincharlo. Hombres y niños acababan de salir de un oficio religioso y se encontraron con unos extranjeros enfrentados a gente de su raza. Lo golpearon, lo patearon, lo insultaron en un idioma que no entendía. Le arrancaron la cadena de la Virgen que llevaba al cuello, le quitaron la pistola e intentaron matarlo con ella, aunque no lo consiguieron al estar encasquillada. Algunos pretendieron atarle las manos para meterlo en un coche y llevárselo secuestrado.

Sánchez Riera tomó conciencia de que lo iban a matar, no podía hacer nada para defenderse. Se limitó a esperar el fin. Pero la suerte que no habían tenido sus siete compañeros le sobrevino a él. Un hombre bien vestido se abrió paso entre la multitud, acercó su cara a la suya e hizo un ademán exagerado de besarla en la mejilla. La turba se frenó. El hombre, un notable de la zona al que la mayoría conocía, había hecho ese gesto de amistad para que todos supieran que estaba bajo su protección. Los linchadores desconocían que estaba a sueldo de un servicio secreto.

Los mismos que un momento antes lo golpeaban lo ayudaron a levantarse y lo metieron en un taxi, el reducto de su salvación. En una corta carrera, se cruzó con tres coches de la Policía local, los paró y lo trasladaron a la comisaría de Latifiya. Al pasar por delante del lugar del atentado, contempló los cuerpos de Zanón y Merino tirados junto al Patrol de Martínez en la carretera. Las granadas habían incendiado los dos todoterrenos.

Presenció también cómo una masa enloquecida se había adueñado de la escena del crimen, en lo que se había convertido en una manifestación espontánea contra la invasión extranjera que algunos aprovechaban para saquear a los muertos y quitarles sus pertenencias.

Veinte minutos después, un equipo de la cadena de televisión Sky News pasó casualmente por allí. Al ver el alboroto, se bajaron de su vehículo y el cámara grabó una escena que daría la vuelta al mundo. Dos jóvenes, cercanos a la pubertad, se cebaban en moler a palos un cuerpo sin vida. Uno le daba patadas con rabia mientras el otro había colocado su pie sobre él y hacía orgulloso con los dedos el signo de la victoria. El fallecido era Ignacio Zanón, el espía que se negó a huir para no abandonar a su compañero herido. Otros chicos de edad similar aparecían rodeando otro cadáver y al ver la cámara imitaron a su compañero con el signo de la victoria. Grabaron después a la gente y a los coches que circulaban sin darle la más mínima importancia a que siete hombres occidentales vestidos de paisano yacieran muertos. Incluso un coche policial pasó con la sirena encendida, sin ninguna intención de detenerse, consiguiendo que todos se apartaran. Los

informadores tuvieron que dejar de filmar y salir corriendo cuando la muchedumbre que gritaba «Viva Sadam» dirigió su odio hacia ellos.

Los periodistas fueron los únicos que se pararon, algo que tampoco hicieron los militares polacos pertenecientes a la División Centro-Sur —la misma que la de los soldados españoles— que atravesaron la zona unos minutos después. Los integrantes de la columna contemplaron los cadáveres tirados, pero como no llevaban uniforme, ni se pararon a interesarse por lo que les hubiera pasado. Un pasotismo inherente a las guerras, en las que la muerte termina dejando fríos a los contendientes.

Los sangrantes trofeos en los que se habían convertido los espías españoles hicieron que se congregaran muchos más ciudadanos de Latifiya. La Policía de la localidad decidió comunicar el incidente a los militares de Estados Unidos asentados en la cercana base de Mahmudiya. El teniente coronel al mando envió una compañía con urgencia, aunque ya hacía bastante tiempo que era tarde para los españoles.

Tras conseguir acceder a la escena del ataque, lo que vieron no les impresionó mucho, acostumbrados a los efectos malignos de los combates, pero a cualquier otro lo habría dejado marcado para el resto de su vida. Los cuerpos de los siete estaban calcinados y destrozados, habían sufrido un apaleamiento sin compasión. Apenas se les reconocía y casi todos carecían de documentación. Los soldados estadounidenses cargaron los cuerpos y se los llevaron a su base.

Cuando la noche amarga se había apoderado del triste cielo, pasaron por la zona los tres helicópteros Superpuma enviados por las tropas españolas. Descubrieron los restos quemados de los dos coches pero no había nadie a quien salvar, ni siquiera cuerpos que recoger.

Siete españoles habían fallecido y uno había salvado la vida sin que desde la sede central del CNI, dotada de los medios tecnológicos más punteros, fueran capaces de ayudarlos o de conseguir la colaboración de las fuerzas armadas aliadas. Los coches no llevaban una baliza para indicar su posición, sin contar con que ocho espías estaban trasladándose por un país en guerra y nadie sabía dónde estaban en cada momento.

La coordinación entre los servicios de inteligencia aliados dejó mucho que desear. Si hubiera existido, los espías estadounidenses habrían informado a los españoles de que en ese mismo punto del mapa, unos días antes, un convoy de Global Security, una empresa americana concesionaria del Pentágono en temas de seguridad, había sufrido otro ataque.

*España, 29 de noviembre de 2003*

Javier Zanón estaba en la torre de control del aeropuerto de Mallorca. Jornada intensa, como siempre, exigencia de concentración para que el tráfico aéreo de entrada y salida circulase sin novedad. El jefe de sala se le acercó para notificarle que tenía una llamada. Debía ser urgente, en caso contrario no habría sido suficiente motivo para interrumpirlo. Era un compañero de su hermano Nacho en el Centro de Comunicaciones del CNI. Le preocupó escuchar su voz.

—Javier, ha habido un problema en Irak, ha habido un accidente, hay muertos.

—¿Qué me estás contando? —respondió espantado—. ¿Nacho está bien?

—Hay alguno que se ha salvado, pero todavía no sabemos nada.

Se derrumbó. Siempre había pensado que, dado el gran vínculo que mantenía con su hermano, el día que le pasara algo tendría que recibir alguna percepción sensorial. Se fue al cuarto de baño para echarse agua en la cara e intentar reaccionar. No lo consiguió y cuando volvió para hablar con su jefe las lágrimas invadieron su rostro demudado. Se fue a casa, por el camino telefoneó a su mujer: «Llévate a los niños a casa, creo que le ha pasado algo a Nacho». Colgó y llamó a Air Europa para conseguir plaza en el siguiente avión que saliera para Madrid, ya no pudo evitar llorar amargamente. En cuanto llegó a casa, encendió la televisión y puso la CNN. Subió el volumen y se fue a meter algo de ropa en una maleta. Un rato después escuchó que hablaban de un atentado en Irak: la imagen de Sky News le dejó destrozado, se le quedó el corazón hecho añicos: unos iraquíes estaban pisoteando el cuerpo sin vida de Nacho, su Nachete.

En el avión no paró de derramar lágrimas, intentó controlarse pero las emociones le superaron. Le atormentaba la imagen de su hermano pequeño muerto y la de aquellos salvajes pateándolo. Tras un vuelo espantoso, en la capital tomó un taxi hasta casa de Nacho. Allí se encontró con sus suegros, que habían viajado para conocer a su nueva nieta y asistir a su bautizo. Tendrían que cambiar una celebración tan feliz por un funeral. Se acordó de la ilusión que le hacía a Nacho conocer a los padres de Buque, hasta había aprendido algo de albanés para hablar con ellos.

Dos horas y media después del atentado, sonó el teléfono de Charo, la mujer de Alberto Martínez. En el CNI habían comenzado a llamar a los familiares de los compañeros asesinados para decirles que habían perdido el contacto con los agentes destinados en Irak. Charo supo que era un adelanto de la noticia que tanto había temido: su marido había muerto. Se imaginó lo peor sabiendo que iba a acertar. Habló con su hijo para transmitirle el anticipo de la tragedia con el mayor amor posible. Unas horas después afrontaron de tú a tú cómo y dónde iban a enterrarle.

*Madrid, 1 de diciembre de 2003*

El avión Airbus A-310 que transportaba los cuerpos de los siete agentes asesinados aterrizó a las 19:00 horas en la base aérea de Torrejón. En la pista estaba preparado un recibimiento breve, sin

la ceremonia habitual. Nadie era responsable de la intensa lluvia, pero hacerlo al aire libre y no habilitar un hangar para la recepción fue algo extraño. Lo que se sumó a la ausencia de la marcha fúnebre y el himno nacional, nada acorde al reglamento. Alegaron que no había banda de música, como si no hubieran acudido cientos de ellas haciendo un simple gesto con los dedos. Alguien no quería dar relevancia a ese momento.

En el aparato del Ejército del Aire tres hombres asumían el protagonismo de la desagradable situación. El ministro de Defensa, Federico Trillo, y el director del CNI, Jorge Dezcallar, habían viajado a Irak para hacerse cargo de los cadáveres y acompañarlos hasta España. Y José Manuel Sánchez Riera, el único superviviente, regresaba a casa después de cinco días en Irak, una de las misiones más cortas de un miembro del servicio secreto en el extranjero.

El jefe político y el jefe directo del servicio de inteligencia habían tenido sus diferencias sobre las armas de destrucción masiva, las relaciones entre Sadam y Bin Laden y, en general, sobre lo que había pasado en Irak durante el último año. Las mantendrían en los siguientes días sobre la velocidad que debía darse al proceso legal y sobre los honores a los fallecidos antes de la inhumación, pues el ministro quería que todo fuera lo más rápido posible, mientras el director pretendía que se cumplieran los trámites respetando los tiempos.

Los pensamientos de Sánchez Riera estaban muy lejos de la base de Torrejón. Los médicos de La Casa, aunque desconocieran aún los detalles de su experiencia, sabían que lo lógico era que sufriera el síndrome de estrés postraumático. Estaba encerrado en sí mismo, preguntándose por qué él estaba vivo y sus compañeros muertos. Los había visto morir uno a uno. Se había duchado en el avión y el agua le reconfortó algo, pero el jabón no pudo limpiar sus pensamientos.

Asistió consternado al momento en que los féretros fueron sacados de la bodega del avión, cubiertos con la bandera de España, sobre unas tarimas rodantes empujadas por soldados de azul y espías de paisano. Colocados en orden cerca de autoridades y familiares, el capellán de la base rezó un responso. Dos vicepresidentes, una ministra y una presidenta de Comunidad Autónoma — todos del Partido Popular gobernante— estaban por delante de viudas, huérfanos y otros miembros de las familias, que no protagonizaron escenas dramáticas, apenas se les vio, la noche y la lluvia difuminaron el luto.

El acto fue corto. Ya habría tiempo para homenajearlos en el funeral que se celebraría en la sede del CNI. Cargaron los féretros en los furgones y los transportaron al hospital Central de la Defensa, donde les practicarían las autopsias y quedaría instalada la capilla ardiente.

Sánchez Riera había realizado en Irak una primera narración de lo sucedido a un mando del servicio: «Baró me ordenó que me fuera, que buscara ayuda». Era muy importante saberlo todo con rapidez para empezar a buscar lo antes posible a los responsables del ataque. Tendría que repetir su relato en los días siguientes, esta vez en la sede central. Su depresión no impediría ni retrasaría el interrogatorio. Había que identificar los fallos cometidos.

En el pabellón de Docencia del hospital se habilitaron siete salas independientes para la instalación de las capillas ardientes. Acudieron numerosas personas que querían dar el pésame y recordar a los agentes. Muchos militares se quejaban en los corrillos de la premura y falta de emotividad del acto en la base aérea de Torrejón; unos compañeros caídos en acto de servicio se merecían un recibimiento acorde a su valerosa actuación.

Las viudas dieron rienda suelta a su dolor mientras sus hijos, muchos de ellos menores de diez años, demostraban no haber asimilado la muerte de sus padres. Charo, la mujer de Martínez, era

una de las más enteras o, al menos, eso era lo que parecía. Cuando se encontró con la madre de José Antonio Bernal, que acudió junto con su marido, le dijo: «He llorado tanto la muerte de tu hijo que no tengo lágrimas para mi marido».

La mayor parte de los presentes no se enteraron de la historia más emocionante que tuvo lugar esa noche. Javier Zanón estaba pendiente de sus padres y de Buqe. Mientras, intentaba arrancar de su cabeza las imágenes de la CNN: Nachete pisoteado y golpeado por unos bastardos. También le daba vueltas a un detalle que se le quedó grabado: su hermano tenía el reloj cambiado de muñeca, signo inequívoco de que había querido recordar algo. Bastantes horas después de llegar al hospital, Buqe le hizo bajar a la más cruda realidad.

—Quiero ver a Nacho.

—No sé si se podrá, les han estado haciendo la autopsia...

—Javier, quiero ver a Nacho.

—No sé cómo estará...

—Yo quiero ver a Nacho.

El controlador aéreo fue a hablar con el médico de guardia.

—Soy el hermano de Nacho Zanón, su mujer quiere verlo.

—Los cuerpos están destrozados, no hay manera de verlos.

—Mi cuñada quiere verlo sí o sí.

—Ningún familiar lo ha pedido. Le aconsejo que no lo haga.

—Vale, le entiendo, pero mi cuñada va a entrar y yo voy a acompañarla.

Buqe y Javier fueron a la morgue. El médico los colocó junto a una camilla en la que estaba tendido el cuerpo, cubierto con una sábana. Tras un intercambio de gestos, el médico destapó el cadáver hasta los hombros. La cara estaba deformada, había perdido la luz que siempre había irradiado. Buqe empezó a llorar mientras acariciaba tiernamente aquel rostro destrozado e irreconocible para muchos, no para ella. Siguieron besos empapados de lágrimas y más besos: «Te quiero, siempre te querré». Javier permanecía a su lado sintiendo cómo una larga espada le atravesaba profundamente el corazón: nunca había asistido a una escena más extraordinaria de amor.

*Madrid, 2 de diciembre de 2003*

*E*n la capilla ardiente, Sánchez Riera, mirada deslavazada entre la amplia frente con entradas pronunciadas y la barba incipiente, se movía con angustia entre familiares, amigos y compañeros de los siete agentes asesinados. Estaban a punto de trasladarse al funeral que se iba a celebrar en la sede del servicio de inteligencia. Durante las horas anteriores muchos se habían acercado a él para transmitirle palabras de ánimo, abrazarlo o simplemente apretarle cariñosamente el brazo. Otros, los menos, lo miraban con recelo, como a los sospechosos de felonía. Y todos parecían de acuerdo en que no era el momento de preguntarle por lo que había pasado. Su aspecto evidenciaba el dolor insufrible por sus compañeros muertos y el derrumbe psicológico ante el recuerdo del atentado.

Aprovechando que se había quedado solo, un alto cargo del servicio secreto al que no conocía se le acercó pensando que no dispondría de otra oportunidad para hacerle unas preguntas clave. Terminados los actos de homenaje, los del Servicio de Seguridad lo meterían en una cápsula, lo aislarían de todo el mundo menos de su familia directa, estrujarían sus recuerdos hasta sacárselo todo y al final le prohibirían repetir su versión como testigo de los hechos a nadie.

El desconocido, un hombre alto y atractivo con los rasgos muy marcados, especialmente la nariz, era uno de los tipos más elegantes y educados del CNI, con fama de tenaz y belicoso. A Jaime San Agustín muchos lo conocían por James, en recuerdo del Bond cinematográfico, o por K, el apelativo que años antes utilizara uno de sus predecesores en la unidad que ahora dirigía, el Departamento de Acción Operativa. La necesaria clandestinidad de los cientos de hombres y mujeres que realizan las misiones más peligrosas le había convertido ese día en el rostro visible de la unidad. Solo había autorizado a unos cuantos agentes a acudir al hospital, los que habían tenido una relación directa y personal con los dos compañeros muertos, Carlos Baró y Alfonso Vega. Ya los homenajearían ellos más adelante en el antiguo cuartel que les servía de base.

San Agustín era estricto para exigir el cumplimiento de las misiones, pero fuera de ellas estaba siempre del lado de quien lo necesitaba. Esos asesinatos le habían impactado. Baró y Vega eran de los mejores de la unidad, algo raro había tenido que pasar para que murieran de aquella forma. Los hijos de puta que habían acabado con sus vidas tenían que pagarlo. Por desgracia, su excesivo trabajo no le había permitido seguir al detalle lo que pasaba en Irak, pero no dejaría que esos malnacidos se fueran de rositas. La investigación no era competencia suya, pero su dilatada experiencia le había demostrado que algunos secretos en el CNI se guardan perfectamente bajo llave y él no iba a quedarse sin saber por qué había perdido a sus dos agentes. Se lo debía a su memoria, a sus familiares, a sus compañeros y a él mismo.

Antes de hablar con Sánchez Riera había estado pidiendo detalles sobre el atentado a otros mandos bien situados en la sede central. Siempre hay datos que brotan en caliente y que, pasado el tiempo, pueden perderse. No solo necesitaba averiguar la verdad, sino entender quiénes y por qué

habían podido masacrar a los agentes de esa forma.

La unión de los retazos escuchados en aquellas últimas horas infernales en el hospital le permitía reconstruir en su mente momentos dramáticos que le hablaban de errores enlazados incomprensibles en un servicio de inteligencia. ¿Cómo podía ser que para protegerse solo llevaran las pistolas personales y un único subfusil? ¿Estaban en la guerra de Irak o en una misión de riesgo medio en cualquier otra parte del mundo? Sus agentes operativos se pasaban el día desarmados por las calles de cualquier ciudad española, pero si la operación era catalogada como de alto riesgo, se garantizaba la presencia de personal de apoyo con armas.

Un antiguo compañero de penurias durante el curso de Operaciones Especiales —«Te cuento, pero ten cuidado con lo que repites, que me pones en un aprieto»— le desveló que hubo problemas con los teléfonos por satélite. Durante el ataque los agentes los usaron varias veces, pero nunca pudieron dar su posición exacta. Las llamadas se cortaban. «¿Cómo pudo suceder eso? —preguntó San Agustín—, ¿había algún problema en el Centro de Comunicaciones?» Sorpresa: las llamadas no iban dirigidas allí. El teléfono de contacto lo llevaba siempre encima Alonso y en la primera ocasión estaba de compras en El Corte Inglés. «¿No habían preparado una reacción inmediata ante un suceso así?, ¿los coches no llevaban un sistema de geolocalización?», preguntó sorprendido. Su compañero guardó silencio, desconocía los detalles, pero estaba tan espantado como él.

San Agustín se acercó a Alonso, el hombre que llevaba el teléfono, el jefe directo de los asesinados. Quería hablar con él un día detenidamente, más adelante.

—Este asunto no es cosa tuya.

—¿Qué dices?, han muerto dos de mis hombres.

—Conoces perfectamente el trámite. Hay abierta una investigación y cuando concluya, si quieres, podrás preguntar al director de Inteligencia o al secretario de Estado.

—¿Te estás protegiendo? —le lanzó el dardo con gesto duro.

—No lo necesito. Todavía no hemos enterrado a mis chicos y tú ya estás buscando mierda.

Alonso se apartó de él. «Es el típico machito», pensó San Agustín. Sin duda, era uno de los grandes responsables de aquella atrocidad, no el único, seguro que varios más erraron, pero él era la cara visible de la misión. El jefe del DAO vaticinó que le impondrían un discreto castigo, pero sería mínimo.

Con la tranquilidad de quien no tiene prisa y busca ocasiones propicias, San Agustín preguntó a otros agentes si la emboscada tenía algo que ver con el asesinato un mes antes de José Antonio Bernal, algo evidente para cualquiera. Todos se sorprendían por sus preguntas, pero a nadie le extrañaba su interés porque imaginaban el sufrimiento de su unidad. Las respuestas confirmaron sus sospechas: nunca debían haber enviado a Martínez y Bernal de regreso a Irak tras la invasión estadounidense. Alguno le explicó que los altos jefes asumieron el riesgo porque no disponían de nadie tan preparado como ellos. Se habían equivocado, desde el director hasta los jefes directos de la operación. Si volviera a repetirse la situación, seguro que actuarían de otra forma, aunque nunca lo reconocerían. *Mea culpa* inútil. Enviaron a los dos agentes marcados por los espías de Sadam y la conclusión final arrojaba ocho muertos.

El jefe del DAO apenas tuvo éxito para descubrir algo sobre la investigación iniciada por el servicio, era demasiado pronto. Algunos le hablaron de una delación, alguien de su círculo cercano los habría podido traicionar transmitiendo su ruta a los antiguos espías de Sadam. No tardarían en cambiar los fallos que detectaran en los protocolos de actuación, pero ya no servirían para salvar las vidas de los agentes. La mejor fuente para conocerlo todo de primera mano era

Sánchez Riera y por eso San Agustín estuvo esperando la oportunidad de acercarse a él.

Se identificó ante el radiotelegrafista y le notó en una nube, imaginó la presión y el abatimiento que le atenazaban. Nada le hizo desistir a pesar de que las preguntas podían hacerle estallar. El agente puso un gesto raro, apenas balbuceó unas pocas frases, la emoción le desbordó y le impidió responder. A San Agustín le ocurrió algo insólito en él, perdió el autocontrol: «A mí lo único que me interesa es conocer cómo fueron sus últimos momentos. Tú tenías la vida a cincuenta metros de una mediana... La diferencia entre ellos y tú es que tú estás vivo y ellos no. ¡Qué me vas a contar!, tú corriste para salvarte, eso en una guerra es fusilamiento».

A mediodía todo estaba preparado para el funeral de Estado. Habían montado una capilla bajo una carpa acristalada en el recinto central de la sede del CNI. Como iban a estar presentes compañeros de los fallecidos, solo se autorizó la presencia de TVE, cuyas imágenes no podían mostrar la cara de los servidores más secretos del país.

Asistieron los reyes y el príncipe, acompañados por el presidente del Gobierno, José María Aznar, ministros y los principales líderes de los partidos. Los siete féretros fueron transportados por compañeros de los fallecidos. Los familiares, que dieron una lección de serenidad y entereza, ocupaban un lateral de la explanada y a ellos se dirigió la familia real para saludarlos.

La contienda política se aparcó durante unas horas. Más tarde, el secretario general del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero, y el coordinador general de Izquierda Unida, Gaspar Llamazares, reiteraron su petición de que las tropas españolas abandonaran Irak, a donde pensaban que nunca tendrían que haber acudido en apoyo de una invasión ilegal. El presidente Aznar se mantuvo en sus trece a favor de la necesidad de derribar a Sadam Husein y de proteger a las tropas españolas del terrorismo, porque lo de Irak, ni en ese momento ni antes, era una guerra.

El Gobierno lo tenía claro: todos los asesinados eran militares destinados en el servicio de inteligencia y quería negar que hubieran muerto en un conflicto armado. Por eso, cuando al final del acto religioso se les impusieron las condecoraciones que reconocían sus méritos, optaron por una del Ministerio de Asuntos Exteriores, y a título póstumo, la Cruz Oficial de la Orden del Mérito Civil. La misma que unos meses antes había recibido José Antonio Bernal.

Una parte importante de los asistentes ya había echado de menos que a siete militares no se les tributara honras castrenses, pero lo de las medallas creó un malestar que, obviamente, nadie se atrevió a exteriorizar. Por morir en acto de servicio en combate, les correspondía la mucho más importante Gran Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo, el color de la sangre. Más adelante, de una forma discreta, el ministro Federico Trillo cedió en parte y les concedió la Cruz al Mérito Militar pero con distintivo amarillo.

Al margen de las disputas, el funeral fue un acto emocionante al que familiares y amigos llegaron con los pelos de punta. En el trayecto entre el hospital y la sede del servicio de inteligencia, un nutrido grupo de gente se había agolpado en las aceras para ofrecer su homenaje a los agentes haciendo lo único que se les ocurrió: aplaudir. Otros, a miles de kilómetros, llevaron flores a los cuarteles de las tropas españolas en Irak, solidarizándose con la pérdida de sus compañeros.

Finalizado el acto, los féretros fueron trasladados a las localidades donde los agentes habían nacido para que fueran enterrados por sus familiares y amigos. Allí no hubo órdenes superiores y cada familia organizó su funeral privado. En el de Carlos Baró, colocaron sobre su féretro un gorro de su querida Legión y sus compañeros cantaron «El novio de la muerte».

Tres días después, una ceremonia pasó desapercibida para la opinión pública. Esa era la intención. Baró había pedido a su familia que si algún día le pasaba algo quería que, en su último momento en la tierra, quedara constancia de una de sus grandes pasiones. Familiares y amigos se trasladaron a la base aérea de los paracaidistas en Alcalá de Henares. Se subieron a un pequeño avión algunos de sus amigos militares y su hermano, que tuvo que aprender sobre la marcha los rudimentos imprescindibles antes de tirarse al vacío. Agarrado por un experto paracaidista con el que saltó en tándem, cuando se abrió el paracaídas, quitó la tapa a la urna con las cenizas de Carlos para que volaran libres por el cielo de Madrid.

*Irak, 5 y 10 de diciembre de 2003*

*H*ora temprana, más frío de lo habitual y viernes festivo, tres detalles que justificaban la menor presencia de gente en las calles de Sadr City y que no afectaban lo más mínimo a aquellos cinco delincuentes, para quienes ese día su trabajo les podía producir interesantes ganancias. El que dirigía el grupo era un clérigo que, por su indumentaria, pasaba menos desapercibido. La Policía local los había identificado como una banda de sicarios que a cambio de dinero mataban a quien se les ponía por delante.

Tras el asesinato de Bernal, el CNI había enviado a un equipo que se había puesto en contacto con la Policía iraquí para impulsar la investigación e identificar a los responsables. Habían llevado a comisaría a los dos guardias de seguridad que vigilaban la casa del agente para descubrir el motivo por el que uno de ellos no estaba en su puesto cuando lo asesinaron. Los policías iraquíes querían cargarles el crimen como fuera y apuntarse el tanto de cara a los españoles, pero no lo consiguieron. El guardia ausente podía haber recibido amenazas para que no estuviera en su puesto, pero no era el responsable material.

Más tarde, una pista los había conducido a ese grupo de asesinos por encargo. Hacía semanas que los tenían identificados y esperaban la ocasión para echarles el lazo. El problema estaba en que Sadr City era territorio comanche y en su interior la Policía no se atrevía a actuar por temor a levantar una rebelión y acabar trasquilados. Los sospechosos estaban en su guarida la mayor parte del tiempo y había que incitarlos a salir para poder detenerlos.

Iniciaron el plan unos días antes de ese viernes 5 de diciembre. Un policía encubierto los contactó haciéndose pasar por un tipo sin escrúpulos. Les ofreció dinero a cambio de matar a un empresario. Les adelantó un porcentaje y el resto se lo entregaría cuando el tipo hubiera abandonado este mundo.

La trampa dio resultado. Ese día de fiesta abandonaron su reducto y en otro barrio de Bagdad, antes de que pudieran utilizar sus armas, fueron detenidos. Trasladados a una comisaría, durante el interrogatorio negaron haber participado en el asesinato de Bernal.

La Policía no les creyó e inculpó al clérigo que lideraba el grupo y a dos de los sicarios, quedando los otros dos como colaboradores. Cuando los detuvieron llevaban encima sus herramientas de trabajo: tres Kaláshnikov y dos pistolas. Los agentes españoles se sintieron felices por la caída de los asesinos de su compañero, aunque adoptaron la mínima precaución exigible: enviaron una pistola a Madrid para que el laboratorio balístico de la Guardia Civil la cotejara con los casquillos encontrados en el lugar donde fue asesinado Bernal. El CNI avisó con rapidez al ministro de Defensa, Federico Trillo: los supuestos asesinos habían sido detenidos.

El miércoles siguiente, en una muy oscura madrugada, Latifiya, la población más cercana al lugar donde el convoy de agentes españoles fue masacrado, estaba tomada por las tropas

estadounidenses del III Batallón del 505 Regimiento de Paracaidistas de la 82 División Aerotransportada. Seiscientos soldados no habían pegado ojo, dispuestos a ocupar todas las vías de entrada y salida de la población y que no escapara nadie durante el golpe que iban a asestar a un grupo de la insurgencia.

Ejecutado con sigilo el control del perímetro, cientos de soldados pasaron a rodear los edificios señalados como residencias de los insurgentes, que a esa hora dormían plácidamente ajenos a semejante despliegue. Para no levantar sospechas y que nadie diera la voz de alarma, policías iraquíes de paisano controlaban las calles anexas y los accesos a los edificios.

Lanzaron la macrooperación, bautizada Abrazo de la Pantera, cuando las dieciocho viviendas previamente identificadas ya estaban bajo control y aparecieron en escena dos disuasivos y ruidosos helicópteros Kiowa Warrior y varios cazas F-16. Los soldados penetraron simultáneamente en todos los pisos para evitar que sus ocupantes se alertaran unos a otros. La resistencia fue mínima, los insurgentes se sentían seguros y no habían activado los mínimos mecanismos de precaución.

Según contaría posteriormente la *Revista Española de Defensa*, publicación oficial de ese ministerio: «Se procedió, en primer lugar, a la detención de los nueve integrantes del grupo terrorista autor del atentado contra los miembros del CNI y, posteriormente, se localizó y detuvo a otros 27 sospechosos, como elementos leales al antiguo régimen de Sadam. Entre estos había muyahidines, miembros de la antigua Guardia Republicana y elementos de la Mujabarat. Sobre la marcha, y como consecuencia de la información que facilitaron los nueve presuntos terroristas, también se procedió a la detención de cinco personas más que habrían participado en la preparación del atentado contra los españoles».

El grupo insurgente quedó desmantelado a las siete de la mañana. Sus jefes, los responsables de las labores de inteligencia y finanzas, y hasta un médico, fueron detenidos. Nunca más podrían llevar a cabo asesinatos.

***Madrid, 10 de diciembre de 2003***

La mañana de ese mismo día, el ministro Trillo, acompañado del director del CNI, Dezcallar, compareció ante la Comisión de Secretos Oficiales del Congreso de los Diputados. Allí adelantó con orgullo lo que a su salida hizo público: la detención en Bagdad, cinco días antes, de cinco personas relacionadas con el asesinato de Bernal que, según explicaría más adelante la *Revista Española de Defensa*, eran «los tres autores materiales del asesinato y dos cómplices».

Las buenas noticias no pararían de llegar ese día a la opinión pública. Por la tarde, durante la sesión de control al Gobierno en el Congreso, el presidente Aznar adelantó la detención de los supuestos asesinos de los siete agentes del CNI. Hecho que corroboró minutos después el propio ministro de Defensa, que había recibido una llamada del teniente general Ricardo Sánchez, jefe de las fuerzas de la coalición en Irak, para transmitirle los detalles de la operación.

Se había hecho justicia, los responsables de los asesinatos de los ocho agentes estaban ya entre rejas. La tranquilidad anidó en muchos hogares españoles al saber que los terroristas pagarían por sus crímenes. Las familias de los fallecidos habían recibido la promesa de los mandos del CNI de que les informarían de cualquier novedad. Escucharon y leyeron en los medios de comunicaciones las informaciones sobre las detenciones. Sin embargo, las semanas y los meses pasarían sin que nadie del servicio secreto les ratificara que los responsables estaban entre rejas. No lo entendieron. Algo raro había sucedido.

*Tikrit, 13 de diciembre de 2003*

*M*artínez había estado preocupado durante sus últimos meses en Irak por descubrir el escondite de Sadam Husein. Había analizado los detalles de su vida y de su carácter. Había analizado el significado de sus comportamientos y a las personas cercanas que influían en él. Había presionado a sus informantes para que consiguieran pistas de su paradero. Pasó los datos en su poder a su contacto de la CIA, sin conseguir que le hiciera caso.

Las tropas estadounidenses habían dado muchas batidas en su búsqueda, siempre infructuosas. Hasta ese día. Una nueva información, cuyo origen nunca detallarían, los llevó a la localidad de Al Daour, situada a treinta kilómetros al sur de Tikrit.

El dato del informante lo situaba en una granja con varios edificios. Reunieron a seiscientos soldados de élite, desconocían la resistencia que podían encontrarse, quizás el exdictador dispondría de protección con armas pesadas. Aguardaron la llegada de la noche. Si estaba allí, no tendría escapatoria. Antes de empezar el acercamiento, ocuparon cada tramo del perímetro. Tras la orden de avanzar, peinaron sin éxito cada recoveco de la granja hasta llegar a una choza que servía de almacén. Revisaron cada centímetro de su interior, no encontraron nada, aunque les llamó la atención un cúmulo de arena y ladrillos. Lo retiraron. En un agujero poco más ancho que el tamaño de un hombre robusto, dotado con un ventilador para suministrarle aire, estaba escondido Sadam Husein.

Todo quedó grabado convenientemente para que el mundo supiera a ciencia cierta que el gran enemigo del presidente de Estados Unidos, George Bush, había sido detenido. Al día siguiente, el administrador civil de Irak, Paul Bremer, apareció triunfante ante los periodistas, como si el gran objetivo pendiente de conseguir tras la invasión se hubiera alcanzado: «Señores y señoras, lo tenemos». Algunos de los soldados que participaron en la detención concedieron encantados declaraciones a los medios. Uno de ellos se atrevió a vaticinar: «Seremos citados en los libros de historia como los que capturaron a Sadam».

En el interior de la CIA el mérito de la operación se lo llevó Adam Smith, o como se llamara. Su nombre nunca aparecería impreso en los diarios ni mencionado en las televisiones, pero el éxito sería anotado en su hoja de servicio. No se explicó cómo consiguió el chivatazo y mucho menos que en las semanas anteriores había desdeñado informaciones certeras de un agente español empeñado en la detención del dictador. El éxito fue suyo y de Estados Unidos.

Sadam sería ejecutado el 30 de diciembre de 2006, tras haber desmentido rotundamente lo que entonces ya se sabía: nunca había apoyado a Al Qaeda y jamás había dispuesto de armas de destrucción masiva.

*Bagdad, diciembre de 2003*

No pasó mucho tiempo de la detención cuando un día Adam Smith paseaba por Bagdad

acompañado de cuatro escoltas pertenecientes a una compañía militar privada. Alguien chocó con él aparentemente sin intención y con maestra habilidad le introdujo una nota en un bolsillo del chaleco. El agente de la CIA la descubrió unas horas después. Un exmiembro de la Mujabarat le ofrecía información muy valiosa y lo citaba al día siguiente en una casa cercana al zoco.

Hasta la hora de la cita, numerosos mercenarios estadounidenses camuflados tomaron posiciones para detectar si era una trampa. Entraron y revisaron cada extremo de esa pocilga, libre de bombas y dispositivos de grabación. A la hora convenida, ni un minuto antes ni un minuto después, apareció un árabe y despreocupadamente abrió la puerta. Nada más pasar, dos hombres lo derribaron e inmovilizaron con rudeza mientras lo registraban en busca de bombas o armas. Un tercero avisó por teléfono: todo estaba correcto, su jefe podía entrar.

Smith, vestido con ropa de color caqui, se colocó frente a aquel hombre y, con gesto desdeñoso, rechazó su invitación a sentarse en el suelo. Lo arrojó contra la sucia pared y, mirando a los dos gorilas que estaban en el cuarto, lo conminó en árabe a que hablara antes de que lo mataran y tiraran su cuerpo a un estercolero.

—Tengo mucha y buena información sobre lo que pasa en Irak, estoy seguro de que le interesará —contestó en inglés.

—¿Por qué he de creerte?

—Trabajé en la Mujabarat y ahora estoy en la insurgencia.

—¿Cómo sabes que pertenezco a la CIA?

—Sé muchas cosas. No es la primera vez que trabajo de informante para un servicio secreto occidental.

—¿Ah, sí? —Smith esbozó una sonrisa burlona—. ¿A quién quieres traicionar para trabajar para nosotros?

—Mi anterior contacto está muerto.

Smith empezó a sentir interés por ese árabe.

—¿Quién era?

—Martínez, del CNI.

—¿Has tenido algo que ver con su muerte y la de sus compañeros?

—No —dijo llevando su mano derecha al corazón—. Los dos nos apreciábamos. Mantuvimos una larga y fructífera relación.

—¿Por qué no te ofreces al que venga a sustituirlo?

—Quiero más dinero.

—Dinero, dinero, eso es lo que queréis todos. ¿Cómo te llamas?

—Martínez me llamaba Ali.

—Cuéntame cosas personales de ti. Y no me mientas, que lo vamos a comprobar todo.

—¿Qué quiere saber?

—¿Tienes familia?

—Mujer y dos hijos.

—¿Seguro?

Ali sonrió con un gesto cínico.

—En realidad, vivo solo desde hace años, soy viudo, pero no se lo cuente a los españoles.

—Tío listo. Nosotros no somos como los españoles.

—Lo sé. Nadie con un mínimo de experiencia se habría dejado matar como ellos.

—¿Seguro que no tuviste nada que ver?

—Segurísimo. Vamos a hablar de cómo van a pagarme. Quiero que me abran una cuenta en

Luxemburgo.

—¿Por qué Luxemburgo?

—Siempre me ha gustado, es mi país europeo preferido, por encima de Suiza.

*Madrid, 13 de febrero de 2004*

«Lo difícil está hecho, lo imposible se hará», rige como principio de actuación en el Departamento de Acción Operativa. Nadie osa poner trabas cuando hay una operación en marcha, nadie busca pretextos para abandonar su misión. Todo se puede hacer, solo hay que encontrar la manera.

Las secciones que incluye el DAO son importantes de manera distinta, cada una aporta ese granito de arena que apenas se ve pero ayuda a crear la playa. Los carpinteros que reproducen la moldura de un escritorio antiguo en el que introducen un pequeño micrófono, los cerrajeros preparados para forzar cualquier puerta o caja fuerte del mundo, los especialistas en Comunicaciones que diseñan auriculares invisibles, los mecánicos de vehículos que los trucan o los falsificadores capaces de reproducir documentos tan reales como los auténticos. Todos ellos vuelcan su esfuerzo en facilitar al máximo la labor de los equipos operativos que cada día salen a la calle para cumplir los objetivos de La Casa. Ellos son el contacto de la unidad con la realidad de los problemas de España. Esos hombres y mujeres tienen que asaltar una embajada sospechosa para colocar micrófonos que delaten el apoyo de ese país al terrorismo. O deben perseguir durante horas, sin ser detectados, a un agente soviético que pretende reunirse clandestinamente con un traidor al Estado cuya identidad desconocen. La práctica totalidad de sus trabajos permanecen ocultos, ese es su gran mérito.

Desde hacía un par de meses faltaban dos de sus cerca de cuatrocientos trabajadores. Baró y Vega habían estado muchos años allí, pero igual les habría dado que hubieran llegado unos meses antes. Quienes los habían conocido, con más ahínco, pero todos sus miembros se preguntaban dónde estaban sus asesinos y si iban a pagar por sus muertes. Esperaban que si algún día ellos perdían la vida en acto de servicio, los responsables lo pagaran. Sabían que sus compañeros se encargarían de ello y de mantener viva su memoria. Cada día al entrar a trabajar leían el texto de una placa colocada en homenaje a los dos fallecidos: «Solo el orgullo por su heroica muerte supera el dolor de su pérdida». Nadie mata a un agente y se queda tan pancho. Son servidores del Estado que trabajan en las sombras, pero quieren que la Justicia no los discrimine por ello y los cubra con su manto.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando Jaime San Agustín entró en su despacho del DAO. El secretario le anunció que Arturo Bastos, su segundo, quería hablar con él. Pidió que lo avisara en cinco minutos. Aprovechó para ponerse un café de la cafetera colocada en una mesa supletoria pegada a la ventana y preparó otro para su compañero. Después echó un vistazo a su cubículo y sonrió, como hacía siempre, al comprobar que el día que lo sustituyeran no tendría nada personal que llevarse. La foto con su mujer fallecida y sus dos hijas cuando eran pequeñas estaba sobre la mesilla del dormitorio de su casa. Sus apreciados libros sobre la historia de su querida Cataluña y sobre las religiones se alineaban ordenadamente en la biblioteca de su salón. Lo prefería así. El

trabajo por un lado y la vida privada por otro. Para rematar el aspecto impersonal, no había ninguna carpeta o documento a la vista, una regla estricta en sus inicios y, tras quince años en el CNI, una costumbre. Su mesa siempre impoluta, la estantería con los mismos libros olvidados por su antecesor y un único capricho en la mesa supletoria cercana a su escritorio: la cafetera en la que hacía el café que muchos le regalaban tras viajes exóticos sabiendo lo mucho que lo disfrutaba.

—Pasa y cierra la puerta, Bastos, te he preparado un café.

—Gracias, Jaime.

Bastos era la antítesis de su jefe. Mediana estatura, algo fondón, cara de rasgos pequeños, pelo escaso y canoso, y un bigote fuera de época.

—¿Qué tal con el director? —preguntó antes de sentarse al otro lado del escritorio.

—Bien, luego te comentaré algunas cosas, antes quiero que hablemos sobre lo de Baró y Vega.

—San Agustín dio un sorbo al café servido en unas modernas tazas metálicas de color rojo.

—El juez ha decidido el sobreseimiento provisional por falta de autor conocido.

—Tan bueno de reflejos como siempre.

—Cuando lo difunda la prensa, le van a dar al Gobierno hasta en el carné de identidad. Eso les pasa por anunciar que los habían pillado.

—Parece que el juez está bastante cabreado porque nadie le ha dicho oficialmente nada de lo que ocurrió. Defensa lo utilizó para legalizar la situación y poder enterrar a los agentes al día siguiente de su regreso a España.

—¿Te ha contado el director si piensan hacer algo?

—No lo hicieron cuando el juez envió a Defensa, a mediados de diciembre, un escrito solicitando información, ni lo van a hacer ahora. No estoy seguro, pero creo que, para que no se quejara, le enviaron los resultados de las autopsias y alguna otra cosa...

Bastos, ansioso, lo interrumpió:

—Me cuentan que Defensa le informó de las investigaciones que llevaban los americanos y que no habían conseguido determinar la identidad de los asesinos.

—Me alegra que lo sepas, ya podías habérmelo contado tú.

—Es que me he enterado hace un rato —se disculpó sin mucho énfasis—. El ministro queda en evidencia, se demuestra que la información que dio anunciando la detención de 41 personas en Latifiya, entre los que estaban los asesinos, era una forma de salir con efectividad de la presión del momento.

—La verdad fue que las tropas americanas organizaron la operación contra los grupos que atacaban a todo lo que olía a occidental. Pero su objetivo principal no fue capturar a los que atacaron a los nuestros. Les han matado a más de quinientos militares y en casi todos los casos no saben quién lo hizo, les importa poco identificarlos.

—Si no lo hacen con los suyos, ¿por qué lo van a hacer con los nuestros? —intervino Bastos sin saber si su jefe iba a seguir hablando—. Nada de la investigación posterior a la redada sirve para explicar el motivo del ataque ni para identificar a los que dispararon. O sea que el Gobierno se lo inventó todo.

—La operación fue real. Si los detenidos eran de Latifiya, lo lógico era pensar que ese grupo habría sido el responsable.

—Lo lógico, pero seguimos sin responsables y, sobre todo, sin el organizador. Lo mismo que en el caso de Bernal. Contaron que habían detenido a cinco tipos, que al ser interrogados lo negaron rotundamente, y luego resultó que el informe balístico de la Guardia Civil determinó que no

habían sido ellos porque las balas no coincidían con el arma.

—Tenemos ocho muertos y ningún responsable. Me fastidia estar al margen de las investigaciones.

—A los señoritos oficiales de inteligencia no les gusta que los operativos nos metamos en esos asuntos. Pero, sin que nos lo cuenten, nos hemos enterado de algunas cosas.

—Siempre ha sido así, hombre. Ellos estudian y planifican, nosotros ejecutamos cuando requieren acciones especiales.

—No te cambies de bando, Jaime.

—Constato la realidad. Lo que no quiere decir que esté de acuerdo. Por eso a veces necesitamos tener nuestros propios informantes.

—Para eso me tienes a mí. —Bastos se rio cínicamente—. Si me dieras más libertad, podríamos saber más, pero aun así sabemos muchas cosas. Lo primero, Martínez y Bernal tenían buenas fuentes en Irak, los tíos habían trabajado bien. Antes de la invasión regresaron a España, y cuando concluyó, en unas circunstancias que habían dado un vuelco de narices, los mandaron de regreso, lo cual fue un disparate. Te pasé la información que recopilé del juicio crítico que hicieron en el centro.

—Lo sé, pero ¿no creerás que la guardo?

—Seguro que no, por eso te llaman James, «Solo para tus ojos».

—No digas gilipolleces y sigue.

—En el juicio crítico tras el asesinato de Bernal —la ansiedad por hablar de Bastos no tenía límite—, recomendaban que Martínez regresara a España porque existía una amenaza concreta y directa contra ellos. Era principios de noviembre.

—No lo trajeron.

—Siempre pueden decir que no les dio tiempo.

—Ya. El juicio crítico siempre es sincero, lo que no quiere decir que los jefes sigan sus recomendaciones. —San Agustín se levantó para poner otros dos cafés mientras aprovechaba para reflexionar—: El jefe de la base americana cercana al lugar del atentado siempre ha defendido que fue un blanco de oportunidad...

—Aquí están seguros de lo contrario. Los atacantes conocían la identidad de los nuestros, el itinerario que iban a seguir y la hora aproximada.

—Yo también lo creo. Cuando me has interrumpido antes —añadió entregándole el café y quedándose de pie—, quería decir que Martínez y Bernal tenían muy buenas fuentes, pero parece que algunas querían haber escapado a España antes de la invasión y los jefes se negaron. A su regreso siguieron con algunas de esas fuentes cabreadas y con otras cuya fiabilidad dejó de estar probada.

—¿Adónde quieres ir a parar?

San Agustín se sentó.

—El director me ha dicho que han centrado sus pesquisas en el delator, están seguros de que hubo una persona que los traicionó...

—Eso es evidente... —Bastos se calló al ver la cara de pocos amigos de su jefe—. Perdona, continúa.

—Tienen un sospechoso...

—¿Quién?

—No me lo ha dicho y no se lo he preguntado. Deduzco que es la persona que facilitó a los insurgentes la información necesaria para tender la trampa.

—Tenía que ser alguien cercano a ellos.  
—Sin duda.  
—¿Qué crees que van a hacer?  
—No lo sé.  
—¡Matarlo! —dijo Bastos con entusiasmo.  
—¿Por qué crees que piensan matarlo?  
—Es lo que se merece, nadie mata a uno de los nuestros y vive para presumir de ello.  
—El director jamás lo permitiría.  
—¿Sabes qué te digo? No van a resolver el misterio. Baró y Vega eran de los nuestros y tendríamos que hacer algo. Mucha gente aquí lo aplaudiría.  
—Detendrán al traidor, ya lo verás. Es cosa de tiempo.  
—No te lo crees ni tú, Jaime. Si no lo han hecho hasta ahora los servicios de seguridad, no lo van a hacer el mes que viene ni al otro.  
—Investigar en Irak no es tan fácil.  
—Como en cualquier otro sitio. Eso al menos les contamos a nuestros equipos, tienen que estar preparados para moverse en las peores circunstancias y conseguir sus objetivos.  
—Es verdad que han pasado dos meses desde el atentado...  
—Y no han conseguido nada de nada. Déjame que busque información.  
—¿Para qué?  
—Si siguen sin encontrar nada, si no se hace justicia, habría que pensar en investigar nosotros.  
—Estás loco —dijo riéndose el jefe del DAO—. Vas a conseguir que nos echen a patadas a los dos.  
—¡Narices!, ¿no es a ti al que sus hombres llaman James Bond? ¿O solo es por tu apariencia y lo guapete que eres?  
—¡Qué pesado! Está bien, entérate de todos los detalles de la investigación, pero nada de realizar trabajos por nuestra cuenta. Que nadie descubra nuestro interés. El director entiende que le pregunte porque murieron dos de mis hombres, pero sabes tan bien como yo que no podemos meter las narices. Y si te pillan, yo no sé nada.  
—Tranquilo, nadie se enterará. Soy el segundo jefe de la unidad más discreta de España.

*Diwaniya, 22 de marzo de 2004*

*H*abían pasado casi cuatro meses del atentado en Latifiya y poco más de uno desde que el juez Fernando Andreu, de la Audiencia Nacional, había archivado las diligencias por falta de autor conocido, con el aviso de que podría reabrir las si existieran nuevos datos.

Al Mayali había llegado a un acuerdo con Martínez tras la invasión para actuar de intermediario con los contratistas locales en las obras impulsadas por España. Después del asesinato del agente, el traductor había continuado con esa tarea. Ese día, como en muchas otras ocasiones, le habían pedido que acudiera a la base de Diwaniya, acompañado de su sobrino, que era su ayudante. No tardó en darse cuenta de que algo no iba bien. Le notificaron una orden del general Fulgencio Coll, responsable de la Brigada Plus Ultra, por la que quedaba detenido por haber cooperado en el asesinato de los siete espías españoles.

Tras no poder identificar a los autores materiales, un equipo de investigación del CNI no había cejado en su empeño de dar con el delator. Habían ampliado la investigación a los colaboradores de sus compañeros asesinados, y desde el primer momento sospecharon de algún contacto de Martínez, porque llevaba años en el país y conocía a individuos de todo pelaje.

Iraquíes con los que hablaron señalaron a Al Mayali, el más cercano a Martínez, el único conocedor de sus movimientos, el que se beneficiaba de su buena amistad. «Se dijo —contó uno— que le habían pagado mucho dinero por delatarlo, 50.000 dólares.» «Presumía de haberlos vendido», señaló otro que recelaba de él. «Seguro que trabajaba para la Mujabarat», especuló un tercero. Ninguno aportó la prueba imprescindible de la traición.

Entre los datos en poder de los investigadores se contaban las llamadas que los agentes asesinados habían recibido el día del ataque. En el teléfono de Martínez había varias que no respondió de Al Mayali, pero también una desde un número desconocido que sí contestó.

No disponían de las pruebas exigidas por un juez para condenar al traductor, pero según los criterios de valoración del servicio él era la única persona que podía haberlos delatado. Solo les quedaba la opción de detenerlo y confiar en que se derrumbara durante el interrogatorio. Un escenario adecuado, la presión justa y el gallo terminaría cantando.

Enviaron a cuatro agentes expertos a Diwaniya. Separaron a tío y sobrino, y los sometieron a aislamiento y condiciones extremas de vida. Al Mayali era el principal objetivo, su sobrino solo un arma de presión en un intento de hacerle declarar en contra de su tío o, al menos, un apoyo inconsciente en la búsqueda de contradicciones en su testimonio.

Tras una revisión por parte del médico de las fuerzas españolas, encarcelaron al traductor entre cuatro paredes sin ventanas, en las que ni un perro había pernoctado antes que él, con una humedad que dificultaba el funcionamiento de los pulmones. El encierro, aparentemente indefinido, pretendía desgastarlo física y moralmente. Debía sentir la congoja de no controlar el paso del tiempo, cuándo salía el sol y cuándo se ponía. Tras la sorpresa por su inesperada

detención, querían provocarle el pánico. Muchos iraquíes habían sentido miedo a lo desconocido, con la Mujabarat de Sadam nunca te podías confiar, quizás un día alguien te delatara y acabaras siendo un inocente en sus calabozos con las uñas despegadas y la piel arrancada a tiras. Ese calabozo transmitía el mensaje: «Eres un mierda, nadie puede ayudarte, más te vale colaborar y contar la verdad». Necesitaban acuciantemente que se autoinculpara, en caso contrario se quedarían sin culpable.

Los interrogadores eran dos tipos duros bien distintos. Uno con barba, de cierta altura; el otro, bajo y grueso. Su aparición en el calabozo aumentó la angustia en el prisionero. Lo sentaron en una silla endeble, incómoda. Durante los siguientes días, hasta que reconociera sus pecados, cada minuto le debía parecer insoportable. Siempre podía poner fin al martirio reconociendo su traición. El barbudo, que iba a dirigir los interrogatorios, fue el primero en hablar:

—¿A quién vendiste a Alberto?

—A nadie —respondió con convicción Al Mayali.

—¿A quién vendiste a Alberto?

—Alberto era mi amigo.

—Te lo voy a preguntar una vez más: ¿A quién vendiste a Alberto?

—Si hubiera sabido lo que le iba a pasar, le habría avisado.

—Eres el responsable del asesinato de siete compañeros nuestros. Te vamos a destrozarte la vida si no nos cuentas a quién lo vendiste.

—Hijo de puta —intervino el otro agente—, acabarás en Guantánamo y allí te pudrirás el resto de tu vida.

El primer interrogatorio duró un par de horas. Antes de concluirlo, quedaba un golpe de efecto: le dieron una buena bofetada, un adelanto de lo que le podía caer encima. Le ataron las muñecas a la espalda, le cubrieron la cabeza con una capucha y lo tiraron al suelo. Así lo dejaron. La pérdida de sensaciones y la desubicación deberían contribuir a acelerar su declive.

Repitieron el interrogatorio varias veces ese día, sin dejarle reponerse. Siempre la misma pregunta («¿A quién vendiste a Alberto?») y las amenazas («Si no colaboras te vas a pasar el resto de tu vida metido en un agujero»), cada vez con bofetones más fuertes y empujones.

—Sabemos que tú lo traicionaste —dijo el barbudo—. Hemos hablado con iraquíes, algunos amigos tuyos, nos han dicho que hablaste con la insurgencia.

—¡Mentira! —intervino Al Mayali, que terminó perdiendo su paciencia.

—Cobraste 50.000 dólares.

—Los que se lo hayan contado lo han hecho por envidia. Alberto confiaba en mí, era mi amigo.

—¿Cómo explicas entonces tu súbita riqueza?

—¿Que cómo la explico? —El traductor los miró a la cara—. Alberto me pidió que fuera intermediario en las obras de Diwaniya y Nayaf.

—Tienes más dinero que eso.

—No es verdad. Han invertido unos 300.000 dólares y mi parte son 70.000. Todo es legal.

Esa primera noche Al Mayali la pasó tendido en el suelo sin colchón ni sábanas, con las manos atadas a la espalda, lo que le producía un dolor intenso por todo el cuerpo, y la capucha transportándolo a la fuerza a un mundo tenebroso. No pudo pegar ojo, se sintió agotado, con los nervios a flor de piel y desmoralizado. Cuando aparecieron los interrogadores, las horas se le habían hecho eternas pero desconocía el tiempo que había pasado.

Las mismas preguntas formuladas cien veces le provocaban un mayor nivel de incomprensión y estrés, pero no cambió su línea argumental. Ni cuando de repente le ofrecieron los motivos que lo

habían conducido por el camino de la traición:

—¿Por qué no nos hablas del momento en que empezaste a colaborar con la Mujabarat?

Sentado en la silla, maniatado por delante en una posición que le facilitaba enderezar la espalda magullada, soportando la mirada de rencor del tipo bajito que con cualquier pretexto lo insultaba y amenazaba, la pregunta fue como una punzada en el estómago.

—Hace un par de años me interrogaron, es verdad, pero nunca colaboré con ellos. Se lo comenté a Alberto, era sincero con él.

—¿Qué les contaste sobre Alberto?

—Nada, que me limitaba a traducirle del árabe artículos de la prensa diaria.

—No mientas. Lo traicionaste en ese momento, sabiendo que confiaba en ti. Y cuando te pidieron ayuda para matarlo, lo entregaste a cambio de unas monedas.

El agente bajito añadió su acento particular:

—Eres un cerdo y te vas a pudrir en una pocilga.

—¡No, no, no! —gritó Al Mayali encolerizado—. Mienten, era mi amigo.

Con el paso de los días, la rutina invariable del prisionero hacía cada vez más mella en su cuerpo y en su espíritu. Además, sabía que su sobrino estaba corriendo la misma suerte y se sentía culpable.

En uno de los interrogatorios, los dos agentes construyeron un relato de lo que había ocurrido.

—Manejas mucho dinero desde hace unos meses, dinero sucio. Proviene de los terroristas que mataron a nuestros compañeros.

—Se lo he dicho, soy contratista, ese dinero me lo ha pagado su Gobierno.

—Ese dinero procede de la gente de Sadam, te lo entregaron como agradecimiento por contarles dónde estaba Alberto —le escupió el barbudo.

—No lo sabía, yo había quedado con él en el cuartel de Nayaf, cuando llegué me dijeron que se había ido.

—Le telefoneaste para saber dónde estaba.

—Lo llamé, sí, varias veces, pero no me cogió el teléfono. Me enteré de su muerte al día siguiente, me sentí destrozado, era mi amigo.

El bajito se levantó y le propinó un golpe en la cabeza y varias bofetadas mientras volvía a insultarlo.

—No sé cómo —siguió el barbudo—, pero te enteraste de dónde estaba y se lo dijiste a tus amigos de la Mujabarat.

Al Mayali no contestó, le dolía la cabeza por la tensión acumulada y los golpes recibidos. Estaba harto, no sabía cómo acabaría aquello, pero no estaba dispuesto a reconocer que había traicionado a Alberto.

Un día los interrogadores introdujeron un elemento nuevo. Aparecieron con un polígrafo y lo sometieron a diversas preguntas para contrastar científicamente si decía la verdad o mentía. Los servicios de inteligencia de todo el mundo entrenan a los agentes que tienen en primera línea para pasarlo, pero las personas normales se quedan inermes ante la llamada Máquina de la Verdad. Es una prueba sin validez judicial en España, pero ellos querían dejarlo en evidencia para forzarlo a cantar. Al Mayali no estaba en las mejores condiciones para pasarlo y aumentó su dosis de adrenalina al creer que la máquina podía leer su mente. Los resultados no fueron claros, parecía que mentía en algunas cuestiones, pero en las importantes los resultados no fueron concluyentes. En caso contrario, habrían cambiado su estrategia. Llegaron a la conclusión preconcebida de que el detenido no era trigo limpio, pero seguían sin poder probar que fuera el delator.

Sin su declaración por escrito, no tenían nada para poner en manos del juez. El 25 de marzo lo conminaron por última vez a contarle todo o lo entregarían a las fuerzas estadounidenses para que le dieran, durante el resto de su vida, el tratamiento vejatorio e inhumano que se merecía. Nada le hizo cambiar su testimonio. Lo obligaron a firmar un documento en el que reconocía que había recibido un trato correcto y se lo pasaron a la Policía Militar, mientras su sobrino, que había ratificado sus palabras, sin mostrar contradicciones, quedó en libertad.

En la orden de entrega al Ejército estadounidense, el asesor jurídico de la Brigada Plus Ultra especificó que el delito de Al Mayali era el de cooperador necesario en la muerte de los siete agentes. Había facilitado a la insurgencia la información de que los miembros del CNI se iban a desplazar ese día a Bagdad. Aunque no hubiera pruebas concluyentes ni un juicio de por medio, fue suficiente en tiempos de guerra para que los soldados de la coalición se lo llevaran para encerrarlo primero en la prisión de Abu Ghraib y más tarde en la de Um Kasar.

El Ministerio de Defensa no informó al juez Andreu de la detención del principal sospechoso. Ni, por supuesto, de que en lugar de pedir la extradición para procesarlo en España, se lo habían entregado a los estadounidenses para que le infligieran el castigo que sus leyes permitían sin control judicial.

Once días antes de su detención, en España había tenido lugar un salvaje atentado yihadista contra trenes que circulaban por la Comunidad de Madrid y que provocó cerca de 200 muertos y más de 2000 heridos, una acción de venganza por el despliegue de militares españoles en Irak, según habían alertado los informes del servicio de inteligencia al Gobierno. Tres días después se celebraron las elecciones generales. Supusieron la derrota del Partido Popular y la victoria del PSOE. En poco tiempo, tras el nombramiento de José Bono como ministro de Defensa, el nuevo Gobierno tomó la decisión de sacar las tropas de Irak, que supuso un enfrentamiento abierto con Estados Unidos y que a ese país los intereses españoles en Irak pasaran a interesarles poco o nada.

A pesar de ello, Flayeh al Mayali deambuló por cárceles estadounidenses hasta que el 17 de febrero de 2005, después de casi un año, lo dejaron en libertad sin cargos. Una vez libre, el traductor quiso limpiar su nombre: «He pasado casi un año detenido sin culpa y he dejado a mi familia en la indigencia. Los servicios de inteligencia españoles me detuvieron y me acusaron sin pruebas. Querían justificar que estaban realizando una investigación en profundidad y me usaron como chivo expiatorio».

El CNI no estaba de acuerdo, para ellos era culpable. Fueron tan conscientes de que no disponían de elementos probatorios que cuando se enteraron de que los estadounidenses iban a liberarlo, no alertaron a los jueces para pedir su captura. Siguieron otra vía menos conflictiva: el Ministerio del Interior promulgó una orden para prohibirle entrar en España y en los países del área Schengen durante diez años.

Era lo último que les quedaba por hacer. A los familiares de los agentes asesinados les habían insinuado, después de que se desvelara la información de su detención unas semanas después de que se produjera, que el traductor era el principal sospechoso de la delación. Más tarde dejaron que lo siguieran pensando. Todos supieron que nadie iba a pagar por la muerte de sus hijos, maridos, padres, sobrinos o amigos.

*Madrid, 14 de julio de 2004*

*H*ijos incapaces de concentrarse para estudiar, padres culpabilizándose, esposas desamparadas intentando reordenar su vida, hermanos sin poder conciliar el sueño por las pesadillas. Los meses transcurrieron con mucho sufrimiento para los seres queridos de los agentes. Ocho familias rotas con problemas para asimilar la pérdida. El nuevo director del CNI, Alberto Saiz, conoció los fallos cometidos por La Casa, respaldó los cambios introducidos en los protocolos para misiones futuras e impulsó las medidas adoptadas por su antecesor para prestar a las familias el máximo apoyo humano y económico.

Ese día de verano los familiares fueron invitados a participar en un acto solemne en la sede central presidido por el nuevo ministro de Defensa, José Bono. Inauguraron en el jardín un monumento creado por Alberto Corazón en memoria de los agentes. Ocho llamas de bronce, sobre una pared desnuda de acero, con ocho placas con sus nombres en un lateral.

Las heridas todavía estaban muy abiertas en los corazones de las personas que los querían, lo que desembocó en muchas lágrimas durante la ceremonia posterior en el salón de actos. Bono les entregó, una a una, la Gran Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo que el Gobierno del Partido Popular les había negado por considerar que no los mataron en una guerra.

La vida siguió para las esposas y los hijos. Durante los siguientes años recibirían muchas muestras de cariño por parte de la sociedad española, aunque una de las más emocionantes fue el bautizo de la sala de operaciones de La Casa con el nombre de Héroes de Irak.

Sucedió algún tiempo después. Nuria, la hija de José Antonio Bernal y Virtu, estaba sentada delante de la televisión. La película estadounidense que estaban echando tenía una escena que despertó su interés. Un soldado había muerto en el campo de batalla y al entierro asistían familiares y amigos. El cementerio era un enorme prado de hierba perfectamente recortada en la que se alineaban monolitos blancos. Se volvió hacia su madre.

—¿Papá está enterrado en el suelo con una crucecita?

—No, en España es distinto. ¿Quieres que vayamos a verlo?

Se acercaron al cementerio y Virtu dejó que Nuria viviera el momento a su manera. La niña se acercó a la tumba de mármol presidida por una cruz y un recipiente para las flores. Leyó la inscripción: «Gracias por haber compartido tu vida con nosotros. Nunca se pudo amar tanto. Nunca te olvidaremos. Tu esposa, hija, padres, hermanos y demás familia».

Nuria se volvió hacia su madre.

—¡Ay, mamá, qué bien que está aquí!

Por aquellas cosas del destino, llegó a oídos del cantante Joaquín Sabina que Carlos Baró, uno

de los agentes asesinados, era un fan incondicional suyo. Conmovido por su historia le escribió una poesía que incluyó en su libro *A vuelta de correo*.

Mi hermano Carlos tenía, como todos los agentes secretos, un nombre en clave: Baracoa. La familia me ha autorizado a rimarlo, pero no a leer su diario. Estoy hablando de tres generaciones de agentes especiales que sabían que una tumba anónima era mejor que una estatua [...]. Maldita guerra de Irak.

## BARACOA

Tuve un hermano secreto en Irak,  
el más audaz, el más noble, el más fuerte.  
Cuando la suerte le dijo tictac,  
corte de mangas le hizo a la muerte.  
Besaba a jeques, comía cuscús,  
cada mañana era una despedida,  
sabía cosas que ignoraba Bush,  
le hicieron una chilaba a medida.

Y cómo lo describía,  
como Borges, como Pablo,  
como Pessoa.  
Ni Dios lo mejoraría.  
Pongamos, Carlos, que hablo  
de Baracoa.

Me lo imagino con tan corta edad,  
Lawrence de España versus Saladino,  
llevando al huerto al ladrón de Bagdad,  
comprando alfombras, retando al destino.

Era mi socio aunque nunca lo vi.  
Quiso vivir sin pasar a la historia,  
murió por nadie, por todos, por mí.  
Harto consuelo dejó su memoria.

Y cómo me defendía,  
como Adán contra el diablo,  
en una canoa.  
Ni Dios lo mejoraría.  
Pongamos, Carlitos, que hablo  
de Baracoa.

Sobre las guerras del Golfo canté  
con el ardor de la sangre encrespada,  
con la coartada de la poca fe,  
contra el horror de una muerte anunciada.

Esta oración de naranjito en flor  
que me mató tan póstumo y tan tarde,  
desde el diario de un gran corazón  
del corazón de un cantautor cobarde.

Y todo lo deglutía,  
cocinando en un establo  
sin barbacoa.  
Ni Dios lo mejoraría.  
Pongamos, Carlitos, que hablo  
de Baracoa.

JOAQUÍN SABINA  
Madrid, 30 de julio de 2004

## **EPÍLOGO**

*Madrid, invierno de 2004*

La pesadilla, repetida hasta la saciedad, había terminado inmunizando su cuerpo, y al despertarse, en un primer momento sobresaltado, apenas tardaba unos segundos en reponerse de la tensión. Damián aparecía en su puesto de trabajo habitual, el archivo del CNI. Era tarde y sus compañeros iban uno a uno despidiéndose, y cuando él intentaba salir se quedaba encerrado entre sus paredes blindadas antisonido y antifuego, sin comida ni bebida, sin nadie a quien le importara.

Había aprendido a convivir con ese sueño. Incluso pensaba que lo había ayudado a superar la claustrofobia que sintió al principio. Llevaba catorce años allí metido, había asimilado trabajar en un sótano sin luz natural y seguía sorprendiéndose al ver la piel tostada de sus compañeros al regreso de vacaciones, aunque ya no prestaba atención cuando contaban que, a pesar de la crema de protección de factor 50, el primer día de playa o montaña se habían quemado.

Era jefe de sección, un meticuloso y quisquilloso jefe de sección. No le pasaba un error a nadie. Ni a sus compañeros ni a los funcionarios que solicitaban una consulta. Había unos trámites estrictos, la orden dictaba que nadie, ni el mismísimo director, se los podían saltar. Algunos le recriminaban que parecía el dueño del archivo, sin conseguir ofenderlo. Le recordaban el caso de una antigua jefa, despedida unos meses después de descubrir que un director se había quedado con una carpeta incluida en el dossier del 23-F. Le daba igual lo que le dijeran a la cara o murmuraran a sus espaldas, Damián trabajaba en una institución secreta y le habían encargado alejar de ojos extraños su material más sensible.

Con ese comportamiento y esas pesadillas, nadie podría imaginar lo que el cumplidor y estricto Damián llevaba haciendo desde hacía algo más de un mes. Aprovechaba los ratos en que había menos gente, y cuando desde las divisiones no enviaban solicitudes de información, para sacar microfichas de varias carpetas y esconderlas en el doble fondo de la bolsa de deportes en la que llevaba la ropa para acudir al gimnasio en su descanso de la comida. Cualquiera de sus compañeros habría jurado que era la misma bolsa negra desgastada con el anagrama de Nike que llevaba utilizando desde hacía más de cinco años. Para no levantar sospechas, se la fabricaron idéntica a la que tenía cuando empezó a robar los documentos, con los mismos roces en los costados y el desgaste en la bandolera, pero incluyendo ese departamento camuflado en la base.

La primera vez que lo hizo le pudieron los nervios. «No debía haber aceptado», se recriminó, él no había nacido para ser agente doble. Con un poco de tortícolis tras estar girando la cabeza todo el día para comprobar la ubicación de sus compañeros, había conseguido ocultar en el doble fondo las primeras microfichas. Entonces pasó algo que lo descolocó: una gota de sudor resbaló desde su rostro, impactó en la bolsa e hizo un ruido delator que pudo dejarlo en evidencia. Enseguida se dio cuenta de la exageración motivada por la tensión. Al llegar a su casa, se tranquilizó y se disgustó consigo mismo. Era casi imposible que lo pillaran moviendo documentos, era su trabajo, a nadie le extrañaría. La dificultad residía en pasar el filtro del servicio de

seguridad cuando abandonaba la sede central. Todos los trabajadores están sometidos a un control aleatorio. Era como si te tocara la lotería: si saltaba el aviso, fueses quien fueses, te ganabas el premio de que te registraran hasta en el ombligo.

Ya no sabía cuantos cientos o miles de hojas habría sacado. Cuando aparcaba el coche en el garaje de su casa, dejaba los documentos microfilmados metidos en un sobre en el asiento del copiloto y al día siguiente se los encontraba en el mismo sitio. Alguien se los había llevado y, tras copiarlos, los había devuelto. No quería saber cómo lo hacían. La ignorancia era su mejor arma. Si lo pillaban, no podría revelar más nombre que el del compañero que lo convenció para que llevara a cabo el robo que ese día iba a concluir.

Cada día fantaseaba con la posibilidad de que lo cogieran *in fraganti*. Lo tenía claro: se comería el marrón. A veces estar en la cárcel es un honor cuando has actuado convencido de la bondad de tu traición. Estaba solo; si salía mal por su culpa, no estropearía el objetivo que otros podrían cumplir.

Con las microfichas escondidas en la bolsa de deportes, salió del agujero donde trabajaba tras despedirse de los compañeros que harían guardia esa noche. Se acercó al aparcamiento, colocó la bolsa en el asiento trasero y condujo hacia la salida. Como cada día desde que empezó el robo, sintió una congoja que le obstruía la garganta y le impedía tragar saliva.

Se acercó a la valla, metió su tarjeta de identificación por la ranura y esperó. Pasaron unos segundos eternos, nada se movía y volvió a meter la tarjeta. Lo peor estaba a punto de suceder: vio a un vigilante de seguridad, perfectamente identificable por su traje y aspecto fiero, y la pierna derecha le empezó a temblar.

—Por favor, sea tan amable de sacar el coche de la fila y apárquelo allí —le dijo señalándole un lugar apartado de la calle, cercano a la base del control de salidas.

—Lo sé, lo sé, no hace falta que me lo explique —soltó con mal humor y se arrepintió de inmediato.

Damián era un documentalista, pero no hacía falta ser agente operativo para darse cuenta de que había mostrado un nerviosismo que lo delataba. El de seguridad se acercó a su ventanilla:

—Por favor, abra el capó y salga del coche.

Se quedó callado, al borde de un ataque de nervios; si hablaba, seguiría metiendo la pata. Se alejó un par de metros para dejarle espacio y que revisara las tripas del coche. El guardia pasó un espejo con un palo para ver los bajos, mientras Damián empezaba a rezar para que no revisara la bolsa, sabiendo que sería lo último, pero que lo haría. El doble fondo estaba perfectamente disimulado, pero seguro que lo descubriría.

—¿Puede acercarse? —le pidió el guardia con suma educación—. ¿Le importa abrir la bolsa?

Pues claro que le importaba, pero si no lo hacía lo detendrían y la abrirían de todas formas.

—¿Le importaría vaciarla, por favor?

La furia se apoderó de él. Se dio cuenta de que había acabado su carrera en el CNI, que para verlo sus hijos tendrían que ir a la cárcel. Se acercó a la bolsa y comenzó a sacar sus pantalones cortos, la camiseta, los calcetines, la toalla. Tiraba cada prenda con rabia a un extremo del coche o al suelo.

—Ya está, es toda suya —dijo mientras notaba el fuego que le quemaba todo el cuerpo.

El guardia lo miró confundido, evaluando que Damián tenía un ataque de estrés, estaba loco o lo había pillado haciendo algo que no debía. Guardó la compostura, no dijo nada y cogió la bolsa. La tocó por todas partes y notó que la base estaba excesivamente abultada.

—¿Lleva algo en el suelo de la bolsa?

El archivero entró en pánico, no pudo responder. Llevaba un rato intentando tragar saliva, se congestionó y notó que la cara se le enrojecía. Alguien contestó por él acercándose al lugar donde estaba teniendo lugar el registro.

—Agente, yo me ocupo.

—Señor, he notado algo extraño en la base y le estaba diciendo al funcionario...

—Lo sé, agente, vaya a su puesto, yo acabo.

—Sí, señor, lo que ordene.

Damián no entendía nada. Reconoció al tipo que acababa de aparecer. No sabía su nombre pero era uno de los jefes del servicio de seguridad. Lo había visto en varias ocasiones cerca de la gente importante. Ahora sí que se le había caído el pelo. El agente se había ido dejándolo en manos de quien podía empujarlo con solo chascar los dedos.

—Damián, acérquese, por favor.

—Discúlpeme, señor, me he puesto nervioso —dijo intentando aparentar tranquilidad, pero moviendo los brazos de una forma excesiva—, es que no me merezco esto.

—Nadie desconfía de usted —dijo para tranquilizarlo, aunque su aspecto rudo, su gran altura y el color tostado de su piel le insuflaron aún más miedo—. Voy a revisar su bolsa.

Situado a medio metro de él, contempló cómo metía la mano y recorría toda su superficie.

—¿Ve?, ya está, no tiene nada de lo que preocuparse. Meta su ropa y váyase.

Damián se quedó helado, incapaz de mover ninguna articulación.

—¡Venga, hombre! —dijo el jefe esbozando una sonrisa—. Que como no se dé prisa, va a volver mi agente con una navaja y le va a rasgar el fondo de la bolsa.

No entendió nada, pero hizo lo que le decía. Se metió en el coche y el jefe del servicio de seguridad hizo indicaciones para que levantaran la valla. Al pasar junto a él, Damián bajo la ventanilla.

—Gracias, señor.

—De nada, en esta casa nos cuidamos unos a otros.

*E*l chalé en la calle Cardenal Herrera Oria de Madrid aparecía entre los bienes del servicio secreto desde hacía muchos años. Rodeado de numerosas viviendas, de las que estaba aislado gracias a un jardín y una valla alta tapizada con hiedras, nunca nadie se había mosqueado por la gente más o menos extraña que pasaba allí días o temporadas y luego no volvían. A veces lo utilizaban como piso franco para esconder a personas necesitadas de protección, otras para mantener reuniones discretas con sujetos conflictivos, y muchas veces había sido la residencia de individuos perseguidos.

Jaime San Agustín lo había convertido en la base de la operación bautizada como Destrucción Masiva. No quería ponerle un nombre reglamentario con tres palabras en clave que alguien del servicio pudiera interpretar con facilidad. No era una operación al uso. El director del CNI nunca debería conocer su existencia, y si lo hacía, se vería obligado a expulsar a un grupo de jefes y agentes, entre los que se incluirían algunos de los mejores y de su máxima confianza.

El nombre se le había ocurrido cuando descubrió que Martínez y Bernal, dos de los ocho agentes asesinados en Irak, cuya memoria lo había impulsado a buscar justicia, habían advertido al Gobierno que Sadam Husein carecía de armas de destrucción masiva, sin que les hicieran ni caso. ¿Qué dos mejores palabras para resumir el motivo que los movía a actuar fuera de los principios del CNI y de la ley?

El chalé llevaba un mes ocupado por cuatro agentes a los que San Agustín había relevado de cualquier otro encargo. De su máxima confianza, cumplían labores organizativas en el DAO y los había reconvertido en analistas. Pensó en pedir profesionales con experiencia a algún compañero de las divisiones de inteligencia que estaba en el ajo, pero tras debatirlo con Bastos, llegaron a la conclusión de que era preferible limitar el acceso a la operación al personal de la máxima lealtad. Había otra razón: en su unidad podían desaparecer durante un tiempo y nadie les preguntaría por lo que habían estado haciendo. El secreto ajeno era el bien más respetado.

Esos cuatro agentes iban cada mañana directamente al chalé, donde había comida y bebida para que no tuvieran que salir, y entrada la noche regresaban a sus casas. Se habían instalado en el salón, un espacio de cincuenta metros cuadrados que habían vaciado para colocar mesas, sillas, varios archivadores, ordenadores y una pizarra inmensa formada por la unión de tres piezas de cristal en tono verde claro, que iba del suelo al techo, pegada a la pared.

Esa tarde San Agustín y Bastos acudieron un poco antes de las seis, la hora habitual en la que aparecían por allí tras haber cumplido con sus obligaciones en el cuartel de El Pardo. Normalmente se encontraban a los cuatro, cada uno en su mesa, leyendo y haciendo anotaciones sobre la ingente cantidad de papeles que les había conseguido uno de los encargados del archivo, cuya identidad desconocían. Ese día, dos de ellos estaban discutiendo de pie junto a la pizarra invadida de nombres y los otros dos permanecían sentados atentos a sus palabras. Al ver a sus jefes guardaron silencio.

—Bien, por el tono en el que habláis deduzco que estamos progresando —afirmó San Agustín frotándose las manos.

—Hemos terminado la lectura de los documentos —dijo uno de los que estaba junto a la pizarra, con gafas circulares y pinta de intelectual—. Estamos elaborando una primera lista de sospechosos.

El jefe iba a decir algo pero Bastos se le adelantó:

—¿Dudáis si incluir a algunos de ellos? Deberíais borrar los nombres que ya hayáis desechado, y así nos aclararemos los recién llegados.

El que estaba junto al intelectual, más bajito y con tirantes, cogió el borrador y dejó solo ocho nombres escritos en negro, colocados en desorden en distintas partes de la moderna pizarra. Después cogió rotuladores de tres colores.

—Por un lado, tenemos a los de la Mujabarat. —Envolvió en círculos rojos a Al Sudani y a Ali—. Luego están los religiosos. —Más círculos, pero verdes, para los chiitas Al Jamil y Al Naji, y para el sunita Al Husain—. Y finalmente tenemos a los no clasificados. —Con un rotulador amarillo marcó a Al Mayali, Ingenio y Adam Smith.

San Agustín fue a sentarse en la silla más cercana a la pizarra y Bastos lo imitó colocándose a su lado.

—¿Sobre quién discutíais, Tirantes?

El primer día que llegaron al chalé, los cuatro habían decidido llamarse por un mote y los jefes se habían sumado a la iniciativa con buen humor.

—Ahora mismo sobre Smith, el tipo de la CIA. Defiendo que debemos tacharlo. Seguro que los americanos no tuvieron nada que ver.

—¿Por qué lo metisteis? —preguntó el jefe.

—Mantuvo una pésima relación con Martínez —intervino al que llamaban Gafas—, lo desairó todo lo que pudo y más. Le molestaba que estuviera investigando el paradero de Sadam, y mira por dónde, a los pocos días de que los mataran, lo encuentran metido en un agujero. Smith quería la gloria, pasar a la historia.

—Es un servicio aliado —matizó Tirantes—, jamás matarían a uno de los nuestros.

—Que te lo has creído...

—Vale, vale —dijo San Agustín—. Vamos a dejarlo en la lista, mientras haya sospechas no quitemos a nadie. ¿Más dudas?

—Al Mayali —dijo uno de los que estaba sentado, capitán del Ejército como los otros tres analistas, siempre con un vaso en la mano, lo llamaban Coca-Cola—. Hemos leído miles de hojas con los informes que Martínez y Bernal hicieron desde su llegada a Bagdad, los dosieres posteriores a la invasión americana y la investigación del servicio de seguridad sobre los dos atentados. Si hay una cosa clara, es que de Al Mayali lo sabemos todo, y sin embargo, no encontraron datos rotundos para implicarlo.

—No solo lo implican, lo consideran culpable —matizó el cuarto analista, un tipo fuerte, siempre sonriente, al que llamaban Cachas, feliz de que lo hubieran elegido para ese trabajo—. Era el único que podía conocer el momento en que regresaban de Bagdad y pudo pasar la información por miedo a antiguos miembros de la Mujabarat.

—No hay pruebas —siguió Coca-Cola—. Si las hubiera habido cuando lo detuvieron en Irak, habríamos pedido la extradición, y con lo bien que nos llevábamos con los americanos en ese momento nos lo habrían entregado. Aquí lo habría juzgado la Audiencia Nacional y ahora estaría pudriéndose en la cárcel.

—El concepto de prueba es distinto en el interior del servicio y en los juzgados. Pero en esencia tienes razón —dijo Bastos.

—¿Veis algún punto débil en la investigación del servicio de seguridad, algo que quede por descubrir? —preguntó San Agustín dirigiéndose a los cuatro, que llevaban horas encerrados en aquel salón.

El silencio fue la mejor respuesta.

—De momento, tachémoslo, demos por buenas las pesquisas de nuestros compañeros. Si no llegamos a nada con los otros, reabriremos su caso. Pero me parece complicado presentarme un día en el despacho del director y proponerle una segunda detención. —Miró uno a uno a sus cuatro agentes—. Vuestra misión es encontrar los datos suficientes para que pongamos en marcha investigaciones sobre el terreno que nos permitan obtener pruebas que descarten o inculpen a cualquiera de esos siete. Con esas pruebas intentaremos convencer al Gobierno para que los traigan a España para juzgarlos.

—¿Cómo le contará al director que hemos estado investigando a sus espaldas? —preguntó Tirantes.

—No tengo ni idea, cuando llegue a ese puente veré cómo cruzarlo. Para ponerme en ese aprieto, antes necesitamos pillarlos. Ahora, iros a casa, dormid bien y mañana cuando salga el sol veníos aquí. Necesito..., necesitamos que en el menor tiempo posible tengáis elaborado un expediente de cada uno de ellos con todos los datos imprescindibles para que compañeros nuestros vayan a Irak a investigarlos. El éxito de su trabajo y, especialmente, su seguridad, que no los descubran y acaben en una sucia cárcel de Irak, depende de vosotros.

Una semana después San Agustín tenía sobre su escritorio los siete expedientes y al otro lado a Bastos. Acababa de preparar dos cafés y había dicho a su secretario que no le pasara llamadas.

—Debemos empezar a planificar las acciones sobre el terreno. Le he estado dando vueltas a cómo hacerlo manteniendo el secreto.

—¿No crees que nos sería de ayuda debatirlo con los analistas, que son los que más saben?

—Seguirán trabajando en el asunto cuando haga falta, pero mantengamos el hermetismo. Ellos por un lado y los operativos por otro. Si nos pillan, estoy seguro de que nadie implicará a los otros, pero más vale crear departamentos estancos.

—Tenemos siete sospechosos divididos en tres grupos: Mujabarat, religiosos y no clasificados. Creo que podríamos formar tres equipos de agentes operativos y que cada uno se ocupara de uno de los grupos.

—Sí —coincidió el jefe—. Tres grupos aislados, cada uno de dos integrantes, que recibirán únicamente la información de sus objetivos y actuarán autónomamente y no coincidiendo nunca sobre el terreno. Todos viajarán a costa de sus vacaciones con la orden clara de que primará la seguridad sobre la efectividad. Por nada del mundo pueden detenerlos.

—Habrá que dotarles de identidades falsas que nunca hayamos usado y que destruyamos después.

—De otros países; ninguno debe viajar con pasaporte español y, por supuesto, no mantendrán relaciones con nuestros diplomáticos o agentes destinados allí.

—En Irak el control de acceso al país es bajo —añadió Bastos—, los analistas dicen que la vigilancia es extrema para los árabes, pero con una buena tapadera un occidental puede moverse relativamente bien. El problema es tanto terrorista como hay por metro cuadrado.

—Tienes que buscarles tapaderas creíbles. Al menos los de un equipo tienen que hablar inglés para hacerlos pasar por ciudadanos de un país europeo que no mantenga mala relación con Estados Unidos.

—Utilizar identidades de Latinoamérica es la mejor opción. Varios países mandaron soldados con España y son bien recibidos si pretenden hacer negocios.

—Buena idea. Necesitarán que los acompañe alguien que hable árabe.

—Si además es árabe, mejor que mejor. Les podría echar una mano.

—En la unidad solo tenemos un agente con esas características. Lleva poco tiempo con nosotros, pero tiene buenas referencias, podemos arriesgarnos.

No había prisa, podían tomarse el tiempo que hiciera falta, sin precipitaciones. Los nuevos fichajes centraron el protagonismo. Primero tocaron a los que sabían que aceptarían de buen grado colaborar en la Operación Destrucción Masiva, en la que no había órdenes por escrito ni se podía comentar nada con otras personas. Después se acercaron a agentes con un perfil especial, adecuado a la misión, hasta conseguir a los siete que necesitaban. Nadie hizo preguntas comprometedoras, aunque detectaron en lo que se estaban metiendo.

Las semanas pasaron. El jefe de la sección de Documentación elaboró los papeles para los tres equipos, con ayudantes *ciegos* respecto al objetivo del trabajo. Con las fotos de los seleccionados, les buscó nacionalidades en su archivo particular. Para cinco de ellos eligió Ecuador, Argentina y Marruecos porque desde hacía tiempo disponía de varios pliegos del papel auténtico con el que fabricaban los pasaportes en esos países, imaginaba que obtenidos mediante sobornos a funcionarios locales, aunque nunca preguntaba. Era una suerte, otras veces los encargos que le hacían eran imposibles, pero estas falsificaciones quedarían perfectas, cualquier español pasaría por latino, y el árabe de una de las fotos tenía toda la apariencia de haber nacido en Marruecos. Más complicado fue el requisito de que dos de ellos tuvieran pasaporte sueco. Uno era rubio y al otro le iban a teñir el pelo, pero tendrían que caracterizarse para resultar creíbles y entonces hacerse nuevas fotos. Elaborarles la documentación sería complejo, tendría que buscar un papel similar al que usaban los suecos e intentar imitarlo lo mejor posible. En un control estricto en Suecia no pasarían, pero con suerte en Irak colaría.

Elegidas las nacionalidades, buscó nombres comunes o extraños que encajaran con las caras. Después se puso a elaborar otro tipo de documentos personales. Contactó con el delegado del servicio en Argentina, le pidió que consiguiera un carné de prensa como los que utilizan los periodistas. No le explicó, como no lo hacía nunca, que lo utilizaría para dar credibilidad a dos agentes que iban a viajar a Irak haciéndose pasar por trabajadores de una agencia de noticias que existía en Santa Rosa, una pequeña localidad de apenas 100.000 habitantes.

El jefe de la sección de Empresas Tapadera fue otro de los que entró en Destrucción Masiva. Quedó encantado con que dos agentes se hicieran pasar por ecuatorianos, tenía montada allí una empresa, con actividad escasa que a partir de ese momento potenciaría. El delegado en el país recibió la orden de alquilar un pequeño local y desviar el teléfono a un móvil en Madrid.

Se desplazó a Estocolmo. Convenientemente caracterizado como un ciudadano inglés llamado Thompson, se reunió con el dueño de una pequeña agencia de viajes que siempre lo dejaba todo para acudir a su llamada. Unos años antes había aparecido en su vida para ofrecerle dinero para montar el negocio a cambio de algunos favores que el sueco siempre había considerado ridículos. Esta vez le pidió que organizara un viaje turístico a Irak, y para su sorpresa, el sueco le respondió que era una idea genial, seguro que lo petaba, desplazarse a un país en guerra movía a gente que estaba mal de la cabeza. El jefe de las empresas tapadera le explicó que con ocho personas que se

apuntaran sería suficiente, pero que si no llegaba a ese número, podía hacer un sorteo y él subvencionaría a los ganadores.

La planificación del siguiente paso de la operación llevó más tiempo del que les hubiera gustado, pero dos meses después todo estaba listo. Los agentes operativos seleccionados se dedicaron a asimilar su cobertura y familiarizarse con la misión. Estudiaron la información que los analistas habían podido reunir sobre los objetivos, memorizando hasta los mínimos detalles.

Los que iban a integrarse en el viaje turístico aprendieron todo sobre chiitas y sunitas, el respeto que debían mostrar al clérigo Al Jamil, el fuerte carácter de Al Naji o el odio que Al Husain sentía por los españoles.

Los que iban a hacerse pasar por trabajadores de una empresa ecuatoriana en busca de contratos en Irak estudiaron todo lo relativo al país en el que supuestamente habían nacido y la empresa para la que trabajaban, memorizaron una maqueta con las instalaciones de Camp Victory y la ubicación exacta de la sede de la CIA. También retuvieron el paradero de Ingenuo y se aprendieron, por si caso, la dirección de su primo, buen amigo de Martínez.

Y los supuestos periodistas argentinos practicaron el acento del país y aprendieron a ir a ciegas al pueblo donde los informes decían que vivía Al Sudani, el exmandante de la Mujabarat. Luego tendrían que apanárselas para localizar a Ali, en paradero desconocido.

Todo estaba preparado. San Agustín se mantuvo en que los equipos viajaran separados para correr menos riesgos. Si los pillaban, el daño sería menor.

*Bagdad, primavera de 2005*

Alf y Christian temieron durante unos segundos que sus pasaportes suecos no sortearan el control militar americano del aeropuerto de Bagdad. El soldado los tomó en su mano izquierda, les preguntó por el motivo de su viaje, les lanzó miradas asesinas, tecleó sus nombres en el ordenador y volvió a mirarlos fijamente a los ojos. Miembros de una expedición turística para visitar los milenarios tesoros iraquíes, los dos expertos agentes operativos, con el pelo rubio sucio, largo y despeinado, barba de varios días, unas camisas de colores estrambóticos y motivos hawaianos, unos pantalones blancos de lino muy anchos y una sangre fría a prueba de bombas, dejaron ver que estaban fuera de lugar. Iban de *hippies*, no ocultaban una alegría nerviosa por estar a punto de iniciar una aventura única que para el uniformado estadounidense era incomprensible, pero le mostraron el respeto mínimo necesario para no molestarlo demasiado y terminar causando problemas.

El militar les devolvió los pasaportes auténticamente falsos con ganas de pegarles un par de bofetadas a cada uno, sin encontrar motivo para impedirles la entrada. Se alejaron de la aduana, mantuvieron la respiración lenta y se unieron al resto del grupo que había decidido pasearse por Irak como quien va al chiringuito de una playa lejana a tomarse mojitos. Uno de los que los esperaba era su compañero Hadi, también español pero con pasaporte marroquí, de apariencia bastante más formal que ellos, también treintañero, con el que apenas habían cruzado un par de palabras desde el inicio del viaje. En cuanto abandonaron la terminal del aeropuerto, la visión de soldados armados hasta los dientes y el autobús destartado de cincuenta plazas los metieron de lleno en la realidad del país. Un guía, ojos saltones y cara de rata, les anunció en un inglés básico que ya era tarde para hacer nada, tendrían hambre y estarían cansados, por lo que decidió conducirlos directamente al hotel.

Los once miembros de la expedición aceptaron el encarcelamiento por esa noche pero al día siguiente madrugaron ansiosos por entrar en contacto con la capital. El guía los esperaba en la puerta del hotel delante del mismo autobús, cuyo aspecto de día era aún peor del que recordaban: numerosas abolladuras en la chapa y asientos rotos y sucios en el interior. Bromearon entre ellos, como buenos aventureros todos habían pasado por experiencias peores. El plan de la mañana consistía en que se familiarizaran con los distintos barrios, vieran los principales monumentos y tuvieran las pistas necesarias para que luego cada uno, en solitario o en grupo, andando o en taxi, acometiera las visitas que más les apetecieran. Los dos agentes con el pelo rubio sabían que en la ruta estaba incluido Sadr City, la barriada controlada por los chiitas.

San Agustín y su equipo habían organizado el programa de los inusuales turistas a medida de las misiones que tenían que cumplir. El supuesto inglés Thompson se lo pasó al dueño de la agencia de viajes de Suecia, quien contrató al guía y le especificó la necesidad de cumplirlo a rajatabla. Ese día el autobús debía recorrer entera la calle en la que vivía el clérigo Al Jamil, pasando por

delante de su casa para que los agentes tuvieran un primer contacto visual sin correr riesgos.

Pasadas tres horas circulando por toda la ciudad con un calor casi insoportable, acrecentado por la ausencia de aire acondicionado, el guía anunció a voz en grito que regresaban al hotel. Alf, desde el fondo del autobús, reaccionó con celeridad:

—¿Qué dice?, no hemos pasado por Sadr City.

Christian lo respaldó:

—Queremos que nos lleve. ¿Cómo vamos a estar en Bagdad sin pasar por allí?

—Es muy peligroso —contestó el guía sin inmutarse.

El resto de viajeros, con Hadi a la cabeza, se sintió animado por la palabra «peligroso» y comenzaron un motín, ante lo que el iraquí habló con el conductor.

—Lo que ustedes quieran, pero el chófer pide más dinero.

Alf accedió rápido:

—¡Hagamos una colecta!

Cambiaron el rumbo y media hora después recorrían la calle que habían estudiado en fotos aéreas. Estaba llena de gente que los miraba con extrañeza y algunos les lanzaban improperios acompañados de gestos explícitos con las manos. Alf, Christian y Hadi, con la misma mirada escrutadora que sus ocho compañeros de viaje, pero centrados en memorizar detalles, contemplaron la casa del clérigo y la presencia próxima de dos hombres que ocultaban pistolas con poca discreción. No iban a asaltarla, pero gran parte de su éxito residía en el factor sorpresa.

La visita debía ser por la mañana, por lo que esa tarde se sumaron a sus compañeros de *tour* y todos juntos visitaron monumentos y museos. Integrarse era importante, especialmente para que cuando se desligaran el resto lo entendiera, al fin y al cabo cada uno corría sus peripecias como quería.

La jornada siguiente era de libre configuración. Alf y Christian se lanzaron a la calle con las primeras luces del día procurando no coincidir con nadie, mientras Hadi quedó con cuatro amigos que siempre viajaban juntos, a los que había procurado caer bien desde que emprendieron el viaje. Fueron al zoco, donde el marroquí animó a sus compañeros a entrar en una tienda de ropa y les sorprendió comprando tres modelos diferentes de indumentaria árabe. «Me lo han pedido unos amigos», se justificó riéndose. Una hora después, aprovechando una aglomeración, se evaporó. Cogió un taxi hasta un café cercano a la entrada de Sadr City, donde lo esperaban sus compañeros. Los tres no tardaron en cambiar de apariencia.

Con las túnicas claras y los turbantes imprescindibles para que Alf y Christian ocultaran el color de su pelo, se acercaron con decisión a la casa del clérigo. Cuatro calles antes de llegar, Christian se descolgó, vigilaría desde lejos, sería el apoyo exterior por si pasaba algo. Una pistola le habría venido genial, pero era imposible. Alf y Hadi se acercaron para hablar con uno de los guardas de la casa y poner en marcha el arriesgado órdago cuya credibilidad solo sería posible sacando provecho de la confusión. El marroquí le habló en árabe:

—Nos gustaría ver al clérigo. Hemos venido desde muy lejos para traerle un mensaje.

—¿Quiénes sois? —les preguntó el hombre apoyando su mano en la pistola que le abultaba la camisa.

—Por favor, comunícale que le traemos un mensaje desde muy lejos.

—¿Desde dónde?

Hadi acercó sus labios a la oreja del tipo para poner énfasis en el misterio y le susurró:

—Desde Irán.

El hombre detectó la importancia de los visitantes, avisó a un compañero para que los vigilara y

entró en la casa. No tardó mucho en regresar y pedirles que pasaran. Antes procedió a registrarlos.

En el interior un hombre con un Kaláshnikov los condujo hasta la sala en que Al Jamil los esperaba. El clérigo los invitó a sentarse en el suelo frente a él, mientras el escolta permanecía junto a la puerta, cerca de ellos.

—¿Traen un mensaje para mí? ¿De quién?

—No lo sabemos —dijo Hadi mientras Alf simulaba prestar atención a la conversación, aunque no entendía una palabra—. Solo somos mensajeros.

—Entréguemelo.

Hadi sacó una carta cerrada, sin nada escrito en el exterior, y se la dio. Al Jamil la leyó ahí mismo.

—El buen amigo que les envía me informa de que me traen otro sobre.

«Todo marcha», pensaron los agentes. El siguiente sobre no lo abriría delante de ellos porque contenía dinero, una buena cantidad de dólares. Una forma de relajar la extrañeza ante una situación novedosa, que no se esperaba. Además, les aportaba credibilidad. El clérigo se lo guardó y les preguntó:

—¿Mi buen amigo...?

—Por favor —intervino Hadi—, no tenemos que saber quién es.

—Correcto. Me dice que les facilite información que ustedes le trasladarán verbalmente. Pueden decirle que los pasos que utilizamos para la llegada de ayuda los vamos a cambiar y les pasaremos más adelante las nuevas ubicaciones.

Durante los siguientes tres minutos contestó a más preguntas, siguiendo el orden y las indicaciones del hombre de Irán. Respuestas cortas, sin muchos datos, intentando que los mensajeros no pudieran descifrarlas y, si eran detenidos, no facilitarían información valiosa al enemigo.

Los dos simulaban sumo interés en asimilar sus respuestas, como si les fuera en ello que su cabeza siguiera pegada al cuerpo. Conociendo el orden de las preguntas de la carta falsificada que le formulaba un clérigo iraní con el que mantenía una buena relación, sabían que su siguiente respuesta era la trascendental, por la que se estaban jugando la vida acudiendo a la cueva de Alí Babá.

—Sobre el punto seis, transmítanle que no haga ni caso, que se lo pregunte a Al Naji, él lo sabe mejor que nadie.

Al Jamil siguió contestando preguntas y al terminar los invitó a pasar a la cocina y comer algo, aunque los dos declinaron. Tenían que regresar cuanto antes..., escapar de allí.

Alf y Christian volvieron al hotel poco antes de la una, como les había recomendado el guía, y Hadi lo hizo una hora más tarde, cuando los integrantes de la expedición estaban terminando de comer. Pidió disculpas, se había extraviado. El resto de la tarde lo pasaron en el hotel bebiendo y charlando, y solo cuando cayó la noche recordaron que al día siguiente tenían que madrugar y subieron a sus habitaciones. Fue entonces cuando los tres se encontraron en la habitación de Christian.

—Fue Al Naji, él mató a Bernal —les informó Hadi.

—Cuéntanoslo bien.

—El clérigo se tragó que la carta era de su colega y se quedó encantado con la pasta. —Para

evitar errores, desde el inicio de la preparación de la misión se llamaban por sus alias y no dejarían de utilizarlos hasta que estuvieran sanos y salvos en España—. Luego fue contestando a las preguntas de relleno y cuando llegó a la que nos interesaba sobre que un intermediario ruso le había ofrecido dinero al iraní por la información de quién había matado a un espía español llamado Berna, no Bernal, dijo que «Al Naji lo sabe mejor que nadie».

—Lo tenemos —dijo Alf—, tenemos a uno de los cabrones.

—Hay que llamar al teléfono de Suecia y pasar el mensaje —añadió Christian.

—El tema es —dijo Hadi— ¿cómo conseguimos información sobre un tipo que está escondido en un país como Irán en el que no podemos actuar?

—Adelantemos a mañana el acercamiento a su hermano, estudiemos sus costumbres, veamos si él puede darnos algún dato —propuso Alf.

—Si no conseguimos algo —intervino Christian—, lo que sea, podemos saber quién es el asesino, pero no nos sirve para echarle el guante y seguirá libre toda su vida.

—Hemos venido hasta aquí con un despliegue increíble de trabajo y nos vamos a ir con las manos vacías. —Hadi se sintió pesimista—. Aunque consigamos información sobre dónde está exactamente, la Justicia jamás conseguirá su extradición, y mucho menos de un clérigo chiita.

—No entremos en el terreno de la pasión. —Alf era el que más tiempo llevaba en el DAO—. Hagamos lo imposible para ubicarlo, lo demás no depende de nosotros. Nos juzgaremos a nosotros mismos no porque lo detengan, sino porque hayamos hecho lo necesario para cumplir nuestro trabajo.

Al día siguiente informarían de su hallazgo, irían a hablar con Al Husain y por la tarde intentarían localizar al hermano del clérigo asesino.

El trabajo previo de los cuatro analistas de la Operación Destrucción Masiva se iba a demostrar muy provechoso. Habían previsto varias posibilidades para localizar a sus objetivos, con el reto de que se pudieran ejecutar en una semana, el tiempo de estancia previsto para cada equipo operativo sobre el terreno. La carpeta del clérigo Al Naji, como la del resto de sospechosos, no se limitaba a radiografiar cada detalle de su vida o las debilidades que se podían explotar, también incluía información detallada sobre su círculo más cercano, las personas más valiosas para él, por las que sentía un cariño especial y con las que, pasara lo que pasara, mantendría algún tipo de nexos.

Los agentes descubrieron pronto por la mañana que su único trabajo en el viaje tendría que ver con Al Naji, porque al acercarse a la casa del clérigo sunita Al Husain les informaron de que había muerto durante los bombardeos estadounidenses. Cuando los españoles fueron asesinados, él ya no estaba en este mundo.

Por la tarde, Hadi asistió a la oración en la mezquita chiita del distrito de Al Qahira, una construcción de cemento que le recordó un búnker, con escasas y pequeñas ventanas. Allí acudía Nasim, el hermano de Al Naji. Antes de salir del hotel, el agente había estudiado su foto. Necesitaba identificarlo con rapidez para que su táctica diera resultado. Por suerte, Nasim tenía una verruga cerca de los labios. Hadi esperó un rato antes en la calle y al verlo aparecer se puso en movimiento para pegarse a él lo más posible.

Una vez dentro de la mezquita, consiguió colocarse a su lado para rezar. Lo saludó con la cabeza y los dos se concentraron. Hadi no tuvo que aprenderse los ritos, era musulmán aunque en España no fuera muy practicante. Cuando acabó la oración, los dos se pusieron de pie al mismo

tiempo. Era el momento para intentar el acercamiento.

—Hola, hermano, me llamo Hadi, acabo de llegar a Bagdad.

—Hola, hermano, yo me llamo Nasim y he vivido aquí toda mi vida. ¿De dónde vienes?

—De Irán.

—No me digas, qué suerte. Mi hermano está ahora allí. Quizás lo conozcas o hayas oído hablar de él. Se llama Al Naji.

—Lo siento, pero no. ¿Dónde vive?

—La verdad es que no lo sé, se mueve mucho.

En la puerta se pararon uno frente al otro mientras Nasim saludaba con un gesto de la mano a algunos conocidos.

—Eres el primer hombre que conozco en la ciudad —dijo Hadi.

—Permíteme que te muestre nuestra hospitalidad y te invite a un té. Mi casa está a diez minutos, si te pillas de camino paramos en algún sitio.

—Gracias, Nasim, no tengo nada que hacer.

Alf y Christian con sus túnicas contemplaban la escena a distancia con la pretensión de fotografiarlos gracias a una cámara colocada en un bolso de mano, cuyo objetivo aprovechaba un agujero imperceptible. Los siguieron; el primer paso del plan había dado resultado.

Los vieron entrar en un cafetín y sentarse a una mesa. Nadie seguía a Nasim, así que se tranquilizaron mientras esperaban cerca sin ver lo que pasaba dentro. Hadi y Nasim salieron una hora después, parecían dos viejos amigos. Hadi llevaba poco tiempo en el servicio pero quien lo captó para el DAO supo ver en él las cualidades necesarias. Quien no sabía entablar conversación y ganarse a un desconocido con rapidez nunca podría entrar ni en el Departamento de Acción Operativa ni en cualquier otra división.

Unos minutos después los vieron entrar en casa de Nasim. La espera posterior duró más de dos horas, dio tiempo a que el sol se largara a iluminar a otra parte y la luna llena prendiera la noche. Hadi abandonó el hogar del hermano de Al Naji y caminó en solitario por precaución más de veinte minutos hasta que paró un taxi. Mientras se subía aparecieron sus compañeros y se acomodaron en el interior. Los tres se bajaron varias calles antes de llegar al hotel. Hadi les puso al día:

—Dice que no sabe dónde vive su hermano pero creo que miente. Habla con orgullo de él, igual que su madre, que vive con él, con su mujer y dos hijos. No vive mal, no sé si por el trabajo que tiene, que lo desconozco, o porque el hermano les manda dinero.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Christian.

—No tengo ni idea —respondió Hadi—. Hemos quedado en vernos, pero llevará su tiempo conseguir que me ubique a su hermano, más del que vamos a estar aquí, excepto que nos prolonguen la estancia. Lo pillé desprevenido con lo de Irán, pero luego se rearmó y guardó silencio.

—¿Hay otra forma de conseguir el dato o saber si Al Naji va a regresar a Irak? —preguntó Alf.

—Lo único que me ha llamado la atención es que tiene un ordenador, dice que todas las noches, antes de acostarse, se conecta para buscar páginas chiitas y ponerse al día de lo que pasa en el mundo. Pero os digo lo mismo, conseguir que me invite a entrar juntos en Internet y ver sus claves o su usuario llevará su tiempo.

—Hablemos ahora mismo con Suecia, a ver si se les ocurre algo.

A la mañana siguiente, los tres agentes se unieron a sus compañeros de aventura, se subieron al autobús, abrieron todas las ventanas para crear corriente y acometieron tres días de viaje por

Basora y Kerbala, con paradas y visitas por otras localidades. Habían estudiado la posibilidad de alegar enfermedades o simplemente el deseo de quedarse en Bagdad hasta que regresaran del periplo, pero la orden recibida desde el teléfono de Suecia fue tajante: mantened la tapadera, si hay plan alternativo os lo comunicaremos.

Sus compañeros de viaje eran gente divertida, acostumbrados a recorrer el mundo en situaciones penosas y aprender de las culturas más alejadas de la sociedad consumista. Los cuatro amigos de Hadi habían hecho una ruta turística por Irán y hablaron maravillas de sus monumentos y del respeto con que los trataron, aunque reconocieron que entre ochenta millones de habitantes seguro que habría muchos locos.

En uno de sus desmarques del resto de los viajeros, Alf y Christian dieron un paseo por un zoco y aprovecharon para charlar más distendidos.

—¿Has oído lo de antes? —dijo Alf preocupado—, con ochenta millones de habitantes encontrar a Al Naji es como lo de la aguja y el pajar.

—Eras muy amigo de Vega, ¿verdad?

—Las habíamos pasado putas juntos muchas veces. Era un gran tipo, un currante muy colega de quienes lo rodeaban.

—Yo no lo conocía, pero cuando lo mataron todos hablaban maravillas de él, siempre era el primero que se presentaba voluntario para lo que fuera.

—Una vez estuvimos haciendo un seguimiento de un traficante de armas, nos pasábamos no sé cuántas horas al día detrás de él esperando que se reuniera con un empresario que iba a sufragar un envío. Yo llegaba a casa molido, me metía en la cama y casi no podía levantarme. Él cogía el coche, tiraba para Salamanca y se pasaba toda la noche en el hospital de vigilia con su padre enfermo de cáncer para que su madre pudiera irse a descansar a casa. Ni una puta queja. No me contó nada hasta que habíamos terminado el trabajo.

—Debía ser un gran tipo.

—Pues claro, chaval —dijo dándole una colleja—, ya veo que quieres un momento pijama. Nos salvamos mutuamente en muchas situaciones complicadas, bueno, él más veces a mí que yo a él. Era el compañero tipo, daba siempre la cara, nunca te dejaba tirado, era el que más arriesgaba y, durante el juicio crítico posterior a la operación, lo contaba como si tú hubieras hecho lo mismo que él.

—Yo trabajé un tiempo en el equipo de Baró, bueno, nosotros lo conocíamos como Baracoa. Era el mando que siempre te apoya, que no va a dejarte atrás aunque estés hundido, que siempre va a ser el primero en enfrentarse al enemigo y el último en salir de estampida.

Los dos se miraron y sonrieron con pena.

—¿Crees que nos han elegido por nuestra buena relación con ellos? —preguntó Christian.

—Eso habrá influido, sin duda, porque nos ayudará a llevarnos a la tumba el secreto de haber participado en esta operación. Pero lo más importante es —miró a los iraquíes que pasaban a su alrededor y bajando el tono de voz concluyó sin poder evitar la risa—: ¡que somos los mejores!

Cada día buscaron el medio de telefonar a Suecia, como les habían pedido, pero solo al tercero recibieron un mensaje de activación: cuando volvieran a Bagdad debían conseguir un coche y acercarse a las doce de la mañana a un punto en un pueblo cercano, alguien les llevaría un paquete. Las instrucciones fueron parcas en detalles, los peones no preguntaron.

Antes de retirarse cada uno a su habitación esa noche, Alf y Christian, los más autónomos dentro de la expedición, anunciaron que al día siguiente harían planes por su cuenta y no viajarían a su siguiente destino, Faluya. Hadi quedó con los demás dejando que sus compañeros acometieran la

misión, parecía sencilla.

A las nueve de la mañana tomaron un taxi hasta uno de los barrios más concurridos de la capital y buscaron una calle apartada con menos gente. Dieron varias vueltas y localizaron el coche que iban a robar. No suponía un gran problema: en el curso de instrucción para ser agente operativo tenían que aprender mecánica y una de las lecciones era hacerse con un vehículo ajeno. Ese tenía las ventanas delanteras un poco abiertas para que corriera el aire. Christian abrió la puerta con una palanqueta, se sentó en el asiento del piloto e hizo un puente. Era un modelo antiguo, sin ningún misterio para él. Cuando el motor tronó, su compañero entró y salieron disparados.

Llegaron al punto marcado media hora antes, aparcaron, pusieron un pañuelo extendido en el asiento del copiloto y pegaron con celo las llaves en los bajos. Cuando sus relojes señalaron diez minutos sobre la hora marcada, volvieron, vieron el pañuelo doblado, recogieron las llaves, se montaron en el coche y regresaron a Bagdad.

—¿Qué tendremos que hacer? —preguntó Christian.

—No tengo la menor idea.

—Debe ser algo muy importante para que hayan mandado a alguien.

Aparcaron en una callejuela a varias manzanas del hotel, abrieron el maletero, Alf cogió el paquete voluminoso y pesado y subieron a su habitación. Era pronto para que sus compañeros hubieran regresado, nadie les preguntaría por lo que supuestamente habían comprado.

En la habitación de Alf lo desenvolvieron y lo primero que encontraron fue una carta con instrucciones. El problema era que Hadi no volvería hasta por la noche, y la misión tendrían que hacerla al día siguiente sí o sí.

Trabajar bajo tensión es el pan nuestro de cada día de los agentes operativos. Tras unos meses de recorrer las calles de cualquier ciudad siguiendo a *pepes*, entrando ilegalmente en edificios o simulando ser quienes no son, los nervios se les han templado sin percatarse y la cabeza les funciona sin interferencias.

Solo tenían ese día para cumplir su objetivo, y si salía algo mal no había plan alternativo, tendrían que regresar a España. Hadi se dirigió a la mezquita sin darles vueltas a los pensamientos negativos. Confiaba en que Nasim apareciera y lo invitara a su casa. Cruzó los dedos.

Faltaba poco para el inicio del rezo, no lo vio y decidió entrar. Intentó no llamar la atención buscando al *pepe* y solo lo identificó al final, cuando se puso de pie para salir. Situado en la última fila, parecía tener prisa. Se le acercó ya en la calle y le tocó el brazo.

—Hola, Nasim, ¿qué tal todo?

—Hola, Hadi. Disculpa, debo irme, me espera mi mujer.

—¿Te acompaño a casa?

—No, gracias. Ya nos veremos otro día.

El hermano de Al Naji estuvo áspero, la simpatía había desaparecido. Algo había pasado. ¿Y ahora qué? Hadi comenzó a andar sin dirección fija, dejando pasar el tiempo, dando vueltas sin sentido. Pasada media hora paró un taxi y se subió. Lo hizo esperar unos segundos antes de comenzar la carrera y se encontró con la segunda sorpresa: sus dos compañeros, que debían haberle estado siguiendo, no aparecieron. Le ordenó al conductor que lo llevara al mismo punto cercano al hotel de unos días antes.

Sus camaradas tardaron en aparecer cerca de dos horas, cuando ya Hadi comenzaba a preocuparse. Lo invitaron a subir a su taxi y se dirigieron a la calle donde habían aparcado una furgoneta que habían robado por la mañana. Alf había comprobado que el chófer no entendía ni una palabra de inglés y no esperó más para contarle a Hadi las novedades:

—Te han descubierto o quizás solo sospechan. Dos chicos de unos veinte años te han seguido cuando te has separado de Nasim.

—Claro —dijo Hadi—, por eso ha estado tan frío. No ha querido saber nada de mí.

—Quizás su propio hermano te ha delatado —añadió Christian.

—Muy profesionales no eran. Cuando te has subido al taxi —añadió Alf— se han quedado descolocados y se han ido a casa de Nasim.

—Seguro que le contó a Al Naji que me había conocido y se mosqueó.

—No nos queda otra que ir a su casa, esperar que la suerte nos acompañe y se conecte al ordenador. En caso contrario, regresaremos a casa con las manos vacías.

Aparcaron la furgoneta a cincuenta metros del piso de Nasim. La antena, colocada en el techo del vehículo, no era muy aparatosa y les pareció que no llamaba mucho la atención. En la parte trasera habían instalado el ordenador que les habían enviado. Para que no los vieran desde el exterior, habían tapado las ventanas con cartones, algo llamativo en cualquier lugar menos en Irak. No era un ordenador al uso y desconocían su funcionamiento. Solo sabían que una vez encendido era capaz de reproducir y grabar todo lo que aparecía en la pantalla de otro ordenador cercano, en este caso el de Nasim. Este avance tecnológico era nuevo para ellos, por lo que se limitaron a seguir las instrucciones.

Habían pasado las diez de la noche. Christian había salido a pasear por la calle poco transitada y vigilaba a distancia. Echaba de menos los medios tecnológicos que utilizaban en Madrid y el despliegue humano que los acompañaba. Ignoraba lo que pasaba en el interior de la casa, si los amigos de Nasim seguían dentro o se habían ido. Sin esa información se sentía vendido, estaba más expuesto a que lo detectaran. Además, cualquiera podía mosquearse por la presencia del vehículo. Demasiadas incógnitas que en condiciones normales habrían retrasado la operación. Pero no estaban en condiciones normales.

En la furgoneta Alf y Hadi sumaban a la tensión el calor asfixiante por tener las ventanas cerradas para que nadie descubriera que estaban dentro y el mareante olor a tabaco imposible de eliminar. Los dos miraban fijamente la pantalla sentados en el suelo de la parte trasera. Despedía una luz intensa, sin imágenes de ningún tipo. Las manecillas del reloj se acercaban a las once y Nasim no se conectaba.

La puerta de la casa se abrió. Los dos jóvenes que habían seguido a Hadi salieron, echaron un vistazo y solo vieron a lo lejos a un tipo con túnica alejándose de la casa. Christian, rápido de reflejos, había puesto distancia al notar movimiento.

Tranquilos, los jóvenes recorrieron la acera hablando alto y pasaron junto al coche sin prestarle atención. Los agentes que estaban dentro contuvieron instintivamente la respiración, como si los otros hubieran podido escucharla.

Diez minutos después, la pantalla dejó de estar en blanco y apareció una imagen con un rectángulo pidiendo una clave para entrar. Aparecieron unas letras, las que Nasim estaba tecleando, y luego la pantalla de inicio. Un cursor pulsó el símbolo azul de Safari y después visitó varias páginas. Hadi y Alf intercambiaron una mirada de alegría y luego se limitaron a observar embelesados, no tenían que hacer nada, el sistema lo grababa todo sin su ayuda. Nasim entró en su correo, escribió una dirección aparentemente anodina, sin nombres concretos, y empezó a escribir. Según aparecían las letras, Hadi las tradujo: «Hoy ha aparecido, por su aspecto físico creo que es uno de los dos hombres que visitó al clérigo y le entregó el falso mensaje. Lo han seguido, como me dijiste, pero se les ha escapado. Quizás vuelva mañana...».

*Madrid, unas semanas después*

La preparación de un agente para representar un papel es un reto similar al de un actor cuando tiene que dar vida a personajes que nada tienen que ver con su forma de pensar. Con el agravante de que muchas veces los espías se juegan la vida. Gabriela y Marco lo habían constatado tras una reunión a la que fueron convocados tres meses antes.

En días distintos a cada uno, al acabar su jornada y regresar a la base, mientras estaban sin compañía, los abordó un hombre desconocido que les pidió que lo acompañaran, el jefe del DAO quería verlos. A ninguno de los dos se le pasó por la cabeza nada halagüeño, el gran jefe nunca te llama para ponerte una medalla. No habían hecho nada por lo que pudieran reprenderlos, ni habían cometido errores graves para que los expulsaran. Además, ¿por qué no utilizaba el conducto reglamentario, a través del jefe de equipo? Disciplinados, acudieron al encuentro disimulando su preocupación.

San Agustín fue amable, los invitó a sentarse y les habló de una importante misión que no podrían comentar con nadie, ni con los miembros de su equipo, ni siquiera con su jefe directo. Si aceptaban voluntariamente, él sería su único mando. Sin entender nada, se sintieron valorados y felices por la confianza mostrada. Solo el paso de las semanas les hizo darse cuenta de que formaban parte de una operación para ajustar cuentas a los asesinos de los ocho agentes. Ninguno de los dos los había conocido.

Gabriela era guardia civil, había estado destinada en el País Vasco en la lucha contra ETA, donde estuvo infiltrada en un grupo de simpatizantes de su organización política. Un agente del CNI, conocedor de su buen trabajo, le ofreció presentarse a las pruebas del DAO. Era hábil, aguerrida, versátil, imaginativa, valiente y con sangre fría delante del enemigo. La habían ayudado, sin duda, sus rasgos latinos. Su padre era español y su madre había nacido en la República Dominicana. Hacerse pasar por una extranjera que apoyaba su causa facilitó que los etarras depositaran su confianza en ella. Nacida en España, nunca había tenido acento, pero para esa infiltración tuvo que aprender a hablar con los matices de su madre.

Marco era sargento del Ejército de Tierra, con el curso de Operaciones Especiales. Musculoso, era un apasionado de los gimnasios. Le divertía la vida, creía que disfrutarla era lo mejor que podía hacer y a sus treinta años salía cada fin de semana a las discotecas de moda. Era un seductor, caía bien a todo el mundo, cualidad muy apreciada en el DAO, que lo utilizaba para misiones que exigían tratar con objetivos áridos, distantes y precavidos. Poseía también una habilidad decisiva para su selección: era un maestro del hurto. En el curso de ingreso sus instructores lo vieron en el tiempo libre manejando una baraja de naipes, haciendo aparecer y desaparecer cartas. Pocas personas disponían de unos dedos tan hábiles y rápidos. Lo instruyeron en el arte del robo callejero. Pasó mucho tiempo practicando en los vagones del metro. Al principio lo pasó mal porque lo pillaban, su toque carecía de la suavidad necesaria y la dosis de

simulación exigida, pero un mes después se pasaba el día corriendo detrás de personas a las que había *limpiado* para devolverles lo robado.

San Agustín imponía respeto en el cuerpo a cuerpo, su aspecto justificaba el mote, pero a los agentes sabía inculcarles ánimo, ganas de luchar y voluntad de vencer. Los dos aceptaron encantados y sus jefes recibieron la notificación de su repentino destino a una misión especial. Después llegaron las prácticas exhaustivas para prepararlos en los detalles de sus papeles. Gabriela practicó cómo entrar y salir de edificios vigilados, cómo detectar cámaras, abrir puertas y candados, pasar un par de días sin comer escondida en un rincón sin moverse. Marco se hizo amigo de un grupo de ecuatorianos con los que pasó muchas horas fijándose en su forma de hablar, en sus movimientos. Sobre su especialidad, sustraer objetos, su instructor pronto descubrió que los papeles de profesor y alumno estaban cambiados.

### ***Bagdad, primavera de 2005***

Gabriela y Marco atravesaron sin problema la aduana del aeropuerto con sus pasaportes falsos pero casi idénticos a los de cualquier ciudadano de Ecuador. En un vuelo anterior había llegado Hadi, imprescindible para ejercer de traductor de árabe o de apoyo puntual.

La pareja de agentes, empleados de una empresa dedicada a la exportación de productos ecuatorianos que aún no había realizado un solo negocio, llegaban dispuestos a explorar posibilidades. Como Irak carecía de embajada ecuatoriana, los trámites burocráticos de un negocio que contara con el apoyo de Estados Unidos tuvieron que realizarlos ante la autoridad política americana. La posibilidad de que consiguieran algo era nula, pero les importaba un bledo. Un cable enviado supuestamente desde el Ministerio de Exteriores ecuatoriano les garantizaba que serían recibidos en la oficina de trámites de Camp Victory, y eso era lo único que necesitaban.

Antes de salir, el equipo de analistas, a los que nunca habían visto, les preparó un extenso dossier sobre el complejo que albergaba en Bagdad a los militares de la coalición y a la burocracia estadounidense. Imágenes grabadas les mostraron un exterior rodeado de muros altos con torres de seguridad prefabricadas. En el interior les enseñaron el edificio central, el palacio Al Faw, una de las megaconstrucciones levantadas en tiempos de Sadam Husein, rodeado de uno de esos lagos artificiales que tanto le gustaban y al que acudía para cazar patos. Cerca había villas y palacios que, sin esa grandeza, acogían diversas dependencias.

Camp Victory daba cobijo a más de cien mil militares y mercenarios de varias nacionalidades. Albergaba enormes comedores, pero también establecimientos como Burger King, un gimnasio gigantesco, dos canchas de baloncesto y una sala de bolos. Gabriela y Marco llegaron a la conclusión de que los soldados podían terminar creyéndose que estaban en Massachusetts.

Les habían sacado los billetes de vuelta para cinco días más tarde, previendo que pudieran cambiarlos si la misión lo requería. Su primer encargo no exigía observaciones previas, ya habían aprendido lo necesario en Madrid. Era la parte más complicada y si salía mal, el plan global se podía ir al traste. Asaltar uno de los lugares más seguros del mundo, lleno de soldados estadounidenses, era lo más cercano a una misión suicida. La orden directa de San Agustín fue cristalina: «Vamos al límite. Si no se puede, no se hace, pero nada de detenciones».

Al día siguiente de aterrizar, a las tres y media de la tarde, Gabriela y Marco llegaron en un coche alquilado a la entrada principal de Camp Victory. Aparcaron donde no debían y un soldado les sacó de malas forma de su error. El agente se había vestido con traje, corbata y zapatos negros, mientras la agente, con unas enormes gafas de pasta, llevaba una camisa gris de manga corta cerrada hasta el cuello y unos pantalones claros anchos con unos zapatos negros muy lustrados. Él

agarraba una cartera de cuero con documentos y ella iba con las manos libres.

Nunca lo reconocerían, pero sintieron nervios. No habían hecho un trabajo de campo rodeados de tantos ojos humanos y electrónicos vigilándoles cada movimiento. Se dirigieron a la caseta de control, donde enseñaron la carta de la autoridad estadounidense para acreditarse cuando llegaron a Bagdad. Les revisaron las carteras, los cachearon y les entregaron una acreditación, metida en un plástico, que contenía una hoja con la letra «V» y un número. Se la colgaron y les indicaron que tomaran fuera un transporte que los llevaría hasta el edificio donde cumplimentar las gestiones. Al regreso, otro autobús los acercaría a la entrada.

Sonrientes, mostrando su predisposición a obedecer, sin mirar a los ojos al marine que les daba las órdenes, fueron a colocarse en la cola de un autobús. Se situaron uno detrás de otro, como si no se conocieran, para que nadie, excepto el marine que los había atendido, pudiera relacionarlos. Pasados cinco minutos subieron y se sentaron en lugares distintos. Cada uno interiorizando su parte de la misión. Si alguien se mosqueaba, si dudaba de ellos, debían mantener la cobertura como fuera y dar un teléfono de contacto en Ecuador, donde el delegado del servicio, que se haría pasar por un directivo de la empresa, se encargaría de sacarlos del aprieto, si podía. Mientras, deberían mantener la boca cerrada.

Se bajaron en un edificio con pinta de palacio, de dimensiones nada exageradas. Antes de llegar al control interior, Marco se adelantó para anunciar adónde se dirigían y le indicaron que subiera a la primera planta. Gabriela lo siguió, sin dejar claro si iba con él o no, aunque nadie pareció fijarse en ella. Después vino el trámite burocrático en una sala grande delante de una sonriente funcionaria de uniforme, con el pelo rubio platino y una piel lechosa que la hacían parecer menos agresiva que el resto de sus compañeros. Les pidió un montón de papeles y Gabriela reconoció que les faltaban algunos y que volverían cuando se los mandaran de Ecuador.

—Mejor —les dijo en español—, así volver a veros pronto.

—¡Qué bien, hablas nuestro idioma! —dijo Marco.

—Solo poquito.

—Es que estoy muriéndome de ganas de ir al baño.

La estadounidense se echó a reír y les indicó dónde los podían encontrar. Al salir de la dependencia se separaron de nuevo tras mantener sus manos en contacto durante unos segundos. Las miradas de los agentes se cruzaron antes de empujar las respectivas puertas con las siluetas de un hombre y una mujer.

Un par de minutos después, Marco abandonó el servicio y se dirigió a la salida. El soldado que lo había atendido a la entrada estaba con otra visita y no reparó en él. Salió a la calle y vio a tres personas esperando el autobús. Se sumó a la cola y no volvió la vista atrás. La parte difícil de la misión acababa de comenzar.

Al entrar en el baño, Gabriela comprobó que no había nadie y se metió en un cubículo. Se desnudó dejándose solo la camiseta blanca oculta hasta ese momento. Le dio la vuelta a la camisa y al pantalón y se vistió de nuevo. Guardó las gafas en un bolsillo y se recogió el pelo en una coleta. Salió y se miró en el enorme espejo: se había convertido en una soldado del Ejército de Estados Unidos, tan de color caqui como cualquiera. Le faltaba la gorra y la sacó del interior de la camiseta. Ya estaba perfecta.

Al salir se cruzó con un cabo, a la que saludó con una inclinación de cabeza, como le habían enseñado, sin muchos aspavientos. Bajó por las escaleras hasta la entrada y empezó a pensar en su madre y en una de las canciones que le cantaba suavemente, a su manera, cuando era pequeña y tanto la relajaba: «Duerme duerme, negrita, que tu padre está en el campo...».

Notó la mirada de uno de los dos soldados encargados del control de acceso, pero no entró en pánico. Anduvo relajada, seria, y cuando iba a llegar a la calle el soldado que no había dejado de mirarla la cogió del brazo:

—Te espero esta noche en el Burger —dijo en español con acento latino, soltándola tras conseguir su atención—, no me faltes.

Le sonrió sin contestarle. Giró a la izquierda y notó sobre su cuerpo la mirada devoradora del soldado, pero también la discreta de alguien que estaba en la cola del autobús. El destino individual de cada uno determinaría el del otro.

Marco llegó veinte minutos después al control de entrada. Recordó que la humildad debía presidir su comportamiento. Pero se le aceleró el corazón, no pudo remediarlo. Todo el plan había sido ideado para que, entre su entrada y salida de Camp Victory, se hubiera producido el cambio de turno y el soldado que los había atendido al llegar no estuviera cuando se fuera él solo. ¡Horror!, estaba ahí, atendiendo con su gesto de mal humor a los que entraban y salían. El otro soldado de la sala de control era distinto, pero como había una cola única Marco no sabría hasta el último momento con cuál le tocaría. Pensó en volver más tarde, pero llamaría la atención. La suerte estaba echada, una tontería como que un soldado hubiera doblado el turno, imposible de prever, podía arruinar el plan.

Confiaría en la suerte de los buenos, esa que acompaña siempre a los que defienden una causa justa. «Siempre no —pensó—, pero sí casi siempre.» Le tocó el marine de la mala leche. Marco asumió su papel y lo que debía hacer. Se quitó del cuello la acreditación con la «V» y, en lugar de entregársela al soldado, la tiró con rapidez en un recipiente que había sobre la mesa, a su lado.

—Pero ¿qué hace?, ¿por qué no me la entrega a mí? —reaccionó enfadado el marine, que la cogió del recipiente y la miró.

—Perdone, perdone, creía...

—No tiene que creer nada. Me la entrega a mí y cuando dé el visto bueno yo la coloco ahí. Si vuelve, no lo repita. Lárguese de aquí.

Con la cabeza baja, Marco salió y se dirigió a por el coche, a pleno sol en mitad del campo. Abrió las dos puertas delanteras de par en par y esperó a que saliera el aire hirviendo acumulado en el interior. Miró hacia Camp Victory y echó de menos el pitillo que antaño se fumaba tras una operación complicada. Había cumplido su parte. Cuando esa noche contaran las acreditaciones, no faltaría ninguna. La de Gabriela, que ella le había entregado antes de entrar en el baño, Marco la había depositado en la bandeja debajo de la suya. Sus manos habían sido más rápidas que los ojos del marine. Solo le quedaba esperar que la noche fuera fructífera para su compañera.

El éxito de Gabriela, una soldado entre cien mil, radicaba en que nadie se dirigiera a ella en las horas siguientes, y no había abandonado el edificio de oficinas cuando ya lo había hecho uno de esos soldados enamorados de sí mismos que la había considerado una posible muesca en su pistola amorosa. Apartó el pensamiento negativo. Había repasado tantas veces el trayecto que podría hacerlo con los ojos vendados. La actividad laboral desaparecería en menos de una hora y el sol lo haría poco después. Era el tiempo del que disponía para acercarse al edificio en el que debería entrar: la sede de la CIA. No detectaba cámaras en el trayecto por Camp Victory, solo las había visto dentro de las oficinas.

En Madrid le habían facilitado mucha información, pero nada acerca del interior del inmueble de los *ciáticos*. Todo estaba planeado excepto cómo entrar y dónde estaba ubicado el cuarto donde guardaban la información. Sin contar que debía identificar las cámaras que pudieran grabarla.

La soldado caminaba a buen paso, como lo hacían todos los militares que se movían por la base. El sol estaba cayendo cuando ya estaba en la zona de su interés y un todoterreno se paró junto a ella.

—Oye, guapa, ¿te viene a tomar una pizza?

Gabriela se paró y vio a cuatro soldados haciéndole gestos para que subiera, la mala suerte se cebaba en ella. La orden tajante —«No te relaciones con nadie, es muy peligroso»—, le pareció de repente un error. Le habían dicho que buscara un lugar para esconderse y esperar a que cayera la noche para ejecutar la penetración clandestina. Ella era la agente sobre el terreno, la que debía tomar las decisiones, no podían dirigirla personas, por muy jefes y expertos que fueran, sentados tranquilamente en sus despachos a miles de kilómetros de distancia.

—¿Invitáis vosotros?

—Pues claro que sí —dijo un soldado enorme, muy guapo, sin un pelo en la cabeza, que abrió la puerta para que entrara.

Lo insólito era que hubiera un Pizza Hut en Bagdad. Lo natural era que los soldados acudieran allí para sentir el sabor y el olor de su país cuando estaban tan lejos. Que cuatro hombres jóvenes pararan por la calle a una chica para invitarla a cenar parecía un juego. Que la chica aceptara sin conocerlos podría parecer chocante, pero no lo era tanto. Camp Victory era una pequeña ciudad aislada de la guerra, aunque el sonido de disparos y bombas traspasara sus muros intentando que no olvidaran por qué estaban ahí. Dentro de las alambradas convivían personas vestidas con el mismo uniforme, pero desconocidas. Se jugaban la vida por todo el país y cuando regresaban a su refugio deseaban olvidarse de todo, tomarse una hamburguesa o una pizza, reírse con los amigos, jugar un partido de baloncesto con desconocidos y conocer a chicas y chicos guapos y simpáticos.

Gabriela se metió en el todoterreno con la decisión de quien quiere pasar un buen rato. No aparentaba treinta y cuatro años, y menos con coleta. Era bajita en comparación con sus compañeros del DAO, pero destacaba por sus curvas pronunciadas. De entrada parecía distante, pero cuando se sentía cómoda era la chica melosa, atenta y con mirada dulce que despertaba en muchos hombres la necesidad de protección. Su madre le decía en su adolescencia que el éxito de las mujeres residía en saber atraer a los hombres interesantes y espantar a los petardos. No debía haber seguido su consejo, llevaba dos años viviendo sola.

Los cuatro soldados la recibieron con aplausos y choques de mano al estilo baloncestista. Jordan, el tipo que le había abierto la puerta, inició el interrogatorio: «¿De dónde eres?, ¿a qué te dedicas?, ¿en qué unidad estás?». Gabriela escuchó las preguntas como si formaran parte de una de esas tormentas que te pillan desprevenida, aunque sabes que no va a durar mucho y lo mejor es meterte en un portal y esperar a que escampe. Jugó con ellos al misterio: «Eso no se pregunta. ¿Por qué no disfrutamos de la cena y ya está?».

En cuanto entró al restaurante notó una punzada en el estómago para alertarla de que no estaba actuando bien. Si San Agustín se enterara de que estaba rodeada por cientos de uniformados, le daría un síncope y ella perdería su empleo. ¿Qué la había inducido a meterse en la boca del lobo? Un impulso inexplicable del que comenzaba a arrepentirse. «Busca un lugar donde esconderte hasta que no haya más luz que la luna. Si tu situación se complica, quédate quieta, aguanta las horas que hagan falta sin pensar en la comida y espera pacientemente el momento favorable.» Habían previsto muchas sorpresas durante su infiltración, pero en ninguna aparecía un Pizza Hut atiborrado de uniformes caquis como el suyo.

Compartió pizzas y cervezas, muchas cervezas, con los cuatro soldados y otros amigos y compañeros que se movían por las largas mesas.

—No te he visto por aquí —le dijo un soldado con cara de búho—, ¿dónde estás destinada?

—Hemos llegado a un acuerdo para no intercambiar información secreta —contestó por ella Jordan, decidido a caerle bien como fuera.

No tuvo que ir a por la comida, no tuvo que pagar, no tuvo que hablar con nadie, Jordan la acaparó y lo hizo todo por ella. Hablaron sobre Estados Unidos en general, sobre la mierda de la guerra en particular, sobre lo que harían cuando acabara. Las manillas del reloj corrían a favor de Gabriela, cuanto más tiempo pasara allí dentro, menos tendría que estar escondida en algún rincón oscuro hasta la hora adecuada para intentar el asalto. No hacía falta ser muy observadora para notar el respeto que sus compañeros tenían por Jordan. Vestía un uniforme sin galones, pero no parecía un soldado más. «Seguro que es un deportista famoso —pensó—. Quizás un ídolo del béisbol.»

Charlaron durante más de dos horas hasta que el chico le propuso dar una vuelta y acompañarla después a su residencia. Gabriela se acordó de las películas en blanco y negro de la Segunda Guerra Mundial, en las que el soldado que regresaba al frente a pelear y daba por probable su muerte utilizaba el momento de la despedida final para de una forma elegante convencer a su novia de que hicieran el amor por primera y quizás última vez.

—No quiero que hoy sepas en qué unidad estoy, ni quiero saber en cuál estás tú. Daremos el paseo, pero antes quiero tomarme otra pizza y más cervezas —dijo dándole un manotazo en el brazo.

La promesa mantuvo el interés del joven, raudo y veloz se fue a por comida y bebida. Después siguieron hablando mientras sus compañeros iban retirándose.

—¿Sabes? —le dijo Gabriela—, tienes las manos muy cuidadas, como tus compañeros. Cuando uno está en el frente tiene ampollas o heridas.

—¿No decías que no íbamos a hablar de nuestros destinos?

—He cambiado de opinión, hoy no te diré dónde duermo ni nada de mí. Pero tú me lo contarás todo.

—¡Vaya cara! Imagino que no me delatarás a Al Qaeda. —Jordan soltó una carcajada.

Gabriela se quedó mosqueada, notó en el joven el efecto inhibitor de las cervezas y le pareció que él también guardaba sus secretos.

—Si no combates en primera línea, es que estás destinado en oficinas —dijo como primera suposición.

—Frío, frío.

—Estás destinado en el Estado Mayor.

—Frío, frío.

—Eres distribuidor de salchichas.

Los dos rieron y el estadounidense aprovechó para abrazarla.

—Sigue, sigue.

Gabriela lo retiró con suavidad.

—Eres de inteligencia.

Jordan no dejó de reírse, le encantaba el juego y se sentía excitado al pensar en el paseo que darían, ya llevaba demasiado tiempo sin besar unos labios y sin tocar un cuerpo como aquel.

—Te vas acercando.

Gabriela no podía creérselo. Se había metido en la boca del lobo.

—Pertenece a la... —acercó sus labios a la oreja del hombre y le susurró muy cerca para que sintiera su aliento—: CIA.

—Acertaste, pero has tardado mucho.

—Me voy al baño, no te vayas de aquí o te mataré con mis propias manos.

Se alejó mientras Jordan prometía a gritos esperarla el resto de su vida. Dentro del baño, mientras se refrescaba la cara, le dio vueltas a la situación. Creía que podría quitarse de en medio al pesado de turno, pero relacionarse con uno de la CIA lo complicaba todo. Tenía a su favor que él había bebido más de la cuenta y ella había sido más comedida. Echó en falta el consejo de un jefe o un compañero: ¿volvía a la casilla de salida de la partida —intentaba desaparecer al salir del baño y se iba a esperar a cualquier sitio donde recuperara su anonimato— o seguía con la representación a riesgo de quemarse? Si hubiera seguido las órdenes, a esas horas ya habría paseado por los alrededores del edificio de la Agencia y tendría diseñado un plan de abordaje. Miró su reloj, eran casi las once y media.

Volvió junto a Jordan y lo animó a dar el paseo. Durante la Guerra Civil española, según le había contado su padre, eso significaba que te llevaban a un descampado para fusilarte.

Fuera no hacía calor pero tampoco frío. Jordan entrelazó sus dedos con los suyos, suavemente, sin prisas, sin apretar. Caminaron unos minutos en la dirección que marcó Gabriela escogida aparentemente al azar. El tiempo empezó a desacelerarse. Jordan le dirigió palabras poco originales: lo guapa que era, los ojazos que tenía, lo bien que le sentaba el uniforme, la pena de no haberla conocido antes en Estados Unidos...

Cuando llevaban media hora andando como dos tortolitos, con Jordan avanzando en su objetivo y Gabriela centrada en el trayecto, encontraron un banco en mitad de un jardín y se sentaron. No pasaba mucha gente por allí, pero no era un lugar escondido. A los pocos segundos, Jordan la besó, le puso la mano derecha en el cuello y empezó a bajarla poco a poco. Ella lo frenó de un manotazo.

—No lo he hecho nunca en un lugar público y no quiero hacerlo hoy. ¿Adónde podemos ir?

—Conozco este barrio, está cerca de mi trabajo. Por allí —señaló una zona oscura en el norte— no pasa nadie a estas horas. Espero que no nos pillen. —Y se rio evidenciando las copas de más que llevaba encima.

—Ya te he dicho que no. ¿Trabajas por aquí?

—A cinco minutos.

—¿Habrà alguien trabajando ahora? —le dijo mientras le ponía una mano en la pierna.

—¡Madre mía!, estás pensando en que lo hagamos allí, ¿estás loca?

—Seguro que es más cómodo que hacerlo en el suelo, y yo a eso me niego —dijo sin dejar de acariciarle la pierna.

—Me echarán.

—Solo si nos pillan. ¿Eres un buen espía o uno muy malo?

—Me echarán, te garantizo que me echarán.

—Seguro que se te ocurre una forma de entrar sin que nos graben las cámaras, que vosotros los espías sois muy especiales.

Rio mirándolo a los ojos, como si la aventura de esa noche fuera algo especial en su vida. Le planteaba un reto no para defender a su país, sino para acabar la noche triunfando.

—Claro que puedo hacerlo. Eres muy mala, ahora te conozco, pero yo soy peor. Esta puta guerra me debe un buen polvo.

Gabriela notó que se excitaba, algo le había estallado dentro y había decidido correrse la aventura que Jordan al regresar a Estados Unidos podría contar a todos sus amigos en la barra del bar durante el resto de su vida. Una historia sin parangón: el día que me acosté con una

soldado que estaba buenísima en las oficinas de la CIA. Nadie lo igualaría.

Con la mente un poco nublada por el alcohol e impulsado a correr el riesgo por el subidón de adrenalina, se concentró en la forma de violar la seguridad. Mientras se acercaban al edificio, parecido a una casa de verano, se alejó de la fachada en la que había dos soldados armados. Acometió el acercamiento por la parte trasera.

—Este edificio no tiene alarmas que puedan saltar, y una ventana, la del jefe, siempre se queda abierta.

—¿Y las cámaras? A ver si nos graban.

—Calla, tonta, solo hay una en la entrada. Esto no es Virginia, es Bagdad. En Camp Victory no entran nuestros enemigos.

La ventana estaba entreabierta, como había previsto Jordan.

—Yo no puedo trepar hasta ahí —dijo Gabriela entre excitada y apesadumbrada.

—Tranquila, te ayudo a entrar y luego paso yo.

Entrelazó las dos manos y las bajó un poco para que ella subiera primero un pie y luego el otro. Cuando notó su peso, le dio un impulso y con bastante dificultad Gabriela se agarró al marco tambaleándose. Aunque controló la situación, lanzó un grito corto y suficientemente alto. Al mismo tiempo, consiguió meter por el pequeño espacio la cabeza y después el cuerpo.

Jordan fue consciente de que alguien podía haberla oído, dudó un momento, terminó de ayudarla y justo en ese momento apareció uno de los vigilantes. Sacó su acreditación y puso los brazos en cruz:

—Perdone perdone, trabajo aquí. Me he tropezado.

—Al suelo —le gritó el guardia apuntándole hasta verlo tendido—. Déjeme ver su carné.

Tras comprobarlo, habló por un transmisor, le pidió que se levantara y lo acompañara.

—Tenemos que tomarle los datos e incluirlo en el parte.

—Pero, hombre, no me fastidies.

No tenía opción. Miró hacia atrás en dirección a la ventana y consideró que lo mejor que podía hacer era sacar al gorila de los alrededores y que Gabriela saliera por sus medios. Si no la pillaban, él solo se llevaría una reprimenda. Otro día intentaría acostarse con ese bellezón.

La suerte no viene sola, hay que buscarla. Es cierto que buscándola a veces te encuentras al borde del abismo, pero el triunfo siempre sabe mejor cuando has estado a punto de perderlo todo. Gabriela experimentaba el suyo mientras oía cómo el soldado se llevaba detenido a Jordan. Jamás reconocería que había intentado liarse con una chica en su puesto de trabajo.

Se movió con lentitud. Una farola iluminaba parcialmente el despacho. Abrió la puerta y salió al pasillo en busca del archivo. No debía pasar por la entrada, lo demás estaba limpio de cámaras. Sacó del bolsillo el lápiz de labios que llevaba incorporada una pequeña pero potente linterna. Por suerte, la CIA ponía carteles en las puertas para que nadie se metiera donde no debía. Iba tranquila sabiendo que los guardias estaban ocupados empujando a Jordan.

Encontró el cartel que buscaba en la parte más alejada del vestíbulo. Empujó la puerta y se abrió. No podía creérselo: los *ciáticos* se sentían tan seguros en Camp Victory que habían rebajado su nivel de seguridad. Con su linterna recorrió un cuarto muy amplio con tres escritorios en el centro y numerosos archivadores juntos pegados a la pared. Buscó carteles que le indicaran dónde encontrar los documentos que empezaban por la letra M, el apellido de Alberto Martínez.

Vio el rótulo «L-O» e intentó abrirlo, pero el archivador estaba cerrado. Su suerte había acabado, un candado con combinación lo convertía en una caja fuerte. Se desesperó, había llegado hasta allí mediante una carambola y se encontraba con un obstáculo que no sabía cómo superar.

Sabía abrir cerraduras con ganzúas, pero no una caja fuerte. Y lo tenía que hacer rápido.

Recorrió la sala buscando algo que le diera una idea. Quizás a golpes podría abrirla sin que los soldados de fuera lo oyeran, pero le pareció arriesgadísimo: en unas horas llegarían los *ciáticos*, lo descubrirían rápidamente e irían a por ella.

Se le ocurrió intentar «1234» como clave, pero no funcionó. Lo intentó con «0987» y nada. Sintió que la cabeza le daba vueltas por la frustración, sumada a las muchas cervezas que se había bebido. Se sentó en una silla e intentó calmarse. Abrió un cajón tras otro y entonces lo vio: un pósit amarillo de color brillante con una larga lista de combinaciones de cuatro números. «Bien —pensó—, los *ciáticos* son seres humanos.» El encargado del archivo cumplía el requisito de seguridad de poner números distintos a cada clave, pero se había hecho una chuleta por si acaso.

Con paciencia empezó a marcar cada una de las series de cuatro números hasta que el candado saltó. Invasión por una repentina fuerza interior buscó a partir de la M los títulos de las carpetas hasta dar con «Martínez, Alberto». Utilizó la microcámara que llevaba escondida en el reloj para fotografiar cada hoja. Después le echó una ojeada rápida. Necesitaba salir de allí cuanto antes, pero quería memorizar la información, nunca se sabía qué podría pasar. Cuando ya iba a colocar la carpeta en el archivador, sintió que algo había llamado su atención y no se había percatado, pero le había activado una alerta en la cabeza. Desplazó el haz de luz de su linterna por todo el despacho. No notó nada. Decidió meter la carpeta en su sitio y en ese momento lo vio: justo después de la de «Martínez», había otra rotulada como «Marún». ¡Madre del amor hermoso! Era su auténtico nombre, pero su alias para el CNI era Ali.

Gabriela mandó a las cinco de la mañana un mensaje vía móvil a un número de Estados Unidos: «Te echo de menos». Un minuto después, el mensaje fue reenviado a un teléfono desechable de Marco, que lo estaba esperando en su habitación del hotel de Bagdad. El plan establecido se mantenía intacto: en cinco horas, exactamente a las 10:30, los dos debían encontrarse en el mismo lugar en el que se habían separado. Si todo le había salido bien a Gabriela y había conseguido tener acceso a la documentación, o si había salido mal y no había podido entrar en la sede de la CIA, tendría que salir de los lavabos de señoras exactamente a esa hora. Solo había dos vacíos en el plan: si no podía moverse de su escondite, debería permanecer el tiempo que hiciera falta y mandar un nuevo mensaje alertando. Y si la detenían entre el envío del mensaje y la hora del reencuentro, debería intentar retrasar su identificación para permitir la huida de su compañero. Si la identificaban antes, los dos caerían y sería un desastre.

Marco superó los trámites de entrada por segundo día consecutivo sin problema. Con la tarjeta con la «V» colgada se subió al autobús, entró en el edificio de oficinas y pasó al baño de hombres a las 10:22. Casi perfecto. No admitió ningún pensamiento negativo. Había dividido su cerebro en dos, una parte con su identidad real y los planes de actuación, que había desactivado en cuanto llegó a las proximidades de Camp Victory. Y otra parte activa con su tapadera, convencido de que era un ecuatoriano que iba a hacer gestiones para conseguir un gran negocio. Como tal, lo único que le preocupaba era entregar los papeles de su empresa para comenzar sus gestiones en Bagdad.

Salió del baño cuando eran exactamente las 10:30. Había mucho movimiento de gente, pero no la vio. Se acercó al punto más cercano de la primera planta desde el que se podía ver la entrada. Nada, Gabriela no estaba. Sintió un toque en la espalda. Se volvió y era un sargento estadounidense.

—¿Busca algo? ¿Se ha perdido?

—No, estoy esperando a mi compañera, ha entrado en el servicio.

—Ya estoy, tampoco he tardado tanto —dijo Gabriela, que apareció en ese momento.

Los dos se dirigieron sin hablar a la misma oficina del día anterior, momento en el que Marco le pasó una identificación falsa que habían elaborado en España. La misma funcionaria simpática los volvió a atender y a ratificar que les faltaban dos documentos. Se lo tomaron con algo de disgusto, pero prometieron buscarlos y volver al día siguiente, «si nos los mandan desde Ecuador».

Salieron sin cruzar palabra. Antes de llegar a la calle, el mismo soldado que el día anterior le había hecho a Gabriela un comentario se la quedó mirando. Ahora ella llevaba unas grandes gafas, el pelo suelto y su ropa civil.

El autobús los recogió y los dos se miraron con alegría contenida. Entraron en el puesto de control, se pusieron en la cola y la mala suerte les alcanzó: para devolver la acreditación les tocó el mismo soldado que había tenido el enfrentamiento con Marco. El militar lo detectó mientras hacía la cola, le pidió con poco interés la acreditación a Gabriela y, sin apenas fijarse en ella, la arrojó con las demás a la bandeja. Pendiente de Marco todo el tiempo, se la exigió, la revisó y con un gesto de la cabeza le señaló la salida.

Se dirigían al coche liberados de la presión cuando oyeron que alguien llamaba a gritos a Gabriela. Marco no pudo evitar volverse. Desde un autobús, un hombre había sacado la cabeza y repetía su nombre con desesperación. Vestía uniforme militar y parecía conocerla. Marco miró a su compañera, que no se había inmutado y seguía andando. Aceleró el paso, abrió las puertas y se sentaron observando cómo se alejaba el autobús y al soldado con la cara estupefacta, como si hubiera visto un fantasma.

—Creo que tienes algo que contarme —dijo Marco.

—Preferiría que esto no hubiera sucedido. ¡Mala suerte! —dijo compungida—. Al menos, ha ocurrido cuando ya he hecho el trabajo.

Gabriela abandonó Bagdad unas horas después. El primer vuelo con plazas libres la llevó hasta Ankara. Sin reproches. Había conseguido la información de la CIA sobre Martínez y datos sorprendentes sobre Ali. Tendría que dar explicaciones sobre su táctica poco ortodoxa para entrar, pero había mostrado un coraje, una inventiva y una improvisación que San Agustín le reconocería, después de la reprimenda por saltarse las normas. Una contradicción aparente que la situaba entre los agentes capaces de afrontar las misiones más peligrosas. Aunque esta nunca figuraría en su hoja de servicios.

La hicieron salir de Irak por precaución. No creían que Jordan contara nada, supondría el final de su carrera. No obstante, siempre cabía la posibilidad de que le entrara el remordimiento y se autoflagelara por su ineptitud.

Hubo cambio de planes y Hadi asumió su papel, además del de traductor. Marco y él tenían que buscar la oportunidad para hablar con Ingenuo. Sabían que había sido detenido tras la llegada de los estadounidenses, aunque gracias a las gestiones de Martínez salió de prisión y reanudaron su colaboración. El regreso de los políticos exiliados anti-Sadam y su imagen de disidente desde el interior le valieron para convertirse en uno de los 275 diputados del Consejo de Representantes, la Cámara Baja del país.

Hadi había dedicado todo su tiempo desde que regresó a Bagdad a seguirlo. Le resultó una tarea tediosa. Tan elegante con su traje sin corbata como en las fotos que le habían enseñado en Madrid, parecía que por Ingenuo no habían pasado los años. El mismo tipo con esa apariencia de integridad, dedicado plenamente a su trabajo y a compartir el tiempo restante con su familia. Hadi había visto cómo su mujer y sus hijos lo despedían en la puerta de su hogar, cómo tomaba el

transporte público para llegar a la sede del Parlamento, cómo salía a almorzar con sus compañeros y cómo regresaba a casa y ya no salía por la noche.

Para no dejar pistas de la empresa tapadera ecuatoriana, decidieron no abordarlo en el interior del Parlamento, donde tendrían que depositar sus datos. Optaron por hacerlo en la mañana del tercer día de su estancia tras verlo bajarse del autobús y antes de que entrara en la sede institucional. Hadi, que llevaba puesta una chaqueta que se había comprado el día anterior para ofrecer una imagen más respetable, se le acercó. Le habló en árabe.

—Perdóneme, señor Salah, venimos de muy lejos para hablar con usted.

—Dígame. —Ingenuo se paró a escucharlo.

—Soy el traductor de este señor ecuatoriano —dijo señalando a Marco, que permanecía a su lado—. Quería hablarle de un trabajo que nos ha traído a Bagdad.

—Les atenderé encantado, pero tienen que pedir cita a mi secretaria.

—Lo sabemos, pero nos vamos mañana y es muy urgente.

—Pasen conmigo y les dedicaré diez minutos.

—Si no le importa, es más rápido tomarnos algo en el bar.

Provocar el desconcierto tiene sus ventajas, y más en un país como Irak, en el que los miembros del Parlamento no están endiosados. Ingenuo aceptó, entraron en el café y se sentaron a hablar. Marco empezó a contarle en español el proyecto de exportar cacao y crear una infraestructura en Irak. Hadi iba traduciendo. Ingenuo no entendía para qué lo necesitaban en un tema que no era de su competencia. No tardó ni diez minutos en cortar la conversación.

—¿Qué puedo hacer yo por ustedes?

—Necesitamos a alguien en el país que nos abra las puertas, que nos diga cómo superar trabas. Estamos dispuestos a pagar muy bien.

—Yo trabajo en el Parlamento, no quiero dejarlo.

—Nosotros necesitamos a un político que trabaje ahí, dispuesto a hacerse rico. ¿Me entiende?

—Se han equivocado conmigo, busquen a otro —respondió, se levantó y se fue.

Todavía les quedaba una persona con la que hablar antes de regresar a España: Ahmed. De él sabían que tenía una tienda próspera en el zoco, había sido amigo de Martínez, era primo de Ingenuo y había jugado el papel de enlace entre los dos antes del cambio de régimen. No había motivo para sospechar de él, pero conocía lo que pasaba en Irak y quizás podría aportar algún dato relevante sobre el asesinato de los agentes. No se perdía nada por intentarlo.

Sin mucho protocolo, sin chaqueta ni indumentaria árabe, Hadi se acercó a su tienda. Marco no fue para evitar que, al hablar con su primo, Ingenuo descubriera que la reunión de esa mañana había sido un montaje para chequear su nivel de corrupción. Hadi se presentó como un español de visita en Bagdad que era amigo de la mujer de Martínez. Ahmed se llevó una gran alegría, habían pasado los años pero recordaba perfectamente a Charo, y más a su desaparecido amigo Alberto. Le pidió que esperara un momento, charlarían en su casa.

Por el camino Ahmed no paró de hablar de Martínez. «Un gran tipo, una persona inmejorable. Lloré mucho su muerte, hizo mucho por el país», le contó. Al llegar a su casa, pasaron al salón. Las miniaturas que tanto llamaban la atención del espía asesinado seguían estando por todos lados.

—He pensado muchas veces en Charo —dijo Ahmed—, su dolor es mi dolor. Perder a un marido de esa forma tan cruel es injusto. ¿Le va bien?

—Superando el trauma, es muy difícil vivir sin la persona a la que quieres.

Hadi no la conocía, ni a ella ni a ninguno de los asesinados, pero el dolor de aquel hombre le

iba a servir para conseguir información.

—Alberto estuvo en esta casa muchas veces. Era un tipo serio, intenso, duro, pero muy amable.

—Charo se ha preguntado muchas veces si hizo daño a alguien para que desearan su muerte.

—Pues claro que no, dígaselo de mi parte. Cumplió con su trabajo... hasta donde pudo.

—No le entiendo —dijo Hadi.

—Verá, antes de la invasión americana algunos iraquíes que habían colaborado con él quisieron escapar a España, pero a Alberto sus jefes no se lo permitieron.

—¿Ese es un argumento para matarlo?

—No, no lo es. Él no pudo hacer nada, me lo comentó un día. No es que me hablara de su trabajo, no lo hacía nunca y en la época de Sadam era mejor no saber nada.

—¿Por qué se lo comentó?

—No lo sé, teníamos confianza.

—Charo me dijo que mantenía relación también con un primo suyo, al que por cierto me ha pedido que vaya a ver.

—No lo haga —dijo Ahmed cortante.

—No le entiendo.

—Ha entrado en política y se ha olvidado de su vida pasada —explicó—. Solo le importa su carrera. Ha perdido todos los valores que tenía.

—Charo me dijo que ustedes dos eran uña y carne.

—Ya no, nos enfadamos tras la guerra, no quiero saber nada de él. Ya no es el hombre que fue.

—La política cambia a las personas.

—La política y la guerra. Todos lo pasamos mal, el pueblo iraquí sufrió mucho con Sadam y también con los americanos. Hemos cambiado mucho y tardaremos en recuperarnos. Y lo haremos porque estamos acostumbrados a luchar contra la desgracia que nos tortura permanentemente.

### *Madrid, un mes después*

San Agustín había recibido en su despacho unos días antes la visita de Bastos, inquieto por la lentitud con la que se desarrollaba Destrucción Masiva. Mientras preparaba unos cafés, su jefe le dio una explicación sincera: dilatarla les permitía borrar sus huellas con mayor garantía. Los altos mandos del servicio le habían mostrado su convicción de que el traductor Al Mayali había sido el delator que causó el asesinato de los siete agentes, y, sobre el resto de responsables de ese atentado y del cometido contra Bernal, reconocieron que la guerra abierta en Irak les impedía hacer cualquier movimiento para obtener justicia. Si esos mandos que habían aceptado sus propias limitaciones o un servicio secreto extranjero descubrían algo de esta operación, tirarían del hilo, por muy fino que fuera, para intentar pillarlos. Hasta el momento, no existía nada que pudiera relacionar a los dos suecos que habían ido a Irak en un viaje de aventura con los ecuatorianos que habían intentado implantar su empresa sin ningún éxito. Y tampoco lo habría con los dos periodistas argentinos que ya estaban entrando en el país por la frontera con Jordania para realizar una serie de reportajes.

Ese transcurrir sosegado de Destrucción Masiva tuvo influencia en la tercera etapa que estaba comenzando y sobre la que San Agustín era aún más precavido porque el objetivo de meterse entre las garras de la Mujabarat suponía un mayor peligro de acabar a tiros. El factor sorpresa que tan buenos resultados les había dado no era un arma tan poderosa cuando los *pepes* a investigar eran espías con un largo bagaje. Así que decidió respaldar a los dos agentes encargados de ese trabajo con un segundo equipo en misión de contravigilancia.

Martina y Matías habían estado un par de semanas en Buenos Aires practicando el acento y se habían acercado a Santa Rosa, la localidad donde estaba ubicada la agencia que supuestamente los contrataba. Volaron después a Jordania y durante otra semana estuvieron haciendo un par de entrevistas a un conservador de monumentos de Petra y a otro de Amán. Todo para crear una historia que los respaldara si había problemas.

Matías era el jefe del equipo, un redactor experto de treinta y cinco años. Solía llevar el pelo corto pero desde hacía tres meses, al sumarse a Destrucción Masiva, no se lo había cortado. Una parte del cambio de apariencia para resaltar su carácter aventurero, acompañado por el típico chaleco y pantalón verdes con múltiples bolsillos que llevan los enviados especiales a lugares conflictivos. Estaba casado y tenía tres niños pequeños, pero desde que conoció a Martina y empezaron a preparar la operación se sintió atraído por ella.

La supuesta periodista tenía veintisiete años, pinta de niña pija rebelde, la melena corta y dorada siempre recogida en coleta, ropa ajustada y a la moda, verbo fácil y un aire de suficiencia para hacer frente a los babosos que intentaban ligar con ella. Terminó inventándose a Javier, un novio desconocido del que siempre hablaba.

Los primeros días de convivencia fueron extraños. Los dos dejaron patente que no les

interesaba lo más mínimo el otro, se mostraban antipáticos, fríos y distantes. Estaban trabajando y punto. Captados los mensajes por ambas partes, se relajaron pensando en las semanas que deberían estar juntos y entonces surgió la conexión emocional.

Antes de entrar en Irak en el cuatro por cuatro por alquiler, los dos se sentían mucho más que camaradas, habían encajado a las mil maravillas y cada vez eran más frecuentes los momentos de soledad en que saltaban chispas. Estaba mal visto que los agentes mantuvieran relaciones amorosas, pero eso nunca había frenado a nadie, aunque se requería discreción. En cuanto se sintieron en el país que estuvo bajo la bota del sátrapa Sadam, se les tensaron los músculos y guardaron lo personal en el congelador.

Dos días antes, Marco y Hadi habían entrado por la misma frontera sin contratiempos. Un ecuatoriano y un marroquí que ya habían estado en el país e iban a seguir buscando negocios allí. No iban a ponerse en contacto directo con los *pepes*, pero de ellos dependía en gran parte que sus compañeros no sufrieran contratiempos.

Se desplazaron a Mashjab, una localidad cercana a Nayaf, donde las tropas españolas habían estado destinadas hasta que, tras la llegada al Gobierno del socialista Rodríguez Zapatero, los soldados regresaron a España. El peligro de moverse por el país había incluso aumentado. Los atentados eran el pan nuestro de cada día, todos estaban enfrentados con todos.

Los dos agentes se habían agenciado sendas pistolas en el mercado negro. Suficientes para salir de un pequeño aprieto, insuficientes para enfrentarse a una emboscada. Iniciaron la búsqueda de Al Sudani, el antiguo mando de la Mujabarat, siguiendo los datos aportados por los analistas. Vestidos con túnicas y con la cara del objetivo memorizada, recorrieron diversos campos de cultivo.

La guerra había dejado tocado el principal medio de subsistencia iraquí, su agricultura, y había sacado a la luz el interés económico añadido de Estados Unidos: exportar su trigo y recibir su arroz. Para ello, los americanos tuvieron que proveerles de las materias primas esenciales, acompañadas de fertilizantes y piensos.

Mucha gente había abandonado el campo como forma de vida y la mano de obra era bien recibida. Solo la posibilidad de ganar algo de dinero para sobrevivir y el anonimato que ofrecía justificaban que el espía de Sadam hubiera terminado allí. Les costó un día entero localizarlo. Así allanaban el campo para sus dos colegas argentinos.

Los periodistas llegaron a Bagdad vestidos de occidentales y sabiendo que las carreteras no eran un lugar seguro, por lo que contaban con la discreta protección de Marco y Hadi. Al día siguiente de estar en la capital se desplazaron a Mashjab y pillaron al espía en el campo tirando de un arado. Se le notaba cansado, con la cara quemada por el sol. El resto de los trabajadores no estaba cerca.

—Buenos días —dijo en inglés Matías—, ¿es usted el señor Al Sudani?

El hombre paró de trabajar, se secó el sudor y los miró contrariado.

—Se han equivocado.

—Sabemos que es usted, señor Al Sudani —dijo Marco en un inglés que intencionadamente evidenciaba su acento latino.

—Le digo que se ha equivocado, no conozco a ese señor.

—No sé qué nombre le habrá dado al dueño de esta finca y a sus compañeros de faena, pero imagino que no querrá que nosotros los saquemos del engaño.

—¿Quiénes son ustedes?

—Periodistas argentinos, estamos haciendo un reportaje sobre la Mujabarat.

—¿Quién les ha dicho dónde estaba?

—Buena pregunta, se va a quedar sin respuesta. Nuestras fuentes son sagradas.

—¿Fuentes sagradas? Aquí no hay nada sagrado desde hace un par de años.

—Usted fue un destacado miembro de la Mujabarat en tiempo de Sadam —intervino Martina—, y no nos explicamos la razón por la que no está combatiendo, como sus compañeros, en alguna facción rebelde.

—Mire, mujer, los americanos me dejaron libre porque no iban a meternos a todos en la cárcel, no habrían tenido suficiente espacio. Yo me limité a cumplir con el trabajo que me ordenaban.

—Un trabajo que incluyó torturar a miles de compatriotas.

—Yo nunca torturé a nadie. Hice mi trabajo de seguridad, el que me pidieron mis jefes.

—Eso dicen todos, la obediencia debida.

—No permito que una mujer me dé clases de comportamiento —dijo en actitud autoritaria y machista.

—Está bien —intervino Matías—. ¿Cuál fue su trabajo en la Mujabarat?

Al Sudani miró con altivez a Martina, bajó con desprecio la mirada a sus pantalones vaqueros ajustados y volvió sus ojos al hombre.

—Ya lo sabe, en caso contrario no estaría aquí.

—Usted se ocupaba de la vigilancia del personal extranjero.

—Lo llamamos contrainteligencia, trataba de evitar que nos espieran para hacer daño a nuestro país.

—Querrá decir hacer daño al dictador Sadam —intervino Martina dispuesta a sacarlo de sus casillas.

—Hace unos años, a usted le habríamos enseñado a vestir con respeto y a tratar con deferencia a los hombres.

—Para no molestar a los salidos como usted.

—Está bien —repitió Matías—. Cuéntenos en qué consistía su trabajo.

—Ya se lo he dicho, intentábamos detectar y controlar a los espías extranjeros.

Al Sudani le exigió que no citara su nombre en los reportajes que publicara. Notó la boca seca, sacó una cantimplora que llevaba sujeta al cinturón, bebió un sorbo y se la ofreció.

—En otros tiempos le habría ofrecido algo mejor —le dijo a Matías—, pero esto es lo único que tengo.

Su aspecto astroso, labios cortados, pelo sucio, intenso olor a sudor y sus malos modales hicieron que la pareja, sedienta, prefiriera pasar sed antes de poner sus labios donde antes habían estado los suyos.

—¿Con qué países mantenían mejores relaciones?

—Eran otros tiempos. Todos trataban con nosotros, querían ser nuestros amigos. Franceses, rusos, ingleses, españoles...

Matías vio la ventana abierta y entró por ella:

—Hábleme de los franceses.

—Había un tipo muy curioso, muy mujeriego, muy divertido. No paraba de conspirar, estoy seguro de que tenía a sueldo a diplomáticos...

—Y a su gente.

—Si lo hubiera sabido, él habría abandonado Irak y los traidores habrían acabado en la cárcel.

—Querrá decir torturados y asesinados —lo corrigió Martina.

—También, pero yo no les habría puesto un dedo encima.

—Hábleme del español —siguió Matías.

—Lo tuvimos muy vigilado, como a los otros. También iba a lo suyo, nos dio mucho trabajo. Tras la invasión lo mataron.

—Y usted se alegró —intervino Martina.

—No me alegré, pero tampoco me puse triste. Él conocía los riesgos.

—Creo —dijo Matías— que fue en aquella emboscada que costó la vida a siete espías, dicen que fue la Mujabarat.

Al Sudani lo miró con gesto retorcido.

—Yo no tuve nada que ver. Estaba en prisión, los americanos me detuvieron un mes o dos antes. Me enteré tiempo después, al salir. No lo apreciaba, pero tampoco lo odiaba especialmente. Pueden preguntar a los americanos, ellos lo confirmarán.

—¿Cree que su servicio estuvo detrás?

—Para entonces no existía.

—¿Y alguien que trabajara para el español en su servicio?

—Si hubiera tenido un informante entre nosotros, posiblemente lo habríamos descubierto.

Llevaban media hora hablando y el sol estaba empeñado en achicharrarlos sin compasión.

—¿Podríamos ir a algún sitio para charlar más tranquilos? —preguntó Matías.

—No, les estoy atendiendo porque me han chantajeado, pero tienen cinco minutos más, después seguiré trabajando o me despedirán.

—¿Le suena un tipo llamado Bernal? —intervino Martina, no había que dar nada por cerrado—, otro espía español que fue asesinado.

Al Sudani no la miró y asintió con la cabeza.

—¿Cree que pudieron ser ustedes?

—Han venido convencidos de que nosotros lo hemos hecho todo, pero tras la invasión nos disolvimos, bueno, nos disolvieron. Unos se fueron con los chitas, otros con los sunitas, bastantes se integraron en los muyahidines de Sadam y los menos, como yo, no hicimos nada.

—También se dijo que pudieron ser los chitas.

—Eso se dijo. Él y su jefe mantuvieron relaciones con ellos y no me extrañaría que lo mataran. No son buena gente. Y ahora, váyanse.

Los dos periodistas hicieron un gesto con la cabeza de despedida y se dieron la vuelta camino de su coche, un trayecto de veinte minutos que terminaría de deshidratarlos. Solo habían caminado unos metros cuando Al Sudani les regaló unas últimas palabras:

—Muestren mis respetos a sus mandos del CNI.

¿Sería cierto que Al Sudani llevaba un tiempo en prisión cuando se produjo la emboscada contra los agentes asesinados? No era su cometido confirmar la coartada, aunque les habría encantado: lo borraría de la lista o lo convertiría en el objetivo a detener. Su siguiente misión consistía en localizar a Ali en la dirección que les habían facilitado. Marco y Hadi sabían que era parte de la información conseguida por Gabriela cuando entró en la sede de la CIA y encontró una carpeta con su apellido real.

Los dos equipos estuvieron relevándose, en turnos de cuatro horas, en el control de la casa de Ali en un barrio alejado del centro de Bagdad. Las condiciones de la gente que vivía allí eran de suma pobreza, un ambiente idóneo para pasar desapercibido. El informe sobre el nuevo colaborador de los estadounidenses recogía que seguía trabajando para la insurgencia: es decir, era un doble agente especialmente valioso. Eso lo blindaba; si él era el delator que buscaban, la CIA no permitiría su detención y traslado a España.

Los dos primeros días no lo detectaron ni observaron ningún movimiento en el piso ni en sus cercanías. Los cuatro eran especialistas en observación, se trataba de formar parte del paisaje del barrio, que nadie se extrañara de verlos. Cambiaban de apariencia continuamente, siempre vestidos como unos iraquíes más. Debatieron si Hadi debía relacionarse con gente del barrio, pero era demasiado riesgo: buscaban a un agente experto de la Mujabarat que primero se había vendido a ellos y luego a los estadounidenses, mientras la insurgencia no lo había colgado de un árbol. Debía haber adoptado cuantiosas precauciones.

El tercer día, poco después de que saliera el sol, Ali apareció con suma tranquilidad y subió a su casa, el tercer piso de un edificio con paredes negruzcas que en sus mejores tiempos habían sido lechosas. Martina y Matías alertaron al otro equipo con un mensaje de móvil. Cuando el *pepe* regresó a la calle, ya estaban los dos equipos cubriendo los espacios para iniciar su seguimiento.

Las precauciones que desplegaba no eran tan grandes como para detectarlos, el paso del tiempo siempre produce una relajación en los hábitos, especialmente cuando te sientes protegido por los dos bandos de una contienda. Ali fue andando con cierta prisa hasta su destino, una casa a la que entró media hora después. Por la presencia de unos árabes altos, a uno de los cuales se le escapaba un mechón de pelo rubio, supusieron que era una reunión con su oficial de caso de la CIA. Permanecieron alerta, a distancia.

Una hora después salió. Los de la contravigilancia estadounidense no hicieron ademán de seguirlo, y pasados diez minutos los cuatro acortaron distancias y lo vieron entrar en un establecimiento de teléfonos móviles. Hadi entró poco después para saber lo que hacía dentro. El único dependiente le había puesto sobre el mostrador un móvil y Ali tenía en la mano el suyo.

—Quiero uno con más capacidad de memoria y más moderno.

El hombre que lo atendía se dirigió a Hadi para ofrecerle ayuda. El agente le dijo que estaba mirando.

—Quizás este le pueda servir. El suyo es un Motorola y este es un Nokia, más caro, el mejor que tenemos. Lo han sacado al mercado hace poco.

—¿La cámara es mejor? —preguntó Ali.

—Tiene dos megapíxeles y *flash*, que hace las veces de linterna.

—Está bien, me lo pienso.

Ali abandonó la tienda y regresó a su casa sin paradas.

Matías y Martina volvieron al hotel mientras el otro equipo continuaba la vigilancia. En la habitación de la agente cogieron un teléfono por satélite y se sentaron los dos en la cama. Matías telefoneó al jefe para transmitir las noticias del día. Mientras esperaba que descolgara, le hizo a Martina una carantoña en la cara obteniendo una sonrisa de ella.

Mientras Matías le contaba a Bastos que no tenían gran cosa sobre el *pepe*, Martina le había desabrochado la camisa sin quitarle la mirada de los ojos y se dedicaba a acariciarle el pecho. A Matías le costaba prestar atención a su jefe.

—Parece que está interesado en comprar otro móvil.

Martina le separó las piernas y se arrodilló en el suelo entre ellas. Matías empezó a sentirse azorado. Ella le abrió la hebilla del cinturón, le desabrochó el botón del pantalón y le bajó la cremallera.

—No lo compró —balbuceó el agente.

Martina se puso en pie y empujó suavemente a Matías hasta tumbarlo en la cama. Se puso a sus pies, le arrancó los pantalones y después el *slip*.

—Sí, señor..., esperaré sus órdenes..., no pienso moverme de aquí.

Varias horas después, todavía a plena luz del día, Ali salió a la calle. Llevaba una bolsa en la mano y caminaba a buen paso. Recorría una calle llena de tiendas cuando se le acercó una pareja occidental, ella con coleta y un gran plano de la ciudad en la mano, y le cortaron el paso.

—Por favor, ¿habla inglés?

Ali les mintió, dijo que no e intentó seguir su camino, pero no le dejaron.

—Estamos perdidos, ayúdenos. —La chica le mostró en el plano un hotel que estaba a más de media hora de allí.

Ali se acercó y buscó el lugar donde se encontraban. Alguien chocó con él por la espalda y siguió su camino sin darle tiempo a que le viera la cara. Ali volvió al plano y les indicó el trayecto. La pareja le agradeció su ayuda y desapareció. Pasarían más de cinco minutos hasta que el exagente de la Mujabarat descubriera que le habían robado el teléfono móvil.

Enojado, se desesperó por la información que había perdido. Supo que se lo habían robado mientras ayudaba a los turistas. No se lo pensó dos veces. Fue a la tienda de telefonía a comprar el Nokia que había visto por la mañana. Veinte minutos después, salía con su nuevo teléfono. Los agentes que lo habían seguido hasta allí, lo dejaron irse y lo perdieron de vista.

Hadi y Marco entraron en la tienda cuando no había clientes. Hadi le habló al dependiente sobre el cliente que había comprado un Nokia, era amigo suyo y quería darle una sorpresa llamándolo a su nuevo teléfono. El hombre no se creyó la historia y puso cara de perplejidad. Marco sacó un sobre y empezó a poner billetes de cincuenta dólares encima del mostrador, uno tras otro.

*Madrid, una semana después*

*T*ras el regreso de los últimos equipos que habían investigado a los miembros de la Mujabarat, el chalé de Cardenal Herrera Oria había retomado su actividad frenética. A los cuatro analistas, que de una forma cíclica habían acudido para trabajar en asuntos puntuales de Destrucción Masiva, San Agustín les pidió que incorporaran los resultados de campo a los expedientes de los siete sospechosos que habían seleccionado inicialmente.

Lo hicieron sin intercambiar opiniones; primero llegarían a sus conclusiones individuales, luego las compartirían y debatirían. Así estuvieron dos largas jornadas.

El tercer día Gafas escribió con rotulador negro en las cristaleras que hacían las veces de pizarra los siete nombres para empezar con los descartes. Después le ofreció su puesto a Tirantes e intercambiaron posiciones.

—El más obvio es el clérigo sunita Al Husain: está muerto, no pudo hacerlo.

Tomó el rotulador Coca-Cola, que salió a la pizarra con su vaso.

—Comparezco ante ustedes con el arma que me distingue. —Levantó la bebida y todos rieron —. Como defendió Tirantes, Adam Smith no tuvo nada que ver. No solo por las informaciones que nos han llegado desde Estados Unidos, sino porque en el informe sobre Martínez que los operativos les birlaron en su sede no hay elementos que lo incriminen.

Gafas, que en un principio había defendido la investigación, no quiso echar al río sus argumentos:

—No creo que haya elementos que demuestren su inocencia total, pero con lo que tenemos y hemos descubierto, reconozco que nada establece una sospecha fundada.

Cachas se levantó y cogió el rotulador rojo.

—Estaremos de acuerdo en que Al Sudani tampoco pudo ser porque llevaba algo más de un mes en la cárcel. Esa información se la transmitió a los operativos y la confirmó también nuestra gente en Estados Unidos.

Tirantes intervino desde su asiento:

—A Al Jamil, el líder chiita, hay que quitarlo. Él delató inconscientemente al responsable del asesinato de Bernal, Al Naji. Y si queréis, concluyo yo: los dos sospechosos de ser los delatores del asesinato de los siete son Ingenuo y Ali.

Los cuatro pusieron en claro los argumentos sólidos que los incriminaban y debatieron los siguientes pasos a dar. Después decidieron avisar a los jefes para que acudieran a la base lo antes posible.

Fue ese mismo día, a la hora de la comida. San Agustín y Bastos contemplaron los cuatro nombres tachados y les pidieron explicaciones sobre sus conclusiones sobre los tres restantes. Tirantes les habló de Ingenuo:

—Sigue siendo sospechoso. Es verdad que mantiene esa imagen de integridad a prueba de

bombas y que no aceptó el chantaje de los operativos. Es un diputado respetable y lleva una vida monacal. Pero lo pudo hacer perfectamente, los argumentos en su contra siguen siendo los mismos: odiaba a Martínez porque no se lo trajo a España junto a su familia antes de la invasión americana. Y también porque si bien lo sacó de la cárcel, donde lo habían metido los americanos, luego utilizó esa debilidad para que siguiera trabajando para él. Le debió sentar como una patada en el estómago.

—No debe ser tan buena persona cuando su primo Ahmed ya no se habla con él —dijo Gafas.

—Hemos comenzado a explotar el aprecio que Ahmed sentía por Martínez mediante la correspondencia que él cree mantener con su mujer y hasta el momento no hemos sacado nada —aclaró Tirantes.

Gafas siguió en su pelea particular con Tirantes:

—Solo se han intercambiado dos cartas. Habría que acelerar esta vía.

—No nos llevará a nada.

—La mujer de Martínez —intervino Coca-Cola— podría enviarle en la próxima carta una dirección de correo electrónico. En directo, interactuando, podríamos avanzar más, presionarlo, sorprenderlo.

—Me parece buena idea —intervino San Agustín—, ponédlo en marcha de inmediato. Pasemos a Ali.

Cachas tomó la palabra:

—Sigue en la lista porque no hemos probado que no lo hiciera, pero tampoco tenemos datos fiables de que fuera él. Yo lo habría tachado hace tiempo porque carecía de un móvil: matar a Martínez ponía fin a sus posibilidades de seguir acumulando una fortuna. Pero los operativos descubrieron y ratificaron que se pasó a los americanos al poco tiempo. Nadie mejor que él para organizar el atentado, puesto que es miembro de la insurgencia. Alguien capaz de llevar tantos años con un doble juego puede hacer cualquier cosa.

—El análisis del móvil que le robaron —siguió Tirantes— no nos aportó información adicional relevante para este caso. Y la transcripción de sus conversaciones, gracias al pinchazo que la división técnica le está realizando en su nuevo teléfono, nos dice mucho de los trapicheos que se trae, pero nada más. Habría que provocarlo de alguna manera, pillarlo con la guardia bajada.

—¿Habéis pensado algo? —preguntó San Agustín.

Los cuatro se quedaron callados y fue Bastos el que respondió:

—Se me ocurre una cosa. Imaginaos que empezamos a mandarle mensajes al móvil diciéndole que sabemos que tú mataste a Martínez y nos vamos a vengar. Sin viajar a Irak podemos conocer su reacción.

—Solo si llama a alguien por teléfono —matizó Tirantes—. Y es posible que si se asusta, piense que no es seguro hablar por el móvil.

—Tienes razón —concedió San Agustín, cuyo rostro se iluminó de repente—. La precaución es una reacción lógica. Lo que quizás no sepa Ali es que algunos servicios modernos disponen de un sistema para meterte un virus en el teléfono y así controlarlo completamente, incluido el micrófono de ambiente.

—¿No me diga que nosotros podemos hacer eso?

—Se lo hemos comprado a una empresa israelí. Hablaré con la división técnica para ver cómo se lo instalan y después procederemos a presionarlo.

—Al Naji es el asesino de Bernal —siguió Coca-Cola—, no tenemos nada que añadir. Solo que se esconde en Irán y las interceptaciones de su ordenador constatan que no tiene intención de

regresar. Sabe que los americanos lo buscan y hasta que no se vayan de Irak no volverá. Para eso pueden pasar años y años.

—Y si vuelve, nunca nos lo entregarán —añadió Gafas—. Una situación que me temo se produciría igual con Ingenuo y Ali.

—Vuestro deber —intervino con gesto serio San Agustín— es llevar esta operación a unas conclusiones determinantes, fuera de toda duda. Si no podemos traerlos legalmente, al menos podremos mirar a la cara a familiares y amigos, porque lo habremos intentado.

—Al que está en Irán es imposible hacerle nada —siguió Tirantes—, pero si pillamos al otro, quizás podríamos tirarlo por un barranco y...

—No digas salvajadas —le cortó su jefe—, nosotros no somos asesinos. Buscaremos cualquier modo para que paguen por lo que hicieron, pero no les pondremos una pistola en la cabeza.

Los cuatro analistas se quedaron callados. Al único que hasta el momento habían señalado sin duda, el clérigo Al Nají, era imposible someterlo a la Justicia. Bastos los miró uno a uno y notó en sus caras la decepción de quien ha llegado tan lejos y piensa que ha sido para nada. Después observó a San Agustín, lo conocía mejor que nadie. Algo se traía entre manos, pero no se lo había dicho ni a él.

*Nimes (Francia), unos meses después*

A la 1:30 de la madrugada en la prisión de seguridad Arles Cedex, a unos 32 kilómetros al sureste de Nimes, en el módulo de presos peligrosos las luces llevaban apagadas varias horas y solo sonaba la música de las goteras tras un día de lluvia especialmente intenso. De una de las celdas salió un grito desgarrador. Y siguieron otros todavía más lastimosos, consecuencia de un dolor incontenible. El resto de internos, en un efecto dominó, se sumaron haciendo ruido con cualquier objeto a su alcance hasta crear un bullicio atronador. Un guardia del turno de noche tardó varios minutos en acercarse a la celda donde había comenzado todo. Descorrió la mirilla y vio en el interior a un hombre retorciéndose en el suelo. Informó por *walkie-talkie* y acudieron dos compañeros. En su trayecto intentaron apaciguar a los demás presos golpeando en las puertas de las celdas con sus porras.

Sacaron al enfermo entre dos. Sus alaridos volvieron a retumbar mientras se apagaba la algarabía montada por los demás internos. Lo trasladaron a la enfermería, lo metieron en una consulta y lo recostaron sobre una camilla. A la cabecera se colocó el médico de guardia, un joven imberbe con bata blanca.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué te duele? —preguntó al preso.

El hombre estaba convulsionando.

—¿Cómo te llamas? —insistió el médico.

—Bahadur —respondió fuera de sí.

—Bahadur, intenta tranquilizarte para que pueda ayudarte, señálame dónde te duele.

El preso se tocó la zona del estómago y le suplicó:

—Me he tragado una cuchara, déjeme morir, por favor, déjeme morir.

El médico ordenó a los guardas que lo trasladaran a la sala de rayos X. Lo cogieron de los brazos con cierto desdén y mucha fuerza para que no intentara volverse contra ellos. Lo tumbaron en otra camilla, debajo de la máquina. Se pusieron un chaleco para protegerse de las radiaciones y permanecieron en la sala mientras el doctor se iba a otra para ver lo que tenía el preso en su interior. Los guardas intentaron sujetarlo para que no se moviera, una tarea complicada. Unos minutos después, el médico regresó.

—Efectivamente, tiene una cuchara en el estómago y está desangrándose, si no se la sacan pronto morirá. Voy a llamar al hospital de Arlés para que nos manden urgentemente una ambulancia. Avisad a seguridad para que cuando lleguen les abran la verja exterior y nosotros, mientras, lo bajaremos a recepción.

No fue casualidad la elección de ese lamentable día con tormenta para emprender una carambola largamente estudiada. San Agustín y Bastos eran los artífices de la tenebrosa operación y los únicos que la conocían en su totalidad. Los demás eran alfiles o torres que debían limitarse a

desplegar sus habilidades especiales en su parcela del tablero. Gabriela ignoraba que su actuación de esa noche era parte de la Operación Destrucción Masiva, de la que había sido apartada. Incluso Marco, su compañero, era igual de ajeno, a pesar de haber participado en varios planes ya efectuados.

Ese trabajo era considerado en el DAO uno de los más arriesgados: estaban desplegados en el sur de Francia, territorio hostil, sin el preceptivo permiso de sus colegas locales. Llevaban media hora en mitad del campo, metidos en una ambulancia de color blanco y dos franjas horizontales amarillas, con el motor y las luces apagadas. Era imposible ver nada a un metro de distancia. La intensa lluvia, acompañada de truenos y un fuerte viento, los mantenía aislados y al mismo tiempo los ocultaba. A cualquiera esas condiciones climatológicas le habrían producido prevención, a ellos no: les ofrecía más posibilidades para que su misión saliera adelante.

Gabriela miró el reloj, las 2:30 de la madrugada. Marco estaba junto a ella, vestidos los dos del blanco higiénico de los enfermeros. Sus trajes estaban demasiado planchados, pero en cuanto abandonaran el vehículo perderían el apresto a causa de la tromba de agua.

—Te sienta muy bien esa nariz de boxeador que te has puesto y la melena pelirroja te hace parecer un actor de Hollywood —le dijo Gabriela burlándose.

—Pues a ti las gafas y la coleta rubia te dan una pinta de repipi que te mueres.

No apartaban la mirada del móvil que tenían sobre el salpicadero. Cuando sonara, empezarían su cometido. En ese momento estaban tranquilos, luego se moverían con celeridad y no pararían en muchas horas. Que todo saliera bien dependía en parte de la suerte, pero también de la torpeza de los demás, en este caso de las Fuerzas de Seguridad francesas.

La luz del móvil se encendió en el interior de la ambulancia. Gabriela solo dijo en francés «Vamos allá», encendió el motor, luego las luces y finalmente el limpiaparabrisas. Su visión se hizo algo más clara, la intensidad de la lluvia no había disminuido aunque los truenos se habían tomado un descanso. Con más precaución de la que había tenido nunca inició la marcha por un lodazal lleno de baches que les transmitía la misma sensación de inestabilidad que ir montados sobre un camello. Cinco minutos después llegaron a las proximidades de la carretera. No había tráfico, solo los locos o los muy necesitados podían estar conduciendo en una noche como aquella a las 3 de la madrugada. Les quedaban cinco kilómetros por delante.

Despacio llegaron hasta la entrada de la prisión. Esperaban que les abrieran sin más, pero Marco tuvo que bajarse en mitad del aguacero y apretar el botón del telefonillo. Siempre con la cabeza baja y con las manos cubriéndose ambos lados de la cara, para que la cámara no le grabara ni un pequeño detalle, no tuvo que pronunciar una palabra, la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Llegaron hasta el edificio de recepción, aparcaron en paralelo a la puerta y esperaron. Mejor si los funcionarios sacaban al preso sin entrar ellos. Momento de tensión, no aparecía nadie. Se miraron, mejor no correr riesgos, pero si había que correrlos, adelante. Contaron hasta diez y, como nadie salía, abrieron a la vez las dos puertas. Marco ya estaba empapado, pero Gabriela sintió la misma sensación de cuando te tiras a una piscina por un tobogán y el agua absorbe tu cuerpo dándote la impresión de que no podrás respirar. Fueron a la parte trasera de la ambulancia, la abrieron y sacaron la camilla. Anduvieron hasta la puerta, uno delante y otra detrás. Eran menos de veinte metros y estaban llegando cuando aparecieron dos funcionarios llevando en volandas al enfermo, y el médico detrás.

—Está muy grave, sé el tiempo que hace, pero si no se dan prisa morirá.

Los dos enfermeros asintieron, lo colocaron en la camilla, lo ataron con unas correas y salieron corriendo para evitar las gotas de agua que habían comenzado a caer como piedras. No

intercambiaron palabra con nadie. Lo metieron en la parte de atrás, Marco se quedó cuidando de él y Gabriela entró en la cabina dispuesta a emprender la marcha cuando un tipo al que apenas distinguía le gritó:

—¡Soy de seguridad de la prisión!, ¡voy con ustedes! Cómo se iban a llevar a este cerdo sin protección, ¿es que están locos?

Fue entonces cuando Gabriela vio la pistola que llevaba en el cinturón al estilo de los *sheriff* del Lejano Oeste.

—Con la que está cayendo, conduzca con cuidado. Este cabrón no va a morirse, no se preocupe —dijo metiendo la cabeza por la ventana que unía los dos módulos, mientras Marco intentaba calmar al paciente con un paño húmedo en la frente. Y gritando añadió—: ¡Y si se muere, que se joda!

La puerta se estaba abriendo cuando llegaron. Gabriela giró a la derecha.

—Oye, guapa, te has equivocado, al hospital de Arlés se va en sentido contrario.

Apenas la había reconvenido cuando el brazo derecho de Marco apareció por la ventana interior por sorpresa, lo atrapó por el cuello con una fuerza desmedida como si fuera un lazo y lo atrajo hacia él. Mientras el guardia respondía violenta y desordenadamente intentando sacar su pistola, Marco le tapó la boca con la mano libre con un pañuelo empapado con un anestésico. Gabriela apenas iba a veinte kilómetros por hora cuando recibió los manotazos y las patadas del guarda, y con la mano derecha empezó a arrearle puñetazos en el estómago con toda su fuerza. Unos segundos después, su reacción se desinfló.

Gabriela paró un momento, Marco se subió en la cabina y entre los dos lo llevaron a la parte trasera, donde lo ataron y amordazaron. Reemprendieron la marcha y media hora después Gabriela sacó la ambulancia de la carretera que los llevaba a Marsella y tomó un camino mal asfaltado que los llevó a un pequeño pueblo, que atravesaron, y a su salida apareció un bosque en el que se internaron. Pararon junto a un Renault gris.

Salieron y abrieron la puerta trasera. Bahadur apareció ansioso, abrazó a Marco y le hizo un gesto de agradecimiento a Gabriela con la cabeza. Limpiaron minuciosamente sus huellas de la ambulancia, dejaron atado en la camilla al guardia y tiraron las llaves lo más lejos que pudieron. Subieron al coche y retomaron la carretera hacia Marsella.

Eran cerca de las seis de la madrugada cuando llegaron a la ciudad, la lluvia había parado. Marco se había quitado los aditamentos de la cara para su cambio de imagen y la ropa de enfermero. Ahora iba con vaqueros, abrigo y botas de montaña. A Bahadur le habían sustituido su ropa del penal por un pantalón chino, una cazadora y unos mocasines. Gabriela se cambió cuando los dos hombres salieron. No sabía quién le había elegido en Madrid la ropa, pero la convertía en una mujer elegante y nada discreta: botas de agua con lazos, chubasquero con estampado floral y, para rematar, un paraguas rojo chillón.

Al inicio del trayecto, Gabriela y Marco se habían negado a contestar a las preguntas de Bahadur sobre lo que iba a pasar a continuación y las probabilidades de que los pillaran. Lo conminaron a que confiara en ellos, lo habían liberado, y cuando estuviera seguro, podría preguntarlo todo, pero no serían ellos quienes le contestaran. Había que respetar el plan trazado. Ante su insistencia y nerviosismo, le informaron de que habían dejado algunas pistas falsas para distraer y retrasar a sus perseguidores, pero desconocían si se las habrían tragado.

—Uno de los médicos, el joven, el que llevaba poco tiempo, me dijo que esta madrugada, a una hora exacta, simulara haberme tragado una cuchara. Que los míos me iban a sacar, pero tenía que hacer exactamente lo que él me dijera.

—No hablaremos de nada contigo —dijo Marco—, créeme, es mejor así. Te hemos traído una documentación falsa, te llamas François. Tus padres emigraron a Francia hace muchos años desde Kuwait y tú naciste en Burdeos.

—Pero si me están buscando, ¿me reconocerán?

Gabriela intervino para tranquilizarlo:

—Vamos a ver, François, están buscando a un tipo que se ha tragado una cuchara y está malísimo.

—Habrán descubierto que es mentira.

Bahadur se estaba angustiando y la agente consideró que era mejor darle unas explicaciones que si no estuviera en ese estado él mismo debería haber deducido:

—Nadie lo sabe. El médico ha asegurado que te habías intentado suicidar y lo primero que habrán pensado es que con el mal tiempo habremos tenido un accidente. Con suerte, hasta dentro de unas horas no encontrarán la ambulancia y en ella al guardia de la prisión. Entonces sí que empezarán a perseguirnos y darán la alerta. Para entonces espero que estemos muy lejos.

—Ahora subiremos a un tren que nos llevará en un viaje largo hasta cerca de Suiza —añadió Marco—. En un pueblecito te entregaremos a tus compañeros. Ellos terminarán de sacarte del país.

—¿Cómo?

—Ni lo sabemos ni nos interesa. Eso es cosa vuestra, nuestro trabajo habrá terminado.

—¿Para quién trabajáis?

—No preguntes, ahora vamos a parar e iremos andando hasta la estación como tres simples turistas. Tú serás la pareja de mi compañera, que se hace llamar Gabriela, y yo iré por mi cuenta, atento a lo que pueda pasar. Pero es muy importante que aplaques los nervios.

Se acercaron a la estación de Marsella-San Carlos. Tranquilos, porque tenían sus billetes comprados, el tren salía a las ocho, les dio tiempo a desayunar, la pareja por un lado y Marco por otro. No había ningún despliegue de seguridad y pasaron el control de billetes sin problemas. Cuando el tren empezó a deslizarse por los raíles, Gabriela notó cómo el rostro de Bahadur se relajaba, no tardaría en dormirse plácidamente.

Once horas más tarde se despedían en un bar de Saint-Nicolas-de-Véroce, en el municipio de Saint-Gervais-les-Bains, a escasa distancia de las fronteras entre Francia, Suiza e Italia. Una pareja pasó a recoger a Bahadur poco después, mientras Gabriela y Marco los observaban a distancia. Solo entonces, distendidos y satisfechos, aunque cansados tras el bajonazo de adrenalina, marcaron el número de teléfono:

—El pájaro está en la jaula.

San Agustín sonrió al escuchar el mensaje y le hizo a Bastos, que lo acompañaba en su despacho, el signo de la victoria. Sin decir nada, cambió de móvil, marcó un número que tenía apuntado y repitió las palabras pero en francés:

—El pájaro está en la jaula.

Al otro lado del teléfono había una mujer que recibió la noticia con gestos de entusiasmo, aunque no respondió y se limitó a colgar. Después marcó otro número y esta vez cambió el mensaje:

—Adelante.

El hombre por encima de los cincuenta que lo recibió estaba en el cuarto de estar de una casa en los suburbios de una inmensa ciudad. Era un tipo experto, con una larga carrera de lucha contra la dominación, al que acompañaba un chico de poco más de veinte años, con el que había entrado en el país dos días antes, y la dueña de la casa que les había dado cobijo sin preguntarles la razón de su viaje.

El tipo maduro advirtió al joven que el plan seguía adelante y con paternalismo le recomendó rezar durante las próximas dos horas. Cuando la tranquilidad de la noche se convirtiera en su mejor aliado, saldrían a la calle para cumplir su importante misión.

El tiempo pasó con rapidez para el hombre con experiencia en esas misiones y con lentitud para el joven inexperto. Antes de abandonar el piso, escondieron en una bolsa de deportes una pistola pequeña Glock 26 y dos pistolas ametralladoras Ingram. A medianoche salieron a la calle y en un nada llamativo Paykan, el coche más popular en el país, se dirigieron a un barrio alejado.

A la una aparcaron y se acercaron a un edificio con buen aspecto, de cuatro plantas, color ocre, igual a los de su alrededor, que habría encajado perfectamente en las construcciones aburridas y feas de la Alemania Oriental comunista. El objetivo de su interés vivía en la segunda. La noche era apacible, a pesar de la hora se veía gente por la calle, y el mayor notó cómo afloraban incontrolados los nervios de su compañero. «Te crees muy fuerte y valiente, por encima del bien y del mal, hasta que llega el momento crítico y aparecen los miedos.» No le dijo nada, ya no era momento para conversaciones.

La cerradura del portal la habían estropeado ellos a la hora de la comida, por si debían volver por la noche, sin tiempo a que los vecinos la arreglaran. Subieron los dos pisos por la escalera y el mayor se colocó delante de la puerta. Sacó las Ingram y le dio una a su compañero. Con la pistola ametralladora en la mano derecha, le mostró al joven tres dedos de la mano izquierda, luego dos, uno y finalmente quedó el puño cerrado. Disparó contra la cerradura y, por culpa del silencio reinante, sonó como un estruendo. Entraron corriendo en la casa. Cada uno fue a un cuarto. El mayor se encontró cara a cara con una anciana metida en la cama que lo miraba con terror. Apretó el gatillo y varias balas destrozaron su cuerpo. Se quedó un segundo contemplando la escena y escuchó gritos en la otra habitación. Salió deprisa. Su joven compañero estaba apuntando a un hombre de unos cuarenta años que había saltado de la cama vestido solo con unos grandes calzoncillos e iba en dirección al intruso.

—¡Quieto ahí! —le gritó—. ¿Usted es el clérigo Al Naji?

El otro no pronunció palabra, se limitó a negar con la cabeza. Temblaba, estaba aterrorizado. El hombre le dijo al chico joven, sin apartar la mirada del objetivo, que disparara. Pasaron los segundos, el hombre en calzoncillos empezó a llorar, a pedir clemencia por Alá, a ofrecerles dinero, a jurarles que se equivocaban. El mayor le disparó hasta convertir su cuerpo en un coladero. Se dirigió hacia la puerta mientras su compañero permanecía inmóvil mirando el cadáver, se había quedado petrificado. Antes de salir, se dio la vuelta y le pegó dos tiros en la cabeza.

Cuando abandonó la casa había muchos vecinos en el rellano dando gritos que cesaron en cuanto lo vieron aparecer con la pistola en la mano. Lentamente bajó las escaleras mientras la gente se iba apartando para dejarlo pasar. Salió a la calle de Teherán, donde dos policías habían sido los primeros en llegar. Le dieron el alto y él les apuntó con su arma sin intención de dispararles. Los policías se sintieron amenazados y descargaron la munición de sus pistolas hasta asegurarse de que su cuerpo no se movía.

—Estamos en paz.

Las palabras en francés de la mujer las recibió San Agustín con gesto serio, sin el triunfalismo con que acogió las de Gabriela cuando le comunicó que habían entregado a Bahadur a su gente, los de la Organización de los Muyahidines del Pueblo de Irán. Si los hubieran pillado, el jefe del DAO habría tenido que presentar la dimisión. Bastos era el único que había montado con él una operación en la que todos los agentes, tanto los que intervinieron como los que les facilitaron los medios, creían que era un trabajo más de la unidad encargado por una división de inteligencia. A los agentes sobre el terreno no les habría pasado nada. Lo de menos habría sido estar encerrados un par de días en una cárcel francesa.

Bastos estaba con él en su despacho cuando recibió la noticia. Tampoco dio muestras de una especial alegría. Salió un momento y regresó con una botella de cava y dos vasos de cristal. La abrió en silencio y brindaron.

—Esto ha sido una puta locura —dijo el segundo jefe del DAO—. ¿Lo sabes?

—A veces las putas locuras son la única alternativa para hacer justicia.

—No somos los primeros, ni seremos los últimos, que actuamos en Francia sin notificárselo a nuestros colegas de allí, ni que mantenemos relación con un grupo terrorista para que nos ayude a cumplir nuestros fines.

—De hecho, Estados Unidos y Arabia Saudí los financian a lo grande.

Bastos se rio por primera vez.

—Eres un *crack*. Ansiaban tanto la liberación del familiar de su jefe que hasta les sacaste dinero para que pagaran al médico de la prisión.

—Les dimos lo que ellos querían y ellos a nosotros nos han ayudado a hacer justicia.

—¿Crees que los franceses relacionarán la huida de Bahadur con el asesinato en Teherán?

—Quizás, los analistas tienen mucho tiempo para investigar y hacer cábalas. Pero la jefa de los muyahidines no podrá implicarnos: desconoce quiénes somos y por qué queríamos ver muerto a Al Nají.

—Tras hacer justicia con Bernal, ahora nos queda el más difícil todavía. Hay un tipo en Irak, responsable del asesinato de siete de los nuestros, que no sabe que lo hemos descubierto.

—Hemos tardado mucho, pero las interceptaciones de las comunicaciones y los ejercicios de provocación al final han dejado el asunto claro.

—Era cuestión de paciencia —añadió Bastos dando un largo sorbo al cava—. Han pasado casi dos años desde que los mataron. Ahora tendrá que pagar lo que hizo. Pero dime una cosa: ¿sabías desde el principio que sería imposible llevarlos ante un juez y que tendríamos que matarlos?

San Agustín elevó su vaso de champán. No tenía ninguna intención de contestar a la pregunta de su amigo.

*Bagdad, otoño de 2005*

Alan Signoret era un ciudadano belga, nacido en la vikinga Brujas, viajero habitual por muchos países del mundo, como lo atestiguaban los sellos de su pasaporte. Su complexión atlética, la seguridad en sí mismo, un rastro de colonia cara y el aire de hombre de negocios experimentado lo apartaban de los sospechosos en las aduanas. Solo se diferenciaba de Jaime San Agustín por el pelo totalmente canoso, la barba recortada que cubría su cara desde un mes antes y el color de sus ojos.

A la salida del aeropuerto de Bagdad distinguió una furgoneta Peugeot y, junto a ella, a Hadi, que había llegado tres días antes. El supuesto marroquí se sintió impresionado de estar en territorio hostil acompañado por el gran jefe. Le habían contado que a veces aparecía en el campo de juego donde estaba teniendo lugar alguna operación importante, pero nunca lo había presenciado.

—¿El resto ha llegado sin novedades? —preguntó en cuanto se sentó en el asiento del copiloto.

—Sí, señor...

—Y una mierda lo de señor, me llamo Alan.

—Sí, Alan, anteayer llegaron los suecos, procedentes de Turquía. —Se refería a Alf y Christian—. Y ayer, los latinos desde Jordania. —En referencia a Marco, Martina y Matías.

—¿El *pepe* sigue bajo control?

—Es previsible, seguirlo es aburrido. Solo sorprende su cita semanal inconfesable, pero una vez descubierta por el equipo que vino hace varias semanas, ya no tiene rincones ocultos para nosotros.

—Bien. Pasado mañana actuaremos.

Hadi lo llevó hasta el hotel Coral Bagdad, uno de los mejores de la ciudad, donde ambos se instalaron. Los otros equipos estaban en otros alojamientos de calidad que encajaban con su perfil discreto, separados para que nadie los relacionara. El plan, con todos sus detalles, lo habían cerrado en Madrid y excepto que sucediera algún imprevisto, no se encontrarían en ningún momento. Se verían sin acercarse.

Esa noche, Alan y Hadi salieron a dar una vuelta por el zoco. Alan sintió en su cuerpo una marea desbordante. Sus compañeros asesinados habían pisado ese mismo suelo. Pensó en Martínez y Bernal, los que más tiempo habían estado allí. Se los imaginaba pateando aquellas calles estrechas, regateando con los tenderos, gastando bromas mientras se compraban una chilaba o escapando de la persecución de los agentes de la Mujabarat. Los sintió por los rincones, esperando a que pasara algo, no se habían ido. Eran espíritus en busca de paz, les apremiaba conseguir justicia.

Cenaron en un restaurante muy concurrido, ni se fijó en el nombre, seguro que algunos de sus compañeros también habían estado sentados allí, quizás en esa misma silla. Nadie muere mientras

alguien lo recuerda en la tierra. Había muchos como él que los llevarían en sus corazones durante muchos años.

—¿Qué tal eran Carlos y Alfonso? —preguntó en francés Hadi.

—Dos grandes trabajadores y mejores personas. Vinieron aquí voluntariamente, siempre en primera línea, les gustaba su trabajo, lo daban todo.

—Siento no haberlos conocido.

—Te lo perdiste.

—¿Qué experimentará la gente cuando traiciona?

—No lo sé, la historia está llena de personas que cambian de bando. Lo hacen por dinero, por venganza, para demostrar lo que valen.

—Nuestro *pepe* lo hizo por venganza.

—Seguramente. Creía merecer un trato especial y el odio lo llevó a planear los asesinatos.

—Tras la detención del traductor debió sentirse reconfortado. Otro pagaba el pato por lo que él había hecho.

—Creo que lo hizo porque pensó que nadie lo descubriría.

—¿Piensas que le remuerde la conciencia o está tranquilo porque cree de verdad que merecían morir?

—Matar te deja siempre una herida en el corazón que no puedes curar, pero lo que sí puedes es olvidarla, convencerte de que hiciste lo correcto y pasar página.

Alan hablaba del *pepe* pero estaba pensando en sí mismo. Pocos estaban al tanto de lo que estaban dispuestos a hacer y solo Bastos conocía la muerte de Al Najj. Había sido un asesinato en toda regla, atribuido y ejecutado por el grupo terrorista iraní que se oponía al gobierno de los ayatolás, pero él había movido los hilos y la sangre manchaba sus manos.

Ahora sería peor. Él iba a apretar el gatillo que mataría al delator, por primera vez le quitaría la vida a una persona, se iba a convertir en el justiciero que nunca habría querido ser. El remordimiento lo perseguiría eternamente, pero el resarcimiento tenía un poder superior. Lo había diseñado todo para que los demás solo realizaran labores de apoyo. Bastos había propuesto en la última reunión del equipo en Madrid que se sorteara la mano que debía empuñar la pistola asesina. Todos apoyaron la propuesta de inmediato, como si el voto mayoritario sirviera para algo. San Agustín se lo dejó claro dando por concluida la reunión con una frase: «Esto no es una democracia, aquí mando yo».

El hotel Al Rashid dispensaba un trato personalizado a sus clientes, tanto a los alojados en sus dieciocho plantas como a los que acudían a disfrutar del lujo de su restaurante de comida internacional en el que no faltaba de nada o de la piscina rodeada de vegetación. Había sido el hotel preferido de Martínez, al que acudía con su familia a bañarse y de vez en cuando con Bernal para charlar un rato con más tranquilidad. Fuera de su perímetro, a unos cientos de metros, Alf y Christian daban vueltas por la calle cerca de la furgoneta que Hadi había alquilado. Los supuestos periodistas suecos no entrarían en escena hasta el momento de la huida, o antes si surgía algún imprevisto.

Dentro del Al Rashid, sentados a una pequeña mesa para dos del elegante bar, Marco y Matías estaban tomando unos cafés que ya habían pagado. Eran el círculo de seguridad próximo, el primero en intervenir si fuera necesario. Habían aparcado cerca de la fuente de la entrada un Mercedes de alta gama alquilado con documentación distinta a la suya, falsificada solo para ese

uso. Hadi se había acomodado en un rincón del vestíbulo entre discretos sofás y sillones. Era el oteador, el que debía identificar al *pepe* y avisar de su llegada. Como los demás, llevaba un minúsculo auricular y un micrófono escondido. Algo más alejados, en los alrededores de la piscina, paseaban Alan y Martina, una curiosa pareja formada por un hombre mayor y una joven. Todos iban armados, con pistolas adquiridas en el mercado negro en una visita anterior de otro equipo y con la orden de utilizarlas solo en caso extremo. Eran las seis menos cuarto de la tarde, en pocos minutos entraría en escena el objetivo al que habían estado buscando durante casi dos años.

Cinco minutos antes de las seis, con una puntualidad suiza, el iraquí entró en el vestíbulo del Al Rashid. Chaqueta y pantalones grises, camisa blanca con todos los botones abrochados y mirada al frente, sin fijarse en nadie, directo hasta el ascensor. Apretó el botón de llamada y esperó. Aparecieron dos occidentales, se pusieron a su lado y él no se volvió a mirarlos. Su cara no era muy conocida pero quería pasar desapercibido. En cuanto lo vio entrar, Hadi alertó: «*Pepe* a la vista» y se colocó detrás de él a esperar el ascensor. En la terraza, Alan y Martina miraron el reloj, prevenidos. Los demás permanecieron en sus posiciones.

Las puertas del ascensor se abrieron y las cuatro personas entraron. Los dos occidentales apretaron el botón del cuarto, el iraquí el del octavo y Hadi el del décimo. Primera parada, los dos clientes se bajaron. Segunda parada, el iraquí salió. Cuando las puertas iban a cerrarse, Hadi puso una mano para bloquearlas y sacó el cuerpo lo justo para observar al *pepe*. Lo siguió y vio cómo llamaba a la habitación 624. Por suerte, no miró atrás ni una sola vez. Hadi pronunció en alto el número, regresó al vestíbulo y esperó diez minutos. Vio aparecer a la extraña pareja en dirección al ascensor y los siguió. Entró con ellos y con un hombre que parecía un fotógrafo de prensa. Este apretó el botón del décimo y los demás simulaban ir al undécimo. Cuando se bajó, los tres se miraron tensos. Llegaron al piso 11 y apretaron el 6. La suerte estaba echada. Alan anunció: «Vamos a entrar».

Se dirigieron a la habitación 624. Alan y Hadi se quedaron a dos metros de la puerta, y Martina, que llevaba un pantalón negro con camisa blanca, sacó de su gran bolso un chaleco negro como el que llevaban los empleados del hotel y se puso una bolsa de plástico en la cabeza. Dio unos golpes en la puerta: «Servicio de habitaciones». La respuesta tardó unos segundos.

—Se han equivocado, no hemos pedido nada —dijo una voz de mujer.

—Es urgente. Por favor, abran. Tengo que solucionar un problema.

—¿No puede venir en otro momento?

—No le molestaré más de dos minutos.

Se oyeron pasos de pies descalzos sobre la moqueta cerca de la puerta. Una chica de unas veinte años con la misma camisa amplia que llevaba el iraquí pero con varios botones desabrochados, sin nada debajo, con unas piernas perfectas al aire y la melena rubia revuelta, abrió con gesto desabrido. Martina empujó la puerta, le tapó la boca, le puso una pistola en la cabeza y la empujó al baño, que estaba junto a la entrada. Apenas habían pasado cinco segundos, el iraquí preguntó: «¿Qué pasa?, ¿qué pasa?». Antes de que, olvidándose de su desnudez, pudiera enfilar la puerta, apareció Alan apuntándole con una pistola y colocándose el dedo índice en perpendicular a los labios. Hadi, tras cerrar la habitación, entró en el baño para ayudar a Martina a reducir a la chica.

Alan se acercó al iraquí, que se había quedado bloqueado delante de la cama desecha con una mezcla de miedo y sorpresa.

—Tengo algo de dinero en la cartera.

Le puso la pistola en la sien, le dio la vuelta y, con la otra mano, en la que llevaba una cinta de embalar, le cubrió la boca y le rodeó la cabeza. Apareció Hadi quitándose la bolsa transparente de plástico de la cabeza: «Solucionado lo del baño». Cogió la cinta y le ató las manos por delante y los pies.

—Vamos a sentar a este hijo de puta en la cama.

Lo verbalizaban todo para que los dos equipos del exterior estuvieran al tanto de lo que pasaba. Hadi lo empujó y el iraquí lo único que hizo fue ponerse las manos debajo de la tripa para ocultar su sexo.

—Escúchame bien —dijo Alan—. Tú eres Salah, en nuestra clave te llamamos Ingenuo. Delataste a nuestros compañeros, siete murieron por tu culpa. Hemos venido desde España únicamente para matarte.

Ingenuo empezó a parpadear más de la cuenta, con la mirada fija en Alan. No era un atraco, era algo mucho peor.

—Nos ha costado dar contigo, pero te tenemos. Te vamos a pegar un tiro y otro a tu amiguita. Luego os vamos a colocar en la cama desnudos para que tu mujer sepa que no eres el marido amantísimo que dices ser.

Hadi permanecía de pie a medio metro del rehén mientras Alan se había sentado en una silla, enfrente y muy cerca de él.

—Solo quería que supieras por qué vas a morir.

Ingenuo empezó a negar con la cabeza mientras dos lágrimas rodaban por su rostro. «Los asesinos muestran su cobardía cuando les van a hacer lo mismo que ellos hicieron a otros», pensaron los agentes, pero ese no era el motivo del derrumbe del iraquí. Alan, ajeno a todo, amenazante, empezó a pasarse la pistola con silenciador de una mano a la otra.

—Llora, cabrón, ¿creías que te ibas a librar?

Amordazado, sin posibilidad de moverse, Ingenuo hacía gestos difíciles de interpretar.

—¿Quieres defenderte? Llegas tarde, sabemos que fuiste tú. Quisiste vengarte de Alberto por no llevarte a España antes de la invasión y porque tras sacarte de la prisión americana te forzó a seguir colaborando.

El antiguo diplomático, en ese momento diputado, dejó de negar con la cabeza. Sus ojos eran el vivo retrato del pánico.

—Te voy a contar cómo nos enteramos, para que te jodas aún más. Tu primo Ahmed, un buen tipo con sentimientos, no como tú, nos contó que había roto contigo. Nos llamó la atención y le tendimos una trampa. Se escribió con nosotros creyendo que lo hacía con la mujer de Alberto. Al final, con la guardia baja, le contó que el traidor tendría que vivir con eso toda su vida. Y, presta atención, que él se encargaría de recordárselo hasta el día de su muerte.

Ingenuo bajó la cabeza derrotado. Y de inmediato volvió a subirla, a hacer gestos exagerados con las manos señalándose la boca.

—¿Quieres decirnos algo? Te aviso, si te quito la cinta y gritas, no te oírán nadie y te meteré un tiro en la cabeza. ¿Lo entiendes?

El político asintió con la cabeza. Hadi sacó una navaja del bolsillo y cortó la cinta con rabia.

—Yo no fui.

—No te molestes en negarlo.

—Les aseguro que no fue idea mía.

Hadi se acercó y le pegó un puñetazo en la cara. Alan le ordenó no repetirlo.

—Pueden hacerme lo que quieran, pero no fui yo.

—Por ahí no vamos a ningún sitio. Esto no es un debate.

—Me obligaron —dijo al mismo tiempo que escupía la sangre que le brotaba en la boca.

—¿Quién te obligó? Tienes un minuto para decirnos lo que quieras.

—Unos días después de que Alberto me sacara de la prisión, recibí una visita. Estaba hundido, no solo me habían humillado los americanos, sino el propio Alberto, me habían destrozado la vida. El hombre que llegó me dijo que entendía por lo que estaba pasando, a él también le tenía enganchado Martínez. Me sentí identificado con él tanto como él me mostró que lo estaba conmigo. Me dio dinero para seguir adelante y seguimos viéndonos otras veces. Un día me dijo que había encontrado la forma de que nos pudiéramos vengar, tenía un plan para matarlo: si conseguíamos información de su paradero en un momento dado, enviaría a un grupo de la resistencia a ejecutarlo. Nadie sospecharía de nosotros, sería uno más de los muchos asesinatos que había en esa época.

—Hijo de puta —dijo entre dientes Hadi.

—No quise, juro que no quise.

—Pero lo hiciste —concluyó Alan.

—No pude rechazarlo. Había trabajado en la Mujabarat, estaba en la insurgencia y si no lo ayudaba, lo haría de todas formas y me mataría.

Los dos españoles se miraron sorprendidos, igual que hicieron los miembros de los equipos que seguían la conversación desde el exterior.

—Lo hiciste para salvar tu vida, hijo de puta.

—Sí, lo siento, lo siento mucho. —Las lágrimas volvieron a sus ojos, mostraba dolor interior mientras narraba una traición de la que no se había sentido orgulloso—. Debí negarme, pero pensé en mi mujer. Malvivíamos, no quería que se quedara sola con los niños. —Se secó las lágrimas—. No sé qué habría sido de ellos.

—También podías pensar en ella cuando te acuestas con esa puta —intervino Hadi.

—Debí negarme, lo sé, he traicionado todos mis principios, todo en lo que había creído. No merezco vivir.

Estaba fuera de sí. Un hombre tan tranquilo no estaba acostumbrado a humillarse de aquella forma.

—¿Por qué dices que debiste negarte? —preguntó Alan.

—Tras la matanza, un día me invitó a reunirnos en este hotel. Me dijo que subiera a una habitación en concreto y cuando llegué había una rubia impresionante desnuda esperándome. Hice ademán de irme, pero no pude resistirme.

Se cubrió la cara con las manos y empezó a tener convulsiones. Llevaba mucho tiempo con remordimientos y sacarlos en esa situación extrema, enfrentarse a todo lo que había hecho, desnudo frente a dos espías que iban a matarlo, lo había trastornado.

—Allí se quedó mirándonos, aunque de vez en cuando se acercaba y le daba unos azotes a la chica. —Sorbió la sangre que tenía en la boca e intentó tranquilizarse poniéndose derecho—. Al terminar, los dos solos, me dijo que cada semana tendría una rubia distinta esperándome... Pero eso no fue lo peor.

Alan había quitado el dedo del gatillo. Ese hombre no iba a enfrentarse a ellos. O era muy buen comediante o verse a un paso de la muerte le había hecho enfrentarse a sus errores.

—Me dijo que eran putas, pero no tendría que pagarlas. —Miró al techo—. Lo harían los americanos. —Apenas le salían las palabras—. Me había convertido en un confidente de los yanquis.

Los dos agentes se miraron. Ingenuo empezó a darse golpes en la cabeza con las dos manos atadas.

—Soy un mal hombre..., he perdido mi integridad..., he dejado de ser honesto..., me he vendido por un poco de placer..., he traicionado a mi familia. Merezco morir, que me matéis, que mi familia se entere de lo mala persona que soy. ¡Matadme!, por favor, ¡Disparadme!

Alan estuvo unos segundos mirándolo pero con el pensamiento en otra parte. Los siete agentes murieron por culpa de Ingenuo, todo seguía igual. Habían viajado dispuestos a asesinar a un político iraquí y ahora descubrían que la CIA lo había convertido en su colaborador a cambio de sexo gratis. Su asesinato levantaría más revuelo del que habían imaginado y tendrían que esquivar una suspicaz investigación de los ciáticos con la que no habían contado. El puzle que en Madrid creían terminado se había descuajeringado. El papel de Ingenuo había sido menor del que pensaban, el iraquí fue manipulado, engañado y chantajeado. Ali era el gran muñidor de la trampa y había sido más hábil que ellos, no había caído en la trampa que le tendieron al mandarles mensajes amenazadores a su móvil. En ningún momento reaccionó con temor o inquietud, por lo que interpretaron que había estado al margen del atentado en lugar de darse cuenta de que, tras su larga experiencia en el espionaje, había aprendido a ser frío; aún peor, era un tipo insensible. Para colmo, se sabía protegido con el manto de la CIA. Cuando pillaron a Ingenuo, dieron por supuesto que él no había tenido nada que ver.

Su corazón le decía que era culpable: sin él, sus siete compañeros seguirían vivos. El dedo que había tenido cerca del gatillo se negaba a acabar con la vida de un pobre tipo endeble, sucio y mala persona, pero al fin un juguete en manos de un torturador y asesino que lo había llevado por donde había querido. Con la pistola apuntando a la cabeza de Ingenuo, dudando si reventarle los sesos de una vez y dejar de escuchar sus gimoteos, lo pilló descolocado que el iraquí, con toda la energía de su cuerpo, se lanzara encima de Hadi y lo tirara al suelo. Forcejearon, el agente intentó quitárselo de encima dándole puñetazos en la cara y empujándolo. Ingenuo no oponía resistencia a los golpes y al tercer empujón de Hadi salió disparado contra la pared.

Alan no pensó dispararle en ningún momento. La vida de Hadi no había corrido peligro y no quiso liquidar a Ingenuo porque su instinto de supervivencia lo hubiera llevado a atacarlos. Se equivocaba. Ingenuo no pretendía evitar la muerte. Se dio cuenta cuando lo vio sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared, brotándole sangre por la nariz y la boca que le resbalaba por el pecho. En su mano, agarrada con fuerza, estaba la navaja de Hadi. Había provocado el forcejeo solo para quitársela. Hadi había sacado su pistola y le apuntaba, imitando el gesto de Alan. Pero el jefe del DAO supo lo que pasaba por la cabeza del traidor y bajó el arma.

—No lo hagas.

Ingenuo no dijo nada. Llevó con violencia la navaja contra su pecho, a la altura del corazón, y se lo taladró. La sangre se convirtió en un río que circuló libremente por la moqueta.

Alan, Hadi y Martina abandonaron precipitadamente la habitación 624. Atrás dejaron el cuerpo sin vida de Ingenuo, tirado junto a la cama, y a la chica que lo acompañaba atada y amordaza en el baño. Se dirigieron al ascensor con gesto circunspecto, la única palabra la pronunció Alan, dirigida a los del exterior: «Salimos». Hadi se separó de la pareja y bajó por las escaleras. El hombre maduro y la chica joven atravesaron el vestíbulo del Al Rashid sin mirar a Marco, que dejó pasar unos segundos y los siguió. Junto a la fuente de la entrada, los esperaba el coche conducido por Matías. Los dos se sentaron detrás y al poco Marco se subió delante y salieron, sin prisa pero sin pausa. Después Hadi abandonó el hotel tranquilo y se dirigió a la furgoneta en la que lo aguardaban Alf y Christian. Desde los coches se llamaron por los móviles para confirmar

que estaban bien. Debían recorrer unos kilómetros hasta las afueras de Bagdad.

Llegaron una hora después, tras un periplo de vueltas y más vueltas por la ciudad y fuera de ella para confirmar que nadie los seguía. El plan iba según los parámetros previstos, con un retraso fácilmente asumible. Al llegar al descampado aislado donde debían separarse, coger tres coches y dirigirse al aeropuerto para tomar los tres vuelos que debían sacarlos del país, todos se abrazaron de alegría por la misión cumplida. Alan frenó la euforia:

—Habéis escuchado lo que ha pasado. Ingenuo era culpable, pero el máximo responsable es Ali y está libre. Hay un cambio de planes.

—Retrasamos los vuelos y nos quedamos para darle caza —interrumpió Marco.

—No tardarán mucho en encontrar a Ingenuo muerto y a la chica, que contará que hay dos o tres delincuentes sueltos. La Policía iraquí se volverá loca para cazar al asesino de su diputado, y se sumarán los *ciáticos*, que partirán de la hipótesis de que los asesinos podían conocer la vinculación de Ingenuo con ellos. Ahora el tiempo juega a nuestro favor, pero en unas horas perderemos esa ventaja.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Alf.

—Los seis os metéis en dos coches y os vais al aeropuerto según los horarios previstos de los vuelos. En cuatro horas estaréis lejos de aquí. Yo me quedo con un coche y voy a por Ali.

—Quizás no vuelva a su casa esta noche o lo haga muy tarde.

—Son las ocho. Según los informes sobre su actividad, está en Bagdad y a esta hora habitualmente está en casa. Si no, lo esperaré.

—No puedes quedarte solo, va contra todos los protocolos —dijo Christian.

—Conozco los protocolos, son mi responsabilidad. Esta no es una operación de la unidad, Destrucción Masiva es otra cosa.

—Podemos volver a por él más adelante —propuso Martina.

—Si no lo hacemos hoy, Ali sabrá mejor que nadie que nosotros matamos a Ingenuo, desaparecerá y nunca lo encontraremos.

—Se suicidó —matizó Hadi.

—Lo mismo da.

—Necesitarás ayuda —dijo Martina—, yo formo parte de tu equipo y me quedo.

Los demás la secundaron. Daba igual el riesgo, todos habían perdido los papeles, la prudencia, la necesidad de pensar con la cabeza fría.

—Gracias, pero no. Obedecedme, es muy importante. Mi avión sale el último, si he hecho el trabajo a tiempo quizás llegue a cogerlo. Nos vemos en Madrid.

Varios iban a intervenir, pero Alan les hizo un gesto con la mano dando por cerrado el debate. Martina lo abrazó dejando escapar una lágrima. Los demás chocaron con él sus manos y Hadi no pudo evitarlo y lo estrujó palmeándole la espalda. Alan vio partir a sus agentes y después encendió una mecha con una cerilla y salió corriendo hacia su nuevo coche. Diez segundos después los vehículos que habían utilizado para el asesinato eran pasto de las llamas. Dos más de los cientos que recordaban que en Irak el terrorismo y la delincuencia organizada campaban a sus anchas.

Faltaba un rato para las nueve de la noche cuando Alan aparcó a cinco minutos de la casa de Ali. Durante el trayecto había intentado serenarse, recuperar el autocontrol. No vio alternativa: o lo mataba en ese momento o los años de trabajo no habrían servido para nada. Si no podía tomar

el último vuelo, su única alternativa sería llegar por carretera hasta Jordania. Era peligroso, pero había hecho cosas peores, y no digamos sus hombres, que cada día se la jugaban en la calle ante los enemigos invisibles que asolaban el orden.

Había pensado en sus hijas, ya independientes, con toda una vida por delante; en las enseñanzas de su padre sobre que un militar nunca da un paso atrás si no es para dar luego dos adelante; en su madre, que le enseñó a asumir responsabilidades y aceptar las consecuencias de sus actos. Quizás no debía haber implicado a tanta gente en una venganza que a muchos de sus compañeros y jefes les parecería fuera de lugar. La lealtad con los vivos era un valor supremo para él, pero también se la debía a los muertos. Si aquello salía mal, era mejor que no lo detuvieran, su muerte evitaría muchos problemas a quienes lo habían acompañado en esa aventura.

Era de noche pero la luna iluminaba más de la cuenta, a lo mejor se lo parecía a él porque se sentía expuesto. No podía esperar en la calle, estando solo era más fácil que alguien se mosqueara. Quizás Ali no saliera de casa y él no podía quedarse allí fuera. Subiría a su piso. Tocó la pistola que llevaba en una pequeña cartera. Solo le faltaba una taza de su estupendo café. ¡Cómo es el cerebro! Estaba a punto de jugársela y podía oler el aroma del café que solía prepararse en su despacho.

Había demasiada gente andando por la calle, o de nuevo se lo pareció a él. Llegó al portal, estaba cerrado. Notó que había alguien detrás de él y se apartó para dejar paso a dos adolescentes que querían entrar. Le volvió el optimismo. «¡Qué importante es siempre la suerte! —pensó—. Si hoy está de mi parte, saldré indemne, podré regresar a casa y olvidar esta pesadilla.» Sujetó la puerta antes de que se cerrara y esperó.

Un minuto después dejó de oír ruidos en el interior, subió por las escaleras y no tardó en verse delante de la puerta de Ali. La golpeó con los nudillos de la mano izquierda, empuñó la pistola con la derecha y se sintió tranquilo cuando oyó unos pasos.

—¿Quién llama? —preguntó una voz de hombre en árabe, sin que Alan lo entendiera.

—Me mandan para hablar con usted —dijo en inglés—, ha ocurrido algo muy grave que tengo que contarle.

—Estas no son horas —respondió Ali en inglés.

—Han matado a alguien muy allegado a usted y a nosotros.

La puerta se abrió muy lentamente y lo primero que vio Alan fue una pistola apuntándole al pecho.

—Entrégueme la pistola de inmediato —le dijo Ali señalando el arma que Alan tenía enfocada al suelo—. Si no lo hace ya, le pego dos tiros.

—No matará a un agente de la CIA.

—Usted no es un agente de la CIA. Me han avisado por teléfono hace cinco minutos de la muerte de Salah. Pero usted ha llegado antes de que me vaya y desaparezca. Deme la pistola ya.

Alan se la entregó y Ali lo llevó al dormitorio donde había comenzado a hacer una pequeña maleta. Lo sentó en una silla y sin dejar de apuntarle empezó a meter ropa en el más absoluto desorden.

—¿Cuántos hombres le acompañan?

—Estoy solo.

—Y una mierda.

—Han escapado, pero yo no me podía ir sin matarle a usted, algo que no estaba en nuestros planes.

—¿Por qué han escapado si yo soy el objetivo importante? —le gritó.

—Porque no conocíamos su participación hasta hace un rato. Y los planes de huida estaban hechos.

—Bueno, hombre, así que ha sido el imbécil de Salah el que se lo ha contado antes de que lo mataran. Un tipo débil.

—No lo hemos matado, se clavó un cuchillo. Usted lo obligó a hacer lo que no quería.

—Pues claro que quería, pero él no lo sabía. Si no odiara a los españoles tanto como yo, no lo habría hecho.

Dejó de meter ropa en la maleta y la cerró sin dejar de apuntar a Alan.

—Ahora va a coger mi maleta, vamos a salir a la calle y a subirnos a mi coche para ir hasta un piso de la CIA, donde le voy a entregar, excepto que me toque las narices y lo que les entregue sea su cuerpo lleno de balazos.

—Haré lo que quiera, pero antes dígame cómo lo montó.

—¿De verdad quiere saberlo? —Se rio forzosamente y con estruendo—. Verá, Salah charlaba con frecuencia con Martínez. Me había contado que habían llegado unos agentes de visita y que durante unos días no podría hablar con él. Pero ese 29 de noviembre lo llamó desde un teléfono nuevo que solo Alberto conocía. Se lo cogió y le dijo que no podía atenderlo en ese momento, pero le sacó que estaban en Bagdad y que, bien entrada la tarde, cuando ya estuviera en Nayaf, hablaría con él. Ustedes tendrán ese número pero era imposible identificar a su titular. Había dos carreteras de regreso desde Bagdad a sus bases, pero los americanos habían cortado una. Así que necesariamente tenían que atravesar Mahmudiya. Dentro del pueblo estuve varias horas esperando a que pasaran. Salté de alegría cuando los vi con sus vehículos tan poco discretos. Llamé al grupo de insurgencia al que había alertado y el resto de la historia ya la conoce. Lo único que sentí es que las bombas que habían colocado en el camino no estallaran para que sus cuerpos en pedacitos nunca los hubieran podido recomponer.

Alan hizo ademán de levantarse y lanzarse contra él.

—Quieto, cabrón —dijo acercándose pistola en mano—. No me importa nada matarte, tengo vuestro dinero y pienso disfrutarlo durante mucho tiempo pensando en Martínez y en ti.

Le entregó la maleta y lo sacó de la casa.

—Te voy a coger del brazo en el que no llevas la maleta. Si haces cualquier movimiento extraño o me has mentido y has venido acompañado, te mataré aunque haya gente paseando por nuestro lado. Aquí odiamos a los occidentales y nadie te ayudará. Tenlo claro.

Metió la mano con la pistola en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y con la derecha le agarró el brazo izquierdo. Alan llevaba la maleta en la mano derecha y no pensaba en evitar que lo entregara a la CIA, solo en cómo matarlo. Estaba ciego de ira, no razonaba con claridad: solo sabía que iba a provocarle para que lo matara antes de convertirse en un trofeo para los americanos.

—Tengo el coche aparcado en la acera de enfrente. Tú conduces y yo te vigilo.

Cruzaron la calle y vieron que alguien había pinchado las cuatro ruedas.

—¡Hijos de puta! —exclamó Ali—, precisamente hoy me lo han tenido que destrozar. ¿Dónde tienes aparcado el tuyo?

Se lo tuvo que repetir, Alan estaba pensando en otra cosa.

—Cuatro calles más arriba y luego a la derecha.

—Calle sin iluminación. —Se rio Ali—. Eres un buen espía, qué pena que hoy haya concluido tu carrera.

Como Alan había pensado antes de subir a la casa de Ali, la vía por la que caminaban estaba

demasiado concurrida, padres con niños jugando, un grupo de adolescentes árabes charlando, parejas yendo a su casa... Cualquier cosa que hiciera provocaría un follón, del que quizás salieran inocentes heridos. Esperaría a la calle oscura, aunque también sería cuando Ali estaría más alerta.

Enseguida giraron, Ali aprovechó la escasez de transeúntes y le sorprendió soltándole el brazo y conminándole a que anduviera delante de él. Incluso sacó la pistola del bolsillo y se la acercó a la espalda. Había hombres en la otra acera y a unos metros venía una mujer con un velo tapándole la mitad de la cara. Cuando se cruzó con ellos, Ali bajó la pistola y la pegó a su pierna, lejos de su vista. Mientras la mujer pasaba por su lado, le pegó un tiro en el pecho con una pistola escondida bajo la túnica, al mismo tiempo que sonaban detonaciones procedentes de distintos puntos de la calle.

Todo sucedió muy rápido. Los conductores de dos coches aparcados en doble fila, con pistolas en la mano, abrieron las puertas por las que se colaron tres hombres que llegaron corriendo desde otros puntos y la mujer árabe. Alan se quedó un momento mirando a Ali; contó con frialdad que presentaba seis impactos de bala. Sin embargo, seguía vivo.

Sus agentes lo apremiaron para que se subiera, los vecinos habían oído los disparos y se acercaban al lugar. Alan sacó su pistola y le apuntó, pero la oscuridad no le permitió percatarse de que los primeros en llegar no eran ciudadanos normales, sino dos policías iraquíes, que lo amenazaron con sus armas. Instintivamente levantó las manos. Los que estaban en los coches les apuntaron a su vez y Hadi los conminó a gritos a que desaparecieran si no querían morir. Uno de los policías, un chico joven de poco más de veinte años, dirigió su linterna al hombre tendido, que soltaba gruñidos ininteligibles. Recorrió su rostro y después volvió la mirada a los atacantes con nerviosismo. La tensión entre seis pistolas apuntando a dos y la inacción de todos quedó rota cuando el policía joven rio sonoramente. En su mente habían aparecido las imágenes del peor momento de su vida, cuando él y sus amigos universitarios habían sido torturados en la sede de la Mujabarat por aquel hombre. Los agentes operativos, remisos a disparar a dos policías, no entendían lo que pasaba cuando el joven uniformado gritó algo en árabe y disparó a la boca de Ali. Después hizo un gesto a su compañero para que bajara el arma y tendió su mano a Alan.

—Gracias por darme la oportunidad de matarlo, llevo mucho tiempo buscándolo. Se llamaba Marún, pero todos lo conocíamos como Labio Cortado, un peligroso torturador. Mi nombre es Cabal al Yasem y hoy es el día más feliz de mi vida. Pueden irse.

Alan solo reaccionó cuando Hadi le dijo que subiera al coche.

Condujeron rápido al principio y luego se amoldaron a la velocidad del tráfico hasta salir de Bagdad. El zumbido de los aires acondicionados a toda potencia era lo único que se oía en los dos vehículos donde huían los siete agentes españoles.

Hadi fue el primero en romper el silencio en el coche donde iba Alan:

—Ese policía había sido torturado por Ali durante la dictadura de Sadam.

—Claro —añadió Alan—, por eso le disparó en la boca, reconoció la marca del labio. Pero ¿cómo narices sabíais que íbamos a ir en su coche y luego en el mío?

Los demás lo miraron sonrientes y solo entonces se dio cuenta de que se había quitado el auricular de la oreja pero se había olvidado del micro que seguía escondido en la camisa.

—Lo siento, señor, sé que no le hemos obedecido —le dijo Alf, sentado junto a él en la parte trasera—. La iniciativa fue mía. Soy el único responsable.

—Fuimos todos —matizó Hadi—. Lo siento mucho, pero nunca dejamos a nadie atrás.

—Vale vale. No solo me habéis salvado la vida, sino que habéis matado a Ali. Yo quería

llevarlo sobre mi conciencia pero no me habéis dejado.

—Nadie lo llevará sobre su conciencia. Lo mató ese policía —dijo Alf—. Era lo que se merecía.

—¿Algún día los familiares y amigos de nuestros compañeros sabrán lo que hemos hecho? —preguntó Martina, que se había desprendido del velo.

—No, nunca. Lo importante es que nuestros compañeros ya pueden descansar en paz.

## NOTA DEL AUTOR

*E*n 2020 se cumplirán diecisiete años del asesinato de José Antonio Bernal, el 9 de octubre, y del de sus siete compañeros el 29 de noviembre. Llevo todo ese tiempo con el drama en mi petate, carcomido por la sorpresa primero, el interés por saber después y la necesidad de encontrar respuestas al final. Esta no es una historia más, es una epopeya fundamental en la historia del servicio de inteligencia, vital para entender una parte de la historia de España y del mundo.

Recuerdo los días posteriores a la masacre de Latifiya. Era subdirector de *Tiempo* y mis responsabilidades me impidieron echarme a la calle a investigar. Tuve la suerte de que mi compañera, estupenda periodista y amiga, Silvia Gamo se encargara del asunto. En contra de lo que pudiera parecer lógico, con cada información que obtenía todo se hacía más incomprensible para mí. Una de las crónicas la titulamos con un dato que nadie mencionó: Carlos Baró, antes de morir, había telefoneado a su madre. Durante años pensé que habíamos patinado. ¿Cómo iba a llamar a su madre en mitad de los tiros? ¿Qué significaba esa llamada tan personal? De hecho, había suprimido ese detalle del primer borrador de esta novela, era demasiado importante como para incluirlo sin confirmación, hasta que pocos meses antes de la entrega del original dos fuentes me lo corroboraron y le dieron sentido. Silvia nunca se equivocaba.

Mi pasión por el periodismo de investigación sobre servicios de inteligencia fue determinante para que, con el paso del tiempo, no olvidara la historia ni sus misterios. En todo este tiempo no he dejado pasar un año en el que con cualquier motivo, muchas veces en los aniversarios de los ataques, volviera a ese episodio repitiéndome preguntas, añadiendo otras nuevas e intentando desentrañar los motivos ocultos de lo que pasó. Me obsesionaba encontrar respuestas: ¿por qué tres tipos, uno de ellos un clérigo chiíta, habían matado a un radiotelegrafista suboficial del Ejército del Aire en la puerta de su casa? No tenía sentido. Y menos que ocho agentes, más de la mitad procedentes de las unidades de élite del Ejército, fueran masacrados por un grupo insurgente sin capacidad real para hacerles frente.

Por suerte, no fui el único periodista que de vez en cuando escarbaba en el caso a la búsqueda de nuevos detalles que explicaran el misterio de la participación de esos agentes en la guerra de Irak y los motivos de su asesinato. Leía cada uno de sus reportajes, a veces con versiones que no me encajaban, pero que siempre aportaban algo. No puedo citarlos a todos pero Miguel González, de *El País*, siempre volcó su pluma y aportó informaciones relevantes. Y Jordi Bordas y Eduardo Martín de Pozuelo escribieron *Sin cobertura*, una novela en la que aportaban diversas explicaciones.

En 2013 me aproveché de las ventajas de ejercer el periodismo por libre y me dediqué durante varios meses a investigar con la intención de escribir un libro con motivo del décimo aniversario. El objetivo era bien distinto al que me había guiado hasta entonces, esa vez quería abrir una novedosa línea de investigación. Deseaba saber todo lo que pudiera de los ocho espías, quiénes habían sido en realidad, qué vida habían llevado antes de entrar en el CESID-CNI, qué les había

inducido a ser agentes, qué pensaban sus mujeres de su trabajo, qué los llevó a pedir destino en Irak...

Contacté con el CNI, les conté lo que quería hacer y pactamos que no me bloquearían, aunque decidieron no ayudarme en nada. Algo era algo. Telefoneé a familiares y amigos de los fallecidos, algunos aceptaron verme y otros se excusaron, todavía les dolía mucho la muerte, o no se fiaban de un relato periodístico.

Yo las llamo «conversaciones de brasero»: son cálidas, sinceras, íntimas, a veces duras. Tuve muchas y me permitieron componer un retrato de algunos de esos espías, entender cómo pensaban, qué era lo importante para ellos, sus alegrías, sufrimientos, por lo que habían luchado o aquello que no habían conseguido. Fueron unos meses emocionantes que me sirvieron también para descifrar aspectos sombríos de una historia llena de lagunas. No solo por la información de primera mano que obtuve, también para humanizar la historia, ponerle caras.

Luego el tiempo se me echó encima, no pude escribir el libro y finalmente publiqué una historia bastante larga en *Tiempo* gracias a ese gran periodista que lo dirigía, Jesús Rivasés. Había conseguido hacerme con muchas fotos de los agentes, que por primera vez fueron publicadas en un medio de comunicación, incluida la que se hicieron horas antes de morir. Un pequeño homenaje que se merecían.

No quedé satisfecho del todo. Había obtenido información muy relevante que no había entrado en el reportaje. Y, sobre todo, no había contado al completo la historia apasionante de sus protagonistas. Los años pasaron y seguía con la espina clavada, la sociedad no había hecho justicia a estos héroes y no conocía la historia en su globalidad. Con motivo de los aniversarios seguía escribiendo en diarios o en mi blog noticias sobre ellos, hasta que en 2018, Blanca Rosa Roca, mi fantástica editora, siempre al quite de una buena historia, me mandó un wasap proponiéndome que escribiera un libro. Le parecía una historia apasionante y podía convertirla en un *true crime*, denominación moderna de lo que yo llamaba una novela basada en hechos reales.

Era un enfoque que no había contemplado. Podría escribir todo lo que había investigado recreando mediante la ficción las partes que se habían perdido con sus muertes y con el secreto inabordable del servicio de inteligencia. Me puse con esa aproximación a la realidad. Sabía, por ejemplo, que Alberto Martínez consideró que su antecesor en el puesto de consejero de Información no había hecho un gran trabajo y que él tuvo que empezar prácticamente de cero. Yo tendría que reflejar ese hecho dramatizando el pasaje pues el detalle solo lo conocía él. Cuando escribí ese episodio no retraté a su antecesor real, sino a uno imaginado basándome en el malestar que esa situación le produjo a Alberto.

Fuera de los agentes y sus familiares, colaboradores como Flayeh Al Mayali, algunos altos cargos del CNI —Jorge Dezcallar y Miguel Sánchez— y los políticos, a todos los demás personajes les he cambiado el nombre y los he hecho actuar siguiendo las percepciones que de ellos tenían los protagonistas, que no tienen por qué corresponderse con la realidad percibida por ellos mismos o por otros actores. Como dijo Jorge Luis Borges: «Mi relato será fiel a la realidad o, en todo caso, a mi recuerdo personal de la realidad, lo cual es lo mismo».

Con el transcurrir de los años y mis investigaciones, esta historia se transformó en algo más que en la búsqueda de los motivos de unos asesinatos. Me sorprendió conocer de primera mano cómo las decisiones políticas tuvieron una enorme repercusión en los hechos hasta condicionarlos totalmente. Que los espías cumplieran disciplinadamente las órdenes no quiere decir que estuvieran de acuerdo con la postura de los sucesivos Gobiernos. El presidente Bush, el primer ministro Blair y el presidente Aznar distorsionaron conscientemente la realidad para crear un

relato que justificara la invasión de Irak y el respaldo de la opinión pública. Con el transcurrir del tiempo, los dos primeros reconocieron su error; Aznar, hasta el momento, se ha negado a hacerlo.

Se sabe que Martínez y Bernal captaron a una serie de fuentes, algunas de las cuales quisieron abandonar el país tras la invasión de las fuerzas de la coalición. Se sabe que algunas eran chiitas o de otros grupos, pero sin más detalles. Ali e Ingenuo, entre otros, son personajes de ficción que representan a esas fuentes. Baró también dejó mencionado su trabajo frente a grupos como Al Qaeda, pero la operación descrita la imaginé yo. También varias fuentes coincidieron en contarme que Martínez puso mucho empeño en dar caza a Sadam, y miembros del CNI que participaron en la operación me han asegurado que no estaba entre sus misiones.

A pesar de tantos años investigando la historia tengo que reconocer que hay detalles que todavía sigo sin entender, especialmente en lo referido al ataque a los ocho agentes en Latifiya. Mantengo la sensación de que ha habido una intención de ocultamiento. ¿Para proteger a quién? Lo desconozco.

Sobre el asesinato de Bernal, he reflejado la versión más creíble después de mi investigación, aunque oficialmente nada se sabe y los familiares desconocen los detalles. Y sobre la muerte de los siete agentes en Latifiya quiero recalcar lo dicho: para el CNI el delator tuvo que ser Al Mayali. El epílogo responde a mi frustración. Escribiendo el libro me pareció triste, deprimente e injusto el final auténtico, un mar de olvidos y sufrimientos. Por eso me guie por mi instinto para ofrecer una versión alternativa.

Esta es para mí la crónica de muchos malos y algunos buenos, un pasaje que había que revisar de la reciente historia mundial. El retrato de una época convulsa vista a través de los ojos de unos agentes que se la jugaron haciendo lo que les apasionaba. De unos hombres que lo entregaron todo y murieron porque alguien no hizo bien sus deberes. Un día, charlando con mi amigo Mikel Lejarza *El Lobo*, me dijo que los ocho agentes asesinados se habían convertido en los mártires del servicio, esos que todos veneran y nunca olvidan. Me gustaría que también formaran parte de la memoria de todos los españoles.

Permítanme un agradecimiento especial a todos los familiares y amigos de los protagonistas de esta historia que pasaron el mal rato de compartir conmigo sus recuerdos. Me contaron tantos detalles de sus vidas, me enseñaron tantas fotos, que en muchos momentos de la escritura, intentando ponerme en su papel, intentando descifrar lo que pensaban, he sufrido como nunca lo había hecho antes en este oficio.

Este libro, como los anteriores, es para mi mujer Alicia, preciosa compañera que siempre está a mi lado haciéndome feliz. Para mis hijas adorables, amorosas, Elena y Sandra, que me recuerdan constantemente que lo más importante en la vida es disfrutar de las personas a las que quieres y que te quieren. Y para Jaime, que llegó a mi vida por azar y se quedó en mi corazón.

© 2020, Fernando Rueda

Primera edición en este formato: febrero de 2020

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)

ISBN: 978-84-18014-26-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.